

El Albatros

Y LOS PIRATAS DE GALGUDUUD

Federico Supervielle Bergés



La historia de una patente de corso en el s. XXI

Federico Supervielle Bergés

EL ALBATROS Y LOS PIRATAS DE GALGUDUUD

La historia de una patente de corso en el s. XXI

© Federico Supervielle Bergés, *El Albatros y los piratas de Galguduud*

Maquetación editorial: Georgia Delena

Diseño de cubierta: Sara García

www.maquetacionlibros.com

Primera edición: diciembre 2018

Todos los derechos reservados. No está permitida la reimpresión de parte alguna de este libro, ni tampoco su reproducción, ni utilización, en cualquier forma o por cualquier medio, bien sea electrónico, mecánico, químico de otro tipo, tanto conocido como los que puedan inventarse, incluyendo el fotocopiado o grabación, ni se permite su almacenamiento en un sistema de información y recuperación, sin el permiso anticipado y por escrito del editor.

Al Abuelo

ÍNDICE

[Portada](#)

[Título](#)

[Créditos](#)

[Dedicatoria](#)

[Agradecimientos](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Capítulo Once](#)

[Capítulo Doce](#)

[Capítulo Trece](#)

[Capítulo Catorce](#)

[Capítulo Quince](#)

[Capítulo Dieciséis](#)

[Epílogo](#)

Agradecimientos:

A mis padres por hacerme lo que soy.

A toda mi familia y amigos por los ánimos.

A la Armada Española, por darme la oportunidad de desarrollar mi vocación y, en concreto, a los patrulleros Infanta Elena y Tornado y a la fragata Victoria.



Capítulo Uno

Friedrich Gotthelf colgó el teléfono derrotado. En momentos como aquel, que el teléfono fuese de última generación o que la agenda estuviese repleta de los números de los empresarios más exitosos del mundo -en especial los del mundo del petróleo-, de personalidades e incluso famosos de todo el planeta y de más de un político, no importaba. El rico despacho -si se puede llamar despacho a una habitación más grande que la mayoría de los apartamentos- no le daba ninguna satisfacción; ni tan siquiera el sillón ergonómico de veinticinco mil euros le parecía cómodo. Después de lo que acababa de hacer todos sus éxitos desaparecían tras una nube que solo le dejaba ver el fracaso. ¡Por tercera vez en veinte meses!

Con la última llamada Gotthelf acababa de confirmar el pago del rescate del superpetrolero Dufourspitze, uno de los doce de la compañía Alps Tankers; su principal fuente de ingresos. Traducir el nombre al inglés había sido recomendación de uno de esos asesores que recibía sueldos estratosféricos por trabajos que, en opinión del magnate, no generaban beneficio alguno, pero que eran parte del negocio. En cualquier caso, a esos malditos piratas somalíes no parecía importarles el nombre de la compañía. Ni su nacionalidad, bandera, cargo, destino o cualquier otra cosa. Asaltaban cualquier barco que se encontraran navegando cerca -y no tan cerca- de Somalia mientras que les pareciese viable y luego exigían el rescate. El Dufourspitze, junto con el Finsteraarhorn, el Nordend, el Aletschhorn, el Zumsteinspitze y los demás tenían que pasar por Somalia y atravesar el Golfo de Adén si no querían alargar su trayecto de forma que no resultase ni la mitad de rentable. Y en los negocios todo giraba en torno a la rentabilidad. Aunque después de pagar el último rescate, Gotthelf estaba seguro de que en los últimos veinte meses le hubiese sido más rentable mandar a su flota por la larga travesía que doblaba el Cabo de Buena Esperanza.

Hacía muy poco que habían empezado las extracciones de petróleo en Tanzania y su compañía había obtenido el contrato para transportar el crudo a los puertos europeos, pero eso significaba atravesar toda la zona de influencia de los piratas somalíes.

«¡Maldición!»

Desde su despacho en el distrito comercial de Zúrich todo parecía bastante sencillo. Si los países civilizados se pusieran de acuerdo en hacer algo... Pero no había manera de conseguir que esos políticos se arriesgaran. No iban a hacer nada que pudiese comprometer unos cientos de miles de votos en las siguientes elecciones. Y eso era cierto para todos los países occidentales. Esa era una de las razones por las que a sus 61 años ya había rechazado varias ofertas de gobiernos helvéticos para ponerse a la cabeza de la cartera de Economía. Su experiencia y contactos eran bien conocidos, pero la política no era para él. Los negocios eran mucho más sencillos; consigue más dinero gastando menos y no lo estarás haciendo mal. Y siempre hay opción a mejorar. En política no; un día estás arriba y el otro abajo, eso es tan cierto como que el

sol sale por el Este.

Casi todos los países occidentales con intereses en la zona tenían allí uno o varios barcos de guerra patrullando y cogiendo un esquiñe aquí y otro allí, pero no era suficiente. Los piratas no eran tontos y con experiencia y el dinero de los rescates habían redoblado sus esfuerzos y mejorado sus técnicas. Todo aquel que entendía del tema aseguraba que la única forma de acabar con aquello era cortar el problema de raíz atacando a los piratas en sus bases en tierra. Sin embargo, ningún gobierno u organización internacional parecía enterarse. El empresario suizo sabía que ese no era el problema. El problema radicaba en que Somalia era un estado fallido y que, obviamente, para realizar esos ataques había que entrar en aguas territoriales y en territorio somalí. Y sin una cabeza de estado visible de la que obtener permiso, ningún gobierno iba a enfrentarse a una posible opinión pública en contra. Gotthelf no entendía qué podía ver la gente de malo en atacar a unos piratas, aparte de los posibles daños colaterales a civiles. Pero ahí estaba la clave... estaban demasiado bien acostumbrados a la paz, allí en Suiza los primeros, para aceptar a unos pocos civiles -extranjeros, además- como únicas posibles víctimas de una operación militar. Además de los propios militares claro. Uno se habitúa a pensar que los militares mueren porque es parte de su trabajo, pero también hay que computarlos, ¿no?

En cualquier caso, estaba claro que solo con la ayuda de los gobiernos occidentales no se iba a lograr nada. El vicepresidente del incipiente gobierno somalí, que no controlaba ni la mitad del país, había hablado con él varias veces. Parecía un hombre adecuado para su puesto y tenía buenas ideas e iniciativa, pero nada con lo que llevarlas a cabo. El somalí proponía varias cosas, desde un ejército que tomase el país por la fuerza a incursiones aéreas o navales, pero nadie parecía escucharle. Los países occidentales estaban demasiado absortos en mantener sus renqueantes democracias como para atender a peticiones de un gobierno que apenas gobernaba. Y hoy en día, fuera de los gobiernos, ¿qué quedaba? Hacía mucho que la época de los mercenarios había acabado, aunque algunos considerasen a la gloriosa Guardia Suiza del Vaticano como tales. En la guerra naval también habían existido... ¿cómo se llamaban?... Corsarios. Eso es. Pero hacía siglos que ningún corsario surcaba los mares. No eran más que recuerdos de épocas pasadas.

Y entonces lo vio todo claro. Era una idea loca pero ¿por qué no? En cualquier caso, si quería desarrollarla necesitaba alguien versado en el tema... ¿Pero quién? Era obvio que nadie en Suiza tendría esa experiencia. Él mismo nunca había pisado ninguno de sus barcos. Tenía que ser algún extranjero. Gotthelf peinó su memoria buscando entre todas esas reuniones, comidas, recepciones y demás actos a los que había asistido y después de unos minutos...

—¡Marianne! —gritó a través de la puerta a su secretaria.

Marianne sabía que cuando al jefe se le olvidaba usar el interfono que tenía encima de la mesa para llamarla, solía tener prisa o estar nervioso, por lo que se apresuró a entrar en el despacho preguntándose qué sería esta vez.

—¿Recuerdas la recepción de hace unos meses en el Hotel Alden? —preguntó.

La joven asintió con la cabeza. Había sido el acto social más importante del año y el jefe, aunque jamás lo admitiría, les daba mucha importancia. Eran uno de los mejores sitios para hacer negocios.

—Estuve hablando con un español. No recuerdo su nombre pero necesito que lo localices. No debería de ser muy difícil. Era uno de los pocos españoles presentes y no tenía ningún cargo importante. Era una especie de asesor.

Marianne volvió a asentir y, deduciendo que el jefe no quería nada más, se dio la vuelta para dirigirse a su mesa.

Sabía que en ese momento los ojos de Gotthelf dejarían los papeles de su mesa para mirarla a ella, pero no le importaba. El jefe estaba felizmente casado, tenía dos hijos y todo el derecho del mundo a mirar lujuriosamente a su joven y sexy secretaria, que sabía perfectamente que jamás cruzaría esa línea. Además, ella solo tenía ojos para su prometido, Jean-Paul, capitán de la Guardia Suiza, y ninguna necesidad de *affaires* con magnates. Gotthelf era un buen jefe, pagaba bien y Marianne sabía que por muy guapa que fuera, si no se le diese bien su trabajo no la habría contratado.

Y ahora a localizar a ese español. Curioso el encargo que le había hecho el jefe. Pero también era el tipo de trabajo que le sacaba de la monotonía y eso siempre se agradecía. Marianne se sentó en su mesa sin saber que en ese mismo instante Gotthelf se abstraía pensando en cómo hasta el nombre de la secretaria irradiaba sensualidad. No es que fuese a hacer nada al respecto claro...

—Buenas tardes, *monsieur* Reyes.

—Buenas tardes, Pierre.

El hotel Rocco Forte de Bruselas era el mejor de la ciudad y Pierre un viejo conocido.

—¿Algo para mí? —preguntó mientras le daba su llave.

—*Oui, monsieur*, le han llamado de... Alps Tankers —dijo Pierre consultando su nota—. No han dejado mensaje, solo este número.

—Muy bien, gracias —contestó Reyes cogiendo el trozo de papel y dirigiéndose al ascensor mientras rebuscaba en su memoria. Alps Tankers... El nombre era tan obvio que no tuvo que pensar mucho: la compañía de superpetroleros suiza. El dueño era un tal Golfhead o algo así. Lo había conocido hacía no mucho en una recepción en el mismo Zúrich. Friedrich Gotthelf era el nombre. Unos sesenta años, alto y obviamente en forma en sus buenos tiempos. Ojos claros y pelo que un día fue rubio pero ya era casi todo blanco, sin embargo no se molestaba en teñirse como tantos otros. El suizo había sido amable y cortés, como todo buen hombre de negocios, pero había algo en el que decía claramente: soy frío, calculador, bueno en lo que hago y... sí, buena gente. Un tío «chapado a la antigua» era quizás la mejor definición. Habían hablado de nada en particular durante un rato y después el magnate había pasado a saludar a otros invitados.

¿Qué podría querer de Jaime Reyes Luzón el gran magnate suizo? Reyes dio un repaso a las habilidades que le habían llevado a la habitación de aquel hotel sin tener que preocuparse por los desorbitados precios. Había estudiado ciencias políticas y en seguida se había decantado por varios másteres en políticas de seguridad y defensa y en temas navales. Había sido asesor en varios gobiernos españoles de ambos partidos -justo en el nivel en el que eras importante pero no tenías que estar asociado al partido; nivel, por otra parte, en el que se quería mantener- y en varias

organizaciones internacionales. OTAN, ONU, Unión Europea. El nombre daba igual mientras el sueldo fuese bueno y pudiera dedicarse a lo que le gustaba. Y sin ataduras. De ahí su amplia experiencia y renombre. Pero, ¿eso qué tiene que ver con la naviera suiza?

Reyes decidió que la única manera de averiguarlo era llamar. Nunca se había cerrado a extrañas situaciones como aquella y siempre le había ido bien. Quizás se estaba adelantando al pensar que era una oportunidad. Podía ser una llamada para intentar venderle unas acciones o preguntarle de donde era la corbata que había llevado a aquella recepción. Los ricos muy ricos tienen una tendencia a ser extravagantes. Pero no Gotthelf. Su breve charla había sido suficiente para desvelar eso. En ese caso, solo podía tratarse de una oferta de empleo y sin duda una suma cuantiosa a cambio. El suizo era el tipo de hombre que valoraba el trabajo bien hecho y Reyes no era el mejor en lo suyo por casualidad. Sin embargo, eso le devolvía al punto de partida. ¿Para qué?

Las nada comunes habilidades del alicantino estaban pensadas para servir a gobiernos u organizaciones internacionales, no a empresas privadas. A Reyes le gustaba imaginarse como un estratega moderno. Sin uniforme, pero diseñando las políticas que ayudaban a Occidente a mantener su control. ¿Era Gotthelf un apasionado de la historia militar que quería compartir sus visiones sobre la posición geoestratégica mundial con un profesional? Demasiado rebuscado. Y aun por mucho que rebuscaba no lograba encontrar una respuesta adecuada.

Bueno, concluyó Reyes ya en su suite y marcando el número que le había dado Pierre. Sea lo que sea estoy a punto de enterarme.

Tras un par de tonos alguien al otro lado descolgó el teléfono y una voz que no pudo más que definir como «sexy», por mucho que no se trate de un calificativo para voces, respondió.

—*Mr. Gotthelf's office, how may I help you?*

Inglés... una oficina acostumbrada a recibir llamadas internacionales, o un teléfono que mostraba el prefijo de la llamada entrante. O cualquier otra explicación de un millón de posibilidades. El alicantino decidió responder en el mismo idioma, por educación y por comodidad. Era extremadamente poco probable que esa voz sexy al otro lado del teléfono hablase español y él se podía desenvolver en inglés como pez en el agua, y con un acento completamente neutro, resultado de intensas y caras clases y de práctica habitual con personas de distintas procedencias.

—Buenos días, soy Jaime Reyes Luzón, he recibido una llamada suya.

—Ah, señor Reyes —contestó la voz sexy—. Buenos días, soy Marianne, la secretaria del señor Gotthelf. Un momento por favor y en seguida le paso.

Mientras Reyes ponderaba sobre cómo en cada país pronunciaban su apellido de una manera distinta (y nunca del todo bien), unos cientos de kilómetros al sureste, Marianne se levantó de su mesa y se dirigió al despacho del jefe. Sabía que Gotthelf prefería el cara a cara antes que el interfono.

—Señor Gotthelf —dijo—, el señor Reyes al aparato.

—Pásamelo.

—Buenos días —saludó Reyes poco después.

—Buenos días, soy Friedrich Gotthelf, de Alps Tankers. Nos conocimos aquí en Zúrich en primavera...

—Sí, señor Gotthelf —dijo el español—, me acuerdo perfectamente. ¿Cómo están su esposa y sus dos hijos?

Reyes sabía que el esfuerzo memorístico había merecido la pena. A todo el mundo le encanta saber que su interlocutor le recuerda, y qué mejor prueba que mencionar el encuentro anterior o algún dato conocido. El suizo estaría felicitándose a sí mismo por su importancia; un hombre con el que charló durante media hora se acordaba de él e incluso de su familia, por poco que la hubiese mencionado. El magnate se estaría llevando la impresión de que dejó huella en Reyes y siempre es bueno que tu jefe se sienta importante. Aunque solo fuera un jefe en proyecto. O ni siquiera eso.

—Muy bien, gracias —contestó un sorprendido Gotthelf—. Espero que usted también —dijo, esperando no desvelar que él no se acordaba de si el español tenía familia o no.

Aquello también ponía a Reyes en ligera ventaja, pues su interlocutor estaba algo sorprendido y claramente deseaba haber podido devolver tan cordial saludo. Y tal y como había previsto y deseado, el suizo se dejó de rodeos y fue directamente al grano.

—Tengo un proyecto entre manos y me gustaría contar con su asesoramiento.

—¿Puedo saber de qué se trata, señor Gotthelf? —contestó Reyes sin intentar ocultar su curiosidad. Aún no había conseguido averiguar qué se traía el magnate entre manos y tenía que admitir que se moría de ganas de saberlo.

—Preferiría discutirlo en persona, si no le importa —contestó el suizo.

—Para eso, señor Gotthelf, puede que necesite algunos datos o papeles y me va a ser imposible obtenerlos a tiempo si no me da una pista.

—Digamos, señor Reyes, que últimamente estoy muy cansado de la *Jolly Roger* —contestó el suizo, disfrutando del desconcierto del español—. ¿Podemos vernos?

—Estaré allí mañana. Que tenga un buen día —contestó Reyes, sabiendo que el suizo le había convencido antes siquiera de hablar con él.

Después de colgar el teléfono, el alicantino se tumbó en la acolchada cama bocarriba y con los brazos estirados, en lo que definía como la posición ideal para pensar.

«Así que piratas».

De repente, todo empezó a cobrar sentido. El magnate había pagado hacía muy poco un rescate por uno de sus petroleros. Reyes no podía recordar el nombre, pero sabía que todos se llamaban como picos de los Alpes Suizos. En cualquier caso el nombre no importaba. No era la primera vez que Alps Tankers pagaba un rescate a esos piratas somalíes. Mientras una vocecilla acusadora le decía que debía haberse acordado, la parte consciente de su cerebro seguía sin ver la relación.

Estaba claro que el suizo quería proteger sus barcos, pero ese no era trabajo para él. Había varias compañías que se estaban dedicando al tema tanto con asesores como con medios humanos y materiales. ¿Había confundido sus credenciales? Reyes sabía que era poco probable. Gotthelf era el tipo de hombre acostumbrado a hacer las cosas bien y no dejarse poner en evidencia. Si quería hablar con él era por una razón, por mucho que no consiguiera descifrarla.

En cualquier caso, decidió Reyes acomodándose delante de su portátil, tengo que ponerme al día en el tema. Sabía que no le iba a costar. Ya lo había tocado varias veces en la OTAN y en la Unión Europea. Y pensando en la OTAN... tengo que hacer unas llamadas para avisar de que no voy a estar disponible un tiempo. Eran las ventajas de ser el mejor. Para Reyes el contrato ideal era el que no le ataba definitivamente. Poder ir de aquí para allá era parte de su personalidad y le abría oportunidades como aquella.

Mientras sacaba el billete para el vuelo directo de la mañana siguiente, no pudo evitar recordar la voz de la secretaria. Con suerte al día siguiente la conocería. Su subconsciente había llegado a la conclusión de que una voz así solo podía estar acompañada por un cuerpo a medida y una de las ventajas de estar soltero a los 42 era no tener remordimientos al pensar en cualquier jovencita. Quién sabe. Incluso podía llegar a intentar cortejarla. El alicantino sonrió mientras recordaba sus tiempos de galán.

Siempre le había gustado Suiza. Tenía paisajes que parecían sacados de una película. O eso o es que la mitad de las escenas de paisajes naturales se rodaban allí. Le encantaba España, pero los valles rodeados de picos nevados, de praderas verdes y de cielos azules no se encontraban en su Alicante natal. Ni en ningún otro rincón del país.

Reyes aprovechó el trayecto en taxi desde el aeropuerto de Zúrich para repasar la información que había recopilado el día anterior. Los tres asaltos a los barcos suizos habían sido similares. Los piratas habían atacado de noche, consiguiendo acercarse hasta el costado de los enormes buques petroleros con varios esquifes, supuestamente lanzados desde un barco nodriza que aún no se había podido identificar. Ni siquiera se sabía si había sido la misma organización la que había cometido los ataques.

Nada más lograr el control del buque los piratas habían puesto rumbo hacia aguas territoriales somalíes y, específicamente, hacia el sur del país; la zona sobre la que el gobierno no tenía control. En dos de los casos los barcos de guerra que patrullaban la zona no habían tenido tiempo de reaccionar antes de que el superpetrolero alcanzase aguas somalíes y en el otro los piratas habían logrado tomar el barco sin alertar a la tripulación, dándolo a conocer a la naviera al día siguiente. En cualquier caso, en cuanto los piratas tomaban los petroleros daban un aviso radio por el canal 16, el canal internacional de emergencias en la mar, asegurando que dispararían a un rehén si cualquier barco se acercaba a ellos.

En el primero de los secuestros, hacía ya casi dos años, una fragata francesa se aproximó al petrolero para intentar hacer uso del equipo de operaciones especiales que llevaba a bordo. Entonces los piratas contactaron con ellos por radio y dispararon a un rehén. Cuando los franceses oyeron por radio el disparo y los gritos, abortaron inmediatamente la operación. Por suerte el disparo fue en la pierna y el marinero fue atendido tras el pago del rescate al día siguiente, salvándose sin mayor problema. Sin embargo, desde entonces nadie se había atrevido a recuperar por la fuerza un barco capturado.

El procedimiento habitual era que los piratas fondearan el barco en alguna playa protegida y esperaran el pago del rescate mientras mantenían a los rehenes constantemente encañonados para

asegurar que nadie intentaba liberarlos por la fuerza. En otros casos, los piratas habían cometido algún error del que se había aprovechado algún equipo de operaciones especiales americano, inglés o francés. Pero no en los casos del señor Gotthelf.

Después del pago, los piratas huían del lugar dejando a los rehenes a bordo y amenazando volar el barco por los aires si alguien les seguía. Poco después desaparecían en el caos del sur del país africano. Las amenazas de bomba no siempre habían sido ciertas, pero nadie iba a jugar con la vida de unos rehenes, y menos aun después de haber pagado el rescate.

Estaba claro que los piratas sabían lo que hacían. Tenía que haber alguien detrás de todo planeando. De eso estaba seguro. La mejora de sus medios provenía del dinero de los rescates, pero el dinero no es nada si no sabes dónde ni cómo gastarlo. Además sus técnicas eran cada vez más depuradas; hacía unos años nadie se habría imaginado a un grupo de somalíes drogados tomando un barco sin alertar a la dotación. Ni que fueran los *Navy Seals* americanos. Estaba claro que habían recibido adiestramiento más o menos específico y que, al menos algunos, dejaban el *khat* en tierra.

Otro hecho en el que se había fijado el asesor era en la rapidez con la que Gotthelf pagaba los rescates. Normalmente al día siguiente. Por un momento una idea loca cruzó su mente. ¿Asociaciones ilícitas de magnates suizos con piratas para burlar a las compañías de seguros? Pero en seguida la descartó. Lo poco que conocía a Gotthelf era suficiente para saber que no se asociaría con piratas. O eso creía.

El magnate suizo era un hombre acostumbrado a ganar, pero precisamente por eso debía de saber perfectamente cuándo había perdido. Y probablemente preferiría quitárselo de encima rápido. Y evitar problemas mayores. Sin embargo, tres veces en veinte meses era demasiado y por eso había decidido contratar un asesor en materia de seguridad y defensa, aunque Reyes aún no había conseguido adivinar para qué.

Tres veces en veinte meses. Eso era otra cosa que le había llamado la atención. Había repasado el resto de asaltos en aguas somalíes y ninguna otra compañía había tenido unas pérdidas tan grandes. En el único otro superpetrolero que se había capturado había habido una combinación de suerte de los atacantes con ineptitud de la dotación. Los piratas, completamente drogados, habían conseguido nadie sabe cómo abordar el barco, subiendo al puente y encontrándose al oficial dormido y solo; había mandado al timonel a la cama. Reyes recordaba cómo, extrañado, le había preguntado a un amigo de la Marina Mercante por el comportamiento del marino y éste le había respondido que si bien no era común, tampoco era la primera vez que escuchaba que un oficial mandaba a su marinero a la cama y luego se quedaba dormido en el puente. Los piratas de aquella ocasión habían sido tan poco cuidadosos que habían varado el barco antes de fondearlo. Probablemente ningún pescador acostumbrado a cayucos de siete metros había sido capaz de imaginar que un superpetrolero tenía veinte de calado.

Y apenas había habido apresamientos de buques de ese tamaño. Picado por la curiosidad, Reyes había consultado las características de los buques de la naviera suiza. Más de trescientos metros de eslora y casi cincuenta de manga. También había comprobado como las últimas obras en el Canal de Suez permitían el paso de estos gigantes. Estaba claro que no todo el mundo puede

pilotar un barco de esas características. Los piratas tenían que tener alguien con unos mínimos conocimientos.

También era cierto que Alps Tankers era con diferencia la compañía que más barcos de esas características tenía en la zona, pero aun así la proporción no se mantenía.

¿Qué tenía la naviera suiza que atraía piratas eficaces? ¿Sería casualidad?

Mientras se bajaba del taxi, Reyes esperaba que el encuentro con el señor Gotthelf arrojase algo de luz sobre el asunto.

Dos horas después, aseado y cambiado, entraba en el ascensor del edificio de Alps Tankers y pulsaba el botón que le había indicado la recepcionista. Traje gris oscuro de su sastre de Madrid, camisa azul y corbata roja con rayas blancas. Zapatos negros de Fratelli Rosetti relucientes. Si hubiese sido una ocasión más social, quizás se habría puesto una corbata verde a juego con sus ojos. Sabía que sus ojos habían conquistado a más de una jovencuela en sus tiempos mozos y aún podían atraer más de una mirada. El resto de su cuerpo, pensó desanimado, había cambiado bastante más. Todo el mundo notaba la edad y él no era una excepción. Unos diez o quince quilillos más hacían que ya no se sintiera orgulloso en la playa y las arrugas no perdonan a nadie. Sabía que si no era por los ojos heredados de su madre no llamaría la atención. Barriguita de cuarentón, estatura media, rasgos faciales más que comunes en el Levante español y pelo oscuro. Por supuesto se cuidaba: siempre bien afeitado, peinado y con un toque de colonia. Pero ya no era lo mismo.

«En cualquier caso», pensó Reyes «no estoy aquí para ligar. Estoy aquí para dedicarme a lo que me gusta. Y nadie lo hace como yo».

A la salida del ascensor le estaba esperando una jovencita.

—Buenos días, señor Reyes —le saludó—, bienvenido. Por aquí por favor.

Veintimuchos, alta y delgada aunque, notó agradecido mientras Marianne se daba la vuelta, no tanto como a algunas les gusta. Rubia de ojos azules con la piel clara, y rasgos delicados. Llevaba unas gafitas de esas que algunos definen como «de secretaria sexy». Probablemente podría haber sido modelo si hubiese querido. Era el estereotipo de mujer nórdica con la que muchos latinos sueñan. Llevaba un conjunto de falda, camisa y tacones que decía «estoy trabajando y soy profesional pero me gusta seguir estando guapa».

Reyes la siguió por un amplio pasillo decorado con gusto y mucha clase. Estaba claro que al señor Gotthelf le gustaba cuidarse y que disfrutaba de las cosas buenas de la vida. Le pareció reconocer la mano de algún pintor famoso en alguno de los cuadros de las paredes.

Al final del pasillo, justo después de una mesa con dos ordenadores y varios teléfonos que debía de pertenecer a Marianne, había una puerta de caoba a la que la secretaria llamó antes de entrar y anunciar en alemán:

—*Herr Reyes.*

Tras esto se hizo a un lado y dejó pasar al español. El despacho mantenía la línea del pasillo; Reyes estaba seguro de que valía más que todo su chalet a las afueras de Madrid. Y eso que a él también le gustaba cuidarse.

Al fondo, tras una mesa de roble y sentado en un sillón de cuero, el señor Gotthelf le observaba tranquilo. Cuando se levantó para saludarle, Reyes no pudo dejar de notar que el sillón estaba personalizado. Había oído hablar de ellos, pero nunca los había visto. Se tomaban medidas al usuario para obtener la forma de su cuerpo y se hacía un sillón o silla a medida. Para el dueño era el más cómodo del mundo mientras que para el hombre de al lado podía ser tan incómodo como una silla de tortura. El alicantino descartó inicialmente el valor que creía recordar que tenían, pero un segundo vistazo a su alrededor le hizo recapacitar. Si había un hombre que podía permitírselo era aquel.

—¡Bienvenido a Zúrich, señor Reyes! Espero que haya tenido un vuelo agradable.

—Sí, sin contratiempos —contestó.

Viajar en primera clase suele tener esa ventaja.

—Antes de todo querría disculparme por hacerle venir tan de repente —dijo el magnate—, pero, si no me equivoco, no se arrepentirá de su decisión.

—No se preocupe —contestó el español—, uno se acostumbra a viajar.

«Y desde luego usted no se arrepiente de haberme hecho venir...», pensó.

—Estoy seguro. Siéntese por favor —dijo Gotthelf señalando unos sofás a un lado del despacho—. ¿Le apetece tomar algo?

—Sí, claro. ¿Güisqui?

El suizo le miró detenidamente un instante, pero le sirvió una copa sin hacer ningún comentario. Él no tomó nada.

Reyes se alegró de que Gotthelf hubiese elegido los sofás en lugar de las sillas con la mesa del despacho en medio. Sin el obstáculo físico del escritorio y en la comodidad de los sofás, la conversación iba a ser menos formal. Y con un güisqui soberbio en la mano, un auténtico placer.

—Al grano entonces —dijo Gotthelf—. Imagino que después de nuestra conversación de ayer sabe por qué está aquí. Me gustaría que me diera su opinión sobre el tema.

—Muy bien, señor Gotthelf. Alps Tankers ha tenido que pagar tres cuantiosos rescates en los últimos dos años para salvar a sendos barcos y tripulaciones capturados por piratas somalíes. Usted ha pagado los rescates prontamente para evitar mayores problemas como el del marinero del primer caso... el Aletschhorn si mal no recuerdo.

El magnate suizo asintió con la cabeza, animándole a seguir.

—En los tres casos, los piratas han demostrado medios y habilidades que hasta entonces no se les atribuían y no han cometido ni un solo error, que sepamos. Esto demuestra que tienen adiestramiento y dirección especializados. Además, cuentan con medios materiales y humanos específicos.

El suizo continuó asintiendo mientras Reyes alcanzaba el punto que, ambos sabían, les desconcertaba a los dos.

—Y por alguna razón o casualidad, sus barcos parecen ser uno de sus blancos preferidos —concluyó Reyes, buscando alguna reacción en el rostro de su interlocutor.

Pero no hubo ninguna... «Podría ser un buen jugador de póker», pensó el español.

—Hasta ahora —dijo el suizo—, completamente de acuerdo con usted. Y perdóneme que me

congratule, pero no todos los días alcanza uno las mismas conclusiones que el mayor experto en la materia. Lo único que debo añadir es que los pagos rápidos no solo evitan heridos, sino también toneladas de crudo en el mar o demasiada publicidad que afectarían negativamente a mi compañía. Prefiero pagar rápidamente y que a esos buitres de las cadenas de noticias no les dé tiempo a darse un festín con mi desgracia. A los jeques del petróleo no les agradaría saber que su transportista tiene problemas —añadió el suizo—. Sobre todo me alegro porque usted, aunque no lo ha querido decir con palabras, también intuye que hay algo más que simples piratas detrás de todo esto.

Esta vez le tocó asentir a Reyes. Y sonreír levemente. Le gustaba cómo estaba yendo la conversación. El empresario huía de dobles sentidos y similitudes; hablaba claro y directo, no tenía miedo de decir lo que pensaba y le miraba a los ojos mientras lo hacía.

—Bien, señor Gotthelf —dijo el alicantino—. Ahora que hemos establecido las bases, me gustaría saber qué es lo que quiere exactamente de mí —dijo Reyes, deseoso de averiguar por fin el motivo de su posible contratación. «Probable mejor dicho», pensó mientras sonreía para sus adentros.

El suizo sonrió de oreja a oreja -era curioso cómo casi le desaparecían los ojos- y dijo:

—Imagino que está un poco perdido —dijo y, al inclinar ligeramente la cabeza el asesor, continuó—. ¿Sabe qué tienen en común Morgan, Drake, Lafitte, Surcouf y sus compatriotas Íñigo de Artieta y Mateo Mainery?

El alicantino, más perdido aun, tuvo que decir que no, a lo que Gotthelf contestó:

—Yo tampoco; hasta hace poco. La verdad es que nunca he sido muy aficionado a la historia, pero cuando se me ocurrió esta idea estuve rebuscando por internet y descubrí que hace muchos años la guerra no solo la hacían los militares profesionales, sino que también había unos señores que se dedicaban a luchar por dinero.

Y durante los siguientes minutos le explicó su idea como un niño muestra orgulloso su bici nueva. Al acabar le preguntó:

—¿Qué le parece?

—Bueno señor Gotthelf, desde luego no es nada habitual.

El español pensó lo más rápido que pudo.

—Lo primero que va a necesitar —continuó—, es alguien con conocimientos de derecho marítimo e internacional. Debe averiguar si se puede hacer y, en ese caso, cómo. Lo segundo, va a necesitar alguien que le proporcione un barco y una dotación, además de una mente pensante para organizarlo todo.

El suizo sonrió.

—Esperaba que ese pudiera ser usted —dijo.

—¿Yo? —contestó Reyes sorprendido.

Desde luego no lo había visto venir. Durante los últimos minutos había pensado que el empresario querría su opinión y que después contrataría a gente para llevar a cabo el proyecto. Él no era un actuador. Era un pensador. Ponía las ideas y otros las ejecutaban.

—¿Cree que no es el hombre adecuado para el puesto? —dijo el suizo, que parecía adivinar sus

pensamientos—. Sin embargo, yo creo que es el hombre ideal. Obviamente nunca ha hecho nada parecido. Pero eso es porque nadie lo ha hecho. Y con su experiencia y conocimientos sobre el tema creo que es usted sin duda el más indicado. Además, como supongo que imaginará, mi secretaria le ha investigado y no creo que nadie tenga más contactos que usted para los ámbitos en que los necesito. Ha trabajado prácticamente para toda organización o gobierno que pudiera requerir sus servicios y por los contratos que le siguen ofreciendo no ha dejado mal sabor de boca.

Reyes no podía dejar de pensar que por segundo día consecutivo el suizo le había convencido antes de decir la primera palabra. ¿Era por Gotthelf o por la novedad de lo que le proponía? En cualquier caso Reyes sabía que en su búsqueda de nuevas experiencias y retos jamás encontraría uno tan atractivo como éste.

—¿Qué me dice? —preguntó el empresario.

—Cuenta conmigo —contestó el español sin pestañear.

Se estrecharon las manos entre sonrisas y Reyes no pudo evitar decir:

—Señor Gotthelf, antes le he dicho que necesitaría un abogado y un organizador. Sin embargo, también va a necesitar mucho dinero.

—Mejor esto que seguir pagando rescates —contestó el suizo mirándole fijamente.

Reyes tuvo que admitir que tenía razón, al mismo tiempo que pensaba que el dinero probablemente sería el menor de los problemas.

—Bien señor Reyes, estoy ocupado durante el resto del día. ¿Le parece bien que nos veamos mañana? Así tendrá tiempo de pensar y podremos planear más concretamente. Por lo demás, me atreví a adelantarle a mi secretaria sus honorarios; me imaginé que sería incapaz de rechazar mi oferta. Espero que los encuentre de su agrado.

El español no tenía ninguna duda de que así sería y su cara debió mostrarlo porque el suizo continuó:

—Mañana, entonces. Espero que tenga un buen día y bienvenido a bordo —dijo con voz pomposa, deleitándose en su ingenioso comentario de doble sentido.

Reyes ya se dirigía a la puerta cuando oyó:

—Por cierto señor Reyes, su estancia en Suiza corre de mi cuenta. Espero que la disfrute.

El español sonrió e inclinó levemente la cabeza en señal de reconocimiento. Así daba gusto.

A la mañana siguiente, con los mismos relucientes zapatos pero otro traje, camisa y corbata, Reyes llegaba puntual al despacho de Gotthelf. Puntual pero lleno de dudas y preguntas. Había estado todo el día anterior meditando el plan del suizo. Tenía que admitir que era novedoso, inteligente e intrépido, pero iba a requerir mucho trabajo e improvisación. Lo peor de todo es que había muchas cosas que iba a necesitar que no sabía si se podían conseguir o cómo conseguirlas. Y era consciente de que, por supuesto, había muchas cosas que aun después de un día de meditación no se había dado cuenta de que iban a ser necesarias.

Una de las ventajas de su trabajo era que no tenía porqué pasar el día delante del ordenador. Había aprovechado para pasear por el casco antiguo. Calles como Bahnhofstrasse explicaban

porque la tercera fuente de ingresos de la ciudad era el turismo. También había pasado por la catedral de Grossmünster, que mandó construir Carlomagno hacía ya mil años.

Su primera preocupación eran las complicaciones legales. Reyes esperaba que el suizo no pretendiera que se encargara él del tema legal también. Por supuesto, había estudiado algo de derecho y tenía conocimientos más que necesarios para desarrollar su trabajo, pero lo que el empresario proponía era tan novedoso que la reacción inicial de cualquier gobierno, organización o tribunal iba a ser reacia.

Necesitaban alguien versado en derecho que además fuese atrevido y tuviese la capacidad de rebuscar en las leyes de varios países. Puede que también necesitasen alguien con capacidad de negociar con más de un gobierno.

En principio, esas eran las necesidades que escapaban de su ámbito. El resto del plan sería su responsabilidad. Y la otra mitad de la tarde anterior la había dedicado a estudiar cuáles iban a ser sus primeros -y más importantes- pasos.

Obviamente, lo primero iba a ser el barco. No había necesitado mucho tiempo para concluir que el tipo de barco que usaban las marinas de guerra era más o menos el adecuado. Evidentemente no iban a necesitar nada de lo que estaba pensado para conflictos de alta intensidad: radares tridimensionales, misiles, todo lo relacionado con la guerra antisubmarina y muchas otras cosas les sobraban. Necesitaban una especie de patrullero grande. Pensado específicamente para la lucha contra la piratería. Velocidad de crucero y punta altas, un buen radar de superficie, armamento ligero y portátil, helicóptero, embarcaciones menores rápidas y con capacidad para transportar un buen equipo de abordaje.

Quizás estaba siendo demasiado ambicioso, pero era la única manera de llegar a alguna parte. Como dicen los futboleros, saliendo a empatar, sueles perder.

Además de todo aquello, iban a necesitar un astillero para hacerle al barco las modificaciones necesarias. Esto podía ser especialmente importante si se veía obligado a utilizar el plan B: convertir un barco pesquero o mercante. Inicialmente había descartado ésta opción porque sabía que no daría buen resultado. Cosas tan complejas como los barcos solo rinden bien cuando se les utiliza para aquello para lo que han sido concebidos. Además, le iba a ser casi imposible encontrar un barco que cumpliese los requisitos que necesitaba. No era tan fácil como montar unos pocos sensores y armas en cualquier plataforma.

La última opción, casi descartada, era partir de cero. Diseñar y encargar su propio barco. Sabía que aquello llevaría varios años como mínimo y estaba seguro de que el señor Gotthelf no estaba dispuesto a esperar tanto.

Reyes supo que había llegado a un punto muerto. Los dos planes secundarios eran poco o muy poco prácticos mientras que el principal... cualquiera con dos dedos de frente sabía que las marinas occidentales no iban por ahí vendiendo sus barcos a empresas privadas. Y mucho menos sus barcos modernos.

Y aquello, pensó Reyes mientras entraba en el suntuoso despacho, era solo el primer problema. Ni siquiera se había parado a pensar en la dotación o el avituallamiento.

Dentro le esperaba Gotthelf, que se apresuró a introducir a su acompañante.

—Este es Ronnie Egger, mi abogado —dijo—. Le he estado comentando nuestra idea y cree que podría llevarse a cabo.

Egger era quizás cinco o seis años más joven que Gotthelf, bajito y regordete con una cara que cualquiera hubiera etiquetado como la de un pastelero. Las arrugas de la cara denotaban que se trataba de una persona de risa fácil y algo detrás de esas gafas decía «soy afable y agradable; me gusta la tranquilidad».

—Ronnie ha estado conmigo desde que empecé en los negocios —dijo Gotthelf—. Me ha sacado de más de un apuro legal y, aunque nunca ha querido irse a uno de esos bufetes de abogados, ha ganado todos los pleitos que hemos tenido. Quizás lo que le pago tenga algo que ver con su lealtad —sonrió Gotthelf—, aunque creo que tiene más que ver con la estabilidad.

Reyes estrechó la mano del picapleitos, aliviado al saber que Gotthelf pensaba como él. Necesitaban a un profesional de la ley. Y si el magnate creía que aquel Egger era el hombre adecuado, probablemente tendría razón. Al fin y al cabo para el otro trabajo lo había elegido a él.

—He creído conveniente que Ronnie estuviera presente. Necesitará saber exactamente qué pretendemos hacer y además podrá resolver nuestras dudas legales.

«No puedo estar más de acuerdo», pensó el español. «Probablemente nos vaya a ser de gran ayuda».

—¿Entonces no cree que estemos locos? —preguntó Reyes al abogado—, ¿realmente cree que se puede hacer?

—Está claro que no será fácil —contestó Egger—, y que va a haber que rebuscar e incluso hacer alguna triquiñuela, pero ¿por qué no? Aún hoy en día existen compañías como Blackwater y sus sucesoras que se dedican a hacer servicios que hace algún tiempo los hubiesen definido como mercenarios. ¿Por qué no en el mar? Lo primero que se me vino a la cabeza cuando el señor Gotthelf me explicó el plan fue probablemente lo mismo que a ustedes. Va a hacer falta conseguir permiso para actuar en territorio somalí. Además, también necesitaremos una *letter of marque*.

Reyes sonrió para sus adentros. Sabía que si no hubiese sido previsor le habrían pillado, pero el mismo día anterior había buscado como se decía «patente de corso» en inglés.

—Como se imaginarán —continuó el abogado—, los países europeos renunciaron a contratar corsarios. En la Declaración de París de 1856 para ser exactos. Y otros países como Estados Unidos en las Conferencias de La Haya de 1899 y 1907. Por lo tanto, podemos descartar que algún país occidental apoye nuestra empresa de manera tan decisiva. Si estuviesen dispuestos a apoyar las medidas que nosotros proponemos, las tomarían ellos mismos con sus propios medios.

Egger hizo una pausa. Parecía querer asegurarse que entendieran lo complicado de la situación.

—Parece que hemos llegado a un callejón sin salida —sonrió el abogado—. Sin embargo, puede que podamos matar dos pájaros de un tiro.

Otra pausa.

—El gobierno somalí es el único capacitado para concedernos tanto el permiso de actuación en su territorio como la patente de corso.

Y una vez más se detuvo en un gesto que Reyes entendía como su forma de dar dramatismo al tema.

—Sin duda, caballeros —continuó Egger una vez sus interlocutores habían asimilado su propuesta—, se preguntarán si se me olvida que Somalia es, al fin y al cabo, un estado fallido y que el gobierno apenas tiene poder. Sin embargo, este nuevo gobierno está empezando a ser reconocido por los países occidentales. Con esto y algo de publicidad positiva que ponga al ciudadano occidental de a pie de nuestro lado, no tendremos oposición alguna. Tenemos que hacer ver que al fin y al cabo Somalia no está haciendo más que proteger sus propios intereses.

A Reyes le estaba gustando el plan de Egger, pero aún veía un problema.

—¿Tenemos la capacidad de ponernos en contacto y negociar con el gobierno Somalí? —preguntó a Gotthelf.

El empresario sonrió y dijo:

—Déjeme eso a mí.

Y por segunda vez en la mañana, esa sensación de alivio. Tenían al hombre de leyes y al negociador de altas esferas. «Parece ser que soy el único que queda por ponerse manos a la obra», pensó.

Una vez solucionado el tema legal, el español sabía que le tocaba a él.

—Por mi parte, señor Gotthelf —dijo—, creo que tengo un primer borrador de lo que necesitaremos.

Pasó a explicar qué tipo de barco pensaba que era ideal y las opciones que hasta el momento barajaba. Para concluir dijo:

—Creo que mi trabajo aquí ha terminado así que, si le parece bien, me marcho para España, donde mis contactos son los más adecuados para el trabajo que me espera.



Capítulo Dos

Una semana después, en su casa de Las Rozas, Reyes cerró la tapa de su Macbook agotado. Nada más llegar a Madrid había llamado a todos sus contactos en el mundillo de la construcción naval, que no eran pocos, y hasta el momento no había tenido ni una respuesta positiva. Algunos, los que menos, le habían dado largas nada más escuchar lo que buscaba. Otros le habían prometido investigar algo y le habían llamado a los pocos días diciéndole que lo quería era inviable. Y el último grupo estaba compuesto por los que aún no le habían contestado.

Pero ya apenas albergaba esperanzas. En el despacho del señor Gotthelf todo había parecido muy sencillo. O, al menos, posible. Pero se estaba encontrando con la cruda realidad. La pura lógica dicta que el mercado no ofrece bienes que nadie ha solicitado antes.

Sin embargo, no era alguien que se rindiera fácilmente y, mientras esperaba una noticia salvadora o una idea brillante, había pasado a la segunda parte de su proyecto: conseguir una dotación.

Al igual que con el barco, el sentido común le decía que lo más adecuado lo iba a encontrar en el sector militar pero, al igual que con el barco, sabía que era inviable. Conocía a suficientes militares como para saber que tenían un sentido del deber y del servicio a la Patria demasiado grande como para embarcarse en una empresa de la índole que él proponía. Al menos en cuanto a la oficialidad se refería. Quizás podría convencer a algunos, pero no serían los mejores. Y él necesitaba a gente muy buena.

También sabía que lo primero eran el capitán y sus oficiales. Muchos querían escoger sus propios hombres. Eso era bueno por dos razones: probablemente supondría una dotación unida y comprometida y, por otra parte, quitaba a Reyes una carga importante de trabajo. Trabajo que además sabía que el futuro capitán del barco -si el barco llegaba a existir- estaría capacitado para hacer mucho mejor que él. Él era un estratega, no estaba acostumbrado a trabajar tan en detalle; y quién mejor que el hombre que iba a mandarlos para elegir a su gente.

Por todo esto, llevaba ya varios días buscando a su futuro capitán. Con el sector militar descartado, se había dedicado a buscar entre las plantillas de las navieras y compañías similares, hasta el momento sin éxito. La mayoría no tenían ninguna experiencia en algo parecido, lo cual, por otra parte, pensaba el amargado asesor, era completamente lógico. De los poquísimos que había con alguna experiencia (todos procedentes de la marina de guerra), la mayoría tenían contratos estupendos y trabajos magníficos que obviamente no iban a dejar o no eran lo suficientemente buenos. O eran muy mayores. O estaban retirados. O, en uno de los casos, completamente loco.

Por primera vez desde que empezó todo, Reyes pensaba sinceramente que no lo iba a lograr. Era demasiado difícil.

Sin embargo, no se había rendido nunca, y aquella no iba a ser la primera vez. Por eso seguía

rebuscando y haciendo llamadas. Moviendo cielo y tierra y hasta bajo tierra. Estaba convencido de que para entonces toda España debía de saber que estaba intentando armar un barco para llevarlo a Somalia a cazar piratas. «Quizás no nos venga mal la publicidad», pensó.

Esa misma mañana le había llamado el señor Gotthelf para informarle de que las conversaciones con el vicepresidente somalí, a quién por lo visto conocía, iban por buen camino y que Egger estaba empezando a redactar borradores de los documentos necesarios. Sin embargo, necesitaban algo más tangible en cuanto a barco se refería. En otras palabras, habían hecho todo lo posible y solo faltaba que él cumpliera con su parte.

Derrotado y agotado se fue a la cama. Mientras se adormecía pensó que quizás al día siguiente con la mente fresca se le ocurriría una idea magistral.

A las diez de la mañana siguiente esa esperanza se había evaporado por completo. Después de levantarse temprano, darse una buena ducha y desayunar café con tostadas, había vuelto a la carga con energía. Pero otras dos horas de resultados negativos le habían vuelto a poner de mal humor. Simplemente no había manera.

Entonces sonó el teléfono.

Esperando otra negativa más de una lista que ya parecía inacabable, descolgó.

—Dígame.

—Buenos días, ¿Jaime Reyes? Soy Felipe Nieto, de Navantia Cádiz.

—Hola Felipe, soy yo. Dime.

Navantia Cádiz... Si no recordaba mal, ya le habían respondido con un rotundo no hacía casi una semana. ¿Qué podían querer?

Al otro lado del teléfono, una voz claramente gaditana contestó.

—Verás, cuando me hablaste de tu proyecto te respondí con sinceridad que nosotros no podíamos hacer nada por ti. A decir verdad me dio la impresión de que ni tú mismo te sorprendiste mucho.

Reyes le dejó continuar.

—Sin embargo, ahora la situación ha cambiado considerablemente. Como supongo que sabrás, Portugal está pasando por un momento económico bastante malo y parece que en los últimos meses ha empeorado desmesuradamente.

Reyes permaneció callado. Aún no sabía qué tenía todo aquello que ver con su proyecto. El gaditano no pareció inmutarse por su silencio y prosiguió.

—El caso es que nuestros vecinos han cancelado los pagos de los tres BAM que tenían encargados y, he de añadir, casi terminados.

De repente, el reloj pareció detenerse. Con esos preliminares, si le llamaban era por algo...

Un millón de posibilidades pasaron por delante de los ojos del asesor. Los BAM eran Buques de Acción Marítima; unos patrulleros oceánicos diseñados en España. Tras la entrega de la serie inicial a la Armada, Portugal había pedido unas unidades a Navantia y el gobierno español, a quién le convenía que los astilleros siguiesen teniendo contratos, había accedido a vender su tecnología a los que, al fin y al cabo, eran sus aliados y vecinos.

Con algo menos de cien metros de eslora, dotación reducida, capacidad para operar con casi cualquier helicóptero y multitud de armas ligeras era el barco perfecto para su proyecto. Y eso era solo lo que podía recordar a bote pronto.

Después de una pausa que permitiese a su interlocutor asimilar las noticias, el ingeniero continuó.

—Después de que todo el mundo se llevara las manos a la cabeza por las noticias, le comenté al director el propósito de tu llamada de hace una semana. Está dispuesto a escuchar tu propuesta y, aunque yo no debería decirlo, probablemente ansioso por colocar esos tres barcos.

Reyes no podía creer su suerte. Intentó tranquilizarse y, al hacerlo, se dio cuenta de que aún podía haber un escollo difícil de salvar.

—¿Y qué dirá España cuando sepa que Navantia quiere vender su tecnología a un particular?

—Eso se escapa de mis manos —contestó francamente el andaluz—, pero el director parece creer que el gobierno hará lo que sea por salvar la empresa. No creo que quieran miles de despidos con las elecciones a la vuelta de la esquina.

Reyes estaba convencido de que no había tenido tanta suerte en su vida.

—¿Puedes decirle a tu jefe que estaré allí mañana?

—Sí, claro.

Cinco horas más tarde e infinitamente más relajado, el asesor se sentaba en su asiento del vagón clase preferente del tren de las 15:37 para Cádiz. Aún no podía creer su suerte.

Después de un par de llamadas a amigos en los que confiaba para confirmar unos datos, había telefoneado a Suiza e informado a Gotthelf de que tenía el barco perfecto y que le iba a costar algo menos que unos de sus superpetroleros. Gracias a Dios los BAM eran barcos relativamente baratos. Eran cosas como los radares de última generación, los sistemas de combate (ordenadores que controlan todas las armas y sensores de a bordo), los misiles y los sonares las que solían encarecer los barcos, y un patrullero no tenía ninguna necesidad de ellos. Sin embargo, el suizo ni se había inmutado. Se había asegurado de que Reyes pensaba que se trataba del barco adecuado y se había limitado a decir que, en ese caso, estaba de acuerdo.

El asesor, aun sabiendo el dinero que tenía el empresario helvético, no podía dejar de sorprenderse de su tranquilidad a la hora de gastarlo. Sin embargo, estaba seguro de que era un hombre al que no le gustaba despilfarrar. Parecía saber lo que quería y solo entonces gastaba sin importarle cuánto.

Reyes no sabía exactamente qué le esperaba en la sucursal de Navantia en Puerto Real a la mañana siguiente, pero todo indicaba que iba por buen camino. Es más, con un poco de suerte, incluso conseguiría un buen precio si era verdad que los astilleros estaban desesperados por encontrar compradores.

Disponiéndose a desconectar durante las poco más de cuatro horas de viaje, miró a su alrededor. A su lado estaba sentado un señor de treinta y tantos leyendo el periódico. Reyes lo examinó disimuladamente... le apetecía una charla tranquila que le ayudase a pasar el viaje. «Qué demonios, aunque sea un soso aburrido, al menos me olvidaré de los barcos por un tiempo».

Entonces se fijó en que su compañero de viaje llevaba un porta trajes con el escudo de la Armada. Volvió a examinarlo. Aparentaba ser algo más mayor de lo que probablemente era y tenía las ojeras permanentes de alguien que ha estado muchos años montando guardias. Llevaba el pelo corto y estaba meticulosamente afeitado. Camisa, chinos y náuticos. Algo en su mirada y su forma de fruncir el ceño daba la imagen de alguien acostumbrado a tomar decisiones. De hecho, irradiaba seguridad en sí mismo. Todo apuntaba a que se trataba de un oficial de la Armada. ¿Y todo eso con una mirada? Pues sí. Hay cosas que se aprenden a ver con la experiencia.

—¿Eres marino?

El hombre cerró el periódico y le miró sorprendido, pero no molesto.

—¿Eh?... Sí.

—Perdona, es que siempre me ha interesado mucho vuestro trabajo. ¿Dónde estás destinado?

No hay mejor manera de empezar una relación que adulando al otro.

—Ah, no te preocupes —dijo—, se agradece que alguien aprecie lo que hacemos. Ahora mismo soy el comandante del patrullero Tabarca.

Si no recordaba mal, el Tabarca era un patrullero pequeño y viejo; de los últimos de una clase en la que la mayoría ya estaban desguazados. Sin embargo, el comandante era un teniente de navío (lo que sería un capitán en el Ejército) y muy pocos mandaban barcos con ese empleo. Aquel hombre debía de ser bastante bueno.

El asesor decidió bromear un poco para romper el hielo.

—¿Y que se te ha perdido por Madrid? No creo que hayas metido el barco en el Manzanares.

El marino sonrió.

—No; vengo de un juicio.

Por la forma en que contestó, Reyes sabía que no quería hablar del tema. Si se había tenido que llevar el uniforme sería algo oficial y, probablemente, desagradable. Sin embargo, su sonrisa había indicado que no rechazaba la conversación, así que el alicantino decidió seguir charlando con él.

A la altura de Córdoba se había enterado de que Nacho Marzán Febles, pues así se llamaba, había nacido 34 años antes en Cartagena, hijo de un marino -ya contralmirante en la reserva- y de una ama de casa. Era el segundo de cinco hermanos, de los cuáles el mayor también era marino. Estaba felizmente casado y tenía dos hijas pequeñas. Iba a Cádiz por asuntos personales (su barco estaba basado en Marín, Pontevedra). Para ser exactos estaba aprovechando que había bajado a Madrid para ir a ver a su padre, que acababa de ser operado, gracias a Dios, satisfactoriamente.

El marino estaba siendo un compañero de viaje ideal, con una conversación amena y agradable. Hasta el momento, Reyes había conseguido evitar hablar de su trabajo, pero sabía que no aguantaría así hasta Cádiz. Finalmente, el marino le preguntó.

—Y tú, ¿a qué te dedicas?

Reyes no estaba muy seguro de querer hablar del tema pero, en el fondo, tenía curiosidad por la opinión de un profesional ajeno a su entorno. «Además», pensó «nada de lo que estamos haciendo es secreto ni mucho menos y, quién sabe, igual hasta me aporta algo positivo».

Por tanto, decidió contarle al marino su proyecto, con todo lujo de detalles, terminando por la

finalidad de aquel viaje y el posible premio que le esperaba.

Al escuchar la noticia, su interlocutor abrió los ojos de par en par y preguntó sorprendido si de verdad pretendía hacerse con un BAM y si realmente era viable. Después de convencerle de que era cierto (sin tampoco esconder que aún nada era seguro), el marino se sumió en sus pensamientos unos minutos.

Al despertar de su estado letárgico le felicitó por su plan y su suerte. Dijo estar de acuerdo en todo el planteamiento y, como cualquier hombre práctico, planteó la siguiente pregunta lógica.

—¿Y qué hay de la dotación?

Al alicantino le caía cada vez mejor su inesperado compañero y decidió sincerarse con él.

—Aún no tengo nada.

Después le explicó su enfoque y el marino asintió mostrando su acuerdo, pero cuándo pasó a contarle cómo había buscado a los posibles capitanes, sonrió y empezó a negar con la cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó Reyes descolocado.

—¿De verdad pretendes encontrar al hombre que va a tener que liderar a un grupo de desconocidos a una empresa nueva y peligrosa a través de lo que te dicen unos papeles? Quizás no te das cuenta, pero probablemente el 90% del éxito del plan dependa de esa elección y ¿ni siquiera vas a conocer al hombre antes de contratarlo?

Aunque a Reyes no le gustaba que criticaran su trabajo, algo dentro de él sabía que tenía razón.

—¿Y qué propones? Hasta ahora no he encontrado ni un solo candidato que mereciera siquiera la pena entrevistar —se defendió.

El marino sonrió y se detuvo a pensar.

—Probablemente cuándo sepas de quién se trata, lo taches de favoritismo, pero puede que conozca a alguien que te pueda interesar.

—¿De quién me hablas? —preguntó Reyes, curioso.

—Mi hermano pequeño es marino mercante. No tiene experiencia específica pero siempre ha estado muy ligado al ámbito militar. De hecho no es marino de guerra porque siempre fue un poco aventurero y la Armada no le parecía reto suficiente. Ahora mismo está en Cádiz y sin trabajo; si te interesa le llamo y os tomáis una cerveza. Si no quieres mojarte puedo no decirle que estás buscando contratar.

A Reyes le había costado arrancar a su yo profesional, pero una vez que lo había conseguido, meditó cuidadosamente la propuesta.

Inicialmente, lo que más le sorprendió fue la forma en la que el marino se lo había planteado. De cualquier persona se hubiese esperado que lo avasallara intentando conseguir un trabajo para su hermano, pero este hombre parecía estar proponiéndole una solución a su problema sin importarle que el interesado fuese familia.

Decidió aceptar. Al fin y al cabo, no tenía nada que perder.

—Buenos días, señor Reyes. Encantado de conocerle.

—Buenos días, señor Guerra. Igualmente.

A sus 56 años, Miguel Guerra Méndez era el director de los astilleros Navantia, antiguos Izar y

Bazán. Reyes no había oído hablar mucho de él y solo sabía que era un ingeniero naval que había desarrollado toda su carrera en la empresa.

Aquello, pensaba el alicantino, podía ser muy bueno o muy malo. Podía ser un hombre que conociera su empresa mejor que nadie (desde el punto de vista del ingeniero) y que hubiese aprendido con la experiencia qué es exactamente lo que necesitaba; o podía que su falta de experiencia como empresario le pasase factura.

Reyes esperaba que fuera como fuese, aquello le ayudase a cumplir su propósito.

—Espero que haya tenido un viaje agradable desde Madrid.

¿Por qué le daba la impresión que todas las conversaciones que iban a influir en su futuro empezaban igual? Realmente a nadie le importaba qué tal había viajado, pero era la forma más sencilla de romper el hielo.

—Bien, bastante bien. El tren cada vez está mejor.

—Cierto —contestó el director, dando a entender que él también hacía viajes frecuentes a Madrid.

«No está cómodo», pensó Reyes. Parecía estar jugando un papel que no le gustaba. Algo le decía que Guerra se encontraba más en casa con sus planos y modelos que en negociaciones y tratando asuntos económicos. Y probablemente los asuntos políticos tampoco le atrajeran mucho.

Parecía tratarse del típico caso en el que un directivo deja una entidad casi destrozada y se marcha, obligando a esta a sustituirle. La empresa, recelosa de empresarios y gente extraña a la misma, pone a uno de sus propios hombres a la cabeza. Probablemente fuese el mejor capacitado para ello, pero aun así seguía sin encontrarse cómodo.

Aquello iba a ser interesante, pensaba Reyes.

—Bueno, señor Guerra, no quiero hacerle perder el tiempo —dijo.

Un hombre práctico apreciaría ese matiz.

—El hombre a quién represento —continuó—, el señor Friedrich Gotthelf, está interesado en hacerse con un barco de unas características similares a los BAM. Su presupuesto inicial es de sesenta millones de euros. Cualquier compra por encima de ese valor tengo que consultarla con él para que la autorice.

Después de meditarlo la noche anterior, aquella estrategia le parecía la mejor. Ofrecía un precio bastante bajo, como todo buen regateador, pero sin cerrar las puertas a la negociación. Además, al jugar la baza del señor Gotthelf y su autorización, ganaba un valioso tiempo para estudiar las contraofertas y planear su respuesta. Realmente era todo un farol; tenía prácticamente carta blanca para negociar.

—Veo que no le gustan los rodeos; me alegro. Sin embargo, debo decirle que su oferta es inaceptable; por el dinero que me ofrece puedo desguazar los barcos, venderlos por piezas y sacar más beneficios.

«Esto va estar interesante», pensó Reyes. Guerra no tenía un pelo de tonto; sabía negociar y debía de imaginarse, si es que no lo sabía a ciencia cierta, que era prácticamente la única oportunidad del novedoso proyecto encabezado por el empresario suizo.

Tras una larga mañana de negociaciones, de ofertas y contraofertas, de simuladas llamadas a

Suiza y de tediosas renegociaciones, los dos hombres llegaron a un acuerdo por noventa millones de euros. Reyes sabía que a Gotthelf no le hubiese importado pagar el doble, pero eso no era razón para despilfarrar el dinero.

Además, a lo largo de la mañana se le había encendido una bombilla y había añadido una premisa a sus requerimientos. El acuerdo final incluía el uso de los astilleros para las pequeñas remodelaciones que él estimara oportunas. Reyes sabía que para la empresa española era la única manera de mantener muchos puestos de trabajo y no tener que echar gente a la calle, mientras que para él era la solución a otro pequeño problema. No solo había conseguido un barco, sino que tenía los medios y el personal mejor cualificados para terminarlo de acuerdo a sus exigencias.

Exultante, llamó al señor Gotthelf (de verdad) para darle la buena noticia. El suizo parecía encantado y le felicitó por su progreso. Además, le informó de que los contactos con el gobierno somalí continuaban siendo satisfactorios y que Egger había recomendado que el barco navegase bajo bandera somalí para evitar problemas y facilitar algunos aspectos legales. Reyes no veía ningún inconveniente; en el mundo de la marina mercante era habitual navegar bajo banderas que nada tenían que ver con la nacionalidad de la empresa, el armador, el capitán o el puerto base.

Por último, el señor Gotthelf puso en sus manos una responsabilidad que no había previsto.

—Bueno, señor Reyes, el barco lo ha encontrado usted, así que le corresponde el honor de darle nombre.

Eso era algo que no había anticipado y Reyes no pudo más que sonreír al pensar cómo algo que podía parecer tan trivial probablemente le fuese a llevar tanto tiempo como la mayor de las complicaciones.

Una vez de vuelta con Guerra, se decidió a atacar el que parecía ser el último escollo.

—Señor Guerra, hasta ahora usted y yo hemos llegado a un acuerdo por un barco que ha construido su empresa. Sin embargo, ese barco está infestado de tecnología desarrollada en cooperación con el gobierno. ¿Tiene algún tipo de plan para conseguir un permiso de venta a particulares?

Guerra sonrió con el aire de quién va tres pasos por delante.

—Digamos que ese obstáculo ya está salvado —respondió—. España no puede permitirse perder sus únicos astilleros militares ni tampoco generar miles de despidos. He obtenido permiso para vender la tecnología con la condición de que nunca será usada contra España o cualquiera de sus aliados. En caso de así serlo el contrato de venta sería inmediatamente revocado sin posibilidad de compensación.

Reyes no podía pedir más.

—Simplemente he de pedirle —dijo el ingeniero— que le dé un poco de propaganda positiva a su proyecto. No le va a hacer ningún daño y... digamos que al gobierno le gustaría que sus ciudadanos entiendan que la tecnología que se ha desarrollado con el dinero de todos se va a usar para hacer el bien.

Y aquello era una manera no muy indirecta de decir que el gobierno quería asegurarse tener a la opinión pública de su lado.

Reyes sabía que Guerra tenía razón, y a él no le iba a hacer ningún daño la propaganda. Se

podía imaginar que el gobierno presentaría la venta como una magnífica salida de una situación algo complicada. Por su parte, sabía exactamente a quién tenía que llamar para conseguir un par de páginas en un periódico de tirada nacional. Entrada de capital extranjero, generación y mantenimiento de puestos de trabajo, posible eliminación de daños a pobres inocentes por parte de unos malvados piratas. Con esos argumentos convencerían a cualquiera.

—Magnífico, señor Guerra. Ha sido un auténtico placer hacer negocios con usted. En unos días tendrá noticias mías con las modificaciones que tengo en mente.

Y con eso, se despidió, predisponiéndose a una tarde de descanso para celebrar el gran paso que había dado su proyecto.

Entonces se acordó de que tenía una cita.

Pablo Marzán Febles sacó el teléfono.

—Es Nacho —le dijo a su hermano Javi antes de descolgar.

—Dime, Nacho.

Después de escuchar durante un par de minutos contestó:

—Está bien, allí estaré.

Tras guardar el teléfono levantó la vista y se encontró con la mirada inquisitiva de su hermano mayor.

—Quiere que conozca a alguien. No me ha dicho quién es ni qué quiere pero ha dejado intuir que puede tener un trabajo para mí. Por lo visto lo conoció en el tren —dijo poniendo cara de no saber qué conclusión sacar de todo aquello.

Pablo observó cuidadosamente a su hermano. Siempre había sido un ejemplo a seguir y una fuente de buenos consejos. Aun entonces, con treintatres años, sentado en el sofá del salón de su hermano mayor y saboreando un café después de la magnífica comida a la que le había invitado, Pablo se sorprendía de la influencia que tenía Javi sobre su vida.

El mayor de los hermanos Marzán Febles tenía treinta y nueve años; casado y con tres hijos. Se había hecho marino siguiendo los pasos de su padre, era ya capitán de corbeta y estaba destinado como profesor en la cercana Escuela de Suboficiales en San Fernando.

Siempre había tenido una enorme vocación e ilusión por su trabajo, pero con los años se había desenamorado. La falta de operaciones reales y las enormes restricciones políticas en las pocas que había habido le habían hecho perder la ilusión. Además, había descubierto su segunda pasión: el profesorado, que ejercía en su actual destino. La familia también influía en el hecho de que ya solo pidiese destinos en barcos para mandar o para cumplir los años mínimos embarcado que le exigían para ascender.

Por lo que Pablo sabía y lo que había oído, su hermano mayor era realmente bueno en su trabajo y verdaderamente creía en la Armada, pero no en el uso que se le daba. Cuando el pequeño de la casa aún era un adolescente, la influencia de Javi, aun más que la de su padre, le había hecho querer ingresar en la Escuela Naval Militar, centro de formación de los oficiales de marina. Sin embargo, algunos comentarios de su hermano e ídolo le desconcertaron y decidió hablar con él.

Todavía recordaba cada detalle de aquella larga charla. Su hermano no llevaba mucho tiempo

fuera de la Escuela, pero ya empezaba a darse cuenta de que aquello no era exactamente lo que esperaba. No se arrepentía de su elección porque siempre había querido servir a España, pero también sabía que la carrera que había elegido iba a tener momentos muy frustrantes.

Todo eso, en su papel de hermano mayor y responsable, se lo transmitió al joven Pablo en aquella charla. Jamás lo desanimó ni intentó influenciar su decisión. Nadie mejor que él sabía que la carrera militar ofrecía una seguridad económica que, aunque no permitiese lujos, era muy de agradecer. Además, daba unas oportunidades de viajar y vivir experiencias casi inigualables. Y jamás criticó. Se dedicó a mostrarle con objetividad todas aquellas cosas que solo se veían desde dentro.

Pero aquello fue suficiente para el joven Pablo. Sabía que no hubiese desanimado a otros como su hermano Nacho, el segundo de los cinco, que también acabó por seguir los pasos de Papá; pero él era distinto. Desde siempre había tenido una necesidad de hacer cosas nuevas y sentirse provechoso. Quizás también de ser especial, aunque eso puede ser fruto de ser el pequeño de cinco hermanos.

Por todo aquello había tomado la decisión de hacerse marino mercante. Se había informado y había averiguado que aquello iba más allá de llevar transatlánticos. Le permitiría mantener el contacto con el mar, que tanto le apasionaba, y le abriría las puertas de aventuras que soñaba con tener.

Aun todos esos años después, revivía a menudo en su mente el día que decidió hacerse marino mercante y no de guerra. Y aún había días en los que se preguntaba si hizo la elección correcta.

Como todas, su carrera había tenido altos y bajos. Había hecho de todo. Pesca y transporte, vela y motor, rutinas como el ferri de Ceuta, de las que pronto se había cansado, y viajes extraordinarios como aquel alrededor del Cabo de Hornos en un velero de 40 metros y dos palos.

¿Había merecido la pena? Quizás eso nunca lo sabría. ¿Compensaba la inigualable experiencia de doblar el Cabo de Hornos en un velero todo el tiempo que había estado sin empleo? O con un empleo horrible. Afortunadamente con el tiempo y la experiencia se había hecho un pequeño hueco en el mundillo y no le costaba demasiado encontrar trabajo.

Sabía lo que sus padres hubiesen preferido. Y también sabía que nadie en su familia estaría orgulloso de él si supieran algunas de las cosas que había tenido que hacer. En alguna ocasión, había sido perfectamente consciente de la ilegalidad de los actos que tenía que cometer para cumplir los contratos. Por supuesto, él mismo se moría de vergüenza cuando recordaba aquellos camiones perdiéndose en la oscuridad. Camiones cargados de bultos etiquetados «FRÁGIL» que se habían desembarcado en la playa minutos antes desde el barco que él capitaneaba. ¿Muebles? ¿Joyas? ¿Animales exóticos? Estaba seguro que no se trataba de drogas, pero eso no aliviaba la vergüenza de la memoria. Mirándolo fríamente, la experiencia de acercarse a una playa de noche, con todo apagado, era única; pero no solía ser uno de los requisitos que le pedían como oficial o capitán.

A veces no podía evitar pensar que se había imaginado una vida como marino demasiado fantástica e imposible de cumplir; basada en los libros cuyos argumentos se desarrollaban a finales del siglo XVIII o principios del XIX. Pablo sonrió para sus adentros. También había sido

Javi el que le había introducido a aquellos libros que le encantaban.

Mientras él se sumía en sus recuerdos, su hermano parecía haber meditado sobre la llamada de Nacho, y se limitó a hacerle ver que no tenía nada que perder.

Pablo sabía que su hermano mayor, como siempre, tenía razón. Tras agradecerle la invitación a comer (era curioso como aumentaba la frecuencia de las mismas cuando él estaba sin trabajo) se marchó con la muy remota esperanza de que el desconocido que Nacho quería presentarle le ofreciera algo interesante. Aunque hubiese dejado algunos por puro aburrimiento, no soportaba estar sin trabajo.

—Reyes, éste es mi hermano Pablo. Pablo, éste es Jaime Reyes Luzón.

Su hermano Nacho se había decidido por el bar Terraza y sus mesas en plena Plaza de la Catedral gaditana. Los tres se sentaron y pidieron sendas cañas.

Nacho, como promotor del encuentro y punto en común, inició la conversación.

—Reyes tiene un interesante proyecto entre manos del que me estuvo hablando en el tren. Yo le di mi opinión, pero al enterarse de que tenía un hermano en la Mercante quiso conocerte para saber en qué discreparíamos.

El alicantino no necesitaba más introducción y explicó su plan en detalle al joven marino. Dejó de lado intencionadamente la parte de la dotación. Pablo se limitó a asentir y a hacer un par de preguntas puntuales. Cuando Reyes acabó su relato, se sumió en un largo silencio que rompió para decir:

—Me parece una idea magnífica, pero tiene un par de puntos flacos. Primero, la dotación. Para lo que usted propone va a necesitar profesionales y esos solo los tiene la Armada —dijo señalando con la cabeza a Nacho.

—Segundo, el aspecto legal. No ha dicho nada de cómo pretende obtener permisos para operar en aguas somalíes.

Reyes asintió concediendo el argumento.

—En cuanto al barco, le falta velocidad punta y de crucero. Si no me equivoco —dijo mirando a su hermano—, los BAM tienen una velocidad máxima de entre veinte y veintidós nudos. Eso puede no ser suficiente para perseguir a uno de esos buques nodriza o para llegar al sitio del incidente a tiempo. Además, tiene un barco con capacidad de operar helicópteros, pero no helicóptero. Yo no soy ningún experto, pero las operaciones de vuelo en buques no son tan sencillas como parecen —dijo mirando a su hermano una vez más, quién no tuvo otra opción que darle la razón—. Y está claro que el helicóptero es clave.

Reyes ya estaba sorprendido de que alguien con ninguna experiencia específica supiese tanto y tuviese las cosas tan claras. Pero el más joven de los tres continuó:

—Hablando del helicóptero, un piloto capacitado para tomar en barcos no es fácil de encontrar. En cuanto al barco, hay muchos equipos y aparatos que no le van a hacer falta y que ocupan un espacio que probablemente podría aprovechar mejor. Si no me equivoco —continuó volviendo a mirar a su hermano— los BAM montan un cañón de tres pulgadas y no me imagino en qué situación se podría necesitar en Somalia. Yo lo cambiaría por algo de menor calibre pero mayor

precisión. También se me ocurren el equipo de guerra electrónica o algunos equipos redundantes que la Armada lleva pero que no son del todo necesarios. Y por último, lo que la Armada llama el «trozo de abordaje», es decir, el equipo que se encarga de registrar otras embarcaciones y que podría llegar a intentar recuperar una. Eso es quizás la parte más importante, pues constituirán el puño ofensivo; la punta de lanza. El 90% de las operaciones que no sean de disuasión las llevarán a cabo ellos. Va a necesitar gente con un adiestramiento específico y alguien muy bueno y con mucha sangre fría para mandarlos. Entre ellos, yo intentaría conseguir uno o dos tiradores de precisión para apostarlos en las cubiertas altas del barco propio.

—Increíble; pareces un especialista en el tema —fue todo lo que consiguió balbucear un abrumado Reyes.

—Mi padre y mis hermanos solo hablan del trabajo y no puedo negar que me gusta. Además, estoy suscrito a varias revistas navales y no sé si mi hermano le dijo que estuve a punto de ser marino de guerra yo también.

El Reyes profesional se recuperó rápido.

—Tengo entendido que estás sin trabajo y, como sabes, yo estoy sin dotación. Me gustaría que fueses el primer miembro y mi mano derecha durante el periodo de preparación. No puedo prometerte que lo vayas a mandar pero sí que serás, al menos, uno de sus oficiales.

A Pablo aquello le cogió desprevenido. Con la charla, se le había olvidado que su hermano había insinuado que Reyes podía tener un trabajo para él. Y desde luego no contaba con que le fuese a llevar lejos de casa un tiempo indeterminado. No justo entonces.

—Lo tengo que pensar—dijo.

—Por supuesto —contestó Reyes, sin sospechar lo más mínimo de la respuesta del gaditano.

Pero Nacho sí estaba algo sorprendido y observaba a su hermano pequeño pensativo.

Reyes se había dejado llevar por una corazonada. Pero, pensándolo fríamente, el joven marino había demostrado saber incluso más que algunos profesionales y tener una mente analítica. «Además, más vale pájaro en mano que ciento volando». Quizás jamás se le presentase otra oportunidad como aquella.

—Una última duda —dijo Pablo—. ¿Cómo se llama?

Reyes sonrió. No sabía qué tenían los Marzán que le caían tan bien.

—Esperaba que pudiera ayudarme a bautizarlo.

Ésta vez le tocó a Pablo devolver la sonrisa:

—Si finalmente trabajamos juntos, creo que tengo el nombre perfecto.

Unos días después, Nacho y Javi salían al jardín de casa de este último, llevando las bebidas y los entrantes de la comida. Un poco más allá de la mesa, de espaldas a la puerta que daba a la casa, Pablo estaba hablando por teléfono y, por los gestos que hacía y el tono de su voz, teniendo una ardiente discusión.

—¡Haz lo que te de la gana! —escupió el pequeño de los hermanos al aparato antes de colgar.

Al darse la vuelta y ver a Nacho y a Javi, su rostro pasó rápidamente del enfado a la vergüenza y, seguidamente, a un intento de inocente neutralidad. Pero sus hermanos lo conocían desde la

cuna.

—¿Con quién hablabas? —preguntó Javi, en un tono de ingenua ignorancia.

—Con una chica —contestó Pablo sin mirar a sus hermanos.

Javi y Nacho se miraron y sonrieron. El pequeño de la familia siempre había sido muy receloso de sus relaciones. Solo había presentado a una de sus novias a la familia, pero todos sabían que había habido varias más.

—Bueno —dijo Javi, en parte por evitar un silencio incómodo y en parte porque se moría de curiosidad— ¿qué vas a hacer con el trabajo que te han ofrecido?

—Aceptarlo —contestó Pablo con toda naturalidad.

Sus hermanos sonrieron.

—¿Cuándo pensabas decírnoslo!?

«Pues lo acabo de decidir hace dos segundos...», pensó Pablo.



Capítulo Tres

—¡Mohammed!

El interpelado se apresuró a dirigirse al despacho de su jefe. No había quién confundiera aquel profundo rugido que tenía por voz. Siempre parecía a punto de quebrarse, pero nunca dejaba una palabra en el aire.

—Dígame.

—¿Te has encargado de Mukhtar?

—Sí, señor. Les hemos pagado y le he dado las instrucciones necesarias para que vuelvan a estar disponibles en un par de semanas.

—Bien —gruñó—. Más le vale no desaparecer o intentar jugármela. ¿Los tienes vigilados?

Mohammed asintió.

—Hay muchos piratuchos en Somalia —continuó su jefe—, pero ese chaval ha demostrado tener algo especial y, después de lo que nos hemos gastado en adiestrarlos, no quiero perderlos y tener que empezar de cero. ¿Estás seguro de que no sabe quién eres?

—Perfectamente, señor. Nunca nos hemos visto las caras, y le he dejado intuir que represento una compañía de seguros occidental.

—Bien. Nadie puede asociarnos con ellos. Nadie, ¿me entiendes?

Mohammed asintió fervorosamente.

Pablo y Reyes esperaban a Guerra en la antesala de su despacho. El día anterior se habían puesto manos a la obra y habían estado discutiendo las posibles modificaciones al barco.

Entre los dos habían tomado la decisión de plantear a los astilleros los requisitos y que estos propusieran las soluciones; al fin y al cabo se dedicaban a eso. Pablo había insistido en el aspecto de la velocidad. Los BAM tal y como los había concebido la Armada tenían dos grandes ventajas: la autonomía y el bajo consumo. Con dos ejes, es decir, dos hélices, una en babor y otra en estribor, y un motor diesel por cada eje, obtenían los veintidós nudos de velocidad máxima sin un gasto excesivo. Además, cada eje también contaba con un motor eléctrico cuya energía se obtenía del sistema de generación de corriente de a bordo (cuatro motores generadores), que tenían un consumo muy económico.

Sin embargo, lo que Pablo quería era un barco más rápido, mientras que Reyes no creía que un aumento del gasto preocupase mucho al señor Gotthelf. Ninguno era especialista en el tema, por lo que querían plantearles el problema a los ingenieros para ver qué solución ofrecían. Pablo esperaba que algún tipo de modificación fuese suficiente, puesto que sabía que un cambio en la planta propulsora podría retrasar la fecha de entrega del barco un tiempo considerable.

También sabía que la otra opción era la que usaban las marinas de guerra para propulsar sus

escultas: turbinas de gas. Derivadas de las turbinas de avión, daban mucha más potencia y eran, por lo general, más fiables, pero el consumo se disparaba. Además, él no tenía constancia de ningún buque tan pequeño propulsado por turbinas, por lo que el espacio podría ser un problema.

El otro medio de propulsión usado por marinas de guerra era el nuclear, pero ese era completamente inviable. Solo grandes submarinos, cruceros y portaaviones de algunas marinas lo utilizaban.

En cuanto al armamento, habían estado discutiendo la utilidad del cañón de tres pulgadas. Reyes mantenía que daba un poder disuasorio muy importante, pero Pablo insistía en que necesitaban un sistema de armas que les diese precisión por encima de todo lo demás. Para él la capacidad de acertar a un blanco pequeño y rápido a distancias relativamente grandes era imprescindible, mientras que la potencia de fuego era mucho menos importante. Estaba cansado de leer sobre incidentes en los que la incapacidad de discernir si el tiro iba a dar al motor fueraborda o al pirata terminaban sin haber podido abrir fuego.

Los BAM eran con diferencia los buques de la Armada mejor preparados para este tipo de escenario, con dos ametralladoras de 25 mm con control desde el Centro de Información y Combate (adyacente al puente) y dirección por cámara, telémetro láser y la dirección de tiro¹ del cañón. Además, la dirección de tiro contaba con una cámara asociada. También tenían planeado embarcar numerosas armas ligeras, sin embargo, a Pablo le faltaba precisión.

En cualquier caso, habían decidido plantearle su preocupación a Guerra para averiguar si tenía alguna solución, y Reyes había llamado a un amigo del mundo del armamento naval por si sabía de algo que les pudiera servir.

También habían decidido darle a Guerra una lista de los equipos que no iban a necesitar y darle la opción al ingeniero de presentarles una serie de propuestas con las que aprovechar el espacio. Además de lo que había dicho Pablo cuando se conocieron, habían pensado que algunos equipos de comunicaciones, sobre todo equipos específicamente militares, no los iban a necesitar.

Por último, Pablo creía necesario llevar una *rhib*² de respeto. El barco contaba con dos, una en cada banda, con estibas y grúas propias, pero en una misión algo larga, una avería en alguna de ellas podía dejarles medio cojos. No estaría de más llevar alguna guardada en caso de necesidad. También se habían planteado la posibilidad de un sistema de largado más rápido, como el que utilizaban los guarda costas americanos, entre otros. Este consistía en un pequeño dique o playa en la popa del barco desde el cual se dejaba caer la *rhib* al agua. El problema era la viabilidad de dicha obra a las alturas del proyecto a las que estaban.

Pocos minutos después, Guerra les invitó a pasar a su sobrio despacho. Nada que ver con el de Gotthelf, pensaba Reyes. Tras plantearle sus inquietudes, su primera reacción no fue del todo positiva, pues aquello podía suponer una carga de trabajo importante. Sin embargo, en seguida reaccionó recordando que, al fin y al cabo, eran sus clientes. Entonces, Reyes y Pablo pudieron ver claramente cómo al ingeniero se le iluminaba la cara mientras se ponía manos a la obra. Estaba claro cuál era la parte de su trabajo de la que disfrutaba.

—Bien señores —dijo el ingeniero—, me alegro de ver que lo han meditado y que tienen las

cosas claras. Como ya sabrán, lo que más problema nos puede dar es el sistema de propulsión. Le plantearé el problema al departamento y a ver qué nos dicen. En cualquier caso, aquí en Puerto Real solo trabajamos con motores diesel, así que en caso de plantearnos lo de la turbina, que a priori se me antoja hartito ambicioso, tendríamos que contactar con nuestra sucursal de Ferrol. Además, adquirir una turbina siempre es más complicado que un diesel. Prácticamente solo Rolls Royce y General Electric hacen turbinas para barcos.

—En cuanto al cañón —continuó Guerra—, puedo intentar conseguir algo de las empresas de armamento con las que solemos asociarnos, pero no tengo constancia de nada parecido a lo que me piden, ni en España ni en el extranjero. La eliminación de algunos equipos y la *rhib* de respeto no deberían de ser un problema.

Reyes tomó la palabra:

—Estupendo señor Guerra; no le molestamos más y le dejamos ponerse manos a la obra. Nos mantendremos en contacto, pero en cualquier caso llámeme ante cualquier novedad. Y en cuanto pueda deme una estimación de cuándo estará listo el barco.

—Muy bien.

Los dos se dirigían hacia la puerta cuando Reyes recordó la otra decisión que habían tomado.

—Ah. Una última cosa: lo vamos a llamar «Albatros».

Un par de horas más tarde, Reyes y Pablo abordaban su siguiente problema: la dotación. Reyes, como hombre metódico que era, quiso organizar el trabajo antes de empezar.

—¿Qué es lo que necesitamos? —preguntó entre retórica y realmente—. ¿Qué es lo más importante?

Pablo pensó unos instantes y respondió:

—Dado el cariz de la empresa que vamos a acometer, creo que lo más lógico es basar nuestra dotación en un modelo de dotación militar, y en ese caso está claro que lo primero son los oficiales. Hacen falta al menos tres capacitados para montar guardia en el puente, que también podrían asumir las jefaturas de las distintas parcelas de trabajo o destinos. Estas tres áreas también podríamos adoptarlas de la Armada: Control del Buque (todo lo relacionado con la cubierta, maniobra y navegación, y comunicaciones), Sistema de Combate (sensores y armas) y Propulsión y Electricidad, comúnmente conocido como Máquinas. También necesitamos a alguien que se encargue del aprovisionamiento y la habitabilidad, y a un médico o al menos un enfermero espabilado. Por último, necesitamos uno o dos pilotos de helicóptero, aunque aún no tenemos helo, y un jefe para nuestro equipo de abordaje. Creo que no me olvido nada.

—No, creo que has pensado en todo —sonrió Reyes, pensando en que sin Pablo estaría bastante perdido—. ¿Y qué propones que hagamos para encontrarlos?

—Buena pregunta.

El gaditano se paró a pensar y, cuando Reyes ya temía que no iba a encontrar una respuesta a su pregunta, dijo:

—Yo solo tengo experiencia con marinos, así que si se fía de mí, me encargo de los oficiales de puente. De lo demás tendrá que encargarse usted, aunque le echaré una mano en lo que pueda.

A Reyes le pareció una propuesta magnífica, aunque no tenía ni idea de cómo iba a abordar sus cometidos.

—Está bien; en ese caso yo me marcho para Madrid a buscar un piloto, un médico, un contable o similar y alguien versado en combate cuerpo a cuerpo. ¿Me he equivocado en algo?

—Creo que no —contestó Pablo.

—Pues lo dicho; te llamaré cuando tenga un candidato adecuado para que me des tu opinión. Sugiero que hagas lo mismo.

—Perfecto.

Un par de días más tarde, Pablo y Nacho estaban otra vez en el Terraza, ésta vez acompañados de Javi. Pablo los había invitado a tomar unas cañas con la excusa de su nuevo trabajo, pero su verdadero propósito era conocer la opinión de sus hermanos, que tanto valoraba, tanto profesional como personalmente.

A veces, su relación con sus hermanos le sorprendía hasta a sí mismo. No conocía a nadie que, con la edad que ellos tenían, siguiese teniendo un trato entre hermanos como el suyo. Mantenían el contacto siempre que podían, lo que, dado sus trabajos, era menos de lo que desearían; y cada uno sabía que podía contar con los demás para lo que necesitara.

Todos se sentían como en casa en casa de los otros, y para Pablo sus cuñadas se habían convertido en nuevas hermanas, mientras que sus sobrinos eran una mezcla entre hijos y hermanos muy pequeños.

Cada vez que se le venía esto a la cabeza, no podía dejar de pensar que algo tuvieron que hacer bien Papá y Mamá.

Allí estaban los tres, tan distintos y a la vez tan parecidos. Físicamente eran todos similares; altos y fuertes, morenos de piel y pelo, ojos oscuros y los tres muy parecidos a Papá y Mamá. Javi era el que más se parecía a la familia de Mamá y el más fornido. Nacho era una mezcla casi exacta de los dos, pero con los gestos de Mamá. Y Pablo se parecía más a Papá, aunque el carácter no era suyo. Javi había heredado la personalidad de Mamá: poco organizado pero muy intuitivo y quizás algo más listo que los demás. Todo ello aderezado por cinco años de Escuela Naval: responsable, inteligente y práctico. Nacho era parecido pero más serio y menos bohemio. Pablo tenía también todos aquellos rasgos, pero especiados por un insaciable apetito por lo nuevo y la aventura. Quizás por eso ellos eran oficiales de marina y él... bueno, aún no tenía claro qué era exactamente.

Sus otros dos hermanos, Pedro y Jorge, eran respectivamente economista y profesor de educación física. Pedro, el más tranquilo de los cinco, siempre fue el menos dado a la actividad pero, como en todo, tuvo la habilidad de encontrar un trabajo que le remitía unos magníficos ingresos sin apenas esfuerzo. Jorge, monumento viviente a la expresión «un armario empotrado», siempre quiso ser infante de marina, pero después de la adolescencia descubrió que le encantaban los niños y dar clase. Así, se había convertido en un buenísimo profesor de educación física que los niños adoraban y llevaba una sencilla vida que le hacía muy feliz.

Pablo tenía una relación muy buena con Pedro y Jorge, pero nada comparable con lo que tenía

con sus hermanos mayores. No sabía qué era, si la pasión por el mar o el deseo de servir a España o a un fin superior, o cualquiera de esas cosas que sus trabajos tenían en común, pero simplemente congeniaban.

Era por eso por lo que estaba sentado en una terraza con los dos hombres cuya opinión más respetaba. Aún recordaba cómo lo mejor de acabar la carrera y convertirse en marino fue el orgullo de pertenecer al excelso club al que sus hermanos le admitieron, en ocasiones presidido por su padre, pero normalmente compuesto por ellos tres. Papá tenía que mantener una relación más igualitaria con el resto de la familia, pero ellos tres no podían evitar hacer un corrillo en cada evento familiar.

No era capaz de describirlo, pero era una unión muy fuerte, basada en experiencias comunes en la mar y al mando de hombres.

Javi dejó su jarra en la mesa mientras saboreaba el trago y dijo:

—Bueno Pablo, parece que por fin se cumplen tus sueños. Da gracias a Dios, porque muy poca gente con sueños tan complicados los ve cumplirse. Macho, eres como el Cristiano Ronaldo de los marinos.

Pablo sonrió. Sabía que su hermano se alegraba genuinamente por él y que incluso le tenía algo de envidia. No se arrepentía de haberse hecho marino, pero siempre había soñado con la oportunidad de hacer algo así. Alguien dijo una vez que los militares son pacíficos pero no pacifistas. Por regla general no desean iniciar un conflicto -ellos mejor que nadie conocen sus consecuencias negativas-, pero no son contrarios al uso de la fuerza en caso necesario. Además, sabía por sus hermanos la contradicción que supone, por un lado, el sueño de defender a tu país frente al enemigo y, por el otro, el deseo de que tu nación no entre en guerra.

Nacho probablemente se sintiera igual, pero él no estaba tan desencantado como Javi. Además, estaba mandando, el objetivo y sueño de todo marino, y por tanto encantado con su trabajo en esos momentos.

Era irónico. Probablemente todos los comandantes y oficiales de la Armada soñaban con ir a Somalia con las órdenes que el Albatros iba a tener.

—Bueno, todavía queda mucho por hacer, y mi papel en esto está aún por ver —dijo Pablo, entre precavido y humilde.

—¿Qué tal fue el otro día? —preguntó Nacho.

—Muy bien —contestó Pablo—. Después de ponernos de acuerdo en las modificaciones que queríamos hacerle al barco, fuimos a Navantia y se lo comentamos al director. No sé cuánto va a pagar el suizo ese, pero nos trataron como a reyes. Ni una pega y todo ayuda y cordialidad.

—Me sigo sorprendiendo de la potra que has tenido —sonrió Javi mientras echaba otro trago—. Solo espero que os traten mejor que a nosotros. Si no, olvidaros de tener el barco listo en menos de quince meses.

Ser marino y criticar a los astilleros son dos cosas tan inseparables como Mortadelo y Filemón. Pablo también temía que un retraso en las gradas de Puerto Real acabase con el proyecto antes siquiera de hacerse a la mar.

—¿Y ahora qué? —preguntó Nacho—. ¿A esperar?

—No —rió Pablo—. Mi nuevo jefe se ha ido a Madrid a buscar un piloto, un médico, un habilitado, etc. Mientras, yo tengo que encontrar a tres tíos capaces de montar como oficiales en puente y, a ser posible, de llevar un servicio de los vuestros: un jefe de Máquinas, un jefe de Operaciones y un jefe de Control del Buque.

—Puffff —Javi no lo pudo evitar—. Espero que en Madrid haya escasez de médicos y pilotos porque si no, no sé cómo pretendes encontrar a tres tíos así antes de que tu jefe acabe.

Pablo era de la misma opinión, pero al menos así tenía una opción. Con el resto de oficiales habría estado completamente perdido.

—Mejor esto que tener que buscar médicos y pilotos —se defendió.

—Hombre, visto así— dijo Javi.

Además, Pablo sabía que para buscar oficiales de marina no solo tenía su experiencia, sino que también contaba con la de sus hermanos. Esa era la otra razón de aquel encuentro.

—Si me hubieses dicho esto hace años —dijo Javi— me hubiese ido contigo sin dudarlo. Pero ahora...

No hacía falta que terminara la frase; Pablo sabía perfectamente qué quería decir. La idea de añadir a su sueño hecho realidad a sus hermanos le había cruzado la mente, pero sabía que no era posible. Como buenos marinos de guerra, jamás dejarían su trabajo.

Nacho rompió el silencio que había mantenido desde que Pablo mencionó su búsqueda de oficiales.

—Puede que sepa de alguien que quieras conocer. Y ya es la segunda vez que le digo esto a alguien de tu nuevo proyecto —sonrió el segundo de los Marzán.

Nacho no había estado callado porque estuviese disfrutando la Cruzcampo o el paisaje. Llevaba un rato pensando si debía o no presentarle a Pablo su candidato. No porque este no fuese apto; estaba seguro que era el mejor que iba a encontrar. Si no porque, precisamente, al ser tan bueno podría restarle a su hermano papeletas para ser el capitán del Albatros. Y sabía que, aunque estaba entusiasmado con el proyecto, Pablo no podía dejar de pensar en mandar aquel barco. Lo sabía porque a él le pasaría lo mismo. Y a Javi también.

Por su parte, Pablo contuvo un brinco de alegría. Un posible candidato tan pronto era más de lo que sus mejores pronósticos esperaban.

—¿De quién se trata? —preguntó.

Nacho suspiró; ya no había vuelta atrás.

—Se llama Gabi Huesca Pérez —y no dijo nada más. Sabía que Javi terminaría la historia.

—¿El *primeraco* de tu promoción al que acaban de echar porque su patrullero tocó con un bajo? —preguntó el mayor de los hermanos.

No se había equivocado; la Armada era una pequeña gran familia y todos se conocían.

—El mismo. Vengo del juicio en Madrid. El veredicto decía algo así como que él no tiene la culpa pero que como era el comandante, es responsable.

Lo dijo sin más. El comentario no pretendía ser una crítica. Todos sabían que la responsabilidad no se delega: el mando es completamente responsable de todo lo que pase. Nacho continuó:

—Por lo visto era de noche. Estaba durmiendo. Su segundo³ estaba de guardia y clavó el barco en una piedra. La vía de agua fue tan grande que casi se les hunde allí mismo. Y dicen que no hay forma de repararlo. Es increíble... nada más tomar el mando me dijo que el alférez de navío ese era un inútil. Pero es como todo. No puedes hacer nada al respecto, pero si pasa algo es tu culpa.

Pablo no le interrumpió. Sabía que para Nacho tenía que ser duro ver cómo le pasaba eso a un compañero. Y saber que le podía pasar a él en cualquier momento. Además, recordaba a Gabi; Nacho y él eran muy amigos. El hecho de haber peleado por ser números uno de promoción durante cinco años de Escuela no había afectado a una gran amistad.

—En cualquier caso —continuó Nacho— ahora mismo, obviamente, está sin trabajo. Además, ha mandado, aunque se lo hayan truncado. Y ha estado en Somalia un par de veces. En el Castilla y en la Álvaro de Bazán si mal no recuerdo.

—Suena perfecto —dijo Pablo, con un gesto que no mostró que él también se había dado cuenta de que podía convertirse en un rival—. ¿Crees que le gustará el proyecto?

—No lo sé —contestó Nacho—. Estará pasando un momento difícil. Depende de cómo se lo planteo. Eso sí, te digo una cosa: es lo mejor de lo mejor. No conozco a nadie mejor que él, quitando a Javi.

El mayor de los tres bajó la cabeza entre agradecido y avergonzado.

—Yo también he oído cosas muy buenas de él, aunque nunca hemos coincidido.

Pablo ya había tomado una decisión. Por increíble que pareciera (incluso él mismo estaba asombrado), había llegado a la conclusión de que si aquel hombre era mejor que él, entonces debía de ser él el capitán. Y si no lo era, por la descripción de Nacho era el fichaje perfecto para convertirse en su mano derecha.

—Tienes que darme su número.

A la mañana siguiente, Pablo conducía su Golf por la carretera hacia Rota. Hacía ya un par de días que una idea le rondaba por la cabeza y el día anterior se la había comentado a sus hermanos. Después de mucho meditarlo y de sopesar pros y contras, le habían animado a intentarlo.

Era por eso que se dirigía a *Grease's Auto Repair Shop*, un taller mecánico en el pueblecito de Rota. El dueño, Thomas «*Grease*» Johnson era un *chief* (suboficial) mecánico de la US Navy que se había retirado prematuramente a los 45 años para montar un taller al lado de la vecina Base Naval de Rota.

El tejano se había enamorado de España y su conocimiento del español (de Tejas y de sus destinos en Florida) y su maestría con los motores habían convertido su taller en el favorito de los americanos destinados en la Base y de la mitad de los roteños.

Pablo lo había conocido mientras el americano realizaba su otro hobby: la vela. A nadie se le habría pasado por la cabeza que a un tejano amante de las bujías y los pistones le apasionara un deporte que se basa en su no utilización, pero Pablo conocía a muy pocos *trimmers* tan buenos como él.

El destino había querido que fuesen parte de la misma dotación de regatas durante tres años y Pablo pretendía explotar esa relación para hacerle al yanqui una oferta inesperada.

No tenía ninguna duda de que era el hombre adecuado para ser el «jefe» (de Máquinas) del Albatros, pero aunque supiese navegar perfectamente, el americano no tenía ningún título que le permitiese actuar como oficial de puente de un barco de esas características. Sin embargo, había decidido ir paso a paso. Ya solucionaría lo de los oficiales de puente más adelante. Conseguir un buen jefe de Máquinas era esencial.

Mientras aparcaba, Pablo pensó que estaba teniendo demasiada suerte como para seguir tentándola. Algún día se le tendría que acabar.

Con un tirón del freno de mano borró los malos augurios de su mente y se bajó del coche. Cuando estaba a unos metros del taller, un hombre de mediana edad con pelo castaño, de complexión ancha -que no gordo- y de estatura media, con ojos y piel claros y un pequeño bigote bajo una pequeña nariz salió de dentro y le saludó con un ligero deje anglosajón.

—Hey, Pablo. ¿Qué haces por aquí? ¿Le pasa algo a tu *cochesito*? —dijo mirando a su Golf.

Como todo buen americano, era un amante de los coches grandes y, aun después de todos los años que llevaba en Europa, le seguían haciendo gracia los pequeños compactos.

—¿Eh? No, mi coche está bien.

Grease le miró extrañado mientras le estrechaba la mano.

—¿Y qué te trae por aquí?

Pablo miró el bar del otro lado de la carretera.

—Te invito a una birra.

—A eso no te puedo decir que no —respondió el norteamericano.

Los dos cruzaron la calle bajo el sol abrasador y al entrar en el bar, Pablo se dirigió a una mesa apartada donde pudieran tener algo de privacidad. El camarero se les acercó.

—¿Qué *ze leh ofrekeh caballero*?

—Dos jarras de cerveza por favor —dijo Pablo y, volviéndose al americano— ¿Cómo va el negocio?

—Muy bien tío, estoy rentabilizando la ampliación del año pasado; cada vez viene más gente. De hecho ya tengo una plantilla de seis trabajadores.

—Estás hecho todo un *businessman*.

—La verdad es que nunca había soñado con que me fuera tan bien —dijo el americano—. Si lo llevo a saber hubiese dejado la *Navy* mucho antes.

Pablo empezaba a temer que su plan se fuera al garete.

—¿Me estás diciendo que no echas de menos navegar?

El americano lo miró detenidamente. Después de unos segundos, pareció decidir que Pablo entraba dentro de ese pequeño círculo de camaradas a los que haría una confesión tan personal. Aunque quizás era más profesional que personal. Pero esa es la magia de la profesión del marino: los lazos con tus compañeros, por poco que los conozcas.

—No te voy a engañar. Aquí soy muy feliz, pero echo de menos navegar, tocar puertos lejanos, trabajar en una institución jerarquizada y un poco de acción de vez en cuando. Además, el motor más grande que entra por esa puerta -señaló con la cabeza su taller- no es ni la décima parte de los que tenía en los barcos.

Pablo sonrió, el eterno tópico del americano al que le gustan las cosas grandes.

—Entonces puede que te interese lo que te voy a decir.

Grease le miró con curiosidad. La conversación estaba tomando un cariz inesperado para él.

—Digamos que soy parte de un proyecto novedoso y necesitamos alguien que se encargue de las máquinas.

Pablo dejó que asimilara la información. Al cabo de unos segundos, el americano le seguía mirando con la misma cara. Curiosidad educada, pero nada más. El gaditano sonrió al recordar que *Grease* era un jugador habitual de póker. Decidió continuar:

—Se trata de un barco de casi cien metros de eslora y le quiero hacer una modificación para que dé unos treinta nudos. Ahora mismo tiene dos motores de dieciséis válvulas de MTU que le dan veintidós pero en Navantia están estudiando cómo conseguir esos ocho extra.

—Eso te puede salir por un ojo de la cara y va a chupar más que una puta que no folla.

Pablo no pudo evitar una carcajada. Era divertido escuchar esas expresiones en boca de un extranjero.

—Mi jefe es bastante permisivo con los gastos —dijo.

—Interesante —dijo el americano—. Se me ocurren un par de ideas.

—Pues ahora que he captado tu atención, te voy a dar el verdadero caramelo.

El americano se incorporó en su silla, todo intento de esconder sus emociones olvidado.

—Vamos a ir al Cuerno de África con un permiso del gobierno de Somalia para cazar piratas.

—*You are kidding.*

—No. Te lo digo completamente en serio. Esos piratas han cabreado a alguien lo suficiente como para subvencionar un auténtico barco corsario que los persiga. Y han tenido la mala suerte de cabrear a uno de los pocos que se lo puede permitir.

—¿Esto es una proposición oficial?

—Te estoy ofreciendo que seas el jefe de Máquinas del barco. Si aceptas, mañana mismo tendrás que ir a Navantia a pelearte con los ingenieros para que me den lo que quiero. La proposición es todo lo seria que la puedo hacer. Solo faltaría que mi jefe diese el visto bueno, pero no creo que ponga ningún inconveniente.

Y aquello era lo que se conocía como un «*all in*». Gracias a Dios, tenía buenas cartas con las que respaldarlo.

—¡Soy tu hombre! —exclamó *Grease*—. Ahora cuéntame un poco más de este loco plan.

Pablo se recostó en la silla y llamó al camarero para pedirle otra ronda. Ahora que había conseguido su objetivo era cuando realmente iba a disfrutar la cerveza.

Esa misma tarde en su casa, Pablo descolgó el teléfono.

—Dígame.

—Pablo, soy Nacho. He hablado con Gabi y me ha dicho que quiere hablar contigo. Apunta que te voy a dar su número.

Después de meditarlo y de pedirle consejo a Javi, había decidido que lo mejor era que la primera aproximación la hiciese Nacho. Gabi tenía que estar pasando por un momento complicado

y la conversación podría tocar temas delicados e incluso tornarse desagradable.

Por eso le había pedido a Nacho que llamara a su compañero y le explicase la situación general. Éste había accedido y parecía haber tenido éxito.

—Inicialmente se ha quedado bloqueado —dijo Nacho—. Al recuperarse, lo primero que me ha preguntado ha sido que qué tal eres. Me ha pedido que me olvide de que eres mi hermano y que le dijera lo que sé de ti como marino. He debido de mentir muy bien, porque quiere hablar contigo... —bromeó Nacho.

—Je, je. Muchas gracias, Nacho.

—Nada, enano. Hasta luego.

—Hasta luego.

Pablo miró el trozo de papel. Sabía que el éxito del proyecto podía depender en gran medida del hombre a cuyo teléfono pertenecía ese número. Pablo solo veía dos opciones si Gabi Huesca se unía a la empresa. O se convertía en el mando de la misma o en su mano derecha. No iba a encontrar a nadie tan bien capacitado.

Había considerado que la pérdida de su anterior mando podría haber afectado psicológicamente al marino, pero sabía que Nacho no se lo habría propuesto como candidato si así fuera.

Sin querer darle más vueltas, marcó el número que le había dado su hermano. Después de dos tonos, una voz sin acento contestó. Pablo había vivido en su familia cómo los constantes cambios de destino dejan a una persona sin acento regional, pero aun así seguía sorprendiéndole.

—Dígame.

—Buenos días, soy Pablo Marzán, estoy buscando a Gabriel Huesca.

—Al aparato. Buenos días Pablo; y llámame Gabi por favor.

—Como quieras —contestó Pablo—. Bueno... mi hermano me ha dicho que querías hablar conmigo.

—Sí. La verdad es que lo que me ha explicado es todo un poco raro y quería oírlo en primera persona. Cuesta creerse que me surja una oportunidad así y sobre todo después de lo que me acaba de pasar.

Bien. Habla de su incidente sin problemas. Normalmente eso es un indicador de que lo ha superado.

—Sí. Me imagino que te ha sonado todo a cuento chino. Si te parece te explico todo desde el principio y a ver si así le ves un poco de sentido.

—OK.

Pablo le contó todo lo que sabía del proyecto, tanto lo que le había dicho Reyes como lo que había visto desde su incorporación. Le habló del señor Gotthelf y de Alps Tankers, de Navantia y el BAM, con sus modificaciones, de lo poco que sabía sobre lo que iban a hacer en Somalia e incluso de *Grease*.

—Sigue sonando increíble —dijo el marino— pero tengo que decir que estoy de acuerdo en todo el planteamiento. Yo solo añadiría un plan de acogida y vigilancia de posibles piratas capturados, además de dejar claro el procedimiento para dejarlos en manos de la justicia o donde sea y, sobre todo, uno o dos traductores.

El marino no había preguntado sobre el papel que se le estaba ofreciendo exactamente. ¿Qué le había dicho Nacho? ¿Estaba dando por hecho que iba a ser él el mando? ¿O que lo iba a ser Pablo? ¿O no le importaba? ¿O no se lo había preguntado?

Pablo decidió que tenía que dejar de comerse la cabeza y ser práctico. De una manera o de otra, Gabi iba a ser su colaborador más cercano, ya fuese como jefe o como subordinado, y tenían que tener una relación basada en la sinceridad. Pero antes de que le diera tiempo a reaccionar, Gabi le preguntó:

—¿Y cuál exactamente es el papel que me ofreces?

—Voy a ser sincero contigo. Mi jefe aún no ha decidido quién va a mandar el barco. Yo fui su primer fichaje pero los papeles aún no están determinados. Por ahora me encargo de encontrar al resto de oficiales. Por lo que me ha dicho mi hermano, con la experiencia que tienes serías un magnífico segundo y jefe de Operaciones si no eres el capitán.

—Dale las gracias a Nacho por el piropo. Sobre todo viniendo de él.

Pablo decidió no darle más vueltas; la suerte estaba echada.

—Entonces, ¿cuento contigo?

Tras una pausa, Gabi contestó.

—La verdad es que todo suena magnífico, pero una decisión así no se puede tomar a la ligera. Tengo que consultarlo con mi mujer y pensar qué va a hacer mi familia. Además, no me has dicho nada de sueldo.

—Por el aspecto económico no te preocupes. A nuestro armador no le preocupa gastar el dinero que haga falta y además del sueldo probablemente se establezcan unas primas por ataques abortados y piratas capturados.

—De acuerdo. En ese caso, te pido veinticuatro horas para pensármelo y te llamo a este número.

—Perfecto. Hasta mañana entonces.

—Adiós.

Notas

[1.](#) Dirección de tiro: radar que, en lugar de buscar blancos, concentra su haz electromagnético en uno, para obtener su posición y cinemática de forma tan exacta que permita interceptarlo con un disparo.

[2.](#) *Rhib: Rigid Hull Inflatable Boat*. Embarcación neumática inflable, con casco rígido.

[3.](#) Segundo comandante: Oficial de un buque de la Armada que sigue al comandante en la cadena de mando.



Capítulo Cuatro

Tres días después, Pablo se sentaba a una mesa presidida por Jaime Reyes y completada por *Grease*, Gabi Huesca y él mismo. Habían establecido su cuartel general dentro de la propia Navantia, en unas oficinas cedidas por los astilleros.

Reyes había querido reunirlos a todos y así aclarar dudas y decidir los próximos pasos a dar, además de conocer a las nuevas incorporaciones.

Grease llevaba un par de días con los ingenieros intentando buscar una solución viable para el aumento de velocidad que querían. En cuanto a Gabi, se había incorporado el día antes procedente de Madrid y era el que estaba más verde.

Pablo solo lo había visto en persona dos veces antes y lo recordaba algo distinto. Probablemente fuese el uniforme lo que le hacía parecer más alto y más ancho, cosa que unos chinos y una camisa no pueden hacer. La cara delgada y afilada era la misma, aunque con más ojeras debajo de los ojos marrones y con menos pelo (y más blanco) en la cabeza.

—Bien señores —comenzó Reyes— propongo que cada uno exponga las noticias que tiene y así nos pongamos todos al día.

Tras una ronda de asentimientos alrededor de la mesa continuó:

—Por mi parte, he tenido éxito con el médico y el contable. Ambos son relativamente jóvenes y con algo de conocimiento del mar. Y ambos están motivados. No creo que merezca la pena decir mucho más ya que los conoceremos en unos días. En cuanto a helicóptero y piloto, estoy perdido. Sin embargo, le sigo la pista a alguien que creo que será perfecto para llevar nuestro equipo de abordaje. Por otro lado, me dicen de Suiza que los aspectos legales están prácticamente cerrados con Somalia. Y el contrato de venta de Navantia está firmado y autorizado por el gobierno español. Por mi parte nada más. ¿Tú qué tienes Pablo?

El gaditano se incorporó y contestó:

—Mis dos grandes logros están aquí presentes y hablarán por sí mismos. Por ahora me falta un jefe de Control del Buque y quizás alguien más para montar en puente. Por lo demás, creo que es el momento de empezar a preocuparnos por el resto de la dotación, sobre todo ahora que tenemos a las futuras cabezas de los departamentos.

Reyes asintió.

—¿Señor Johnson?

—Parece que los ingenieros tienen una idea bastante sólida para solucionar nuestra petición —dijo el americano—. Faltaría ver si es viable. Cuando tenga más datos os informaré. En cuanto a los marineros para máquinas, yo puedo conseguir unos pocos. Hay dos chavales de mi taller que podrían llevar la parte de Propulsión uno y la de Electricidad otro. Ambos tienen experiencia en la *Navy*.

—Excelente. ¿Señor Huesca?

—Yo aun estoy poniéndome al día —contestó el aludido—. Por ahora mi única aportación es lo que le dije a Pablo cuando me explicó el proyecto; hay que dejar claro qué hacemos en el caso de que capturemos piratas. Tanto a bordo como el procedimiento de llevarlos ante la justicia o lo que se vaya a hacer. En el Castilla tuvimos más de un problema por este tema.

—Buen apunte —contestó Reyes anotando en su libreta—. La parte del barco os la dejo a vosotros. El aspecto legal lo consultaré con el señor Egger.

Pablo y Gabi asintieron dándose por enterados.

—Muy bien. Me alegro que todo vaya avanzando —resumió Reyes—. Ahora la idea es dejar cuanto antes claro el tema de máquinas —dijo mirando a Grease— y seguir completando nuestra dotación —comentó mientras miraba a Pablo y Gabi—. Por mi parte, me afanaré en conseguir helicóptero y pilotos y de seguir presionando a Navantia para intentar tener el barco listo cuanto antes.

»Llegados a éste punto, creo que es necesario que sepáis que Pablo va a ser el comandante —dijo el asesor sin preámbulo alguno.

A sus interlocutores aquello les cogió por sorpresa y no supieron reaccionar.

—Puede que sea una decisión prematura —dijo Reyes sin inmutarse— pero creo que hace falta que desde un principio haya una cabeza visible. Y mi uso del término militar no es casual. Dadas las características de nuestra empresa, creo que deberíamos adoptar el trato de comandante para nuestro capitán. Pablo es sin duda el que más sabe del proyecto ahora mismo y, aunque es el más joven de los presentes, ha demostrado en la planificación que es el hombre adecuado para el puesto. Gabi —dijo mirando al marino— siguiendo las recomendaciones que me ha dado Pablo, serás el segundo comandante y jefe de Operaciones.

El marino ferrolano, pues allí había nacido más de treinta años antes, asintió con la cabeza y se giró hacia Pablo. Entonces se levantó, se cuadró militarmente y dijo:

—A tus órdenes comandante —y le tendió la mano.

Desde ese momento Pablo supo que tenía el mejor segundo que pudiera soñar y que la mínima rivalidad -si es que la había habido- por ser la cabeza del proyecto estaba más que olvidada. A Gabi lo habían puesto a sus órdenes y, como buen militar, llevaba en la sangre el respeto a la jerarquía.

Cuarenta días más tarde, Pablo asentía desde el alerón del Albatros. En el puente, un marinero cogía la megafonía para anunciar que estaban atracados y que se podía finalizar la maniobra. El marino gaditano exhaló una bocanada de aire que parecía llevar contenida horas y se sacó las manos de los bolsillos. Era la única manera de evitar que se le fueran a tocarse el lóbulo de la oreja cuando estaba nervioso.

El Albatros acababa de finalizar sus primeras pruebas de mar satisfactoriamente. Había sido una sencilla salida a la mar para probar las últimas modificaciones (los portugueses habían llegado a hacer varias salidas), pero para Pablo y su recién formada dotación había sido la primera vez. Y la primera vez siempre es especial.

Pabló se quedó mirando en el alerón (que en los BAM está cubierto; dentro del puente) cómo el

personal en cubierta terminaba la maniobra mientras repasaba mentalmente los últimos días.

Los ingenieros de Navantia y *Grease* habían hecho un esfuerzo sobrehumano y habían conseguido modificar los motores del barco en un tiempo record. El americano le había advertido de que probablemente no alcanzarían los treinta nudos deseados, sino que se quedarían en veinticuatro o veinticinco, pero Pablo sabía que la petición que habían hecho era muy exigente y nunca esperó que estuviese solucionada tan pronto. Además, el tejano le había dicho que la mejora implicaba un aumento del gasto del combustible cercano al 200% a partir de los veintitrés nudos. Sin embargo, Pablo sabía que el gasto económico no era un problema, por lo que aquello solo le suponía tener que vigilar las existencias si necesitaba navegar a esas velocidades. En otras palabras, era su autonomía la que se podía ver afectada.

Durante la salida de ese día, habían aprovechado para probar las nuevas máquinas, y éstas habían respondido a la perfección. *Grease* le había admitido unos días antes que la modificación había salido tan bien porque Navantia ya la había estudiado en su día, y la mayoría de los cálculos ya estaban hechos, solo había hecho falta llevarlos a la práctica.

Como prácticamente todo lo demás estaba probado con anterioridad y no podían permitirse el tiempo que llevaría repetir toda la batería de pruebas, iban a tener que fiarse de las hechas previamente por la marina lusa.

Por tanto, la única otra novedad que habían probado eran las dos nuevas *rhibs* del barco. Los BAM militares cuentan con un espacio libre en la toldilla (la parte posterior) para portar contenedores configurables. Pueden llevar zonas de habitabilidad, ayuda humanitaria e incluso vehículos no tripulados. Como ellos no pensaban llevar nada de eso, habían aprovechado el espacio para montar otras dos embarcaciones que, junto con las dos originales, capacitaban a Pablo a llevar a toda su dotación en ellas, si quisiera.

Aun así, quedaba un espacio en toldilla sin usar que Pablo estaba pensando que podría servir para poner un tanque adicional de combustible. Eso le devolvería la autonomía que perdía con el aumento de velocidad.

Además, habían aprovechado para irse haciendo al barco, acostumbrándose a sus capacidades marineras -que eran magníficas- y adiestrando a la dotación que habían conseguido reunir hasta el momento.

Como segundo, Gabi se estaba encargando de distribuir a la gente, elaborando lo que en la Armada se conoce como un Plan de Combate, con el puesto de cada persona en cada situación del barco.

Por el momento tenían cuarenta de los cincuenta y cinco hombres que querían; un número parecido al que llevan los militares, dejando espacio para el equipo de abordaje y la dotación del helicóptero, con su gente de mantenimiento incluida.

La mayoría de los fichajes tenían experiencia previa en la Armada. Algunos ya no eran militares por una jubilación anticipada, otros porque los habían echado. Pablo se había asegurado de que los motivos de las expulsiones estuviesen superados, como el del nuevo contraestre y su antigua adicción al cannabis; o que no hubiesen sido importantes o justos, como el del artillero, a quién un comandante que le tenía manía le buscó las cosquillas hasta cogerle en un desliz

burocrático.

El resto del personal provenía de las marinas mercante y pesquera, y constituían el núcleo de gente para maniobra, puente y máquinas.

Pablo y Gabi habían decidido seguir un procedimiento similar al que siguió Reyes con ellos. Primero habían buscado a gente para cubrir los puestos de suboficial y después habían delegado en éstos para buscar a su propia gente; con supervisión, por supuesto. *Grease* había aportado a dos de sus mecánicos para Propulsión y Electricidad, por lo que cubriendo con el Sargento Primero retirado don Manuel el destino de Seguridad Interior⁴, dejaban lista la parte de Máquinas. Además del contramaestre (don José), habían fichado a don Alfonso para el puente, que tras quince años pescando en Terranova se había quedado en el paro.

También habían encontrado un pinche que, después de prepararles una comida, les convenció de que podía ser el cocinero; y un administrativo sin trabajo buscando aventuras. Estos dos últimos trabajarían bajo el contable que Reyes les había prometido.

Aparte del artillero, también contaban con un electrónico, un radio y otro ex suboficial para el CIC.

A estos once señores se les había encomendado la misión de encontrar tres subordinados cada uno. En pocas semanas tenían una dotación de cuarenta hombres y mujeres, todos elegidos por sus jefes y todos aprobados por el comandante y el segundo.

Además, Pablo sabía que su gente -pues eso eran desde entonces- estaba motivada (de maneras muy distintas), y no se podía pedir más. Al incorporarse, a todos se les había dejado clara cuál era la misión del barco y que éste iba a funcionar como si de uno de sus hermanos militares se tratara. La disciplina iba a ser más estricta de la que mucho estaban acostumbrados a ver. Al oírlo, pues Pablo se lo había dicho personalmente a cada uno, ninguno había parecido extrañado y todos habían asentido aceptando el contrato no verbal. Lo que ninguno esperaba era que inmediatamente después se le hiciera firmar un contrato en papel que establecía detalladamente el régimen de a bordo, desde el trato al comportamiento que se esperaba e incluso los correctivos correspondientes. En este aspecto, Pablo y Gabi se habían decantado por multas económicas, pues es ahí dónde a la gente le duele más. El contrato también establecía al comandante como juez omnipotente.

Pablo suspiró. Cada vez que se paraba a pensar, su mente le llevaba a lo afortunado que estaba -estaban, se corrigió- siendo, y de vez en cuando meditaba sobre la enorme responsabilidad que se le venía encima. Nunca había tenido a tanta gente bajo su mando. Ni un barco tan grande. Ni una misión tan importante.

En ocasiones como aquella, miraba a Gabi y no podía evitar preguntarse si el ferrolano no hubiese sido mejor que él para el puesto. Durante los días que llevaban ya había demostrado la valiosa ayuda que iba a ser, y siempre tratándole con el mayor respeto y subordinación.

Y eso le devolvía a la suerte que estaba teniendo.

Pablo salió de su trance y se recordó una frase que había oído años antes y que decía que la suerte solo acompaña a aquellos que no cuentan con ella en sus planes. Se dirigió al centro del

puede y sacó a Gabi de entre dos ingenieros. Juntos, atravesaron el pequeño CIC (justo a popa del puente), bajaron dos cubiertas y se dirigieron a popa hasta llegar a toldilla.

En ese momento subía por el portalón Reyes, acompañado de una pequeña comitiva que inspeccionaba el barco con curiosidad. El alicantino había dicho que estaba muy ocupado y no había podido acudir a la salida. Lo que Pablo no sabía era que Reyes había decidido no ir para no quitar protagonismo al marino en el primer día al frente de su nueva dotación.

Tras estrecharles la mano, el asesor les introdujo a sus acompañantes.

—Éstas son Ana Molinos y Esther Rodríguez; contable y médico respectivamente.

Los marinos consiguieron esconder su sorpresa. Los dos se habían imaginado a sendos hombres. Reyes parecía divertirse.

—Y ahora, mi regalo sorpresa —dijo girándose hacia el resto de sus acompañantes—. Este señor —señaló a un hombre de unos cuarenta años que parecía medir casi dos metros—, es Paco Díez. Paco era miembro de los GEOS de la Policía pero lo dejó para montar su propia academia de formación de personal de seguridad. Después de mucho insistir, he conseguido que deje su pseudo-retiro para ser el jefe de nuestro equipo de abordaje. Sus acompañantes son un par de ex compañeros y también trae alumnos aventajados, antiguos rivales en concursos de tiro y algún ex militar. Salvo que tengáis algún inconveniente o sugerencia, ellos compondrán el equipo de abordaje.

Los anonadados marinos no pudieron hacer más que asentir boquiabiertos.

—¿Pensabais que erais los únicos que habíais estado trabajando, eh? —sonrió Reyes—. Pues eso no es todo. La academia de Paco me dio una idea, así que decidí dar unas clases de vuelo.

Gabi no pudo evitarlo:

—¿Clases de vuelo?

—Sí. Y allí conocí a Joseba Gaztañaga —dijo el asesor señalando al más mayor de sus acompañantes, un señor de unos cincuenta—. Pero no os voy a engañar. Yo ya sabía quién era Joseba. Sin embargo, tras averiguar que después de ser piloto de Salvamento Marítimo y ganador de varios concursos de acrobacias había montado una pequeña empresa que hace viajes entre Ceuta y la Península y vuelos recreativos, tuve que conocerle. Y ya de paso le propuse que fuese nuestro piloto. Gracias a Dios me contestó que sí y hasta aquí todo seguía según mis planes, pero entonces me dice que él nos proporciona el aparato, otro piloto y el personal auxiliar y de mantenimiento —exclamó el alicantino al tiempo que abarcaba en un gesto de sus brazos al resto de la gente que había embarcado con él.

Reyes dejó pasar unos segundos y continuó.

—El que haya sido más rápido en salir de su estado de shock —sonrió—, quizás se esté preguntando por el helo. Se trata de un Agusta Bell 412 (marinizado, por supuesto) y estará aquí mañana por la mañana. Joseba conoce mucho mejor que yo los datos técnicos, pero creo que comprobaréis que cumple sobradamente nuestras necesidades. ¿Qué te parece Pablo?

—Bueno, señor Reyes —consiguió contestar el gaditano—, quizás recordando que fue usted el que me dio este trabajo me debería haber imaginado algo así. Hoy ha terminado de demostrar que es mi hada madrina. Y ahora, si le parece, vamos a introducir a los nuevos miembros de la

dotación —y con esto se giró hacia Gabi—. Todo el mundo al hangar.

El marino asintió y se alejó. Pocos minutos después, Pablo introducía a los recién llegados al resto de la dotación. Cuando todos se hubieron ido -unos a acomodarse y otros a terminar los trabajos antes de irse- y solo quedaban él y el segundo, le dijo:

—Gabi, ¿qué te parece si te invito a cenar para celebrar lo de hoy?

Pablo no sabía qué era, pero le estaba costando disfrutar del mando muchísimo más de lo que hubiera creído. Aunque ya había sido capitán en la mercante, nunca había tenido un proyecto tan importante, ni en el que tanto dependiera de él. En el Albatros, muchas partes definitivas del proyecto se basaban en decisiones suyas. Necesitaba desconectar.

—Bueno, comandante, he de decir que hacía años que no comía así.

—Te he dicho que fuera del barco me llames Pablo —dijo el gaditano por decimoséptima vez.

—Vale, vale. Pablo, entonces.

Habían ido a El Faro, famosísimo restaurante gaditano en pleno barrio de la Viña, que contaba con clientes tan ilustres como la Selección Nacional de Baloncesto.

Durante la cena habían aprovechado para conocerse mejor, puesto que los últimos días no les habían permitido casi ningún momento de relajación. No habían hablado del Albatros; ambos querían desconectar y sabían lo necesario que era olvidarse un poco del trabajo.

Sin embargo, como marinos y apasionados de su trabajo, la mayoría de su conversación había discurrido alrededor de sus pasadas experiencias. Por supuesto habían tratado temas personales y familiares, pero lo que realmente interesaba a cada uno del otro eran sus experiencias en la mar. Pablo escuchó con especial atención las anécdotas de las misiones de Gabi en el Índico mientras este descubría una cara de la marina mercante que no conocía.

Tras tres horas de suculenta cena, los dos marinos estaban hermanados como si se conocieran de toda la vida. Pablo había tenido subordinados con los que esa cercanía y confianza había dado lugar a situaciones incómodas en el desarrollo de su trabajo, pero sabía que el ferrolano era distinto. En el trato delante del resto de la dotación iba a seguir manteniendo las distancias, mientras que en privado la confianza adquirida le iba a permitir aconsejarle más libremente.

Esa es la situación ideal; ningún buen jefe debe querer subordinados que le digan lo que quiere oír. Un buen jefe quiere gente que le aconseje independientemente de las consecuencias. Hace falta alguien que haga ver lo que el jefe no puede, siempre y cuando una vez el mando tome la decisión, la apoye incondicionalmente.

Una vez acabados los postres, Pablo decidió aprovechar el ambiente relajado para hacerle a Gabi una pregunta que hacía mucho que quería plantearle.

—Bueno, ¿qué piensas de todo esto? Y como compañero, no como segundo del Albatros.

Gabi sonrió y dio un sorbo a su copa dándose tiempo para pensar. Cuando contestó lo hizo con sinceridad y evaluando cuidadosamente los hechos.

Empezó por decir que eran unos afortunados, puesto que contaban con un presupuesto casi ilimitado, el barco ideal para la misión y un jefe que parecía tener las cosas claras y ser muy competente.

Después, Pablo le invitó a evaluar a la dotación y el ferrolano comenzó por ofrecer un brindis por sus magníficos comandante y segundo. Después de que los dos se rieran y poniéndose más serio, Gabi pasó a hablar de los oficiales.

Primero, agradeció la relativa tranquilidad con la que trabajaban y aseguró que no echaría de menos los eternos papeleos de la Armada.

—Si trabajáramos como en la marina, sería incapaz de ser segundo y llevar también Operaciones. Pero aquí sé que no me van a dar apenas la lata con temas de personal y, al ir por libre, no tendremos que rendir informes constantemente que, al final, es a lo que se dedica un jefe de Operaciones.

Felicité a Pablo por su elección de *Grease* como jefe de Máquinas pues tenía un entendimiento intuitivo de los motores (y de la infinidad de equipos auxiliares que lleva un barco). Además, la gente que se había traído consigo también parecía totalmente competente y don Manuel, de Seguridad Interior, había encajado con ellos perfectamente, conformando la piña de Máquinas característica de las buenas dotaciones.

El marino ferrolano señaló que todas sus evaluaciones estaban basadas en el breve pero intenso trato que había tenido con la dotación los días anteriores y que el tránsito al Índico iba a ser el momento ideal para conocer a la gente.

Tras esto, Pablo aprovechó el comentario para plantear su idea de desarrollar un plan de adiestramiento intensivo en el tránsito a la zona de operaciones. Era su prioridad una vez que completaran la dotación y pertrecharan el barco, y sabía que las ideas de Gabi al respecto serían clave para llevar a la dotación al estado de preparación que necesitaba.

El segundo del Albatros no podía estar más de acuerdo con su comandante y admitió haber pensado ya algo sobre el tema. Necesitaban adiestrar a un grupo relativamente grande de gente para que fuese capaz de hacer un trabajo muy específico y que algunos no habían hecho antes. Y, aun más importante, necesitaban que ese grupo de gente que en su mayoría no se conocían entre ellos forjase un equipo. Esa es la única forma de conseguir que una dotación sea eficiente y convierta un barco en una máquina de guerra.

Volviendo a la gente, ambos estaban de acuerdo en que su deficiencia más importante era la falta de un oficial que se encargara del Servicio del Control del Buque y que pudiese montar guardia en puente. Además, otro oficial de puente más sería aconsejable.

En cuanto a los fichajes de Reyes, solo habían compartido unos minutos con ellos, pero todos les habían dado una buena impresión. Ana, la contable, en seguida había pedido ponerse al día en la situación del barco y, ayudada por don Carlos y don Agustín -cocinero y administrativo respectivamente- parecía haberse hecho rápidamente con el control e incluso había hecho ya un par de recomendaciones.

En cuanto a Esther, la médico, lo primero que había hecho había sido preguntar si iba a poder contar con alguien para ayudarla. Al saber que los marinos no lo habían contemplado, había propuesto que una de las incorporaciones que les quedaba para completar la dotación tuviese algún tipo de conocimientos sanitarios. De este modo, aunque trabajase para otro destino, podría ayudar cuando fuese necesario. La primera reacción de Gabi, como jefe de personal, fue señalar

la dificultad de encontrar a alguien de esas características en tan corto tiempo, pero Esther se había comprometido a encontrarlo ella misma.

También había entregado a Pablo una relación de los instrumentos y medicamentos que creía conveniente llevar a bordo y un borrador de varios planes de actuación en caso de emergencia, desde hombre al agua hasta una posible evacuación. El gaditano había mirado a su segundo buscando una confirmación de que aquello no era una broma para encontrarse a este completamente boquiabierto. Una vez recuperado, había admitido su desconocimiento del tema y la única restricción que había puesto era la del espacio. Tras esto, había preguntado a Esther por su experiencia en la mar y ésta le había contestado que, al saber de su contratación, se había puesto en contacto con varios colegas que habían trabajado en el ámbito marítimo y, con sus experiencias y algo de estudio por su parte, había confeccionado los planes, aunque admitía que le faltaba adecuarlos a las características del barco.

Tras recordar el encuentro, Gabi dudó en si debía dar luz al pensamiento que le rondaba la mente y se quedó mirando a su jefe. Pablo supo leer el silencio y le animó a continuar. Ese era el tipo de confianza que quería.

El ferrolano cogió aire y escupió:

—Nos es el hecho de que sean relativamente jóvenes y atractivas nos generará problemas.

Pablo soltó una enorme carcajada. Al cabo de unos segundos Gabi se le unió y, cuando ambos se hubieron recuperado, el gaditano explicó el porqué de sus risas.

—Eres como mis hermanos; se nota que estás casado y con hijos. Llevas demasiado tiempo fuera del mercado —se mofó—. Esas dos irradian rechazo a cualquier varón que se les aproxime con intenciones mínimamente amorosas. Tienen un cartel que dice «NO» en la frente —bromeó—. Además, son demasiado listas para dejarse embaucar por alguien de la dotación y, en cuanto a oficiales, creo que soy el único que por edad y estado civil podría intentar algo, y te aseguro que me comportaré.

Gabi le dio la razón, aunque no hizo comentarios respecto al último de sus argumentos.

Pablo estaba de acuerdo en que sus nuevas empleadas eran atractivas, pero ninguna de las dos era su tipo. Y lo último que quería era una relación sentimental... ya tenía bastante. Ambas debían de ser algo mayores que él, pero mantenían un cuerpo que podría pasar por el de una veinteañera.

Ana era alta y esbelta, con rasgos marcados pero no agresivos. Pelo castaño claro a juego con los ojos. Caderas anchas, pero bonitas y pocas curvas. Daba la sensación de ser algo altanera, pero agradable a la vez.

Esther era bastante distinta, más bajita y con rasgos más redondeados, incluyendo una generosa delantera a la que ya se había desviado más de una mirada. Pelo y ojos oscuros y una sonrisa divertida.

Aun con esas características, Pablo estaba seguro de que ninguna de las dos les iba a dar problemas tras la charla que había tenido con ellas al embarcar. Les había dejado clara la situación, además de avisarles de que serían responsables de los temas específicos femeninos a bordo y, por tanto, sus consejeras directas en este aspecto.

Ambas habían reaccionado positivamente y él estaba contento con el resultado de la reunión

porque se había puesto un nivel por encima del resto de la dotación, tal y como su cargo exigía, aunque su edad no lo demostrase.

Ansioso por evitar temas escabrosos, Gabi pasó a hablar de los dos oficiales que les quedaban por comentar: Paco y Joseba. Eran con los que menos trato habían tenido, pero ambos coincidían en la buena impresión que les habían causado. Estaba claro que no podían haber encontrado a alguien con una experiencia tan adecuada y en ambos casos parecía gente con agallas. Lo mejor que tenían tanto uno como el otro es que habían proporcionado la práctica totalidad de su equipo y material. Esto no solo reducía el trabajo de los marinos, sino que aseguraba un buen funcionamiento de los respectivos destinos al estar conformados por gente voluntaria y acostumbrada a trabajar juntos.

Gabi expresó la duda (que admitía infundada) de que Joseba supiese acomodarse a la disciplina de a bordo, mientras que Pablo esperaba que Paco supiese adaptarse a un tipo de misión quizás menos agresiva que aquellas a las que estaba acostumbrado. Aun así, ambos sabían que tenían que «darse con un canto en los dientes» por contar con el ex GEO y el piloto.

Una vez repasados los oficiales, Gabi pasó a comentar los suboficiales, aunque no individualmente. Los dos sabían de la importancia de estos, sobre todo con tan pocos oficiales, pues cada suboficial era jefe de un destino. En conjunto estaba muy contento de saber que eran todos voluntarios, positivos y proactivos. Además, todos, ex militares o no, parecían tener un desarrollado sentido de la disciplina que ya estaban inculcando en los marineros. Todos parecían conocedores de su trabajo y el cocinero era un virtuoso de los fogones. Una dotación bien alimentada es una dotación contenta.

De los marineros Gabi no tenía que decir más que, si seguían las directrices de sus jefes, no tendrían ningún problema. Una vez más, el hecho de que todos fueran voluntarios, conocieran la misión del barco y, por qué no decirlo, estuviesen bien pagados, ayudaba al buen rendimiento. Sobre todo, Gabi estaba satisfecho del escrupuloso filtro que habían hecho, llegando a contactar con antiguos jefes para asegurarse de que estaban contratando a gente trabajadora y voluntariosa.

Pablo agradeció la sinceridad de Gabi y le pidió disculpas por hablar de temas de trabajo, tras lo cual sacó unos papeles del bolsillo y se los enseñó a su segundo. En ellos estaban los diseños de los uniformes y distintivos para la dotación. Habían decidido que un uniforme ayudaría a mantener el ambiente que querían tener a bordo y Pablo se había encargado personalmente de la elección.

La pieza principal era un mono azul ignífugo, con velcro en lugar de cremallera o botones y un cinturón también de velcro para ceñírselo. El objetivo principal era comodidad y practicidad. Debajo del mono se llevaría una camiseta azul. El calzado eran unas botas de media caña con puntera reforzada. Pablo se había asegurado de que fuesen las mejores del mercado: seguras, ligeras y sobre todo cómodas. No había establecido una prenda de cabeza obligatoria, aunque habría gorras de béisbol y gorros de lana para toda la dotación, además de guantes de maniobra y de lana y una braga para el cuello, todo de primera calidad. También habría chaquetas polares, chaquetón, ropa de aguas, botas de agua y demás prendas habituales en cualquier barco. Incluso unas gafas de sol polarizadas en distintas tallas para evitar el uso de accesorios personales. La

idea era evitar el uso de prendas propias proporcionando todo lo necesario con el uniforme.

En previsión de las temperaturas que esperaba encontrarse, también había encargado unos pantalones azules para usarlos solo con la camiseta. En este caso, la camiseta debería ser la reglamentaria del barco e ir metida por dentro del pantalón para evitar riesgos de enganches y el también desagradable riesgo de tener que verle la «hucha» a otro.

Todas las prendas estaban grabadas con «ALBATROS» en la espalda o en una pierna. La intención era promocionar una idea de grupo o entidad para lo que Pablo ya tenía pensado un concurso para encontrarle un escudo al barco más adelante.

En cuanto a las divisas, Pablo había partido de la base de mantener un sistema jerárquico similar al de la Armada, pero cambiando los distintivos. Los de los oficiales estarían compuestos por barras horizontales amarillas; tres para él, dos para Gabi y una para los demás (*Grease*, Paco, Joseba, Ana y Esther). Los suboficiales tendrían una o dos barras naranjas verticales según la antigüedad que se les hubiese otorgado (cosa que había traído más de un quebradero de cabeza al principio). Los cabos llevarían un círculo rojo y los marineros el semicírculo superior. Esto permitía mantener un sistema con equivalencias al que muchos conocían pero con suficientes diferencias para separar una cosa de la otra. Las palas se llevarían en el pecho del mono y grabadas en las camisetas.

Pablo llegó a tener la tentación de hacer un uniforme de gala, pero sabía que la utilidad era nula y lo descartó.

—Muy americano —fue el juicio del ferrolano—. Me gusta; es muy práctico.

Con esto dejaron de un lado el trabajo y pidieron la primera copa. Aquella noche habría acabado tarde de no ser porque los dos marinos eran conscientes del trabajo que tenían por delante y de la necesidad de rendir al cien por cien durante los próximos días.

Notas

4. Seguridad Interior: departamento dedicado fundamentalmente a la lucha contra incendios y contra inundaciones.



Capítulo Cinco

El comandante del Albatros repasaba los acontecimientos de los últimos días mientras se dirigía a toldilla. Estaban navegando en aguas del Mediterráneo en demanda del Canal de Suez. Habían terminado la puesta a punto del barco en un tiempo récord y habían salido hacia el Índico cinco días antes.

La dotación estaba completa. Eran un total de ochenta y dos hombres y mujeres, incluidos el equipo de mantenimiento del helicóptero y el equipo de abordaje. Pablo solo se lamentaba de no haber encontrado un hombre para ocupar la jefatura del Servicio de Control del Buque. No habían encontrado a nadie adecuado para el puesto. Esto les dejaba solos a Gabi y al él para montar guardias en puente, por lo que habían contratado a un joven marino llamado Miguel. Tenía muy poca experiencia pero llevaba una buena carrera y sus referencias eran magníficas.

De esta forma, tenían a alguien para Control del Buque, aunque tuviera que estar supervisado y podían constituirse en tres guardias. No habían encontrado manera de habilitar a *Grease* como oficial de puente. En su condición de comandante, lo normal hubiese sido que Pablo no montase guardia, pero sabía que Miguel y, sobre todo, Gabi lo notarían si tenían que dividirse el día entre dos y los quería al cien por cien. A su edad no le iba a costar demasiado montar las guardias y además aprovecharía para hacerse con el barco. Quería llegar a Somalia conociéndolo como si llevase años navegando en él y la mejor manera de lograrlo era pasando horas en el puente.

En cuanto al Albatros, estaba completamente pertrechado y listo para estar en la zona de operaciones el tiempo necesario (repostando y aprovisionándose, por supuesto). El helicóptero estaba a bordo, al igual que todo el armamento, medicamentos y demás material necesario.

Los días antes de salir, Reyes les había aclarado las últimas instrucciones. En caso de capturar piratas, estos serían entregados a la mayor brevedad posible a autoridades somalíes. Debían de recordar en todo momento que navegaban bajo bandera somalí y todos los papeles de a bordo así lo demostraban. Sin embargo, todas las instrucciones les llegarían a través del asesor alicantino.

El gobierno somalí solo había exigido que el barco prestase ayuda a todo el que se encontrase en apuros dentro de su zona de influencia, algo que en principio no chocaba con los planes del Albatros. Reyes se había reunido con Pablo y Gabi, y habían debatido sobre la estrategia a seguir. Los tres habían coincidido en que tenían demasiada poca información para elaborar un plan detallado, por lo que habían acordado que inicialmente se limitarían a escoltar a los petroleros de Alps Tankers y en los períodos muertos entre uno y otro Pablo tendría libertad de acción. Lo único que este había solicitado había sido comenzar su estancia en la zona de operaciones con una entrada en Seychelles. Eso les serviría para dar a la dotación unos días de descanso después del intenso tránsito que los marinos tenían planeado. Seychelles es más civilizado que Somalia y allí la dotación podría encontrar descanso y divertimento de una manera más familiar y segura que la que podían ofrecer los puertos del África continental. Un auténtico paraíso tropical. Pablo sabía

que la oportunidad de gastar su primer bien ganado sueldo, tras una intensa navegación, animaría y motivaría a la dotación.

En cuanto a las operaciones, Reyes les había recalcado que su patrón había perdido ya tres barcos a manos de piratas y que la idea era cortar el problema de raíz, pero que con los datos con los que contaban no podían hacer más de momento. Por eso mismo era esencial que recabasen toda la información posible.

Respecto a las fuerzas militares internacionales en la zona, Reyes había hecho uso de sus contactos para asegurarse el beneplácito de la OTAN y la Unión Europea, aunque no la cooperación. Sus operativos en la zona estaban avisados de su presencia allí, pero no iban a compartir información con ellos. Reyes les instó a que, una vez allí, contactaran con el comodoro de las fuerzas europeas para al menos mantener contacto e informarse de avistamientos, ataques y otros hechos de importancia. Los militares valorarían las ventajas de tener otro aliado en la zona, incluso cuando sus superiores políticos no lo vieran de la misma manera.

Pablo se detuvo en el extremo de la cubierta de vuelo contemplando la escena que se desarrollaba debajo suya, en toldilla. Siguiendo el plan de adiestramiento preparado con ayuda del segundo, se estaba realizando un ejercicio de hombre al agua con el personal de la guardia. El ejercicio era sencillo; todo comenzaba arrojando un roco salvavidas con una señal de humo al agua. Una vez el supuesto miembro de la dotación estaba en el agua, se daba la voz de alarma al puente y desde allí se dirigía la reacción.

Era la guardia de Gabi, por lo que Pablo había decidido dejarle a su segundo el puente y se había ido a toldilla a observar cómo se echaba al agua la *rhib* con el nadador de rescate y el sanitario (al que Esther había finalmente encontrado). El ejercicio estaba pre programado, por lo que Pablo observó mientras bajaba la escala que daba a toldilla cómo los primeros pasos del mismo se realizaban rápida y fluidamente.

Pablo vio al patrón de la *rhib* y al nadador de rescate, que actuaba como proel, subirse a la embarcación antes de que la grúa la depositase en el agua al costado del barco. Tenían dos de estos nadadores, manteniendo a uno siempre en estado de alerta.

Estaba pensando sobre la distribución de la dotación en las guardias cuando advirtió que Iván, que así se llamaba el nadador, se tropezaba con la mala suerte de darse en la cabeza con un saliente de la embarcación.

Pablo vio a cámara lenta cómo Iván se desplomaba y caía al mar por el costado de la embarcación más alejado del barco.

Su cerebro pasó a modo emergencia.

Gabi estaba en puente; sabría reaccionar.

—¡Tirar un roco salvavidas y todo lo que flote por la borda! —oyó su propia voz como si fuese la de otro.

Era pleno día, la mar estaba en calma y apenas había viento, pero el nadador posiblemente había quedado inconsciente.

—¡Avisad al puente! —volvió a oír como decía su voz.

El otro nadador estaría descansando y probablemente tardaría varios minutos en llegar. Minutos

de los que no disponían. Iván llevaba un chaleco puesto pero estando inconsciente no podían estar seguros de que estaba bien. Ahora que el puente tenía conocimiento de la situación, solo quedaba asegurarse de que el naufrago aguantaría hasta la llegada del rescate.

En las centésimas de segundo que tardó en procesar toda esa información, Pablo se había quitado sin darse cuenta las botas y se estaba subiendo a la tapa de regala. Antes de saltar alcanzó a oír cómo alguien decía:

—Comandante, ¿qué...

El agua fue una bofetada de frío y adrenalina. El mono le incomodaba pero consiguió volver a la superficie con relativa facilidad. Al saltar, su subconsciente había registrado que las dos hélices del Albatros estaban paradas. Gabi estaba reaccionando con precaución intentando evitar que pudiesen succionar al naufrago. Lo que el gallego probablemente aún no sabía era que su comandante también estaba en el agua. Por un momento, Pablo pensó que se había equivocado al saltar pero ya no había tiempo para eso.

Ya había avistado el segundo roco que habían arrojado y antes de nadar hacia él, miró hacia atrás para ver cómo el Albatros le comenzaba a mostrar el costado, confirmando que estaba cayendo para iniciar la maniobra de recogida.

Lo primero que le pasó por la cabeza fue que las olas eran mucho más grandes de lo que parecían desde cubierta. Aun así, alcanzó el roco con cierta facilidad y comenzó a mirar a su alrededor en busca del hombre caído.

Tras unos instantes, vislumbró un objeto flotante que se dejaba ver en las crestas de las olas a unos cien metros. Respiró hondo y se dirigió hacia él.

Unos minutos después, agotado y tras haber tragado agua varias veces, alcanzó al nadador de rescate que flotaba a la deriva. Se acercó con cuidado. Le brotaba un hilillo de sangre de la cabeza, por debajo del casco. Pablo se temió lo peor.

Se terminó de aproximar y, con cuidado, intentó ver si respiraba. Tras unos agónicos segundos, le pareció intuir un débil y entrecortado jadeo. Los conocimientos médicos de Pablo eran prácticamente nulos, por lo que decidió que su siguiente objetivo era asegurarse un rápido rescate.

Miró a su alrededor. Es curioso cómo disminuye el horizonte cuando se tiene la cabeza al nivel del mar. Sin embargo, allí estaba el Albatros; a unas cuatrocientas yardas y acabando la curva de evolución que le llevaría a poner proa a los naufragos.

Mientras se aseguraba de mantener la cabeza de Iván en una posición que le facilitase respirar intentando no forzarle el cuello, pues sabía que podía tener dañada la cervical, el gaditano empezó a tener miedo.

Se le había pasado el efecto de la adrenalina y su cerebro volvía a razonar con normalidad. Y eso no es del todo bueno. ¿Y si no les veían? ¿Y si se quedaban allí a la deriva durante días?

Fue entonces cuando se empezó a arrepentir de haber saltado. Era una locura. Había puesto en peligro su propia vida. Podría haber complicado aun más la situación. De hecho, a todas luces la había complicado. En lugar de estar en un barco buscando a un naufrago, había abandonado el buque que mandaba y se encontraba a la deriva con un hombre inconsciente. Así que el Albatros estaba buscando a dos naufragos, uno de ellos su comandante.

Todo esto le pasaba por la mente mientras el barco se acercaba. Empezó a distinguir a la gente que se agolpaba en las cubiertas superiores. Y...

¡Sí! ¡Les estaban señalando! ¡Les tenían localizados! En ese momento el nudo alrededor de su estómago comenzó a deshacerse. Estaban salvados.

Diez minutos después estaba en la toldilla del Albatros envuelto en una manta térmica y bebiendo un chocolate caliente mientras miraba cómo se llevaban al nadador a la enfermería. Esther iba detrás con cara de tenerlo controlado. Le había asegurado que el joven marinero estaba fuera de peligro.

Gabi apareció allí sin aliento.

—He dejado a Miguel en el puente —fueron sus primeras palabras. Y acercándose a Pablo le preguntó— ¿Cómo estás, comandante?

—Bien, bien, no te preocupes.

—Me alegro, comandante —dijo *Grease*, que acababa de aparecer por allí—. Pero la próxima vez que vayas a autorizar baños podrías avisarnos al resto de la dotación.

—Ha sido un capricho repentino —rió Pablo, dándole una palmada en la espalda.

Y con eso, se marchó a su camarote a cambiarse. Detrás de sí dejaba un charco de agua, a media dotación aún sorprendida y a un segundo comandante totalmente boquiabierto.

Unos días después, ya pasado el Canal de Suez, Pablo estaba en su camarote repasando los resultados de los últimos ejercicios. Estaban mejorando, pero aún les quedaba un largo camino por recorrer.

—¿Das tu permiso, comandante?

—Pasa Gabi, pasa.

Pablo dejó encima de la mesa los papeles que estaba estudiando y miró a su segundo.

—Vengo a hacerte una proposición en nombre de la dotación —dijo éste.

El comandante se incorporó en su silla y miró al ferrolano. Le había extrañado la forma en que había iniciado la conversación. Hasta entonces habían tenido muy pocas quejas de la gente y las que había habido, al ser bastante lógicas, habían sido planteadas por Gabi de una forma totalmente distinta. Desde un principio le había hecho ver los fundamentos de la petición y su apoyo a esta. Prácticamente solo informaba al comandante para que este diera su visto bueno, pero conociendo de antemano la respuesta.

Aquella vez, sin embargo, a su segundo parecía costarle arrancar. De hecho hacía ya unos segundos que no decía nada. Pablo arqueó las cejas.

—Don José ha venido a hablar conmigo en nombre de toda la dotación —dijo Gabi—. Quieren proponer una modificación del régimen del barco que no está contemplada en los contratos.

Aquello no gustó a Pablo. Aún no habían llegado a la zona de operaciones y ya estaban con reclamaciones de esa envergadura. Eso no era buena señal; aunque explicaba la incomodidad de Gabi.

—La gente quiere que se instaure un sistema de condecoraciones para los miembros de la dotación —continuó el segundo—. Algo similar a lo que tenemos en la Armada pero con reglas un

tanto distintas.

Pablo se recostó entre sorprendido y aliviado. Eso era buena señal; la gente buscaba algo que les motivase y a la vez permitiese presumir de sus logros a los más trabajadores o afortunados. Pero, ¿cómo lo querían plantear?

Como si le hubiese leído el pensamiento, Gabi continuó:

—Ellos proponen que cualquiera pueda proponer candidatos a través de las distintas entidades o colectivos que hay a bordo. Es decir, que el conjunto de marineros y cabos pueda proponer candidatos, el conjunto de suboficiales también, y el de oficiales también. Además, tú y yo podríamos proponer por nuestra cuenta. El juez absoluto que decidiría a quién entregar las condecoraciones serías tú.

Pablo aprovechó la pausa para asentir. Parecía una muy buena propuesta, aunque habría que detallar alguna cosa.

—También han pensado cómo hacer las medallas. Como solo tenemos este uniforme, las llevaríamos aquí en la pechera, puestas con velcro. Todas serían rectángulos y habría tres clases: verdes, naranjas y rojas, según la acción meritoria se realice sin riesgo, con riesgo o en una situación de combate. Dentro de ésta se llevarían una, dos o tres barras negras verticales según la entidad o importancia de la acción.

—Han pensado en todo —sonrió el comandante—. Me gusta, aunque no me gusta copiar tanto algunas cosas militares. Somos distintos, nos guste o no, y puede que haya algunos a los que no les gusten tanto estos plagios. Sin embargo, si es cierto que la gente está interesada en ello, no podemos negárselo. Solo tengo un par de condiciones. Primero, todas las medallas deberán lograr un apoyo del 80% de, al menos, dos de los tres colectivos además del tuyo y el mío. Y en el caso de que seamos tú o yo los afectados, deberemos obtener esa mayoría de los tres colectivos.

—En ese caso, comandante —contestó el marino ferrolano— tengo el honor de informarte que la dotación te ha propuesto por unanimidad como el primer recipiente de una condecoración naranja de segunda clase por tu rescate de Iván.

Aquello no se lo esperaba. No supo qué decir. Poco después del incidente, Pablo se había dado cuenta de que se había equivocado. Nunca debería haber saltado. El propio Gabi se lo había dicho con mucho tacto en la primera ocasión en la que estuvieron solos. Sin embargo, al resto de la dotación le había parecido un acto heroico.

—Creo que nos sorprendiste a todos —dijo Gabi—. A nadie se le habría ocurrido, sobre todo cuando está completamente en contra de todo procedimiento. Según dice Esther, había tragado tanta agua que no llegas a evitar que ingiera más y probablemente ya no estaría entre nosotros.

Al menos eso era un consuelo, aunque no significase que lo hubiera hecho bien. A pesar de que el resultado había sido positivo, sus actos podrían haber empeorado la situación.

—¿Esta propuesta viene de la dotación? —preguntó Pablo—. ¿No habéis tenido nada que ver?

—Nada. Don José me abordó esta mañana con la iniciativa. No sé quién exactamente es el germen pero te aseguro que estoy tan sorprendido como tú. Aunque, bien pensado, tiene toda la lógica del mundo. Yo me imagino que habrá sido alguno de los antiguos suboficiales o cabos de la Armada el que lo habrá propuesto y a la gente le habrá parecido una idea magnífica.

Pablo no cabía en sí aunque, por supuesto, no dejó que se le notara. No era solo la condecoración. El hecho de que la propuesta viniese de la dotación significaba mucho. El mejor de los mandos puede tardar meses en lograr el respeto y admiración de su gente. Con un golpe de suerte y algo de atrevimiento, él parecía haber dado un paso importante en la dirección correcta. Y quizás con una chispa de locura; algo que no se quitaba de la cabeza.

Pero no era el momento de pensar en eso. Era el momento de celebrar que se había ganado el afecto de su dotación. Podía ser clave en una situación de estrés.

—Muy bien, Gabi. Que don Agustín nos prepare para mañana un borrador de la instrucción que regulará la concesión de condecoraciones y pasado podemos hacer la entrega. Supongo que me la impondrás tú.

El ferrolano sonrió; no lo había pensado.

—Bueno, esta noche me vais a tener que aguantar en la cámara de oficiales para que lo celebremos.

—Sabes que eres siempre bienvenido, comandante.

Esa noche, el timbre del teléfono sacó a Pablo del letargo en que se había sumido leyendo en internet las crónicas de los últimos partidos de la Liga. Era el teléfono exterior, que sonaba muy poco, ya que muy poca gente tenía el número. Reyes era uno de ellos, pero normalmente prefería los correos electrónicos. Sus hermanos tenían el número pero, como marinos experimentados, sabían esperar a que Pablo les llamase y no importunarle.

Aún dándole vueltas a quién podía ser el originador de la llamada, levantó el teléfono.

—Pablo Marzán, dígame.

—Me han dicho que te has ido —contestó una voz femenina.

Al corazón de Pablo se le olvidó bombear un par de latidos. En un instante recordó a quién más le había dado el número.

—Diana... —alcanzó a decir.

—Estaba decidida a seguir enfadada contigo hasta que volvieras, pero, muy a mi pesar, me he dado cuenta de que te voy a echar de menos.

—Yo también te echaré de menos, peque.

—¿Qué tal todo por ahí?

—Bien... la verdad es que el trabajo es una maravilla. Soy un afortunado —dijo Pablo, aunque en ese momento se sentía la persona más desgraciada del mundo—. Estos últimos días en particular han sido algo moviditos —dijo, recordando el hilo de sangre que brotaba de la frente de Iván cuando lo encontró.

—¿Sabes cuánto tiempo vas a estar fuera?

—No... —contestó Pablo, mientras se exprimía la cabeza en busca de algo más que decir. Pero su cabeza aún no se había sobrepuesto.

—Ah... —una pausa dubitativa—. Escucha —con más decisión—. Estoy dispuesta a que volvamos a trabajar en lo nuestro. Pero con una condición.

Pablo no se atrevió siquiera a responder. Le daba la impresión de que a su alrededor se estaba construyendo lo que siempre había soñado, pero que el más mínimo soplo de aire lo podía tirar todo abajo, como un castillo de naipes. Sin darse cuenta, aguantó la respiración.

—Ha pasado mucho tiempo, y no solo no conozco a tu familia, sino que ni siquiera me has dado una razón válida para no presentármela.

Pablo se volvió a quedar sin respiración, pero por algo más parecido a un puñetazo en la boca del estómago que por la sensación de esperanzada anticipación anterior.

Durante varios largos segundos, se hizo el silencio.

—Está bien —suspiró Pablo—. Tienes razón, ya va siendo hora... y demorarlo más no va a solucionar nada.

Pero no era tan fácil. Pablo tuvo que respirar profundamente varias veces antes de seguir.

—Yo era muy joven —continuó, con un hilo de voz—, y al principio no fui capaz de decirlo en casa. Ya me conoces; soy muy reservado para mis cosas. Mis hermanos sospecharon que había algo, pero fueron lo suficientemente maduros para callarse. Y con el tiempo... cada vez se hacía más difícil. ¿Cómo iba a explicar no haberlo dicho antes? Y... —Pablo titubeó antes de seguir, pero ya no había vuelta atrás— tu madre tampoco facilitaba las cosas.

Al otro lado de la línea se oyó un resoplido.

—O sea, ¿no solo tienes la cara dura de echarle la culpa a mi madre, sino que encima admites abiertamente que te avergüenzas de mí!

—¡No! Diana, no. Me he explicado fatal. Deja que...

Pero la línea se había cortado.

Pablo hundió la cabeza en los brazos y lloró como no lo había hecho desde que era un niño.

—¡Gooooooooool! —gritó *Grease*—. Golazo.

Era curioso ver cómo el estadounidense, tan americano para algunas cosas, se había españolizado tanto en otras. Incluso Paco, que era el que estaba sufriendo los ataques de los delanteros virtuales del tejano, sonreía.

—*Grease*, tienes más coña jugando al FIFA que nadie que haya visto —dijo el ex policía—. Ese es el decimoséptimo rebote que te llevas.

—Deja de llorar, Paco —le espetó Gabi con una sonrisa—. Manda huevos que te gane un yanqui al fútbol.

—Es fácil —sonrió el americano—. Para nosotros es un juego de niñas.

A continuación le llovió el aluvión de insultos correspondientes, desde la deshonrosa ascendencia inglesa de su país hasta la poca técnica que requerían los deportes americanos.

Era fin de semana y la cámara de oficiales estaba llena. Solo faltaba Miguel, que estaba de guardia. En los días que llevaban de despliegue, los oficiales ya habían hecho piña y creado un ambiente agradable en la Cámara.

—Bueno, ¿qué? —dijo Gabi—. ¿Os dejáis de juegucitos de niños y echamos un mus?

—Prefiero el póker, pero ¿por qué no? —se animó *Grease*.

—Yo paso —dijo Paco mientras apagaba la consola—. Los juegos de cartas no son lo mío.

—Yo no sé jugar —se desmarcó Ana— ¿Por qué no avisamos al comandante?

—Estaba hablando por teléfono —le contestó Gabi. «Y con mala cara», pensó—. No pasa nada. Te iremos enseñando. ¿Esther y yo contra Joseba y tú? —propuso mirando al americano.

Todos asintieron y tomaron asiento alrededor de la mesa que presidía la primera sala de las dos que componían la Cámara. Además de la mesa, había una tele enorme y un mueble de cocina alargado con fregadero, microondas, la indispensable máquina de café y todo lo necesario para hacer de aquello la sala de estar y pseudo-cocina para diez personas. La otra sala tenía varios sofás y otra tele, donde tenían montada la consola.

Paco sacó una armónica y se acomodó en una esquina.

—Esto va a parecer un auténtico salón del lejano oeste —bromeó Esther.

—Falta tequila, unos cuantos grados de temperatura y sobra mucha humedad —dijo *Grease*—, pero no está mal.

—¿Dónde aprendiste a tocar eso, Paco? —preguntó Gabi.

—En la academia —respondió el aludido—. Uno de mis compañeros de habitación tocaba la armónica y me gustó. Es un instrumento que puedes llevar siempre encima y que suena diferente. Así que mi colega me regaló una vieja que tenía y me fue enseñando cosillas. Con el tiempo le cogí el gustillo y me terminé haciendo autodidacta. No tengo mucha técnica pero generalmente soy capaz de sacar las canciones por oído.

—Qué envidia —contestó el gallego—. Yo soy malísimo para la música.

—¿Cómo es la academia de policía? —preguntó Ana, que había perdido el hilo del mus casi antes de que empezaran a repartir.

—Está bien. Depende de cómo te la plantees. Hay gente que va más en serio y gente que está allí porque es un trabajo estable y que te da seguridad económica. Pero por lo general es buena gente, que está allí voluntariamente, y eso facilita mucho las cosas.

—¿Cómo es el régimen? —preguntó Gabi—. Porque en la Escuela estás cinco años medio encarcelado.

—No está mal. Si cumples con tus obligaciones te dan bastante libertad. De hecho yo conocí a mi mujer en una noche de juerga por ahí.

—*All in!* —dijo *Grease*.

—Se dice órdago, *Chief* —le recriminó Gabi.

—Pero me has entendido perfectamente —sonrió pícaro el tejano—. Ahora regálame esas dos piedras o échale huevos y levántame el farol.

—¿Tu mujer está en Madrid? —preguntó Joseba a Paco, desviando por un segundo su atención de la partida.

—Sí —contestó Paco.

—¿Trabaja?

—Sí; es abogada.

—Teníais dos críos ¿no? —preguntó Gabi—. ¿Qué hace con ellos?

—Sí. Un niño y una niña. Los abuelos ayudan mucho —respondió el madrileño—. Tanto mis padres como los suyos.

—Yo tengo tres niñas —dijo Gabi—. Y mi mujer es una santa. Lleva mudándose conmigo allá donde me mandan y cuidando de las niñas desde que nos casamos. No ha tenido trabajo desde que tuvimos a la mayor.

—Aquí faltan cerdos —dijo *Grease*.

—¿Qué son cerdos? —preguntó Ana.

—Los reyes y los treses —contestó Gabi.

—Sí, yo he tirado un par.

Los otros tres se miraron y se rieron.

—¿Por qué?! —preguntó Gabi.

—Pues tenía una pareja de unos, y he tirado el rey para ver si me salían más. Y en el siguiente descarte igual.

—Si juegas a cartas bajas, nunca vas a tener juego —le explicó Joseba—. Evidentemente, a la grande vas a ir mal, y los pares siempre serán peores. Lo normal es que tires la pareja de pitos.

—Pero puedo ganar la chica —contestó Ana como quien explica algo muy sencillo—. Y los pares si tengo tres iguales o dos parejas.

—Medias o duples —corrigió *Grease*.

—Coño, ¡*Chief!* —exclamó Gabi—. Quién lo diría.

—Mi querido segundo, yo echaba órdagos cuando tú todavía llevabas rodilleras en los pantalones.

La Cámara estalló en una carcajada general.

—En cualquier caso, Ana —continuó Gabi—. El juego es lo que más puntos da.

—Os movéis mucho los marinos, ¿no? —preguntó Joseba, mientras barajaba.

—Sí. Bastante. Aunque también depende de lo que te quieras mover. Si te quieres quedar siempre en el mismo sitio no es imposible, pero probablemente tu carrera se resienta. Yo he tenido la suerte de que mi señora me lo consiente y he podido pedir los destinos que más me atraían profesionalmente.

El ferrolano se paró un momento mientras hacía memoria.

—Desde que salí de la Escuela he estado dos veces en Ferrol, dos en Cádiz y una en Cartagena, además de la especialidad en Ferrol y algún curso por ahí suelto. Y a eso hay que añadirle lo que me mudé por los destinos de mi padre cuando era pequeño.

—Yo no me he movido de Ávila en mi vida —dijo Ana.

—Ni yo de Málaga —dijo Esther— aunque desde que acabé la carrera he intentado hacer cursos fuera y también he viajado bastante.

—Yo conseguí que no me sacaran mucho de San Sebastián —comentó Joseba con aire ausente—. Excepto cuando estudiaba y algún periodo fuera. Y ahora, con el negocio, claro. Solo falta que encima de las horas que le echas al curro, te obliguen a moverte, joder.

—Pues yo realmente nunca tuve casa —dijo *Grease*—. Desde que me enrolé no paré de navegar, así que nunca me llegué a establecer en ningún sitio. Hasta que conocí a la parienta en Rota, claro.

Los demás sonrieron al escuchar una expresión tan castiza en labios del americano.

—¿Por qué te decidiste a quedarte? —preguntó Paco.

—Por ella sobre todo, supongo. Pero también estaba un poco cansado. Mis últimos destinos habían sido muy demandantes y los capullos de mis jefes no ayudaron. Tenía unos ahorrillos y, cómo es lógico, con el tiempo había aprendido mucho de motores. Y a disfrutar de las tapas y de las siestas, claro. Con eso y mi pasión por los coches me decidí a abrir el taller. Desde entonces, con trabajo e ilusión lo he ido sacando adelante. La verdad es que he tenido suerte. Pero echaba de menos esto. Y encima el comandante me pone de jefe de Máquinas. Con eso y con la misión que tenemos, como para decirle que no.

—Conocías al comandante de antes, ¿no? —preguntó Ana.

—Sí. Hemos regateado juntos bastantes veces. Y me solía traer el coche al taller.

—¿Qué tal es? —preguntó la contable.

—Muy callado. Es buen tío, pero al principio puede parecer soso o incluso distante.

Grease no dijo más pero, para sus adentros, no podía dejar de preguntarse cómo llevaría su joven colega el ponerse al frente de un proyecto tan ambicioso. Durante los años que lo había conocido regateando, había demostrado ser un hábil marino y un excelente tripulante, pero nunca le había visto tomar ninguna responsabilidad, dejando que otros menos hábiles pasaran a ocupar puestos de más peso que él. El tejano se temía que, como decían en su tierra, Pablo hubiese mordido más de lo que podía tragar.

—Sus hermanos son marinos, ¿verdad? —preguntó Ana—. ¿Cómo es que él no?

—Sí —contestó Gabi—, uno de ellos es compañero mío y el otro es unos años mayor. Son muy buenos los dos. El comandante también estuvo a punto de ingresar, pero finalmente se decidió por la mercante. Al parecer quería hacer algo un poco distinto... Es un poco el rebelde de la familia.

—Yo, cuando me vino a buscar Reyes, no me creía lo que me estaba diciendo —dijo Esther—. Y mira que sabía poco del tema...

—¡Ostia! —exclamó Joseba—. Ya te digo. La verdad es que me había acomodado, pero al mismo tiempo me apetecía volver a hacer algo así.

—¿Es verdad todo lo de los premios acrobáticos? —preguntó, con sincero interés, Paco.

—Algún concursillo he ganado —contestó Joseba sin darse importancia.

—Dicen que los concursos incluyen campeonatos europeos —le picó Gabi.

—E incluirían un mundial de no ser por un cabrón del jurado que me tenía manía —espetó el piloto sin pestañear.

La Cámara se dividió entre sonrisas y miradas de admiración.

—¿Y cómo se llega a un campeonato del mundo de acrobacias en helicóptero? —quiso saber Ana.

—Fácil —interrumpió *Grease*—, haz todo lo que no se debe hacer: ponlo bocabajo, de lado, apágalo en mitad del vuelo, pasa rascando los edificios...

—Algo así —sonrió Joseba, por primera vez recostándose en su asiento y levantando la vista de la partida—. Siempre me llamó la atención, así que le di la vara a mi padre para que me pagara unas clases cuando era chico... El pobre hombre nunca se lo pudo permitir, pero a un tío mío le fue bastante bien el negocio y me lo regaló por mi dieciocho cumpleaños.

El piloto hizo una pausa mientras miraba las cartas que le acababan de repartir y continuó.

—Mi profesor resultó ser un antiguo piloto acrobático. Debió de ver algo en mí y me hizo su protegido. Me estuvo enseñando y, al cabo del tiempo, me llevó a un concurso. Tuve suerte y me fue bien. ¡Qué recuerdos, joder! A partir de ahí, todo vino rodado. Campeonatos, exhibiciones, concursos... Pero después de unos años me di cuenta de que no podría vivir toda mi vida de aquello. Así que estuve al acecho de un puesto al que pudiera acceder sin mucho esfuerzo y que fuese interesante. En una época en la que le hacían falta pilotos, Salvamento Marítimo sacó a concurso unas plazas y allí acabé.

—¿Mucho curro? —preguntó Paco.

—No tanto como te puedas pensar. Más adiestramiento que otra cosa. Supongo que eso es en parte lo que me aburrí y me terminé yendo. Durante unos años estuve trabajando para petroleras en el Golfo de Guinea; haciendo transbordos de personal entre la plataforma y tierra firme. Finalmente con los ahorros que conseguí decidí empezar el negocio. Al menos allí era mi propio jefe y podía hacer lo que me diera la gana.

—¿Tú por qué abriste tu academia, Paco? —preguntó Esther.

—Digamos que acabé harto de algunos jefes y de la gestión de personal. Al final no se beneficia ni a las unidades ni a las personas. Es todo burocracia y no funciona muy bien. Llegó un punto en el que me cansé de ver y aguantar injusticias y decidí irme. Lo de la academia no fue más que una manera de ganarme la vida haciendo lo que sé hacer.

—¡Joder! —exclamó *Grease*—. ¿Pero a vosotros no os hacen firmar un papel que pone algo así como «tu culo pertenece a la policía y de aquí en adelante será percutido con asiduidad»?

Carcajadas.

—En la *Navv* es lo primero que haces al llegar...

Tras una pausa en la que se hizo el silencio, fue Joseba quién lo rompió.

—¡Ostia! Dado que nadie se lanza, y soy yo el mayor de los presentes, tendré que tomar la iniciativa. Segundo, ¿qué pasó realmente con tu barco?

Gabi respiró hondo.

—Nada, realmente. Una noche de patrulla en un zona con fondos muy sucios, nos dimos con un bajo.

—Pero, ¿estabas tú en el puente? ¿Por qué os disteis? —preguntó Esther.

—No, yo estaba durmiendo. Y nos dimos porque el que estaba de guardia no estuvo del todo pendiente a lo que tenía que estar.

—Pero entonces, ¿por qué lo pagaste tú? Si ni siquiera estabas allí... —le miró extrañada Ana.

En el rostro del marino apareció una sonrisa cansada que le hizo envejecer diez años por un instante. Era como quién le explicaba algo básico a un niño sorprendido.

—Porque era el comandante. Y, por tanto, máximo responsable de todo lo que ocurriera a bordo.

La contable le quiso interrumpir para protestar, pero Gabi no le dejó.

—Yo debería de haber estado allí. O haber dado las instrucciones pertinentes para que nunca nos encontráramos en esa situación. O no haber dejado que ese señor estuviera allí. O cualquier

otra cosa que hubiese impedido aquello.

—Tan ridículo como siempre —comentó Paco con cara de saber a qué se refería—. Como si realmente pudieras hacer algo. Y supongo que por la razón que fuera tenía que haber una cabeza de turco...

En la cara del marino volvió a aparecer la misma mueca cansada reconociendo el argumento.

—Por la razón que fuera —dijo—, aquello tuvo más repercusión de la normal. Y supongo que eso tendría algo que ver...

—¡Pues claro que tendría que ver! —exclamó el madrileño. Parecía tan enojado como si le hubiese ocurrido a él—. Si al final todo es política, joder. Algún jefazo se vería con la soga al cuello y tú fuiste su chivo expiatorio.

Dos días después, Pablo estaba viendo una película después de cenar, aprovechando uno de los pocos momentos libres que había tenido desde aquella tarde en la que conoció a Reyes en una terraza en Cádiz.

—¡Con su permiso, comandante!

—Adelante, Jorge —dijo reconociendo el marcado acento gaditano del marinero.

Estaba claro que no iba a conseguir disfrutar de un rato de tranquilidad con tanta facilidad.

—El oficial de guardia quiere verle, comandante.

Pablo pensó un momento. Era la guardia de Miguel. Hasta entonces había resultado una excelente incorporación. ¿Podía estar teniendo alguna duda de novato? Poco probable.

—Vamos —dijo mientras repasaba mentalmente la situación actual del buque.

Habían cruzado el Canal de Suez y, tras varios días navegando por el estrecho Mar Rojo, se estaban acercando al estrecho de Bab el-Mandeb. La derrota les estaba llevando relativamente cerca de costa, pero estaban teniendo una travesía muy tranquila. Que él recordara no había peligros a la navegación cerca. El barco estaba en perfectas condiciones. De hecho se estaba comportando magníficamente desde que salieran de Cádiz.

Al llegar al puente se sorprendió de ver a Gabi junto al joven marino. ¿Se había equivocado? ¿Estaba Gabi de guardia? No. Miguel llevaba los prismáticos; la marca del Oficial de Guardia en Puente. El muchacho debía haber avisado a Gabi buscando su experiencia antes de molestar al comandante.

Al verlo llegar, el ferrolano le saludó pero se apartó, dejando claro que estaba allí como compañero de Miguel y que la guardia era de este. Mientras, Miguel se acercó y le planteó sus dudas:

—Comandante, estamos a treinta millas de costa. Hay bastante tráfico de pequeñas embarcaciones pero creemos haber localizado una del lado yemení que, además de los constantes cambios de rumbo y velocidad, parece seguirnos. Hace unos minutos puso un rumbo que le llevará a pasarnos a unas pocas yardas dentro de quince minutos y desde entonces lo ha mantenido.

Pablo pensó. No era el momento de preocuparse de herir sensibilidades.

—Gabi, ¿tú qué crees? —le preguntó a su segundo.

La cara de Miguel denotó el alivio de que se le quitara parte del peso de encima.

—Estoy de acuerdo. Parece sospechosa.

Pareció dudar en decir algo más pero finalmente calló.

Pablo sabía qué pensaba su segundo. ¿Quién podía tener intenciones hostiles contra ellos? Pero no era el momento de titubear.

—Zafarrancho de combate —ordenó Pablo.

Gabi se acercó en persona al micrófono del sistema de megafonía.

—Zafarrancho de combate. Zafarrancho de combate.

Era la primera situación real con la que se encontraban. Mientras se dirigía a coger su casco, chaleco y guantes y máscara anti flash, Pablo pensaba en la gente que estaba en esos momentos interrumpiendo lo que estuvieran haciendo para dirigirse a sus puestos. A esas horas de la noche y con la cantidad de ejercicios que estaban realizando en el tránsito, muchos pensarían que se trataba de otro ejercicio sorpresa más planteado por su incansable comandante. Gabi no había iniciado la orden con el habitual «Ejercicio, ejercicio» con el que se anunciaban todos los adiestramientos, y Pablo había sido muy escrupuloso con decirlo siempre que correspondía, pero mucha gente podría no haberse fijado. Habría que solucionar eso.

En el puente empezó a aparecer gente. Gabi se marchaba al CIC a ocupar su puesto mientras que Miguel se quedaba en el puente. Los cabos y marineros se relevaban; había unos específicos para Zafarrancho de combate, ya que los demás tendrían puesto en otro sitio. Uno de los primeros en aparecer fue Paco, completamente pertrechado y comprobando por *walkie* que su gente ocupaba sus puestos. Tenían tres ametralladoras Minimi en castillo, tres en toldilla, una Browning de 12,7mm en cada alerón y un tirador de precisión y su asistente con un fusil Barrett en la cubierta superior. Además, en caso de echar embarcaciones al agua o sacar el helicóptero, llevarían a gente del ex GEO madrileño.

También apareció por allí Joseba, con el mono de volar puesto. Miró a Pablo y éste negó con la cabeza. Tenían muy poco tiempo. Para cuando el helicóptero estuviera en el aire, el contacto sospechoso iba a estar en las inmediaciones del Albatros. Tras transmitirle la orden a uno de los suyos, el piloto buscó un sitio donde no molestar y se dispuso a observar.

Los minutos pasaban y empezaban a llegar las novedades. Mientras, Pablo aprovechó para acercarse al radar y monitorizar el contacto sospechoso.

—CIC de Puente —dijo por el sistema de comunicaciones interiores.

—CIC —le contestó la voz de su segundo.

—Gabi, quiero todos las cámaras del barco encima de ese tío. Prioridad identificación visual.

—Enterado, comandante. Lo estamos buscando con la FLIR⁵ y la cámara del DORNA⁶. Además, tenemos preparadas las cámaras del circuito de televisión y la Arpeca⁷ de babor.

—Puente, enterado —contestó Pablo satisfecho.

La reacción inicial del barco estaba siendo buena.

—Comandante, estamos sin novedad en Zafarrancho de Combate.

—Muy bien.

Era el momento. Pablo cogió el micrófono de la megafonía.

—Dotación del Albatros; os habla el comandante. Esto no es un ejercicio. Tenemos un contacto sospechoso acercándose por la banda de babor. Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer.

No haría falta más.

—Miguel —dijo dirigiéndose al joven marino—, vamos a aumentar velocidad y a caer a estribor. Quiero abrir el CPA⁸ todo lo que se pueda.

Así ganarían tiempo y además un cambio en la cinemática del contacto sospechoso evidenciaría su intención de acercarse. Mientras daba tiempo para que esto sucediera, Pablo recorrió los pocos metros que le separaban del CIC. En puente tenía pantallas con repetidores de todas las cámaras, pero prefería verlo de primera mano; así aprovechaba para evaluar el ambiente en el Centro de Información y Combate.

Estaban demasiado lejos y ya estaba oscuro. Durante los próximos minutos iba a tener que seguir guiándose solo por el radar. De vuelta en el puente, Pablo se acercó a la pantalla del radar y vio cómo el contacto había variado muy ligeramente su rumbo y velocidad. Suficientemente poco como para ser una casualidad pero de tal manera que el cruce previsto seguía siendo a una distancia inferior a 100 yardas.

En un gesto automatizado, aunque sabía inútil, el gaditano asió sus prismáticos y escudriñó la oscuridad en la dirección en la que estaba su incómodo vecino nocturno.

—Paco, ¿tus hombres lo tienen en visual?

—El servidor del tirador cree que lo puede tener con los prismáticos —contestó Paco—. Los demás nada.

—Escuchadme todos. Quiero que el primero en tener a ese tío en visual se lo diga al oficial de abordaje —y dirigiéndose a éste—. Que tu gente lo tenga localizado cuanto antes. Su posición y movimiento; en caso de abrir fuego los primeros disparos serán disuasorios por la proa.

Pablo repasaba mentalmente. No era marino de guerra. Eso lo sabía y, por eso mismo, desde que supo que se iba a embarcar en aquella empresa, había intentado conseguir e interiorizar todos los procedimientos militares que podían servirle. Sus hermanos y Gabi habían sido de gran ayuda, consiguiéndole información que en muchos casos no era de dominio público. Sin embargo, en aquel momento, era él el que tenía que recordar esos procedimientos y tomar la decisión adecuada. Muchas vidas podían estar dependiendo de eso.

Y entonces se dio cuenta: ¡No le hemos llamado!

—¡Miguel! ¿Hemos llamado por radio?

El joven miró aterrorizado a su comandante entendiendo demasiado tarde el error.

—Quiero llamadas a ese tío por canal 16⁹ y por los canales locales si los hay. Decid que somos un barco militar bajo bandera somalí y que solicitamos que se respete una zona de seguridad de mil yardas.

Esa debería haber sido su primera reacción y Pablo lo sabía. Habían perdido unos valiosos minutos que ya no podían recuperar.

—Que alguien prepare un megáfono para cuando estén cerca. Y traed a Abdul al puente.

Había un sistema de megafonía exterior orientable, pero no estaba de más asegurarse. Abdul era un marinero de origen marroquí que había trabajado en pesqueros de Cádiz.

—Miguel, ¿cuál es la máxima velocidad que le habéis visto dar? —preguntó Pablo.

El joven tardó unos instantes en responder.

—Creo que unos veinticinco nudos, comandante.

El supervisor de puente, que daba la casualidad de que estaba de guardia con Miguel antes del Zafarrancho, asintió de acuerdo con su oficial.

Había que desechar la posibilidad de correr. Era posible que el contacto fuese más rápido que el Albatros. En cualquier caso, el tráfico y la costa les limitaban mucho la capacidad de maniobra. Y por muy maniobrable que fuese el barco de Navantia, uno mucho más pequeño tendría una agilidad mucho mayor.

Los minutos pasaban lentamente. Con el trabajo delegado y las decisiones iniciales tomadas, a Pablo no le quedaba otra que esperar. Y la espera se estaba haciendo eterna.

Seguían llamando por radio y todos los medios de detección visual del barco estaban dedicados a identificar el contacto sospechoso pero no había respuesta alguna ni llegaban a ver con claridad.

—Paco, ¿a qué distancia podemos abrir fuego con la certeza de no darles pero sabiendo que van a darse cuenta de que les disparamos?

—Con el tirador; a ochocientos metros sin problema —contestó el ex policía—. Con las ametralladoras no me atrevería a asegurarlo hasta entre cuatrocientos y quinientos metros.

Demasiado tarde. Las Arpecas tenían un modo de fuego de disuasión a mayor distancia y eran muy precisas. El problema era la identificación.

Pablo probó otro cambio de rumbo, dentro de lo que le permitía la línea de costa y el tráfico, pero no fue suficiente para abrir el CPA lo necesario. El contacto no cambió de rumbo pero seguía dando una distancia de cruce muy pequeña. Y por lo que sabían, aún podía aumentar la velocidad y maniobrar a placer una vez estuviese más cerca. Solo quedaba esperar.

Pablo miró el reloj. Parecía una eternidad pero solo habían pasado ocho minutos desde que subió al puente.

—Puente de CIC —se oyó la voz de Gabi por el interfono.

—Puente —contestó Miguel rápidamente.

—El contacto parece el típico esquife de pescadores locales.

—Enterado —respondió el joven marino tras mirar a su comandante.

Gabi sabía mejor que nadie que eso no solucionaba nada. Ese era el mismo tipo de embarcación que suelen utilizar los piratas o los terroristas. Sin embargo, informaba como es debido.

Mientras pasaban los minutos, Pablo se planteaba las posibles combinaciones de hechos. Si se trataba realmente de una amenaza podía esperar a que se mostrase como tal o reaccionar antes. En el primer caso, se arriesgaba a recibir daños materiales o personales o incluso a perder el barco. En el segundo caso, podía equivocarse y herir o matar a unos inocentes, lo cual sin duda alguna destrozaría el inestable equilibrio legal en el que descansaba la misión.

En caso de que no fuese una verdadera amenaza y ellos no hicieran nada estaba claro que no habría problemas pero una vez más estaba el riesgo de que sí fuera un ataque contra su barco. No había una solución buena. Por eso era fundamental la identificación.

Armas a bordo de la pequeña embarcación serían una razón importante para iniciar una autodefensa y alguien predisponiéndose a hacer uso de esas armas sería una razón definitiva.

Si estuviesen en aguas somalíes sería distinto. Aunque el riesgo de matar civiles inocentes permaneciera, Pablo sabía que contaban con el apoyo del gobierno somalí. Además, estaba el factor situacional. El tráfico de pequeñas embarcaciones en la zona en la que navegaban era habitual. Podía tratarse de cualquier local en una de sus salidas nocturnas.

El reloj seguía avanzando, acercando con cada segundo la pequeña embarcación no identificada al Albatros.

—El contacto sospechoso se encuentra a 2.000 yardas —informó el supervisor de puente desde el radar.

Ya casi estaba.

—El contacto está a 1.000 yardas.

—Paco, ¿cómo de bueno es tu tirador? —preguntó Pablo.

—Le he visto acertar a un billete de cinco euros a esta distancia —contestó Paco sin pestañear.

—Bien; le avisamos por radio y por megafonía de que abrimos fuego de disuasión —y girándose hacia el antiguo GEO—. Fuego con el tirador de precisión 100 yardas por la proa del contacto sospechoso.

El madrileño asintió y transmitió la orden por su walkie.

Unos segundos después se oyó en puente un sonido seco. Ni siquiera los gruesos mamparos eran capaces de amortiguar el ruido del proyectil de 12,7 mm siendo disparado.

Segundos después se oyeron otros dos disparos. Eso debería de ser suficiente.

Pablo tenía su mirada clavada en el radar. Tenían que reaccionar.

Los números representados después del trigramma CSE¹⁰ empezaron a variar. Pero no era la variación que esperaba. El contacto sospechoso había puesto proa a ellos. Se acercaba.

—¡Paco! ¡Fuego de disuasión con las ametralladoras de babor! Quiero una barrera de fuego a 300 yardas de nosotros. Y que el tirador de la cubierta superior se prepare para hacer fuego de neutralización.

La diferencia fundamental entre el fuego de neutralización y el de destrucción es que el primero no debe causar daños irreparables. La idea era darles en el motor y dejarles sin propulsión. Claro que a esas velocidades nada era seguro.

Al cabo de unos instantes el puente se llenó del sonido de las tres ametralladoras generando una cortina de fuego por el costado del barco. Incluso se intuía el olor a pólvora proveniente del arma situada en el alerón.

Pablo se alejó del radar. Ya podía ver en visual la embarcación. ¿Reaccionaría? ¿Seguiría acercándose en un ataque suicida? ¿Atacaría desde una distancia mayor? Todas estas posibilidades desfilaron por la cabeza de Pablo en un instante y entonces...

¡Sí!

Estaban cambiando de rumbo.

Estaban invirtiendo.

Se alejaba.

—¡Alto el fuego! —gritó.

Pablo salió corriendo al alerón. En el silencio que siguió al fuego de las ametralladoras le pareció oír unas voces exasperadas gritando en una lengua extranjera.

Volvió al puente.

—Quiero que todo el mundo siga pendiente de esos tíos —dijo—. Aún no sabemos quiénes son ni qué intenciones tienen —y por los cascos—: CIC, ¿hemos visto si le hemos dado? ¿Tenemos todo grabado?

—No se han apreciado impactos desde aquí, comandante —contestó Gabi—. Y sí, está todo grabado.

—Muy bien —y girándose hacia el oficial de seguridad—: Paco, chequea con todos tus hombres, si alguien tiene la mínima sospecha de que puede haber hecho blanco quiero saberlo.

El madrileño asintió y Pablo se giró hacia Miguel.

—Quiero que sigamos intentando establecer contacto por radio. Aclarar por qué hemos abierto fuego y solicitar identificación e intenciones.

Pablo miró a su alrededor. Todo parecía estar bajo control.

Respiro hondo y se acercó al radar para comprobar que el contacto seguía alejándose hacia la costa. Ya había pasado todo. La prudencia parecía haber dado sus frutos.

En una esquina del puente, vio a *Grease*, que había subido a curiosear pero se había quedado a un lado para no estorbar.

—Ya se ha enterado la familia de tu amiguita de que estás por aquí —le dijo guiñando un ojo—. Vienen a obligarte a casarte.

—Muy gracioso, *Chief*.

Nunca más supieron de aquel esquiife.

Sharif Jarawi no era un hombre acostumbrado al fracaso. No se llegaba adónde estaba él acostumbrándose al fracaso.

Desde el otro lado del despacho, Mohammed lo miraba con la cabeza gacha mientras hacía vanos intentos de mimetizarse con el mobiliario y hacerse invisible. Nunca se sabía por dónde podía explotar su jefe cuando estaba contrariado. Podía ver perfectamente el bigote de Jarawi moverse de la fuerza con la que respiraba. El somalí había pensado más de una vez que quizás por eso su jefe hablaba con una voz tan ronca. Se le iba todo el aire por la nariz.

—Menos mal que eran los mejores. Tendríamos que habérselo dejado a Mukhtar —rugió Jarawi.

Después de tantos años, aquél rugido seguía aterrorizando a Mohammed. Era como el gruñido de un león, más amenazante que alterado: perfectamente consciente de que era el más fuerte en su particular jungla y dispuesto a llegar a los mayores extremos para conservar su poder.

El asistente continuó con la cabeza gacha. Había aprendido que en aquellas situaciones lo mejor era callar y rezar por que su jefe no lo pagara con él.

—Encárgate de que echen a esos malnacidos de su poblado —susurró Jarawi—. No se merecen seguir allí. Y a todas sus familias. No son más que una desgracia.

Mohammed agachó la cabeza en señal de acatamiento.

Jarawi acababa de condenar a aquellos hombres al destierro. Algo que en Occidente ya no se entendía, en los poblados de Somalia significaba que una familia tendría que valerse por sí misma para sobrevivir. Pasaban a ser unos apestados; nadie los querría en sus poblados. Perfectamente podría significar la muerte para aquellos hombres y sus familiares.

—Y encuentra la manera de detener a esos arrogantes blancos. Si se creen que pueden venir a aquí a imponer su ley están muy equivocados.

Mohammed salió del despacho aliviado. Sus tareas eran hartó desagradables, pero cualquier cosa era mejor que estar en la presencia de su jefe.

Notas

[5.](#) Cámara infrarroja.

[6.](#) Dirección de tiro.

[7.](#) Ametralladora de pequeño calibre. Ametralladoras de 25 mm situadas a popa del puente en ambas bandas. Controladas remotamente desde el CIC, se puede hacer blanco a través de las cámaras, con el Dorna o en manual.

[8.](#) Closest Point of Approach. Punto de máximo acercamiento.

- [9.](#) Canal 16 del Servicio Móvil Marítimo (VHF); canal internacional de emergencias en la mar.
- [10.](#) *Course*. Rumbo.



Capítulo Seis

Un par de días después, Pablo se sentaba presidiendo la mesa en la cámara de oficiales. Los había convocado a todos para hacer un *debriefing* de los hechos de dos noches antes. Solo faltaba Miguel, que se había quedado en el puente.

—Buenas tardes —empezó—. Espero que todos hayáis tenido algo de tiempo de reflexionar desde que os avise ayer de esta reunión. He querido que estemos todos aquí —dijo mirando a Ana, Esther y *Grease*— porque aunque vuestros destinos no tengan mucho que ver con el empleo táctico del barco, todos podemos aportar ideas. Además, puede que se hagan propuestas que os impliquen a vosotros también.

El comandante miró a su alrededor y continuó:

—Tenía que quedarse alguien en puente y ha sido Miguel. Él tuvo un papel importante en los sucesos del otro día pues, como sabéis, estaba de guardia cuando empezó todo. Teniendo en cuenta esto, he hablado con él antes de venir y le he pedido que nos describa con detalle la situación y nos dé sus ideas y propuestas.

Pablo encendió su tableta y comenzó a leer de las notas que había tomado hablando con el joven marino.

—Miguel entró de guardia a las dos de la tarde. En el relevo, Gabi le dio las novedades habituales. Navegación costera, manteniendo las distancias establecidas con otros barcos, abundancia de pequeñas embarcaciones locales y las intenciones eran seguir navegando por el Mar Rojo hacia el Cuerno de África.

Una vez más, hizo una breve pausa y siguió:

—Tuvo una guardia tranquila, hasta que su supervisor de puente empezó a mosquearse con uno de los contactos pequeños. Hacía unos movimientos aun más extraños de lo habitual. Miguel pasó a monitorizarlo él mismo y al cabo de unos minutos se convenció de que aquello no era casualidad. Su poca experiencia —menor aun en estos aspectos— le hizo dudar en llamarme a mí (a este punto quiero volver luego), así que decidió preguntarle a Gabi —Pablo miró a su segundo—. Creo que es mejor que sigas tú ahora, Gabi.

El ferrolano asintió.

—Estaba aquí en la Cámara cuando me llamaron del puente y al saber de qué se trataba subí rápidamente. Con los pocos datos que ya sabía mi primera idea era llamarte, y se confirmó cuando lo vi con mis propios ojos. Los movimientos de aquel esquife no podían ser casualidad. Realmente no tengo nada más —dijo Gabi.

—Bien, gracias —dijo Pablo—. En un momento trataremos el tema del CIC. Hasta aquí lo que nos cuenta Miguel. Sus recomendaciones no son sorprendentes pero sí adecuadas. Primero, propone establecer una situación de navegación en aguas potencialmente hostiles con personal específico encargado de monitorizar el tráfico. Teniendo en cuenta que en puente solo está

montando un cabo por guardia, creo que lo ideal es que se encarguen desde CIC —dijo mirando a Gabi.

—Te iba a proponer lo mismo —contestó el segundo.

—Bien. Por lo demás, solo habría que decidir bajo qué condiciones establecemos ésta situación. Esto es algo complicado, ya que no disponemos de la inteligencia que tienen las marinas de guerra. Va a tener que ser un ejercicio de suposición y lógica y aquí voy a necesitar de tu experiencia Gabi.

—Enterado, comandante —respondió el aludido—, aunque ahora que estamos empezando, yo la establecería cada vez que estemos cerca de costa. Así nos aseguramos de no fallar y adiestramos al personal. Lo que hay que conseguir es que no se convierta en algo monótono y rutinario porque perdería efectividad. Pero eso dejémoselo a los suboficiales de Operaciones.

—Me parece bien. Eso queda listo entonces —dijo Pablo, y bajando la vista a sus notas continuó—. Lo siguiente que nos dice Miguel parece muy tonto, pero eso mismo evidencia que deberíamos haberlo hecho antes. Hay que hacer una tarjeta plastificada para el oficial de puente con las reacciones pre-planeadas en caso de amenaza asimétrica, igual que la que hay para hombre al agua por ejemplo.

—En cuanto me deis el formato —dijo Ana—, las plastificamos abajo en la oficina.

Pablo asintió.

—Y por último —dijo—, Miguel ha aprendido una lección muy importante: ante la duda, avisad —dijo paseando la vista por sus oficiales—. Más vale pasarse que quedarse corto y yo estoy aquí para eso. No tiene sentido que el comandante no esté presente en las situaciones extrañas con las que pueda encontrarse el barco. Os aseguro que no duermo tranquilo cuando pienso que puede que un día pase algo y yo no esté ahí para verlo. Eso no puede ocurrir. Que no os dé ningún reparo avisarme a cualquier hora del día o de la noche. Soy el más joven de los que estamos aquí. No tengo ningún problema con trasnochar de vez en cuando —dijo mientras veía cómo sus oficiales sonreían.

—Bien, hasta aquí con lo de Miguel; sigamos. Joseba —dijo mirando al piloto—, ¿tienes algo?

—¡Cago en la hostia, comandante! Yo no pude hacer mucho.

—De eso mismo te quería hablar. Necesito que estudies si hay alguna manera viable de reducir el tiempo que tardamos en tener el helo en el aire. Es un plus importantísimo y no lo hemos aprovechado. A priori se me ocurre dejar el aparato fuera del hangar cuando establezcamos la condición de navegación bajo amenaza asimétrica, siempre que el estado de la mar lo permita. Pero todo el tiempo que podamos ganar, bienvenido sea.

El piloto asintió.

—Ana, ¿tienes algo?

La contable negó con la cabeza.

—¿Esther?

—No tiene que ver específicamente con el suceso del otro día —contestó la médica—, pero me he dado cuenta que abajo en la enfermería no me entero de nada. Esto puede llegar a afectar el tratamiento de las bajas por desconocer el origen de la lesión, traumatismo o herida.

Pablo se paró a pensar un momento.

—No puedo dejarte subir al puente —contestó—. Primero, no podemos estar rompiendo la estanqueidad. Además, la enfermería está preparada para recibir los heridos y es el único sitio donde los puedes atender con facilidad. Y también está mejor situada para llegar a cualquier punto del barco rápidamente y para que los heridos lleguen a ti si vienen de fuera por *rhib* o helicóptero. Necesito saber en todo momento dónde estás para hacerte llegar las posibles bajas. En cualquier caso —continuó Pablo—, haremos ejercicios de evacuación de heridos y pondremos hincapié en la evaluación inicial para que te llegue la información rápida y concisamente.

—Enterada, comandante.

—¿Tú tienes algo, *Chief*?

Pablo había traducido el tradicional «jefe» de los jefes de Máquinas para hacerlo coincidir con el trato que el tejano tenía como suboficial («*senior chief*») en la *Navy* fusionando dos títulos en uno.

—Estoy escribiéndome con los de Navantia para que me hagan un par de cálculos —contestó el americano—. Creo que se podría quitar la limitación de revoluciones que tiene el eje consiguiendo un aumento de velocidad. Probablemente no se pueda sostener en el tiempo y no se si la cavitación lo permitirá. No es mucho pero podría valer para una última reacción.

—Me gusta. Ya me dirás qué te dicen. Supongo que no habrá que hacer ninguna obra de importancia, ¿no?

—Creo que podríamos hacerlo navegando, aunque tendría que hacer un par de pruebas —contestó el americano.

—Muy bien —dijo Pablo—. ¿Y tú Paco? Me gustó mucho la rápida reacción de tus hombres. Y muy bien el tiro, aunque todavía quiero ver lo del billete. ¿Tienes algo que aportar?

—Nada, comandante, aunque la verdad es que nos sentimos bastante inútiles desde que comenzó todo hasta que por fin pudimos actuar.

—De eso quería hablarte yo, comandante —interrumpió Gabi—. Quería proponerte un uso más activo de las *rhibs*. Yo he llegado a hacer entradas y salidas de puerto con una de ellas en el agua con una ametralladora. Obviamente eso es inviable durante un período prolongado o con malas condiciones meteo, pero podíamos estudiarlo en situaciones específicas.

—Me parece bien. Piénsalo y me haces una propuesta seria en un par de días.

—Enterado. También se puede plantear un arriado rápido de una de las embarcaciones de toldilla, que es aun más rápido que las otras dos. Si con un hombre al agua somos capaces de hacerlo en dos minutos, para esto también nos vale —apuntó el ferrolano.

—Yo también lo había pensado —respondió Pablo—. Las limitaciones que le veo son, además del estado de la mar y la autonomía, la capacidad de la *rhib* de dirigirse a un contacto que, si es de noche o hay mala visibilidad, no va a ver. Y una vez encontrado, cómo comunicarse con este. Y el hecho de que, aunque podemos artillarla con una ametralladora, blindaje no tiene.

—En cuanto a la localización —contestó el ferrolano— con una buena coordinación con el barco no debería haber problemas. Podemos plantear unos ejercicios.

Pablo asintió.

—Y realmente no tiene porque ser necesario que establezcan comunicaciones —continuó Gabi—, con una identificación visual puede ser suficiente. Y en caso de ponerse feo, es una ventaja tener una embarcación en el agua que pueda maniobrar rápido.

—Perfecto. Hacemos eso entonces. Hay que incluirlo todo en el *planning* de adiestramiento.

Gabi asintió.

—¿Algo más? —dijo Pablo mientras miraba a sus oficiales.

Nada.

—Muy bien; muchas gracias.

—Con tu permiso, comandante.

—Pasa, Gabi.

Mientras el marino gallego entraba, Pablo pensó en cómo la multitud de destinos que había tenido y el hecho vivir en un entorno de Armada había privado a su segundo del característico acento e incluso el singular carácter de sus paisanos gallegos. Pero, dejando de lado sus reflexiones, le tendió un folio con un mensaje.

—Acaba de llegar.

Pablo vio como su segundo hacia una primera lectura rápida y luego una más minuciosa. Al acabar, se quedó mirándole esperando que iniciase él la conversación. Sin embargo, Pablo había aprendido que no es bueno influenciar las opiniones de los subordinados, por lo que le instó a hablar:

—¿Qué te parece?

Gabi se paró a pensar antes de responder.

—Parece que acabamos de perder la libertad que teníamos y vamos a tener que jugar con las mismas reglas que la mayoría de las marinas de guerra. Puede que incluso peor.

—Sí; se acabó nuestro sueño. Vamos a tener que tener mucho cuidado a partir de ahora. Por cómo lo pone Reyes me da la impresión de que si la cagamos no vamos a tener muchas opciones.

—Nos limita mucho —dijo Gabi.

—Sí. Básicamente solo podemos defender los barcos de Alps Tankers y nada de abordar embarcaciones fuera de aguas somalíes. Y aun dentro, solo si son consideradas una amenaza directa para un petrolero de la compañía.

—¿Sabemos a qué se debe este cambio tan brusco?

—Parece ser que el gobierno somalí ha dado marcha atrás. Reyes cree que están teniendo presiones internas y que habrán tenido que ceder en esto para poder seguir adelante con otros proyectos.

—¿Y qué dice nuestro armador? —preguntó Gabi.

—¿Gothelf? No lo sé, pero si hemos llegado a este punto es porque no ha podido hacer nada más. Me imagino que tendrá que conformarse con intentar solucionar el problema inmediato y centrarnos en defender sus barcos. Esto nos limita demasiado como para llegar a la raíz del problema.

—¿Te das cuenta de que podemos encontrarnos con una situación en la que nos pidan ayuda y no

podamos actuar?

—Eso fue lo primero que se me vino a la mente, Gabi.

El segundo del Albatros resopló.

—¿Y qué vamos a hacer?

—Pues por ahora confiar en que la situación cambie —suspiró Pablo—. Eso ya no depende de nosotros. Si eres creyente, yo rezaría porque no nos cancelen la misión directamente.

Pablo leyó en su cara cómo esa no era la respuesta que Gabi esperaba.

—¿Y mientras?

—Mientras... confiaremos en no encontrarnos con una situación comprometida.

—¿Y si nos la encontramos?

El gallego no parecía rendirse. Necesitaba conocer la opinión del comandante.

—En ese caso, Gabi —dijo Pablo—, puede que tengamos que rezar todos.

—¿Todo listo, segundo?

—Listo, comandante.

—Muy bien, pues vamos allá.

Todos notaron la tranquilidad con la que el comandante daba comienzo al ejercicio. La dotación busca en su comandante un remanso de seguridad y Pablo lo sabía. Sin embargo, por dentro se esforzaba en controlar su mano derecha. Cuando estaba nervioso tendía a tocarse el lóbulo de la oreja y sabía que su gente se había dado cuenta. Ya le había pasado en otros barcos. Un comandante alterado siembra dudas y eso no se lo podía permitir. El comandante tiene que ser un ente superior, por encima de los nervios o el miedo.

En el fondo, el gaditano era consciente de que apenas se jugaba nada. Acababan de comenzar un ejercicio que había diseñado como última prueba de la capacidad anti-piratería del Albatros, pero tenía puestas tantas esperanzas en él que nada podía salir mal.

Su mayor problema era obviamente la falta de una plataforma que utilizar como la capturada por los piratas. Por tanto, el Albatros también jugaba el papel de barco capturado. Sin embargo, no todo era tan fácil como podría parecer. El ejercicio había comenzado haciendo control del tráfico, entonces habían recibido una supuesta llamada de un petrolero secuestrado y se dirigían hacia allí a toda máquina.

Navegando en paralelo al patrullero se encontraba una de las ideas de las que Pablo se sentía más orgulloso: el Pichón. El Pichón era una embarcación controlada remotamente que habían pedido a Navantia aprovechando las últimas modificaciones del barco. Normalmente lo llevaban estibado en el sitio que había quedado libre en toldilla y se echaba al agua aprovechando una de las plumas de las *rhibs*. Esto exigía echar al agua una embarcación primero, pero dado que lo usaban exclusivamente para ejercicios, no requería un arriado rápido.

Con sus 9 metros de eslora, el Pichón estaba limitado a condiciones meteorológicas favorables, pero estaba cumpliendo con su rol a la perfección. No solo les proporcionaba un contacto al que seguir, sino que también lo usaban como blanco para tiro de armas ligeras. Obviamente el fuego de neutralización se simulaba.

El control se podía llevar desde cualquier lugar de a bordo con un simple ordenador. El enlace tenía un alcance cercano a las quince millas. El ordenador proporcionaba todos los datos necesarios para pilotar la embarcación.

De esta forma, el Albatros simularía que el barco capturado era el Pichón, dando todos los pasos oportunos hasta llegar a poner el helo en el aire y las embarcaciones en el agua. Éstas debían llegar hasta el Pichón guiadas por las direcciones recibidas desde a bordo, puesto que al ser de noche su visibilidad sería bastante escasa.

Pero una vez allí, obviamente no podían simular el abordaje y asegurado del barco, por lo que volverían al patrullero mientras que este seguía jugando a que el barco capturado era el Pichón. Al mismo tiempo, a bordo del Albatros, se había preparado una parte del barco y la dotación para recibir al equipo de abordaje como si de un petrolero capturado se tratase. Se habían acotado zonas del barco en las que habría dotación caracterizada como piratas o rehenes. Incluso se habían simulado puertas y mamparos distintos a los reales para dificultar la tarea del equipo de Paco.

Mientras tanto, se iba a hacer fuego de disuasión y de cobertura sobre el Pichón, tanto desde el Albatros, como desde el helicóptero, en el que iba uno de los tiradores. El patrullero por su parte haría fuego con toda su artillería, desde el cañón de tres pulgadas (que finalmente no habían cambiado) hasta la última pistola. Pablo quería asegurarse de que cuando se encontrasen con una situación complicada la única duda fuese qué arma usar y para ello necesitaba tenerlas todas operativas y a su dotación adiestrada.

La forma de asegurar la supervivencia de la embarcación de control remoto era hacerla remolcar un blanco para que se hiciera fuego sobre este y no sobre el Pichón.

Para poder hacer todo este despliegue con seguridad, habían entrado en aguas somalíes, donde sabían que no serían molestados y donde estaban algo respaldados por los documentos que llevaban a bordo y por -supuestamente, al menos- el gobierno del país. Aun así no le hacía gracia realizar fuego real sin permiso de las autoridades, pero ni siquiera sabían a quién pedirle autorización. La marina somalí era prácticamente inexistente.

—Estamos en situación, comandante —dijo Miguel, que llevaba la voz en el puente.

—Muy bien —contestó Pablo—. Probamos un último contacto por radio y abrimos fuego 300 yardas por la proa con el cañón.

Un minuto después un fuerte estallido sacudió el puente. El cañón de tres pulgadas, situado unos metros por debajo, en el castillo, había abierto fuego. Dos piques de agua bien alejados por la proa del Pichón demostraron el cuidado con el que Gabi dirigía el tiro desde CIC.

En un caso real, si había rehenes ese paso probablemente no se realizase por las posibles represalias que pudieran tomar los secuestradores.

—No se aprecia reacción ninguna del contacto —se oyó por el interfono.

Obviamente; estaba planeado así. Pero había dado órdenes de que se realizase todo el ejercicio como si de un caso real se tratara. Y era bueno comprobar que se cumplían sus órdenes al pie de la letra.

—Zafarrancho de vuelo. Que suban Joseba, Paco y el tirador del helo. Mientras tanto aprovechamos para tirar al blanco remolcado.

Según oía sus órdenes repetidas por megafonía, Pablo repasaba mentalmente el desarrollo previsto del ejercicio. Nadie sabía cómo se iba a llevar a cabo. Ni siquiera Gabi. Él era el único que conocía todas las sorpresas. Era la única manera de crear un entorno similar a una situación real. Por esta razón, aunque alguno se lo pudiera imaginar, nadie sabía por ejemplo que iban a usar el helicóptero. Así conseguía que la reacción de la dotación fuese lo más parecida a la que tendrían que hacer en un caso real.

Un carraspeo detrás suya le hizo volverse.

—Buenas tardes —saludó a Paco, Joseba y Sergio, el tirador.

—Buenas tardes, comandante —respondieron a coro.

—Vamos a sacar el helo para hacer una descubierta del petrolero.

Hasta aquí se lo podían imaginar los tres, pero esperaron pacientemente a que su comandante les revelara la razón por la que les había llamado.

—El guiado del helicóptero lo vamos a hacer desde aquí —continuó Pablo—. Vamos a simular que no tenéis contacto radar y os vamos a hacer pasar por varios puntos que tenemos metidos en el sistema de combate. Vosotros no vais a saber qué puntos son, así que tendréis que fiaros del guiado que os hagan desde CIC.

Pablo intuyó una mueca que Joseba se apresuró a esconder. El piloto estaba demostrando ser un gran profesional y muy trabajador, pero era muy independiente. No estaba cómodo trabajando a las órdenes de nadie y Pablo intuía que mucho menos cuando volaba.

—El final de este circuito os llevará al Pichón —continuó el comandante—. Una vez estéis en posición de observar lo que ocurre a bordo, Sergio tendrá que distinguir un código de formas que hay pintados en la embarcación. Solo cuando me dé por radio el código, le autorizaré a abrir uno de estos sobres, según qué código me haya dicho. Cuidado, porque en caso de error, el sobre te dará una información incorrecta que nos retransmitiréis a bordo y que puede llevarnos a cometer errores que significarían el fracaso de la misión.

El joven tirador asintió abrumado por la seriedad con la que su jefe se tomaba el ejercicio y el novedoso y curioso sistema que estaba instaurando.

Pablo siguió sin inmutarse:

—El sobre tiene que abrirlo Sergio —dijo mirando a Joseba—. Quiero que se simule incluso ese paso que parece tan trivial en el que él te da información a ti para que tú nos las trasmitas a nosotros. Parece una tontería pero en pequeñeces como esa puede residir el éxito de la misión. Así comprobamos su capacidad como observador y la de los dos trasmitiendo los datos obtenidos.

El piloto movió su cabeza declarando la aceptación de la orden.

—Una vez la información que recabéis llegue a bordo, decidiremos qué hacer y os daremos más órdenes. El resto de tu gente por ahora en *stand by*, Paco. ¿Preguntas?

Los tres negaron con la cabeza.

—Pues listo señores; al lío —los despidió Pablo.

Unos minutos después la aeronave estaba en el aire. Pablo pasó al CIC para examinar el guiado del aparato. De los tres primeros puntos, el helicóptero pasó exactamente por encima de uno por

pura suerte, mientras que los otros dos fueron casi fallos. Sin embargo, con la práctica, tanto don Luis en CIC como Joseba al otro lado del enlace fueron cogiendo confianza el uno en el otro, sobre todo a medida que acertaban más y más puntos.

Para cuando el helicóptero estaba encima del Pichón, Pablo estaba perfectamente satisfecho con la coordinación CIC-aeronave. Había sido un ejercicio provechoso. Ahora era el turno de Sergio.

No había terminado de pensar en ello cuando oyó la voz del piloto a través del circuito de UHF.

—Madre de helo, el código es cuadrado, círculo, rectángulo, cuadrado.

¿Ya? ¿De noche? Los aparatos de visión nocturna eran buenos pero a veces incómodos de usar. Pablo se giró buscando a Paco en la esquina que éste solía ocupar en el puente para no molestar.

El antiguo GEO le miró y asintió sonriendo.

—Tiene una vista acojonante —dijo.

—Ya lo creo —se vio obligado a responder el marino gaditano—. Por como puse las figuras pensé que les llevaría un rato.

El comandante se paró a pensar.

—CIC de puente —dijo.

—CIC —se oyó la voz de Gabi.

—¿A qué altura está el helo?

Tras unos instantes se oyó la voz dudosa de Gabi:

—La dirección de tiro dice que a diez pies.

Pablo no pudo contener una carcajada.

—Parece que no todo el mérito es de tu chaval, Paco.

El madrileño se encogió de hombros.

—No te preocupes, tu chico tendrá su oportunidad.

Paco miró a su jefe intentando descifrar qué quería decir aquello, pero si algo habían aprendido los oficiales era que al comandante no se le podía leer. Únicamente Gabi, tras pasar horas y horas hablando con él sobre operaciones navales, podía a veces intuir lo que pensaba. Pero para los demás era insondable.

—Alistar equipo de abordaje. *Rhibs* de estribor —dijo Pablo a Miguel para que éste lo repitiera por el sistema de megafonía. Y girándose hacia Paco dijo—: Las embarcaciones van a estar por el lado en el que no os ven desde el petrolero.

El ex GEO no era el primero en sorprenderse de cómo se metía en el papel el comandante.

—Intentad manteneros así y aproximaros por su popa —continuó Pablo—, donde la probabilidad de que os vean es menor. Deja aquí al otro tirador para proporcionaros cobertura junto con el helo. Los puestos del resto de armas ligeras los cubrirá gente del barco.

La primera opción para ocupar los puestos de las ametralladoras ligeras eran siempre los hombre de Paco, pero Pablo había diseñado un plan de reserva en el que marineros de distintos destinos ocupaban esos puestos. Estos habían sido adiestrados en el uso de las armas y, aunque no tuvieran el manejo de los expertos, mantenían la capacidad de hacer fuego con armas ligeras.

«Vamos a por la siguiente sorpresa», pensó Pablo. Con parsimonia se sacó un pequeño aparato del bolsillo. Extendió una antena y pulsó uno de los botones. Los dos o tres que le vieron no tenían

la más mínima idea de qué hacía su comandante, pero obviamente no iban a preguntar.

En el helicóptero, Sergio observaba concentrado la pequeña embarcación que navegaba unos metros por debajo. Los primeros vuelos lo había pasado mal hasta el punto de pensar que el piloto era un loco. Con el tiempo había aprendido que Joseba tenía un control del aparato del nivel del que tenía él de su Accuracy (el Barrett se lo dejaba en el barco). Ahora incluso disfrutaba de las salidas. Muchas eran como montarse gratis en una atracción de parque temático. Estaba claro que de no ser por el piloto habrían tardado varios minutos en averiguar el código.

El ejercicio de aquella noche estaba yendo bien. Una parte de sí mismo no dejaba de repetirle que esas no eran horas para hacer ejercicios, pero en el fondo sabía que era necesario. O eso pensaba el comandante.

Todos sabían que provenía de la marina mercante, pero decían que pasaba días enteros leyendo libros y publicaciones sobre táctica y estrategia naval. Eso cuando no estaba hablando con el segundo. Ese sí que tenía experiencia. Sin embargo, el comandante era distinto...

La locura del rescate de Iván cuando se cayó al agua le había hecho ganar un montón de enteros a los ojos de todos, pero no era lo único. Desde luego la frialdad con la que respondió a la situación del supuesto FIAC^{II} (Sergio sonrió pensando cómo todos habían aprendido ese término desde entonces) tenía gran parte de la culpa. Los que habían estado en puente decían que ni tan siquiera se le había visto nervioso.

El comandante era con diferencia el jefe más exigente que la mayoría de ellos habían tenido, sin embargo conseguía que vieran el porqué de las cosas y motivarles para conseguirlas. Solo así era posible llevar el régimen que habían tenido desde Cádiz, con apenas un par de días de descanso.

Además, los resultados eran obvios. La dotación estaba compenetrada y no solo profesionalmente. Se estaba creando un espíritu de equipo que Sergio solo había visto en unidades mucho más pequeñas. Todos querían participar. Todos querían hacerlo bien.

Los concursos de tiro, de Seguridad Interior o de Maniobra creaban un ambiente parcialmente lúdico al mismo tiempo que fomentaban la competitividad y el espíritu de perfección y mejora.

Y lo más increíble de todo es que el hombre no se encerraba en su aura de jefe supremo. Había comido varias veces con los marineros y tenía la costumbre de ver los partidos de fútbol una vez en cada cámara. Entonces desaparecía el jefe frío y distante para convertirse en una persona cálida y agradable. Estricta y profesional, pues ni en esos momentos había admitido queja alguna sobre la Ley Seca que había instaurado a bordo, pero aun así afable e incluso divertida.

También había demostrado preocuparse por su gente. Además del caso de Iván, tenía la costumbre de preguntar todos los días por los enfermos o lesionados. Y en los dos casos que había habido de gente con noticias importantes de casa, ya fueran buenas o malas, les había facilitado al máximo la comunicación con sus familias, e incluso ofrecido que se marcharan unos días a la Península.

Un flash le sacó de sus reflexiones. Provenía del Pichón...

Sí, ahí estaba otra vez. Parecía...

El tercer estallido que iluminó la embarcación confirmó su suposición. Lo que parecía un cartel

de un hombre armado se había levantado y a su alrededor estallaban petardos.

Mil cosas pasaron por su mente mientras colocaba su rifle y escuchaba por los cascos a Joseba preguntando si había visto eso.

¿Qué narices era aquello? Obviamente una sorpresita del comandante. Vaya tío. ¿Cómo lo había hecho? Qué más daba. ¿Cuál era el propósito? ¿Debía abrir fuego? Pues claro; para eso estaba. ¿Y si le daba al Pichón? Iba a tener que ser cuidadoso.

El sonido de un disparo fue toda la respuesta que obtuvo el piloto.

De vuelta en el puente del Albatros, Pablo apretó otro botón de su extraño mando. A los pocos segundos de disparar el mecanismo había oído la voz de Joseba por radio informando de que habían abierto fuego en defensa propia contra el petrolero. Había dado al tirador tiempo suficiente; no quería que le agujereara el juguete.

Sergio vio cómo los petardos callaban y la pieza de cartón volvía a recostarse en su posición original. Estaba resultando el ejercicio mejor simulado que había hecho en su vida. ¿Sabría el comandante si había derribado el objetivo? Era poco probable, aunque no le sorprendería. Probablemente habría preestablecido un tiempo determinado para permitirle a él hacer fuego. Estaba seguro de haber hecho varios blancos. El input de evitar dar a la embarcación le había supuesto un hándicap importante, pero no era campeón de España de tiro con arma larga por casualidad.

En el puente del patrullero se oía al helicóptero informar de que habían abatido al tirador hostil. Pablo les ordenó mantener la posición y tener los ojos bien abiertos.

El gaditano estaba muy satisfecho de cómo estaba saliendo el ejercicio. Algunas cosas, como la puntería de Sergio, tendría que esperar al final para evaluarlas, pero el resultado general era positivo. Su juguete estaba probando ser una gran incorporación. Por suerte uno de los chavales de *Grease* era un auténtico apasionado de los teledirigidos y le había complementado el Pichón con algún que otro accesorio. Esto le había permitido sorprender a piloto y tirador para evaluar su reacción. Excelente.

—Rana 1 y Rana 3 se dirigen al petrolero —oyó la voz de Miguel, refiriéndose a las dos *rhibs* con el equipo de abordaje.

Pablo volvió al CIC a observar cómo se realizaba un ejercicio de guiado similar al del helicóptero, aunque eliminando una dimensión y con distancias y velocidades mucho menores. En el caso de las embarcaciones, el guiado resultó efectivo desde el primer momento. Habían tenido muchas oportunidades de echarlas al agua y el personal estaba perfectamente adiestrado.

Al cabo de unos minutos, ambas embarcaciones se aproximaban al Pichón. Pablo había coordinado todo para que los miembros del equipo de abordaje no supieran nada de sus carteles y sus petardos. Como parte del ejercicio, se les avisó por radio de que el petrolero había abierto fuego de armas ligeras contra el helo, pero ninguno podía imaginar lo que realmente había pasado.

Cuando preparó el ejercicio, Pablo estuvo estancado varios días en este punto, pues el fuego desde las *rhibs* no sería tan preciso como desde el helo y temía que el Pichón sufriera daños colaterales. Pero Howard, el suboficial electricista, le ofreció la solución. Una botella de aire comprimido; otro cartel, esta vez apoyado sobre unos patines; y un cabo de unos 50 metros de

longitud habían sido suficiente. El comandante sonrió mientras apretaba otro botón de su mando. Se lo estaba pasando pipa.

En la embarcación número uno, Jonás se concentraba en acompañar la ola con la caña para hacer más cómoda la estancia a sus pasajeros. El cabo había estado ligado a la mar desde pequeño y, aunque siempre le había proporcionado trabajo, también le había tratado como a su tocayo bíblico: la suerte no había estado precisamente de su parte. Tanto en la marina de guerra como en la mercante o la pesquera había sido tratado injustamente hasta el punto de llegar a convencerse de que su nombre, usado por generaciones y generaciones de hombres de mar para nombrar a los malditos, era el causante.

Pero todo parecía haber cambiado. Hacía solo unas semanas que recibió una llamada en casa. Le ofrecían trabajo. Cuando le explicaron de qué se trataba, pensó que le estaban gastando una broma de mal gusto. Pero todo se estaba haciendo realidad. Tenía un trabajo gratificante haciendo aquello que le gustaba y con un buen sueldo. Además, sus jefes eran buena gente. Exigentes, pero buenos. Jonás era partidario de ser duro con los subordinados; así es como se aprende. Era así como trataba él a los marineros. Con justicia pero sin miramientos.

Una serie de sonidos extraños le devolvió al presente como un bofetón. Se había despistado; no podía pasarle eso. Miró hacia la fuente del ruido. Parecía venir del Pichón.

¡Splash!

Algo había caído a popa de la embarcación teledirigida. El marinero portuense fijó sus ojos en la estela del Pichón. Al cabo de unos instantes emergió una plataforma del agua. Jonás no se creía lo que veían sus ojos. Su cerebro procesó rápidamente la información y se dio cuenta de que era una especie de remolque. Justo entonces, la plataforma pareció estallar en pequeñas explosiones.

En unos instantes todos los que iban en las dos embarcaciones vieron cómo el helicóptero, que los había estado sobrevolando los últimos minutos, maniobraba y se posicionaba por el través de fuera lo que fuera lo que estaba remolcando el Pichón. Segundos después se oyó un sonido inconfundible. Un fusil abriendo fuego. Jonás no necesitó más.

—¿A qué esperáis, señoritas? ¿Qué os pasa? ¿No se supone que estáis aquí porque sabéis usar todas esas armas que lleváis? ¡Nos están atacando! ¡Abrid fuego!

Algunos de los miembros del equipo de abordaje empezaban a recuperarse del shock, pero aquello no era suficiente para Jonás.

—¡Vamos, marineros de agua dulce! ¡Tiradle a ese maldito remolque! —gritó—. ¿Queréis que se lleve todo el mérito ese puñetero helicóptero?

Finalmente, el cabo del equipo estaba reaccionando y distribuyendo a su gente. Jonás se permitió un respiro. ¿Una embarcación teledirigida que proyecta un blanco remolcado simulando fuego enemigo? Alguien le había echado tiempo a planear aquel ejercicio.

Pablo había puesto la cámara infrarroja en una de las pantallas del puente. Las embarcaciones habían respondido bastante rápido al «fuego» del Pichón. El gaditano estaba disfrutando más y más del ejercicio. Además de ver plasmado satisfactoriamente el trabajo de varias semanas de planeamiento, su gente estaba respondiendo perfectamente.

El comandante dejó que hicieran blanco sobre el remolque varios minutos. Era el tipo de

ejercicio que gustaba y al mismo tiempo era un buen adiestramiento. Finalmente decidió dejar la decisión en manos de Paco.

—Rana 3 de Albatros, ¿hemos abatido ya los blancos? —preguntó.

Al cabo de unos segundos se oyó la voz de Paco por radio:

—Los blancos están abatidos. Solicito dos minutos más para asegurar que el objetivo está limpio.

Pablo sonrió. Paco quería dejar claro que la puntería de sus chavales era buena pero querían aprovechar la oportunidad y seguir tirando.

—Muy bien. Dos minutos y procedemos al abordaje.

—No está mal el juguetito, ¿eh? —dijo el *Chief* desde su esquina—. Ya no se nos ocurría qué más chismes ponerle. Uno de mis chicos pensó en un robot de cocina, para que te hiciera el desayuno, pero le dije que eras más de galletas...

—O tostadas —sonrió Pablo.

Al cabo de un rato, las embarcaciones solicitaban permiso para comenzar el abordaje. En un caso real, aquello no tendría sentido. Si el petrolero secuestrado les recibía hostilmente, abordarlo por medio de las embarcaciones sería muy complicado. La inserción tendría que hacerse desde el aire. Pero al tratarse de un ejercicio, Pablo se había permitido contemplar esta opción. Con el helicóptero proporcionando cobertura, las *rhibs* tenían que ser capaces de acercarse al costado del barco secuestrado y, mediante ganchos, conseguir poner una escala para que embarcase el equipo de abordaje. Se trataba de una maniobra delicada e incluso peligrosa, por lo que el comandante había dispuesto que una de las dos embarcaciones restantes se situase por la popa con uno de los nadadores de rescate a bordo.

Gradualmente, el ruido del rotor del helo aumentaba y en unos minutos, la aeronave y las dos *rhibs* se encontraban a unas yardas del Albatros. Pablo vio cómo se acercaban siguiendo el procedimiento: una se dirigía al costado mientras la segunda se mantenía a una distancia prudencial para proporcionar cobertura y evitar ofrecer dos blancos simultáneos y cercanos.

Para dar realidad al ejercicio, se había establecido la cubierta de vuelo como punto de embarque. Estaba varios metros por encima de la toldilla y se asemejaba más a la altura que podía tener la cubierta de un petrolero.

La primera embarcación se acercaba. El patrón parecía tenerla dominada. Con pequeños golpes de caña, mantenía la *rhib* a rumbo y equilibrada mientras se acercaba poco a poco al costado del patrullero. Pablo hizo un repaso mental rápido y obtuvo el nombre del patrón: Jonás. Parecía que había estado haciendo aquello toda su vida; las reacciones eran totalmente intuitivas. El marino gaditano tomó nota.

Con la *rhib* a escasos metros, Pablo vio cómo dos de sus ocupantes se levantaban e intentaban alcanzar la cubierta con una escala rígida acabada en unos ganchos. No era lo suficientemente larga y tras unos instantes desistieron en el intento. A continuación, uno de ellos sacó una escala extensible y, con la seguridad de quién lo ha hecho mil veces, enganchó uno de los extremos a la cubierta del patrullero.

Tras comprobar que la escala estaba bien trincada, dos miembros del equipo ascendieron por ella. Pablo escuchó cómo Paco pedía al helicóptero confirmación de que la cubierta estaba clara y que no había riesgo de agresión en un momento tan delicado. Planeando el ejercicio, se había planteado poner alguna sorpresita en este punto, pero tras meditarlo llegó a la conclusión de que era demasiado arriesgado. No se podía permitir aumentar el peligro de hombre al agua. Y menos de noche y con el barco comprometido en un ejercicio tan complejo.

En una situación real, la cobertura del helicóptero, de la otra embarcación y del mismo Albatros en aquel punto era vital. A todos los participantes se les había hecho hincapié en esto.

En caso de que no se pudiera asegurar la seguridad de la zona de embarque y fuese necesario efectuarlo desde el mar, se tirarían botes de humo antes de embarcar en el buque secuestrado. Esto daría una ventaja importante a los asaltantes que, pertrechados con máscaras de gas y visores infrarrojos, estarían en una situación de superioridad.

Sin embargo, en esta simulación no iba a ser necesario y los dos primeros miembros del equipo estaban ya a bordo. Pablo observó cómo todos los asaltantes embarcaban y rápidamente establecían un perímetro. Los hombres se movían con seguridad y coordinación; Paco los había entrenado hasta la extenuación. Literalmente, en algún caso.

El elemento de seguridad dio el «OK» a su embarcación, que había permanecido al costado ya con solo su dotación a bordo. Las *rhibs* debían esperar a recibir la confirmación de que el primer paso del asalto se había realizado sin novedad para poder alejarse. De esta manera, aseguraban una ruta de escape a los asaltantes en caso de que algo fuese mal.

Seguidamente, el elemento de seguridad avisaba al elemento de mando de que tenían el punto de embarque controlado. Mientras una *rhib* se alejaba, la otra comenzaba su acercamiento. Este era otro punto delicado, pues los que estaban a bordo quedaban en una situación comprometida: a bordo de un barco hostil, con solo una pequeña porción controlada y sin medios de huida. Pablo sabía que en este punto, en caso real, la gente del elemento de seguridad estaría muy nerviosa, y había ideado un plan para comprobar que eran capaces de mantener la situación bajo control.

Un miembro de la dotación del Albatros irrumpió en la cubierta de vuelo pintado de negro y portando lo que parecía un arma de fuego, aunque no en posición amenazante. Pablo sonrió al ver a su falso pirata. La necesidad imperiosa de comunicarse en la lengua local les había hecho pedir a Reyes un traductor, que debía incorporarse en Seychelles. En cualquier caso, este iría con el elemento de mando, por lo que el de seguridad tenía que valerse por sí mismo durante unos difíciles minutos.

El cabo al mando había memorizado unas sencillas y útiles frases que tendría que poner en práctica al mismo tiempo que tomaba rápidas y complicadas decisiones ante un elemento armado posiblemente hostil.

El supuesto pirata comenzó a gesticular mientras profería un torbellino de improperios a los asaltantes que le miraban sin saber qué hacer. Entonces, el cabo tomó la iniciativa y se dirigió al pirata. Pablo estaba a la escucha en el circuito de mando del equipo de abordaje. Paco, el cabo de seguridad y el suboficial encargado de la parte de registro llevaban sendos micrófonos por los que se les oía sin necesidad de pulsar ningún botón. Hasta sus respiraciones más suaves eran

retransmitidas.

El cabo había acertado. Pablo comprobó en la tableta que siempre le acompañaba cómo el cabo Miguel, que así se llamaba el encargado del elemento de seguridad, utilizaba la frase que intentaba convencer al pirata de que tirara el arma y se entregara. Seguidamente, le hizo ver que no tenía escapatoria, que los asaltantes tenían la situación bajo control y que lo más sensato sería rendirse.

Pablo cogió uno de los distintos *walkies* que tenía delante y dio las instrucciones pertinentes a su falso pirata para que se retirara.

Otra prueba superada. Habían salido ilesos de una situación tensa y, aunque no habían conseguido neutralizar al potencial atacante, mantenían la situación controlada a la espera de mejorar su posición con refuerzos.

El resto del ejercicio se desarrolló sin ninguna novedad. El equipo de abordaje redujo a los piratas y lo comunicó a «madre», que envió al «equipo de navegación y control». Este estaba encabezado por Miguel y por un pequeño grupo de hombres con los que podía llevar la navegación de cualquier petrolero. La escrupulosidad de Pablo hizo que se hiciera el embarco de este equipo en otra de las *rhibs*, que navegó durante unos minutos y volvió al costado del Albatros, embarcando por la misma escala que el equipo de abordaje. Todo adiestramiento es poco.

Notas

[11](#). *Fast Inshore Attack Craft*: embarcación costera rápida con perfil atacante.



Capítulo Siete

El Albatros dejaba por babor el islote de Saint Anne y entraba en Port Victoria, capital de Seychelles. Desde que recibieran el mensaje de Reyes, habían tenido una navegación tranquila. Demasiado tranquila para el gusto de Pablo, que había tenido tiempo de sobra para meditar sobre las nuevas reglas del juego. Los militares las llaman reglas de enfrentamiento; ROE por sus siglas en inglés. En la mayoría de los casos no permiten abrir fuego hasta haberlo recibido.

En su caso, no tenían ninguna limitación clara en ese respecto, pero por lo demás estaban atados de pies y manos. Durante los últimos días se había dedicado a plantearse posibles situaciones en las que podían encontrarse y que supondrían un dilema por las nuevas restricciones. Y no tenía solución viable para ninguna de ellas.

Lo único que había sacado en claro tras leer el mensaje original del gobierno somalí era que no tenían restricciones para abordar barcos con cuyo beneplácito contaran, con lo que no podía asaltar *dhow*s, pero sí petroleros con piratas a bordo. Esto le ponía en una clara desventaja táctica. Lejos quedaban los días en los que había llegado a soñar con terminar realizando operaciones en territorio somalí para dismantelar bases piratas.

Pero ante todo, Pablo era un hombre práctico y sabía que por lo pronto tenía que concentrarse en escoltar los petroleros de Alps Tankers en su subida hacia el Canal de Suez. Ya se le ocurriría algo.

Además, tenía otras preocupaciones. Pocos días después del fatídico mensaje de Reyes, había llegado otro en el que le informaba de que había organizado una rueda de prensa en Seychelles. Aparte de las cadenas y emisoras locales, acudirían varias internacionales.

La idea era promocionar el proyecto y darse a conocer. Necesitaban el apoyo de la comunidad internacional y la opinión pública. Pero Pablo nunca se había enfrentado a algo así y no tenía muy claro que le fuese a gustar la experiencia. Estaba de acuerdo con el asesor en que podía traer grandes beneficios a la empresa, pero también podía traer problemas. Ni él mismo tenía del todo clara la base legal en la que se sustentaba el proyecto y algunos periodistas pueden ser muy incisivos cuando buscan un buen titular.

Aunque había pedido a Gabi que le acompañara, y sabía que su segundo había tenido experiencia como oficial de información pública cuando estuvo desplegado en el Índico, era consciente de que como comandante tenía que proyectar seguridad y decisión. Se hubiese sentido más cómodo si Reyes hubiese ido para dar la rueda de prensa con él; el alicantino parecía el tipo de hombre al que se le daban bien esas cosas. «Tiene ese toque caradura», pensó Pablo. Sin embargo, lo único con lo que contaba era con unos documentos enviados por Egger, el abogado del señor Gotthelf. Al menos había tenido la deferencia de adjuntar un resumen para que pudiera entender algo.

Hablando con Gabi, habían decidido intentar proyectar una imagen de operatividad y eficiencia pero amable y simpática. «Vamos, como si fuéramos los perfectos superhéroes», pensaba Pablo irónicamente. Irían con sus monos de embarque.

La pequeña sala del hotel de Beau Ballon estaba repleta. Pablo no esperaba tanto público. Había cámaras de las principales cadenas españolas, de la CNN y la BBC y otras muchas que no reconocía. Su mano derecha se le iba sola al lóbulo de la oreja.

Se sentó enfrente de los micrófonos con Gabi a su derecha. Esperó unos momentos a que se hiciera el silencio y comenzó a leer el discurso que tenía preparado. Al menos en esa pequeña parte no le cogerían por sorpresa.

Al acabar pensó que no lo había hecho mal del todo. Inauguró la ronda de preguntas y una docena de manos se dispararon hacia el techo. «Esto va a ser más largo de lo que me esperaba», se resignó el gaditano.

Más de media hora más tarde Pablo se recostó en su silla. Por fin habían acabado. La ronda de preguntas había sido intensa pero el gaditano pensaba que no habían salido muy mal parados. Gabi había salido a su rescate un par de veces y él mismo había desviado alguna pregunta a su segundo. Mientras la sala se vaciaba de periodistas, los dos marinos se miraron. No se dijeron nada, pero se entendieron. Había sido duro y cansado, pero habían hecho bien su trabajo.

Mientras salían, varios periodistas, sobre todo los españoles, se acercaban y les hacían algún comentario o alguna pregunta *off the record*. Gabi le dijo a Pablo que aquello era buena señal.

A la mañana siguiente, los dos marinos se encontraban en la cámara del comandante viendo y leyendo el resumen de prensa que les había preparado don Agustín, el administrativo, con todas las noticias que habían salido sobre la entrevista del día anterior. Habían descartado todas aquellas que no estaban en inglés o español. No iban a sufrir por intentar entender unas noticias que serían muy parecidas a las que habían dado las cadenas españolas y anglosajonas.

El resumen era muy bueno. En muchas cadenas habían aparecido como la noticia curiosa del día y en otras como noticia algo más seria, pero en todas el enfoque era positivo. Los periodistas habían respetado el mensaje que ellos querían transmitir, que no era otro que eran un barco que se iba a dedicar a defender los intereses de Alps Tankers pero también les habían presentado como gente agradable, simpática e incluso divertida. Eso iba a hacerles ganar muchos enteros. Mirándolo fríamente, Pablo se dio cuenta que una vez habían conseguido relajarse, habían sido capaces de transmitir el mensaje con más sinceridad y esa es la mejor forma de llegar a la gente.

—Bueno, Gabi, misión cumplida —dijo Pablo mientras se relajaba en el sillón después de ver la última noticia.

—Sí, comandante. Enhorabuena.

—Lo mismo digo.

El ferrolano inclinó la cabeza en señal de reconocimiento.

—Con tu permiso, comandante, me voy a seguir depurando el Plan de Combate.

—Muy bien.

El gaditano se sentó delante de su ordenador dispuesto a lidiar con la cantidad ingente de papeles que genera un barco al entrar en puerto cuando llamaron a la puerta de su camarote-despacho-sala de reuniones.

—Con su permiso, comandante.

—Adelante.

Era el Suboficial de Guardia.

—Dígame, don Agustín.

—Hay dos señores en el muelle preguntando por usted —dijo el suboficial—. Ambos son españoles. Uno se ha identificado como periodista y el otro dice que viene por su cuenta pero ha insistido mucho en verle.

Pablo suspiró. Ninguna de las dos visitas le hacía mucha gracia pero no podía negarse y menos tratándose de compatriotas tan lejos de casa.

—Que pasen —se resignó—. El periodista que suba directamente y el otro señor que espere un momento abajo. Ofrecedle algo de beber.

—Enterado.

Don Agustín ya se marchaba cuando Pablo tuvo una última idea.

—Que venga el segundo.

—Enterado, comandante.

Como era de esperar, Gabi llegó antes. Don Agustín era suficientemente espabilado como para avisar primero al segundo para darle algo de tiempo de reacción. Al poco tiempo se volvió a oír la voz de don Agustín.

—Con su permiso, comandante.

—Pase, don Agustín.

El suboficial entró acompañado de un hombre que debía rondar los treintaicinco, vestido con unos pantalones cortos caqui y una camiseta blanca. Encima llevaba un chaleco sin mangas lleno de bolsillos del que sobresalía una libreta. Aun sin el pase que llevaba colgado al cuello para identificarse, cualquiera podía ver que se trataba de un periodista. Probablemente cubriera todas las noticias de Oriente Medio y África. Eso quiere decir Irak, Líbano, Israel, etc.

—Buenos días. Pablo Marzán, comandante del Albatros —le tendió la mano.

Había pensado completar el saludo con un «¿No tuvo suficiente con la rueda de prensa de ayer?», pero se mordió la lengua en el último momento.

—Buenos días, Oriol Mata, de la agencia Iberia Press.

—¿En qué podemos ayudarle?

—Pues verá —dijo el periodista—, me gustó mucho la rueda de prensa de ayer y creo que están llevando a cabo un proyecto muy interesante. Lo he hablado con mis jefes y me han autorizado a intentar obtener su permiso para rodar un reportaje a bordo de su barco. Nos gustaría salir a navegar con ustedes, recorrer el barco y poder entrevistar a la dotación.

Los dos marinos se miraron. En un instante habían tomado la decisión y con solo una mirada y un breve asentimiento Pablo le dijo a Gabi todo lo que necesitaba saber. Lo autorizo y queda todo bajo tu responsabilidad.

El ferrolano no necesitó más.

—Será un placer para nosotros, señor Mata —dijo Gabi—. Pero tenemos un par de condiciones.

El periodista sonrió.

—Ustedes dirán.

—Primero, el personal que embarque tendrá que atender todas las indicaciones de la dotación y no interferir en el normal funcionamiento del barco. Segundo, deberán ir siempre acompañados por un miembro de la dotación designado por mí. Además, todo lo que se grabe lo harán con mi permiso expreso, y después yo supervisaré personalmente lo que han grabado. Y finalmente, una vez que el reportaje esté terminado nos lo enviarán para que demos el visto bueno antes de emitirlo. No voy a entrar en cómo lo enfoca o en si nos pone a parir, pero hay ciertas cosas que, por seguridad, no puede publicar.

El periodista había sacado su libreta y empezado a hacer anotaciones. Al acabar levantó la vista y miró a los marinos.

—Estupendo —dijo—. Me marcho para comunicárselo a mis jefes. Esta es mi tarjeta. Si necesitan cualquier cosa, háganmelo saber. Mi cámara y yo estaremos aquí mañana a las nueve, si les parece.

Los marinos asintieron.

—Don Agustín le indicará como contactar con nosotros si lo necesita y le dará unas recomendaciones sobre lo que deben traer —dijo Gabi.

—Perfecto, muchas gracias.

Se dieron la mano y el periodista se marchó. En cuanto hubo desaparecido, Pablo preguntó a su segundo:

—¿Qué te parece?

—Desde luego parece bien intencionado —respondió el gallego—. Puede que sea un incordio pero no nos viene nada mal algo de propaganda positiva. A Reyes le va a encantar.

—Eso he pensado yo. Y con algo de suerte, le ayudará a devolvernos nuestro antiguo *statu quo* con los somalíes.

Una cubierta por debajo, en la cámara de suboficiales, Juan Núñez Bustamante esperaba pacientemente mientras bebía una cerveza. No se encontraban Mahous por Seychelles. Estaba curioseando uno de los cuadros de las paredes cuando el señor que lo había recibido apareció. Se había presentado como Agustín Gómez pero no había dicho su cargo. Las divisas que llevaba eran distintas que todas las que había visto hasta entonces Juan, pero algo le decía que Agustín debía de ser una especie de subalterno.

—El comandante le recibirá ahora.

—Perfecto.

Juan era natural de Avilés, Asturias, y se había dedicado a la mar desde que era pequeñito. Igual que toda su familia. A sus cincuentaidós años, con esfuerzo y dedicación, había conseguido convertirse en patrón de uno de los pesqueros que faenaban en aguas del Índico y que en

ocasiones recalaban en Seychelles.

Sin embargo, su armador se había ido a la quiebra y Juan se había quedado sin barco y sin trabajo. Esto había sido hacía tan solo unos días y el asturiano seguía en Seychelles porque no tenía muy claro cuál iba a ser su siguiente paso.

Dos mañanas atrás se encontraba pensando en su incierto futuro cerca del puerto de Seychelles cuando vio entrar el Albatros. Le pareció reconocer uno de los nuevos patrulleros oceánicos de la Armada española. Alguno ya había estado desplegado en el Índico. Pero le extrañó la bandera que flameaba en el mástil del barco. Al principio le descolocó tanto que no fue capaz de identificarla, pero al poco se dio cuenta de que se trataba de la nueva bandera somalí.

Eso le extrañó aun más. ¿Qué hacían los somalíes con un barco tan nuevo y moderno? Y ¿qué hacía en Seychelles? Algo no encajaba. La curiosidad y la cantidad de tiempo libre del que disponía le hicieron buscar una respuesta. A las pocas horas, con un paseo por el muelle, preguntas a algún conocido y después de tomarse algo en el *Pirate's*, el bar más transitado por las dotaciones de los barcos que entraban en Seychelles, había hallado respuesta a sus preguntas. Incluso se enteró de que al día siguiente habría una rueda de prensa dada por el capitán del barco.

Hizo uso de sus contactos para conseguir un sitio en la sala del hotel Berjaya y allí escuchó todo lo que necesitaba. Era una posibilidad remota, pero podía ser una oportunidad de obtener un trabajo magnífico y, leyendo entre líneas las declaraciones de aquel Pablo Marzán, se veía claramente que su patrocinador, Alps Tankers, estaba dispuesto a invertir el dinero que fuera necesario en el proyecto. Eso podía significar un buen sueldo e incluso algo de estabilidad. Y sin lugar a dudas el trabajo prometía ser interesante.

Todo esto había convencido al marino asturiano para presentarse allí aquella mañana y conseguir una entrevista con el capitán. Era consciente de que con toda probabilidad la dotación del Albatros estuviese completa, pero una oportunidad así no se podía menospreciar. «Además, menos da una piedra», pensó con una mueca Juan. «Por lo menos ya me he llevado una cerveza».

En unos instantes, estaban pasando una serie de camarotes y Agustín se detuvo ante uno que estaba precedido de una antesala. Juan entró detrás de su guía y se encontró de frente con el hombre que había visto el día anterior detrás de los micrófonos. Echó un rápido vistazo alrededor. Se encontraba en una pequeña habitación que tenía un escritorio con dos ordenadores y dos pequeños sofás alrededor de una mesita. A través de una puerta se vislumbraba el sobrio camarote. No había muchos adornos, pero al asturiano le llamó la atención una foto en la que aparecía el capitán del barco rodeado de otros dos hombres que vestían el uniforme de la Armada. Los tres se parecían mucho.

Rápidamente, Juan recordó sus buenos modales y tendió la mano a su anfitrión.

—Buenos días, comandante, Juan Núñez, capitán del *Sálvora III* hasta hace unos días.

Se había dado cuenta de que la dotación trataba al capitán de comandante, como los militares, y él no iba a ser menos. A Pablo tampoco le pasó desapercibido.

—Buenos días capitán, Pablo Marzán, comandante del Albatros.

—Sí, lo sé. Tuve la suerte de atender a su rueda de prensa de ayer.

Su interlocutor pareció sorprendido, pero rápidamente cambió su expresión por una educada

curiosidad. Obviamente esperaba alguna explicación por su presencia.

—Supongo que se preguntará que hago aquí —comenzó el asturiano—. Pues bien, iré directamente al grano. Como le he dicho, era capitán de un pesquero que faenaba por estas aguas hasta hace pocos días. Por desgracia mi armador ha quebrado y me he quedado en tierra. Me parece que el proyecto que están llevando a cabo es muy interesante y me gustaría poder unirme a él. Llevo toda la vida navegando y conozco bastante bien estos mares. Y si sirve de algo, odio a los piratas.

El asturiano hizo una breve pausa y continuó:

—Como puede ver, he descubierto mi juego, con lo que no estoy en una buena posición para negociar. Por ello aceptaré cualquier oferta que me pueda hacer, aunque creo que mi experiencia me capacita para realizar el trabajo de cualquier subalterno encargado de la navegación del barco.

Juan se quedó mirando a su interlocutor expectante. Se lo había jugado al todo o nada y solo le quedaba esperar.

—Por desgracia, señor Núñez, tengo las plazas de suboficial cubiertas...

El asturiano bajó la vista pero en seguida reaccionó. No le gustaba estar en una posición de inferioridad.

—No se preocupe. Solo preguntaba por...

—...sin embargo —le interrumpió Pablo—, necesito un oficial para navegación y maniobra. ¿Cree que podría estar a la altura?

A Juan se le abrieron los ojos de par en par. Eso era mucho más de lo que esperaba.

—Esta es mi oferta —continuó Pablo—: embarque hoy mismo y estará en periodo de pruebas hasta el próximo puerto. Si logra convencerme, le contrataré. Le advierto de que soy muy exigente; toda mi dotación ha pasado un riguroso proceso de selección.

—No le decepcionaré —aseguró el asturiano.

—Pues bienvenido a bordo, Juan.

—Muchas gracias, comandante.

—Ahora don Agustín le enseñará el barco y luego conocerá a mi segundo.

El asturiano salió del despacho de su nuevo jefe en una nube. Le había costado convencerse a sí mismo de aceptar cualquier trabajo que le ofrecieran. Se había esforzado toda su vida para llegar a donde estaba y no le había sido fácil asumir que, probablemente, tendría que empezar otra vez desde muy abajo. Y, de repente, se le había aparecido aquella oportunidad. Una cosa tenía clara. No la iba a dejar escapar. Dejó de un lado sus pensamientos y se centró en atender a Agustín.

En su camarote, Pablo se sentaba delante de su ordenador pensativo. Se había dejado llevar por la intuición completamente. Pero algo le decía que no se iba a equivocar. El marino asturiano debía de rondar los cincuenta y en su cara surcada de arrugas se podía leer la experiencia que había tenido en la mar. Ojos claros, pero muy distintos a los de Gabi. Más fríos, más profundos. Manos grandes y acostumbradas a trabajar. Pose erguida pero no altanera. Ancho de espaldas, aunque no mucho, tenía las piernas cortas y los brazos ligeramente más largos de lo normal. Vestía de forma sencilla pero perfectamente aseado y afeitado. Pelo corto. No era fácil el trabajo de pescador. Duro, muy duro. Y algo en su forma de hablar, aunque hubiese dicho bastante poco,

transmitía seriedad y voluntariedad.

A pocos metros de allí, el suboficial explicaba a Juan cómo estaba organizado jerárquicamente el barco imitando a la Armada y como el trato a bordo era parecido al que tienen los militares. Empezaron viendo el pasillo donde estaba el despacho del comandante. A un lado se abrían puertas que daban a varios camarotes -pronto uno sería suyo- y al otro había una sala que llamaban cámara de oficiales. Una mesa para comidas y reuniones y una salita con sillones. Además, había un par de pantallas de televisión, una nevera, fregadero y estanterías. Allí conoció a uno de sus nuevos compañeros. Alto y grande, le dio un fuerte apretón de manos.

—Paco.

—Juan.

—Encantado.

—Igualmente.

De vuelta al pasillo vieron el pequeño habitáculo que hacía las veces de lavandería de oficiales y la puerta que daba al camarote del segundo, con una distribución similar al del comandante, aunque más pequeño.

Volviéron sobre sus pasos y subieron una cubierta. Un pequeño pasillo daba al Centro de Información y Combate, donde se llevaba el control de las armas y sensores; el cerebro del barco. Al otro lado del pasillo un minúsculo compartimento albergaba la Radio. Y a proa del CIC estaba el puente.

Muy amplio y moderno, era bastante distinto a todo lo que Juan había visto hasta entonces. Estaba presidido por una consola enorme tras la que había dos sillones desde los que se controlaba todo. Había muchísimos equipos que el marino no había visto nunca. A cada banda había otra consola que permitía gobernar el barco. Eso debía de ser muy cómodo para las atracadas. En la parte de popa estaba la mesa de cartas y los equipos de comunicaciones. El puente era completamente cerrado y no tenía alerones; sin embargo se podía acceder al exterior por ambas bandas. En teoría no era necesario, puesto que se podía mirar hacia los lados desde dentro.

Por una de esas puertas salieron. Había una pequeña cubierta con dos ametralladoras enormes que se controlaban desde CIC. Caminando hacia popa, se podía asomar a la cubierta de vuelo, unos siete u ocho metros más abajo.

Volviéron al interior y entraron en el CIC. Juan sabía que no iba a pasar mucho tiempo allí, pero aun así se interesó por lo que veía. A un lado se llevaba el control de la artillería del barco, con dos pequeñas pantallas y joysticks para las ametralladoras que había visto fuera y otra consola para el cañón de proa. Al otro lado había tres asientos, cada uno con una consola doble o triple. Eran configurables y desde ellas se solía llevar representada la situación de superficie o aérea y el control del helicóptero.

Tras ver esto, bajaron dos cubiertas para llegar a estar una por encima de la principal. En ese nivel estaban los camarotes de los suboficiales, el acceso al castillo y, más a popa, la enfermería y el hangar.

Dentro del hangar se encontraba el helicóptero. Juan sabía que éste iba a ser su punto flaco.

Nunca había trabajado con aeronaves. A ambos lados del hangar se hallaban unos compartimentos donde se estibaban dos de las *rhibs* del barco. Los compartimentos se cerraban al exterior mediante sendas persianas retráctiles de metal y unas grúas ayudaban a bajar las embarcaciones hasta el agua.

Continuando hacia popa, vieron el acceso a la cabina del controlador del helicóptero durante la toma y el despegue. Desde ella se dominaba la cubierta de vuelo. Allí se dirigieron. Una enorme superficie preparada para recibir los mismos aparatos que cualquier fragata.

Tras atravesarla, bajaron a la toldilla. Allí había otras dos embarcaciones y en medio otra algo distinta. Según le explicó don Agustín era teledirigida y el comandante la usaba para ejercicios.

Volvieron a interiores al nivel de la cubierta principal. Allí había más camarotes, varios pañoles, oficinas, la Central de Máquinas y la cocina y comedores. Entraron en la Central de Máquinas. Había varias consolas que mostraban, no solo toda la planta propulsora y eléctrica del barco, sino también los elementos contra incendios y contra averías, cámaras, válvulas, estado de las puertas y otra mucha información. Después bajaron a las cámaras de máquinas y vieron donde estaban físicamente todos los motores del barco, además de equipos como osmotizadores, calderas, la planta de tratamiento de residuos o compresores de aire.

Con eso terminaron el tour rápido del barco. El asturiano sabía que aún tenía mucho que ver y aprender. Y muchas dudas que preguntar. Su guía le volvía a llevar hacia arriba a conocer al segundo. Esta vez entró solo.

—Juan Núñez, ¿verdad? —le tendió la mano un hombre que debía de ser algo mayor que el comandante.

Bien parecido, con unos ojos azul intenso, empezaba a padecer de alopecia pero mantenía el físico y la postura de un atleta. Apretó su mano con firmeza.

—Soy Gabi Huesca, segundo comandante y jefe de Operaciones del Albatros.

—Encantado.

—Lo mismo digo —le contestó su nuevo jefe—. Tengo que admitir que me ha sorprendido la noticia de tu incorporación. Pero me alegro mucho. Espero que podamos repartirnos mejor el trabajo ahora. Siéntate y te pongo al día.

—Bueno, creo que ya es más que bastante por hoy —dijo Gabi, indicando a Juan que pasara a la cámara—. Además, hay que aprovechar que estamos en puerto para tomarnos unas cervezas.

—¿En la mar no se puede? —preguntó el asturiano.

—¡Terminantemente prohibido! —exclamó *Grease* desde el sillón—. El comandante y el segundo son buena gente, pero nos tienen peor que con la Ley Seca en mi tierra. Ni siquiera nos dejan tomar cervezas americanas —sonrió el tejano—. ¡Y eso que sabes que son agua manchada! —le gritó a Gabi, que sonrió—. Donde se ponga una buena Cruzcampo...

—¡Puaj! —contestó el segundo—. Que auténtico asco. ¿Una Estrella? —le preguntó a Juan.

—Venga.

El asturiano había ido tendiendo la mano a todos los oficiales, que estaban en la Cámara haciendo tiempo para salir a comer a Port Victoria.

—¿Eres americano? —le preguntó al *chief*.

Este asintió:

—Tejano. Tengo el caballo amarrado en el hangar y he dejado la funda del revólver colgada ahí fuera —sonrió.

—Ya —contestó Juan—. Y yo mañana os preparo para comer fabada y cachopo.

—¡Dabuten! —exclamó Paco entre las risas de todos.

—¿Qué te trae por aquí, Juan? —le preguntó Joseba.

—Pues, la verdad es que me he quedado sin trabajo y siempre he vivido de la mar. Vuestro proyecto me gusta mucho y venía dispuesto a hacer cualquier cosa, pero el patrón me ha ofrecido encargarme del puente y la cubierta. Aún no me creo que tenga esta oportunidad.

Gabi resopló dando a entender que se identificaba con el marino asturiano.

—A veces no sé qué se me hacía más difícil cuando me echaron de la Armada: saber que ya no podría dedicarme a lo que me gustaba o la duda de cómo me mirarán mis hijas dentro de unos años, cuando se hagan mayores.

—Los míos que piensen lo que quieran —respondió Juan—, ahora lo que me preocupa es darles de comer y pagarles los estudios.

El resto bajó la cabeza; ninguno se había visto en una situación tan peliaguda.

Juan se dio cuenta de que no estaba llevando la conversación por buen camino y preguntó a cada uno qué papel tenían a bordo.

—¡Qué cantidad de oficiales! —dijo—. Estoy acostumbrado a que seamos tres gatos.

—Sí —contestó Gabi—. Pero sin Paco y Joseba no podríamos hacer casi nada y Esther es fundamental con los riesgos que tenemos que asumir. Y Ana... creo que sin ella el comandante y yo no podríamos dedicarnos a otra cosa que no fuera despachar papeleo.

—¿Qué edad tienen tus críos? —preguntó Paco al recién llegado.

—Diecinueve, diecisiete y dieciséis.

Se oyeron silbidos y exclamaciones por toda la Cámara.

—Normal que quieras seguir navegando —bromeó *Grease*.

—Supongo que soy de otra época —contestó Juan—. En mi pueblo lo normal es que nosotros nos dediquemos a la mar para darle sustento a la familia. Y nuestras mujeres se encargan de la casa y los niños —hizo una pausa al intuir la mirada de Esther—. No digo que sea lo mejor, pero cuando me casé, a ninguno de los dos se nos ocurrió que fuese a ser de otra manera.

—Mi mujer casi me deja por mi trabajo —dijo Paco—. Llegó un punto en que se hartó de los cambios de destino y los horarios imposibles. Fue una de las razones principales para dejar el Cuerpo.

—Puff —resopló Ana.

—Yo sigo siendo un soltero de oro —sonrió Joseba—. Por ahora ninguna me ha echado el lazo. Tuve un par de novias estables cuando era más joven, pero ninguna hizo «click». Y, a medida que pasan los años, les encuentro más pegas a todas —rió—. Ya no las hacen como antes.

—Vete a la mierda —le dijeron al unísono Ana y Esther—. Viejo cascarrabias —añadió la abulense.

Joseba, divertido, levantó las manos en señal de rendición.

—Yo no tengo niños —dijo *Grease*—. Bastante jodido está el mundo con un *Grease*, como para crear una saga de mini-yos.

La Cámara estalló en una carcajada colectiva.

—Pues yo es de lo que estoy más orgulloso —replicó Gabi—. Después del accidente, me di cuenta de que, más allá de triunfar en mi carrera, lo más importante era educar a mis hijas y que les fuera bien en la vida.

—Eso no lo puedes controlar —dijo Juan—. Solo puedes hacerlo lo mejor que sabes y rezar por que sea suficiente.

Gabi fue a contestar, pero se dobló ante la mayor experiencia del asturiano. Al fin y al cabo, su hija mayor solo tenía nueve años.

—O mandarlos a un internado y que les den por... —bromeó *Grease*.

—Bueno, ya está bien de cháchara —interrumpió Joseba—, que parecéis unas señoras de pueblo con las revistas de cotilleo. Juan, jugarás al mus, ¿no?

—Claro.

—Pues venga, que no hay forma de que Ana entienda que «jugador de chica, perdedor de mus»; nos hace falta un cuarto con un poquito más de callo.

—Joseba, ¿estás seguro de que no son tus novias las que no te aguantan a ti? —le espetó la abulense.

—¡Comandante!

La alegría desinhibió todo lo comedido de la personalidad de Gabi, y entró en el despacho del comandante sin llamar, corriendo de un manotazo la cortina que bloqueaba la puerta.

De haber estado más sereno habría caído en que Pablo rara vez corría la cortina y habría evitado ver a su jefe y amigo bañado en lágrimas, con los ojos inyectados en sangre y la mirada perdida. Al ferrolano se le hizo un nudo en la garganta, la noticia del cuarto embarazo de su mujer completamente olvidada. Sin decir nada, apartó la cortina y cerró la puerta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

Su jefe le buscó con la mirada, pero aún no era capaz de enfocar del todo. Gabi se percató del teléfono que yacía descolgado sobre la mesa, a pocos centímetros de la mano del gaditano.

Pablo parecía recuperarse lentamente y negó con la cabeza.

Gabi suspiró y se sentó en la silla al otro lado de la mesa.

—Pablo, no me jodas —dijo y, como las otras pocas veces que lo había hecho, el uso de su nombre de pila pareció hacer mella en el joven marino—. Sé que te pasa algo. Te pasa algo desde hace tiempo. De hecho, hablé con tu hermano hace unas semanas, para intentar ayudarte en lo que pudiera. Pero parece que tu familia tampoco sabe lo que es.

El gaditano levantó la mirada al oír hablar de su hermano, y sus ojos se fueron hacia la foto que tenía con Nacho y Javi en el despacho.

Gabi vio que estaba consiguiendo sacar al joven marino de su estupor y decidió dejarle unos minutos para recuperarse. Poco a poco, la respiración del gaditano se estabilizó y su rostro se

recompuso en una mueca algo más serena.

—¿Me lo vas a contar o te lo voy a tener que sacar con alicates? —le preguntó el ferrolano—. Es evidente que has llegado al punto en el que tienes que desahogarte y, lamentablemente, creo que soy tu mejor opción. Nos va a llevar un rato traer a un loquero hasta aquí.

El rastro de una sonrisa cruzó la cara de Pablo.

—De verdad Gabi, no quiero...

—Me chupa un huevo —le espetó su segundo—. Algo hay por ahí escrito que dice que si el comandante no está en plenas facultades, el segundo puede y debe tomar el mando. Y tú estás muy lejos de estar en condiciones de decidir nada, así que mi primera orden es que me cuentes qué coño te pasa.

Pablo exhaló. No era debilidad, pero por alguna razón, la decisión más firme que había tomado en su vida, aquella sobre la que había girado su existencia, dejó de tener importancia. ¿Qué tenían aquellos ojos azules que le calabán desde el otro lado de la mesa?

—Tengo un secreto —comenzó Pablo—. Un secreto que no le he contado nunca a nadie.

Al oír su propia voz se dio cuenta de lo que estaba a punto de hacer y, por un instante, se arrepintió. Pero al volver a perder su mirada en los ojos de su amigo recuperó la fuerza que le faltaba. Quizás Gabi tuviera razón; quizás ya era hora de dejarlo salir.

—Era muy joven —volvió a arrancar el gaditano—. Siempre he sido muy reservado y separaba por completo mi vida familiar de mis amistades. Después de varios escauceos sin importancia, me enamoré perdidamente de una niña un par de años mayor que yo. No voy a entrar en detalle —dijo, con un atisbo de sonrisa—, pero dejamos que nuestra pasión siguiera su curso.

Gabi asintió serio. Aún no veía por dónde iba su jefe.

—Cómo era de esperar, cuando se pasó la novedad, la relación se resintió y al poco tiempo nos separamos. Mi familia nunca supo, siquiera, que había tenido novia. Me imagino que tendrían sus sospechas, sobre todo mi madre, ya que Nacho y Javi ya no estaban en casa, pero nada más.

»Unos meses después de separarnos, mi ex -Ángela-, se plantó en casa de mis padres. Por suerte, abrí yo la puerta. Había ido a decirme que estaba embarazada.

Pablo hizo una pausa. Había dado los primeros pasos, y ya tenía que llegar hasta el final. Tomó aire y siguió:

—Mi primera reacción fue de rechazo. Le pregunté si estaba segura de que estaba embarazada, le dije que esas cosas pueden dar lugar a error. Cuando me dijo que estaba de cinco meses y que ya había ido varias veces al ginecólogo, pasé a preguntarle que cómo sabía que era mío. Evidentemente, aquello no le sentó nada bien. Me montó una buena escena -gracias a Dios había conseguido sacarla de casa de mis padres- y acabamos despidiéndonos a gritos.

»Obviamente, no dije nada en casa. Tenía dieciséis años, y estaba aterrado por cómo pudieran reaccionar mis padres. Somos una familia tradicional y yo era lo suficientemente joven como para pensar que me podía caer el peor de los castigos si mis padres se enteraban de que había dejado embarazada a una niña, mayor que yo, por supuesto sin estar casados, y a la que ellos ni conocían. Los años me han dado la madurez necesaria para saber que me habrían dado todo su apoyo. Tradicionales o no, en casa la familia siempre ha sido lo primero.

Gabi asintió. Conociendo como conocía a Pablo y a Nacho, podía imaginar perfectamente a los padres que los habían criado.

—Desde un principio —continuó Pablo—, he tenido claro que ella fue responsable de lo que pasó; era mayor que yo y tendría que haber sido la sensata de los dos —aquí Gabi arqueó las cejas—. Pero con el tiempo, se me pasó el enfado inicial y me entró el verdadero miedo. No solo a la reacción de mis padres, sino a la aventura de ser padre. Ser padre con dieciséis años. El miedo dio paso a la vergüenza. No fui capaz de volver a ponerme en contacto con ella. Y, aunque varias veces estuve a punto, nunca lo dije en casa.

»A medida que pasaba el tiempo, me daba cada vez más vergüenza intentar contactar con ella, y aun más miedo decirlo en casa. Antes de que naciera la niña, ya sabía con certeza que quería ocupar mi lugar como padre, pero no tuve huevos de enfrentarme a la situación.

»Los primeros años fueron los más fáciles. Yo todavía estaba en el instituto, y no tenía forma de ayudar a Ángela, así que mi aportación fue poca. Poco a poco conseguí que me fuera dejando ver a la niña, siempre a escondidas de mis padres.

»En cuanto fui mayor de edad, empecé a buscarme trabajos que pudiera compatibilizar con la universidad para ayudar a mantener a la niña. Lo hacía de buena fe, pero Ángela no me daba mucha opción: me amenazó con decírselo a mis padres y a todos mis amigos si no la ayudaba. Con el tiempo, las amenazas se convirtieron en una costumbre. Solo tenía que dejar intuir que no me dejaría ver a la niña, o que diría públicamente quién era el padre, para que yo me echara a temblar e hiciera absolutamente todo lo que me pedía.

»Y, evidentemente, a medida que pasaba el tiempo, se me hacía más difícil pensar en reconocer a la niña. No solo tendría que pasar el mal trago de admitir todo lo que había pasado sino que, peor aun, tendría que sufrir la vergüenza de que todo el mundo supiera que había sido un cobarde y no lo había hecho antes.

»Con el paso de los años, se convirtió en una parte inseparable de mí. Un secreto del que me avergüenzo y del que no puedo estar más orgulloso. Un terror a lo que mi ex pueda hacer con la niña. Y una sangría económica -sonrió amargamente-, ya que Ángela ha perdido los pocos escrúpulos que pudiera haber tenido en un principio y no deja de exprimirme por dinero. Al venirme aquí pensé que me escaparía, pero desde que se enteró de que me habían dado el trabajo está haciendo unas demandas totalmente desorbitadas.

»Acabo de hablar con mi hija por segunda vez desde que nos fuimos —dijo, colgando el teléfono—, y, por segunda vez, hemos acabado peleados.

Pablo se calló. Tenía una sensación extraña. No sabía qué era, pero se sentía raro.

—¿Cómo se llama? —preguntó Gabi.

—¿Qué?

—La niña. ¿Cómo se llama?

—Diana —sonrió.

Y entonces lo supo. La sensación era la de haberse quitado un enorme peso de encima. En aquel momento supo que había dado el primer paso y que el resto era cuesta abajo.



Capítulo Ocho

U nos días después el Albatros llegaba puntual al *rendezvous*. Aunque no era nada excepcional, se debía en parte al trabajo de su última incorporación. Juan se había hecho con el puesto rápidamente e incluso montaba guardia en el puente solo. Al principio había montado con Pablo, cosa que este aprovechó para conocer a su nuevo fichaje. Había sido una contratación totalmente instintiva, pero no se arrepentía de ello.

Ahora, con un oficial más, el comandante había dejado de montar guardia y el puente lo llevaban entre Gabi, Miguel y Juan. El asturiano parecía no haber dormido durante los últimos días. Siempre se le veía con alguno de sus nuevos suboficiales o incluso con los cabos y marineros preguntando por el funcionamiento de todos los equipos y sistemas. Pasaba horas interminables en el puente.

En parte tenía la suerte de que Miguel, que había estado haciendo las veces de jefe de Control del Buque hasta entonces, era un chaval muy espabilado y tenía bastante dominado el barco. El joven se esforzaba en satisfacer a su nuevo y exigente jefe. Bueno... uno de sus jefes, pues el segundo ya le había insinuado que teniendo a alguien dedicado a Control del Buque, él pasaría a hacer otras muchas cosas. Sabía que todo iba en su beneficio, que todo lo que aprendiera le vendría bien en un futuro e incluso le apetecía, pero por el momento no era capaz de pensar más que en unos días de tranquilidad.

En el puente todos estaban pendientes del contacto rotulado como «Nordend». Al cabo de un rato, Miguel, que había estado escudriñando con los prismáticos un arco determinado de horizonte, dijo:

—Ya se le ve, comandante. Una mancha blanca justo en el horizonte.

Pablo se acercó con sus propios binoculares. Tras un pequeño ajuste, él también lo tenía.

—Solo se le ve el puente aún —dijo—. Llamadle por radio.

Pocos segundos después, Pablo cogía personalmente la radio.

—Nordend de Albatros, comandante al habla. Para el capitán.

—A la escucha.

—Buenos días, capitán. Pablo Marzán; un placer encontrarle por aquí —inició la conversación el gaditano. Afortunadamente, el inglés no era un hándicap para él.

—Lo mismo digo, comandante— le contestó una voz con un marcado acento italiano.

El comentario parecía sincero. Pablo no estaba seguro sobre cómo iban a reaccionar los capitanes de los petroleros cuando supieran de la nueva política de la compañía. Los capitanes de barco están acostumbrados a la soledad y la autoridad; no suele gustarles ponerse a las órdenes de nadie. Él tampoco pretendía estorbarle en ninguna manera, pero quería comprobar que realmente contaba con la colaboración del Nordend.

—Capitán, me gustaría conocerle. Espero que no me considere un grosero si me auto-invito a su

barco.

—*¡Madonna no!* Venga comandante, venga. Le invito a conocer un verdadero barco, no el botecito ese en que navega usted —rió profundamente el italiano.

A Pablo le estaba cayendo bien aquel italiano.

—Gabi —dijo, volviéndose hacia su segundo—, vamos a echar una *rhib* al agua; Miguel y yo vamos a visitar la potala¹² esa.

La velocidad de acercamiento combinada de ambos barcos era muy alta y para cuando Pablo bajó a la embarcación estaban tan solo a unos cientos de yardas del petrolero. Si desde el puente parecía grande, desde allí abajo era simplemente apabullante.

En unos instantes estaban al costado del superpetrolero y aproximándose a la escala que este había tendido. Pablo miró al caña y se tranquilizó algo al ver a Jonás y recordar el dominio de la embarcación del que había hecho gala en el ejercicio de unas semanas atrás. No quería hacer el ridículo cayéndose al agua en un momento tan delicado, y un buen patrón le ayudaría.

Pablo se puso de pie y miró la escala. Por lo menos parecía resistente. Esperó el balance y... ¡arriba! Con el propio impulso de la ola subió los primeros escalones y luego ya era más sencillo. «Menos mal que sigo siendo joven», pensó el gaditano.

Una vez arriba, le tendieron una mano para ayudarle con los últimos escalones.

—Buenos días, soy Reuben; primer oficial del Nordend —dijo un señor de unos cuarenta—. Si me acompaña le llevaré con el capitán.

—Un momento —respondió Pablo—. Uno de mis oficiales viene también —dijo señalando a Miguel, que en esos momentos terminaba de subir por la escala.

Poco después, ya dentro de la superestructura del barco, los dos españoles eran recibidos por el capitán.

—*Buongiorno*, comandante —saludó el italiano.

—Buenos días, capitán —respondió Pablo en español.

—¡Ah! *Spagnoli*. Debería haberlo adivinado.

Pablo se dio cuenta de que hasta aquel momento su interlocutor probablemente no tendría la menor idea de quién iba a venir a protegerle. Decidió tomarse el comentario del italiano como un cumplido. El hombre hablaba con una voz jovial y energética con la que parecía que todo le gustaba.

El capitán del Nordend pasaba ligeramente los cincuenta, era alto y bastante gordo. Tenía una cara redonda y amable con los mofletes colorados. A Pablo le pareció el tipo de hombre al que le gustaba acompañar todo de una buena copa de vino. Y de un puro si la ocasión lo permitía.

—Venga, comandante, les invito a usted y a su chico a una cerveza —dijo el italiano—. Por cierto, me llamo Gianluca Pozzuoli.

—Encantado —respondió Pablo.

Pensó en rechazar la cerveza; no le gustaba beber navegando. Sin embargo, sabía que a la gente como Gianluca le podía resultar extraño o incluso incomodar, y necesitaba al italiano relajado y proclive a colaborar.

Se sentaron y comenzaron a charlar como dos marinos cualesquiera que se acaban de conocer. Hablaron de los viajes que hacía el petrolero y del tránsito del Albatros hasta el Índico. Luego pasaron a hablar de los anteriores trabajos de ambos. El italiano se interesó por el velero que había llevado Pablo y este se sorprendió al saber que Gianluca había servido unos años en la marina italiana como marinero.

—Pero aquello no era para mí —decía el italiano—. Demasiado trabajo y poca recompensa, así que decidí esforzarme unos años para vivir mejor luego. Por eso estudié Náutica. ¡Y ahora soy yo el capitán! —rió Gianluca.

—Hábleme de su experiencia con los piratas —dijo Pablo, decidiendo que ya habían charlado bastante.

—Debo considerarme afortunado —dijo el capitán del Nordend—. En todo el tiempo que llevo navegando por aquí no he tenido ningún altercado. Aun así, tengo un par de ideas por si algún día me hacen falta.

—¿De qué se trata? —preguntó con sincera curiosidad Pablo.

—Tengo a mis chavales preparados para usar mangueras para repeler un ataque —dijo orgulloso Gianluca—. También tenemos unas alambradas que podemos desplegar rápidamente por el costado. Y en caso de necesidad, he preparado un compartimento en el que nos podemos esconder toda la dotación durante unos días. Es completamente inaccesible desde fuera y lo he preparado todo. Tiene radio, y víveres y agua para aguantar más de una semana.

—Parece que no me necesitan —bromeó Pablo.

—Al contrario, mi joven colega. Me tranquiliza mucho su presencia.

—Me alegro. Y eso me lleva al motivo de mi visita —respondió el gaditano—. ¿Supongo que sabe cómo tuvieron lugar los secuestros?

—Sí; no he hablado personalmente con ninguno de los afectados, pero la compañía nos mandó informes e instrucciones a todos los barcos —respondió el italiano mientras dejaba la cerveza en la mesa. Intuía que la conversación acababa de tomar un cariz mucho más serio de lo que se esperaba.

—Bien. Me imagino que se habrá dado cuenta de que, aunque guardan similitud con otros ataques piratas, tienen pequeñas diferencias. Parece que los piratas que atacan los barcos de Alps Tankers están mejor entrenados y organizados. Mi jefe y yo pensamos que no es coincidencia. Y sé que no se le ha escapado el hecho de que los barcos de su naviera han sufrido más ataques que otros.

El italiano lo miraba atentamente. Asintió dándole la razón en sus argumentos, pero aún no sabía a dónde quería llegar Pablo y se mostraba precavido.

—Ha de saber —continuó el gaditano—, que nuestra patente de corso proviene del gobierno somalí, y que ahora mismo estamos muy limitados en cuanto a las medidas que podemos tomar. Prácticamente solo puedo actuar en respuesta a un ataque. Es por eso por lo que propongo un planteamiento algo distinto. Ahora mismo, podemos plantear una escolta tradicional y usted llegará sin problemas a su destino porque ningún pirata se atreverá a atacar a un barco escoltado por un buque militar. Sin embargo, la próxima vez que tenga que hacer este trayecto, nos

volveremos a ver. Y la siguiente. Y la siguiente. Lo que yo le propongo —continuó Pablo—, es preparar una pequeña trampa.

El italiano alzó una ceja.

—No conseguiremos solucionar este problema si no averiguamos el porqué —dijo Pablo—. Las escoltas son solo una solución temporal. Para terminar con los asaltos tenemos que capturar a algún pirata y averiguar a qué organización pertenecen, cómo se financian, etc.

—¿Y cómo propone que hagamos eso, comandante? —preguntó el italiano intrigado.

—Toda buena trampa —contestó Pablo— tiene un cebo y un cepe. Yo soy el cepe Gianluca, pero necesito que usted sea el cebo.

El italiano se echó hacia atrás.

—No se qué propone Pablo, pero no me gusta —dijo.

—Déjeme explicárselo —dijo Pablo—. Mi idea consiste en hacer una escolta más allá del horizonte. Pero no pretendo dejarle solo ante el peligro. Con su permiso, me gustaría embarcar aquí a dos o tres hombres de mi equipo de abordaje y quizás algún operario para mantener la vigilancia radar. Con ellos estarían seguros durante los primeros momentos del supuesto abordaje, y en cuanto yo reciba la señal de alarma puedo helitransportar a mi equipo de abordaje aquí en unos minutos. Poco después, el propio Albatros estaría en posición. Mientras tanto, ustedes estarán escondidos en su guarida a salvo del peligro y mi gente recapturará el barco y, con suerte, cogerá a alguno de esos malnacidos.

—No me gusta. No me gusta nada —contestó el italiano—. No puedo dejar mi barco a merced de los piratas. Y exponer a mi dotación a ese riesgo. Me pide demasiado. Además, esto no es lo que estaba previsto. No le voy a engañar; yo me he saltado las reglas como todo el mundo más de una vez, pero si algo sale mal, me quedo con el culo al aire.

—Sabe que es la única manera de acabar con esto —dijo Pablo.

—Esa no es mi preocupación y tampoco debería de ser la suya —respondió el italiano airado—. Mi trabajo es llevar este barco a salvo a su destino y el suyo evitar los ataques piratas; nadie ha dicho nada de teorías conspiratorias y planes para acabar con organizaciones enteras. Además —dijo mirándole a los ojos—, si se acaban los piratas, se queda sin trabajo, ¿no?

—Me gusta hacer las cosas bien hechas y de una en una —respondió Pablo, gélido—. Primero voy a acabar con esos piratas y luego ya me preocuparé de lo que venga después.

—En cualquier caso, amigo mío —dijo Gianluca retomando un tono más agradable—, no puede pretender que me juegue mi barco, mi carrera y puede que mi vida en la suposición de que sus chicos pueden retomar por la fuerza y sin grandes daños colaterales este barco. Ni siquiera los equipos de operaciones especiales pueden asegurar eso.

Pablo sabía que había llegado la hora de jugársela.

—Yo puedo —dijo—. Y se lo demostraré. Deje a mis chicos hacer un simulacro de abordaje en su barco. Puede incluso dividir a la dotación y disfrazar a algunos de piratas. Mi equipo embarcará por helicóptero y tomará el barco. Si el ejercicio le convence, usted mismo será evacuado en helicóptero a mi barco y allí mostraré la puntería de mi gente haciendo fuego real sobre blancos móviles y le mostraré todos los medios con los que contamos y la preparación de

mi dotación. Si después de ver todo eso aún no cree que somos capaces de llevar a cabo mi plan, es usted libre de continuar como estaba previsto y le aseguro que yo cumpliré con mi parte.

Se había echado un órdago. Si el italiano se negaba no le quedaba nada que hacer. Si aceptaba ver el ejercicio al menos sacarían un adiestramiento muy provechoso de todo aquello. Y desde luego iban a ser unas tomas magníficas para los periodistas. Habían podido grabar todo lo que había hecho el patrullero, pero no habían visto un ejercicio de aquellas dimensiones.

Pablo miró a su interlocutor. El italiano meditaba cuidadosamente y llegó a la conclusión de que no tenía nada que perder. Desde luego la experiencia sería única.

—Está bien, Pablo —dijo—. Pero le aviso de que no soy fácilmente impresionable.

—¡Estupendo! —contestó Pablo—. Me vuelvo al Albatros a comenzar los preparativos. Ha sido un placer capitán, le veo en unas horas.

De vuelta en el Albatros, Pablo reunió rápidamente a Gabi, Paco y Joseba. Tras ponerles al día, empezó a dar las órdenes necesarias:

—Paco y Joseba; necesito que el abordaje sea espectacular. Un par de pasaditas volando bajo no estarían mal, aunque de eso sabes tú más que nadie, Joseba. Una vez a bordo Paco, quiero que sea de película. Muchos gritos, ruido y humo. Usad todos los botes de humo que tengáis. Y visores y láseres. Dad un buen espectáculo.

Ambos oficiales asintieron y Pablo continuó:

—La vuelta, más de lo mismo. Cuando traigáis al capitán del petrolero en el helo, dadle un meneío —dijo mientras miraba al piloto, que le sonreía. Probablemente nunca había recibido unas órdenes tan agradables.

—Gabi —siguió el comandante—, por tu parte quiero que organices un ejercicio completo para después. Del estilo del que hicimos antes de Seychelles. Y lo mismo: puro Hollywood.

El gaditano se paró a pensar.

—Estaría bien que se hiciera fuego desde el helo con el capitán a bordo —dijo—. Así lo ve en primera persona.

—Hecho, comandante —respondió Gabi tras mirar un momento a Joseba y Paco.

—Muy bien, pues manos a la obra.

Pablo se fue al puente a esperar que sus oficiales completaran los preparativos. Al poco tiempo le sorprendieron diciéndole que estaba todo listo.

—Muy bien, señores —dijo—, adelante.

El gaditano se quedó en el puente, y desde allí pudo ver cómo el helicóptero salía con el equipo de abordaje mientras que Gabi maniobraba el barco y echaba varias embarcaciones al agua, además del Pichón.

Nada más despegar, el helo cogió altura y se dirigió al petrolero. No tardó más que unos segundos en llegar, pero en lugar de dirigirse a algún punto de la cubierta desde el que pudiera desembarcar al personal del equipo de Paco, se dedicó a hacer pasadas a baja cota cerca del Nordend. También hizo estacionarios en distintos puntos del barco a muy baja altura. Finalmente, se colocó a escasos metros del puente del petrolero y voló pegado a éste durante unos minutos.

A continuación, el helicóptero se dirigió a la proa del Nordend y se quedó haciendo estacionario unos metros por encima de la cubierta. El Albatros estaba tan cerca que Pablo no necesitó los prismáticos para ver caer dos pequeños objetos a la cubierta del petrolero. Segundos después la zona estaba cubierta de humo. Rápidamente se dejó caer un cabo desde el helo y por allí comenzó a descender el equipo de abordaje.

Nada más tocar la cubierta, adoptaban una postura defensiva y rápidamente tuvieron un perímetro establecido. En el tiempo que tardó Pablo en pensar en lo buenos que eran, se estaban desplazando hacia la popa y la superestructura del barco.

Pablo tenía que admitir que él no era ningún experto en el tema, pero viendo la coordinación y precisión con la que se movían por el petrolero, estaba seguro de que contaba con un equipo que no tenía nada que envidiar a los mejores del mundo. Aunque algunos de los miembros no tenían experiencia previa en nada parecido, Paco los había entrenado hasta la saciedad y para entonces ya conformaban una unidad de élite.

La experiencia de Paco en los GEO y como instructor había sido muy valiosa, pero además el madrileño había conseguido procedimientos y tácticas para asaltos a barcos y los había estado practicando con su gente desde que salieron de Cádiz. No era raro doblar una esquina una mañana cualquiera en el Albatros y encontrarse a un miembro del equipo completamente pertrechado y apuntándose con un arma.

Mientras Pablo pensaba en todo eso, el equipo de abordaje había alcanzado la superestructura del barco y se había perdido de vista entrando por una de las compuertas. Solo quedaba esperar y Pablo se distrajo viendo al helicóptero adoptar posiciones inverosímiles en los alrededores del Nordend.

Al cabo de un rato Pablo se aburrió -era consciente de que el registro del petrolero llevaría tiempo- y se sentó en su sillón a esperar noticias. A su alrededor, su dotación seguía trabajando a destajo con Gabi a la cabeza. Pablo oyó algo sobre subir más munición pero no hizo mucho caso. Había dejado todo en manos de su segundo y entrometerse demostraría falta de confianza. Se fiaba plenamente del marino ferrolano.

Unos minutos después, el supervisor de puente avisaba de que el equipo de abordaje había establecido comunicaciones desde el puente del Nordend. Lo habían asegurado y procedían al registro del resto del barco.

Pablo se relajó en su sillón. Sabía que su gente iba a hacer un trabajo excelente y estaba seguro de que convencería al italiano. Además, creía haber visto una chispa en los ojos del capitán del Nordend cuando mencionó que lo traerían al Albatros en helicóptero. Probablemente solo el deseo de volar sería suficiente para, al menos, atraerle a bordo. Una vez en el patrullero, Pablo estaba más tranquilo. Jugaba en casa y se sentía cómodo. Sabía que podía demostrar que mandaba uno de los barcos más eficaces del mundo para luchar contra la piratería.

Después de lo que pareció una eternidad, el equipo de abordaje dio novedad de haber registrado y tomado control del petrolero. Poco después, los hombres de Paco comenzaron a salir a la cubierta del Nordend. La mayoría se dirigió a una de las bandas, donde dos embarcaciones el Albatros esperaban para llevarlos de vuelta al patrullero, pero unos pocos, junto con una oronda

figura que se adivinaba la de Gianluca, caminaban hacia proa. Allí, se volvió a acercar el helo y los izó a bordo usando una pequeña grúa, de forma parecida a cómo recogían náufragos.

El aparato tomó altura y voló hacia el otro costado del Albatros. Al seguirlo con la vista, Pablo vio allí al Pichón y a otra de sus *rhibs*. El teledirigido parecía remolcar algo. Se alegró de que Gabi hubiese elegido aquel lado. De esa manera, se aseguraban de que si había algún disparo mal dirigido (aunque muy poco probable) no afectaría al petrolero. En cualquier caso, como es obvio, el helo se situaría entre el blanco y el Albatros, de tal forma que los disparos siempre fueran dirigidos en la otra dirección.

El helicóptero abrió fuego. Estaba bastante alejado y se oyó un solo disparo. Era Sergio con su rifle de precisión. El tirador hizo media docena de disparos y Pablo sonrió al ver que todos menos uno dieron en el blanco. Tras esto, Joseba acercó su aparato al blanco y pronto este se vio rodeado de espuma y salpicones. Habían abierto fuego con la ametralladora. Después muchas discusiones entre piloto y ex GEO, habían acordado instalar un montaje para una Minimi en el helicóptero que satisfacía las necesidades de ambos.

El blanco remolcado estaba empezando a desintegrarse y Gabi ordenó el alto el fuego por radio. El helicóptero adoptó una posición más retrasada y comenzó el turno de las embarcaciones. Las mismas *rhibs* que habían recogido al equipo del Nordend se acercaron al Pichón. Al igual que había hecho el helo, primero abrieron fuego a gran distancia con fusiles de precisión. El tiro desde la embarcación es mucho más complicado y el porcentaje de acierto disminuyó mucho, pero rápidamente las *rhibs* se acercaron al blanco y abrieron fuego con el resto del armamento que portaban los hombres de Paco. En pocos minutos el Pichón arrastraba un cabo atado a nada. El blanco había sido volatilizado.

Con esto, las dos embarcaciones se dirigieron al Albatros con el helicóptero encima. El equipo de Paco simuló un abordaje al patrullero -esta vez desde la mar- mientras el helo les daba cobertura y unas vistas privilegiadas a sus ocupantes.

—Enhorabuena, segundo —dijo Pablo a su mano derecha.

Gabi sonrió y respondió:

—No ha sido como el que tú preparaste hace unas semanas, comandante, pero es lo mejor que hemos podido preparar en un momento.

—Está quedando perfecto —dijo Pablo mientras se levantaba y se dirigía a popa para recibir a su invitado.

—¡Ni Spielbiere, segundo! —exclamó *Grease*, una vez más en su esquinita para no molestar.

Pablo llegó al hangar cuando la gran compuerta aún estaba cerrada; el helicóptero estaba tomando. En cuanto finalizó la maniobra, salió a la cubierta de vuelo a tiempo para ver a Gianluca salir del aparato con una sonrisa de oreja a oreja. Lo tenía en el bote.

Se acercó y le tendió la mano.

—Bienvenido a bordo —saludó haciéndose oír por encima del estruendo de las turbinas del helo.

—Muchas gracias, comandante. Ha sido un vuelo movidito —sonrió el italiano.

Pablo empleó las siguientes dos horas en enseñarle el barco al capitán del Nordend. Hizo

especial hincapié en el puente y el CIC, y en todo aquello que estaba directamente relacionado con las tareas anti-piratería. El italiano estaba sinceramente interesado y hacía muchas preguntas. Se maravilló al ver el funcionamiento del sistema de control de plataforma, que mostraba el estado de todos los equipos del barco que no pertenecían a Operaciones y quiso conocer al jefe de Máquinas.

—Siempre he sido un fan de los motores —dijo.

Se quedó encantado con *Grease*, que le saludó con un jocosos «qué buena gasolinera tiene ahí» y le enseñó la propulsión eléctrica del Albatros, que le permitía permanecer largos periodos de tiempo haciendo patrullas a baja velocidad.

Finalmente, Pablo invitó al italiano a quedarse a cenar, lo que este aceptó de buen grado. Únicamente se lamentó de no haberse traído un buen vino «*dalla mia terra*».

La cena se alargó. Disfrutaron de los mejores manjares que las despensas del Albatros eran capaces de producir y, cuando ya se había hecho tarde, Pablo sintió la necesidad de preguntar.

—Bueno, capitán, me va a disculpar pero tengo que volver a los negocios un momento —dijo—. ¿Qué me dice de mi propuesta de esta tarde?

—Pues qué le voy a decir, mi querido amigo. ¡Claro que sí! Si usted no puede acabar con esos condenados nadie puede, y no voy a ser yo quien le ponga impedimentos —contestó el italiano con una amplia sonrisa.

—No sabe lo que me alegro Gianluca; le aseguro que no le decepcionaré. Y ahora —continuó Pablo—, si le parece le acompaño a la cubierta de vuelo, que ya es tarde y nuestro taxista particular debe de llevar ya un rato esperándonos.

—Sí, claro, cómo no —saltó el italiano—. No era mi intención hacer esperar a su piloto.

Y tras una pausa, continuó:

—No se habrá impacientado, ¿verdad? —preguntó—. Ahora que tengo el estómago lleno, me gustaría que el viaje fuese más tranquilo, no sé si me entiende.

Pablo no pudo evitar una carcajada.

—No se preocupe, Joseba también sabe ser suave como la seda.

Mohammed llamó a la puerta del despacho de su jefe. Las noticias que traía no eran buenas, pero más le valía que se enterara por él. Si no, además de sufrir los daños colaterales del cabreo, pagaría caro el no haber hecho su trabajo.

—El Albatros ha salido en las noticias —dijo de la forma más servicial que pudo.

Jarawi levantó la vista de los papeles que tenía encima de la mesa y leyó en la cara de su ayudante que aquello no le iba a gustar.

—¿Y a qué esperas?! Enséñamelo.

Mohammed había grabado el reportaje en un dispositivo de memoria. Lo conectó a la pantalla que estaba enfrente de su jefe y seleccionó el archivo.

Por suerte, en el noticiario solo le habían dedicado unos segundos, aunque anunciaban el reportaje completo para un programa de esa noche.

Mohammed miraba de soslayo a su jefe intentando adivinar cómo iba a reaccionar. El somalí

parecía más pensativo que enfadado.

—Los buenos de la película, claro —dijo con sorna Jarawi—. No importa. Ya moveremos hilos para que hagan un reportaje sobre cómo los extranjeros vienen a quitarnos el pescado, e intentaremos implicarles de alguna manera. De todos modos, la opinión pública me da un poco igual. No nos beneficia que los gobiernos occidentales les apoyen, pero si todo sale según lo previsto, tampoco debería importar mucho.

»Yo me encargo de mantener la confianza de los que mueven los hilos aquí. Tú preocúpate de seguir organizando lo que te pedí, que tenemos que ser capaces de darles una bienvenida en condiciones si se atreven a venir a vernos. No puede volver a pasar lo del Mar Rojo.

El Albatros entraba en Mogadiscio para una breve escala. Las intenciones eran hacer víveres y combustible, y descansar unos días para volver a encontrarse con uno de los superpetroleros al sur de Somalia.

La escolta al Nordend había sido tranquila. No habían visto ningún *dhow* sospechoso y no habían tenido ningún susto. Por el momento no tenían que escoltar ningún barco hacia el sur. Reyes había organizado las bajadas por grupos de tres barcos, para descargar de trabajo al Albatros. Así, apenas modificaba los plazos de entrega, pero disminuía francamente el trabajo. Si tuviesen que escoltar a los petroleros individualmente en los dos sentidos simplemente no darían abasto.

El barco se estaba comportando perfectamente, al igual que la dotación. A veces Pablo se lamentaba de que aún no hubiesen tenido ninguna intervención real, pues sabía que la primera iba a ser muy importante y daría más confianza a todos.

También se alegraba de no haberse encontrado en ninguna situación incómoda respecto a los permisos que tenía. Durante la subida con el Nordend solo habían recibido una llamada de socorro de un pesquero que se encontraba a más de cien millas de su posición y que había sido respondida por una fragata y un avión de patrulla marítima de la coalición internacional.

Tampoco habían tenido ningún encuentro con barcos militares, situación que Pablo intuía que podía llegar a causarle algún quebradero de cabeza. En principio, su condición de barco de guerra al servicio del gobierno somalí le protegía, pero la base legal del proyecto era tan endeble y, por lo menos para él, incomprensible, que no quería encontrarse en ninguna situación en la que tuviera que defenderse ante acusaciones o pruebas.

La atracada fue sencilla. Ya hacía dos meses que habían salido de Cádiz y se sentía muy cómodo en el puente del patrullero. Con los dos ejes y la empujadora de proa ni siquiera le hacía falta pedir remolcadores a menos que las condiciones de viento fuesen muy desfavorables. Además, Pablo siempre se había sentido cómodo maniobrando barcos de todos los tamaños. La mayoría de la gente aprende a navegar cuando ya tiene una idea de cómo conducir un coche y eso influye en la percepción del movimiento. Sin embargo, el gaditano había pasado toda su infancia navegando y para él era natural adelantarse a los movimientos del barco y aprovechar la inercia. Un barco no tiene freno, pero bien gobernado es capaz de hacer cosas que un coche no. Sobre todo con dos ejes.

Al acabar la maniobra Pablo se dedicó a mirar el muelle. Nunca había estado en Mogadiscio y,

aunque había estado en muchísimos puertos, todos eran distintos y le gustaba conocer nuevos sitios.

Le llamó la atención un europeo vestido de traje que le miraba a pocos metros del atraque del patrullero.

No podía ser. ¿Reyes? No tenía sentido.

El gaditano mandaba informes periódicos a su jefe directo y en ocasiones este le contestaba, pero no le había dado ninguna nueva instrucción desde hacía mucho. Y desde luego no había dicho nada de ir a verle a Mogadiscio.

La cabeza de Pablo se puso a funcionar. ¿Se habría enterado el alicantino de su peculiar escolta del Nordend? Pablo había decidido no divulgar su estrategia. Ni siquiera a Reyes. Confiaba en el asesor, pero quería mantener sus planes en total secreto. Si quería capturar a uno de esos piratas tenía que cogerlos por sorpresa y, aunque no dudaba de que Reyes le apoyaría, prefería asegurarse de que sus planes no salían del Albatros.

Pero su miedo era que el alicantino se hubiese enterado de alguna manera y estuviese allí para reprenderle. Bueno, pensó Pablo, creo que puedo hacerle razonar.

Tranquilamente, bajó hacia al cubierta de vuelo, donde se estaba poniendo la plancha que daba acceso al barco desde el muelle, y se preparó para recibir a su jefe.

—¡Señor Reyes! —le saludó instantes después.

—Buenos días, Pablo —sonrió el aludido—. Supongo que no esperabas encontrarme por aquí.

—Pues no, la verdad. ¿Nos echaba de menos? —bromeó Pablo.

—No exactamente —volvió a sonreír Reyes—. Aunque he de decir que estoy encantado con los informes que has estado mandando. Parece que todo está en orden.

—No me puedo quejar —contestó Pablo.

—Si te digo la verdad —dijo el asesor—, estoy aquí por órdenes de Gotthelf. Quiere solucionar lo de los permisos para operar y demás, y me ha enviado para hablar con el gobierno Somalí. Así que estoy aquí, de vacaciones pagadas en este paraíso —bromeó—, y he decidido venir a haceros una visitilla. Además, así aprovecho y hecho un vistazo al reportaje ese que os han hecho. No es que no me fie de vosotros, pero siempre es bueno verlo desde el prisma de alguien de fuera. Y esos periodistas pueden llegar a ser muy retorcidos.

A Pablo se le quitó un peso de encima. No era una preocupación mayor, pero estaba más tranquilo sabiendo que no le iban a sacar los colores.

—Bueno —continuó el asesor—, cuéntame. ¿Qué tal todo?

—Pues muy bien —contestó el marino—. Esta primera escolta ha sido muy tranquila; quizás hasta aburrida. Tengo ganas de poder hacer algo más, pero entre la poca información que tenemos y lo restrictivos que son ahora mismo nuestros permisos no hay nada que hacer. ¿Qué tal con los somalíes? —preguntó Pablo.

—Hoy no he conseguido hacer nada —contestó Reyes—. Me ha recibido un «don nadie» que no ha sido capaz de solucionarme nada. Le he cantado las cuarenta y mañana por fin me voy a entrevistar con algún pez gordo. Parece mentira; un gobierno recién creado, de un estado fallido, y tienen los mismos defectos que el de cualquier país desarrollado. Pura burocracia.

Pablo sonrió comprensivamente y pensó lo asqueado que estaría él con un trabajo así.

—Si le parece vamos a mi camarote —dijo—, y hablamos más tranquilamente.

—No, no te preocupes —contestó Reyes—. No quiero entretenerte. Solo quería saludar y decirte que espero mejorar nuestros permisos. Hasta entonces vas a tener que portarte como un niño bueno. Especialmente ahora que estoy en negociaciones. No vayas a hacer ninguna locura.

—No se me ocurriría —contestó Pablo mientras se le revolvían las entrañas.

Notas

[12](#). Barco pesado o de poco andar.



Capítulo Nueve

Una semana después, el Albatros navegaba a rumbo sur, hacia el encuentro con otro petrolero de Alps Tankers. La entrada en Mogadiscio no había supuesto más novedades. El reportaje de televisión había sido considerado un éxito por todas las partes. Muchos miembros de la dotación habían recibido mensajes de casa contando que les habían visto en la tele. Entre las llamadas se encontraba la de los dos hermanos mayores del comandante, que le habían dado la enhorabuena tras asegurarle que salía «muy feo».

El segundo también había recibido mensajes de casa y de muchos ex compañeros que le felicitaban e incluso le aseguraban que les daba envidia. Muchos declaraban que se cambiarían por él sin pensarlo. Pablo sabía que Gabi estaba encantado, pero lo conocía lo suficiente como para saber que perder la condición de oficial de la Armada había sido el golpe más duro de su vida. Por eso mismo, tener el apoyo de su familia y de aquellos que él seguía considerando compañeros era esencial.

En cuanto a Reyes, no había vuelto a aparecer por el barco, aunque había llamado para asegurar que las negociaciones iban por buen camino, aunque llevarían tiempo. También había repetido su instrucción de respetar escrupulosamente los permisos vigentes del gobierno somalí para no entorpecer las reuniones en un momento tan delicado. El asesor no necesitó explicar que una infracción en ese sentido en plenas negociaciones supondría un escollo insalvable.

Por otra parte, la dotación del Albatros se había habituado a la navegación manteniendo la moral alta. Las entradas en puerto tenían algo que ver, al igual que los sueldos. Sin embargo, la amplia experiencia de Pablo en distintos trabajos le decía que eso no era lo único. Al firmar los contratos, no se había especificado la duración de las navegaciones ni de la misión. Todos eran conscientes de ello pero a nadie parecía importarle.

Una extraña mezcla entre la novedad de la misión, la predisposición de la gente y la estricta disciplina unida a la justicia, y a la coherencia y afabilidad en el trato, mantenían a los hombres y mujeres del Albatros motivados. Pablo sabía que parte de la culpa la tenía el riguroso proceso de selección que todos habían pasado. Gabi y él no solo se habían asegurado de traerse a gente trabajadora y válida, sino que, en la medida de lo posible, habían intentado contratar a gente agradable y que fomentara un entorno de trabajo cómodo.

La situación era ideal y una parte de Pablo se había acomodado. Se veía a sí mismo mandando el Albatros durante años, haciendo cómodos cruceros a lo largo de la costa oriental de África sin ninguna preocupación. Sin embargo, su celo no había disminuido y seguía poniendo todo su empeño en la preparación del barco y su dotación.

Aquella tarde estaba leyendo en su camarote cuando sonó el teléfono.

—Comandante, soy Juan —se oyó la voz del asturiano—. Creo que deberías subir a escuchar esto.

—Voy para allá.

Pablo se levantó rápidamente del sillón. «Escuchar esto». No ver, sino escuchar. Tenía que ser algo por radio...

Salió al pasillo y sin detenerse llamó a su segundo:

—¡Gabi! Vente al puente.

—Voy para allá, comandante.

En unos segundos el ferrolano estaba detrás suya y juntos subieron la cubierta que les separaba del puente. Allí les esperaba Juan con cara de circunstancias. Ambos habían tenido tiempo de conocer a la última incorporación como para saber que, respondiendo al estereotipo típico de los naturales del norte de la Península, pocas cosas le ponían nervioso. Su expresión, con los ojos azules mirándoles fijamente detrás de las pobladas cejas, no anticipaba nada bueno.

—Estamos recibiendo una llamada por canal 16 —dijo Juan—. Es un pesquero pidiendo ayuda. Pablo y Gabi se miraron.

—Le están asaltando unos piratas —dijo Juan, confirmando sus temores.

El comandante y el segundo fueron capaces de reprimir los suspiros que querían salir de sus bocas.

—¿Dónde? —preguntó Pablo.

—A unas veinte millas al sur de nuestra posición —contestó Juan.

—Aquí al lado —murmuró Gabi.

Pablo se paró un momento a pensar.

—¿Habéis respondido a la llamada? —preguntó.

—No, comandante —respondió Juan—. Quería avisarte primero.

Pablo asintió celebrando la decisión y siguió preguntando:

—¿Ha respondido algún otro barco?

—Por este canal no comandante —le respondió el asturiano—. Pero cuando escuché la primera transmisión les dije a los chavales de la radio que escucharan en HF¹³, por si acaso. Han estado llamando por ahí también y les ha respondido un barco militar.

Pablo y Gabi levantaron rápidamente la cabeza. Ésta vez el segundo se adelantó:

—¿Dónde están?

—Han dicho que tardarían cinco horas en llegar —dijo Juan.

—¡Joder! —exclamó Gabi.

—¿Hay algún otro barco cerca? —preguntó Pablo.

—Nada en el radar y nada en el AIS¹⁴ —respondió Juan.

—¿Distancia a aguas territoriales somalíes? —preguntó otra vez el comandante.

—Si corren pueden estar allí en tres horas —respondió Juan, que se había adelantado a las dudas de sus jefes.

Ésta vez fue Pablo el que no pudo aguantar:

—Me cago en la puta...

Con un gesto de la cabeza Pablo invitó a Gabi a acompañarle a uno de los alerones. Los que

estaban por allí se apartaron respetuosamente. Todos sabían que se estaba tomando una decisión crítica.

Pablo no había hecho públicas las limitaciones que tenían a la hora de operar, pero un barco es una comunidad pequeña y todo la dotación conocía las restrictivas reglas del juego que les habían impuesto. El comandante era perfectamente consciente de ello.

Manteniendo su costumbre, quiso escuchar la opinión de Gabi antes de dar la suya propia para no influenciar.

—¿Qué te parece?

El segundo le miró a los ojos. Una mirada profunda de esos ojos azules. El brevísimo espacio de tiempo en que cruzaron la mirada fue suficiente. «¿Qué quieres que te diga?», decía Gabi. «Sabes lo que hay; los dos sabemos lo que hay. Solo hay dos salidas: o juegas según las reglas y te las arreglas con tu conciencia, o te las saltas y haces lo que los dos sabemos que es lo correcto. Solo tú puedes tomar esa decisión».

Pablo bajó la mirada mientras rezaba por un milagro. No había compartido con nadie las últimas instrucciones de Reyes. El resto del barco conocía las normas, pero no sabían nada del énfasis que había puesto en ellas su jefe. Había decidido que eso era una cruz que iba a cargar él solo si llegaba el momento. Y el momento acababa de llegar.

—Si no hacemos nada, se los llevan —dijo Gabi en un susurro apenas audible.

Pablo le miró y asintió. Fue suficiente para el segundo. Aquellos dos hombres habían desarrollado una relación incomparable a ninguna otra que hubieran tenido antes. Basada en el respeto, habían sabido aderezarla con las cantidades justas de disciplina, camaradería y amistad. Se entendían a la perfección. Si invirtieran los papeles cada uno haría exactamente lo mismo que hacía el otro. Por eso el mayor de los dos sabía que su joven amigo acababa de tomar la decisión más importante de su carrera. Iba a jugárselo todo a cambio de nada porque simplemente no era capaz de mirar hacia otro lado. Él hubiese hecho lo mismo.

Ahora la cuestión era cómo.

La mente de Pablo volaba buscando soluciones mágicas a su problema. Y a medida que lo hacía se daba cuenta de que no las había. Iba a tener que improvisar y confiar en la suerte.

Lo primero que pensó fue en hacer pensar a la dotación que se trataba de un ejercicio. Pero era inviable. El personal que estaba en el puente y la radio ya sabía de que se trataba, y los hombres del equipo de abordaje se iban a encontrar con la cruda realidad. Aunque hubiese intentado convencer a toda esa gente de mantener en secreto la operación, sabía que tarde o temprano la verdad saldría a la luz. Una vez más, el Albatros era una comunidad muy pequeña.

Y aquello aún no solucionaba el problema del otro lado. ¿Qué hacer con los piratas y con la dotación del pesquero? Los primeros eran el menor de los problemas, puesto que aunque alguno sobreviviera, no tenían más que dejarlo en alguna playa con la certeza de que la noticia nunca llegaría lejos. Y aunque llegase a oídos del gobierno somalí, solo sería la historia de un piratuco que fue asaltado por un barco militar y dejado en la playa. Era difícil que un simple pescador analfabeto les identificara.

Sin embargo, la dotación del pesquero no sería tan fácil de engañar. Primeramente, era evidente

que iban a saber que habían sido rescatados. Y era difícil que no supieran por quién.

Todos estos ominosos pensamientos pasaron por la cabeza de Pablo en unos segundos, mientras unos muy parecidos pasaban por la de Gabi. Finalmente, el gaditano decidió que sus problemas no tenían solución. Su dotación lo tenía que saber, pero eso era un asunto que tendría que abordar más tarde, puesto que en ese momento no tenía respuesta para él. Los piratas eran un mal menor. Y en cuanto a los pescadores, tendría que confiar en la suerte.

Tras cruzar miradas con Gabi una última vez, llamó a Juan:

—¿Cuánto queda para el ocaso, Juan?

—Unos cuarenta minutos, comandante —respondió el asturiano.

En ese momento la puerta que daba al CIC se abrió y por allí entraron Miguel, Joseba y Paco. Claramente la noticia se había difundido. Mejor, pensó Pablo. Así no los tengo que llamar. Y el resto de la gente estará preparada.

Pablo hizo un gesto a sus oficiales para que se acercaran.

—Buenas tardes, señores —les saludó con una sonrisa. Ahora que había pasado a la acción todo parecía más fácil; incluso apetecible—. Tenemos un pesquero siendo atacado por piratas a la vuelta de la esquina. No hay nadie en el vecindario y solo nosotros podemos prestarle ayuda. Todos conocéis nuestras órdenes —hizo una breve pausa—. Sin embargo, me conocéis a mí también. Así que no creo que a nadie le extrañe que vayamos a actuar.

Pablo se detuvo para mirar a sus hombres. Cada uno reaccionó de acuerdo a su personalidad. Inspiraciones largas de aire sustituidas por caras serias y atentas. Miradas penetrantes seguidas de ligeras sonrisas pícaras. Rostros impasibles que le miraban complacido. Pero todos tenían algo en común. En unos segundos todos sus oficiales le miraban atentos esperando sus órdenes. Había llegado la hora de la verdad.

—Bien —dijo Pablo—. Vamos a abordarles. Desde las *rhibs*. El helo hace mucho ruido y nos delataría. Pero lo quiero a una distancia prudencial con el tirador para dar cobertura en cuanto empiece la fiesta. Lo vamos a hacer de noche para evitar ser vistos. Tenemos que suponer que tienen encañonada a la dotación del pesquero, por lo que hay que impedir que sepan que estamos allí hasta que sea demasiado tarde para ellos. La travesía en *rhib* va a ser larga, ya que tendremos que mantenernos lejos para que no nos vean. ¿Crees que lo podéis hacer, Paco?

—Sí, comandante —respondió el madrileño.

Pablo estaba aprendiendo a marchas forzadas que mandar implica fiarte de tu gente. Si Paco creía que se podía hacer, entonces él también tenía que creerlo como si fuese una verdad absoluta.

—Muy bien —dijo Pablo—. Juan, ¿qué velocidad están dando?

—Quince nudos desde que cesaron los mensajes de ayuda y pusieron rumbo a tierra.

—Necesito saber cuánto tiempo tardaremos en estar a su costado a máxima velocidad desde la posición de espera. Lo mismo para las *rhibs*. Y decirle a *Grease* que voy a necesitar cada centésima de nudo que me pueda dar. Y que se asegure de que usamos las dos *rhibs* que estén en mejor estado. Mientras tanto, les seguimos por detrás del horizonte. A Esther avisarle de que esté lista para recibir heridos o para trasladarse al pesquero ya sea por helo o por *rhib*.

Pablo se paró un instante a pensar. Solo quedaba una cosa.

—Listo señores; cada uno a lo suyo. Gabi, quédate un momento.

Los oficiales se dirigieron cada uno a preparar su parte. Paco y Joseba iban a preparar a sus equipos y reparar su material. Por su parte, Juan y Miguel se quedaron en puente monitorizando cuidadosamente el contacto y haciendo los cálculos que les habían pedido.

—Gabi —dijo Pablo—, tengo una idea loca.

El segundo le miró entre extrañado y divertido.

—Hace ya mucho —dijo Pablo—, cuando el barco aún estaba en los astilleros le hicimos varias modificaciones. Una de ellas consistía en librarse de un montón de aparatos y equipos que no íbamos a utilizar. Sabes mejor que yo que entre ellos se encontraban los equipos de guerra electrónica, pero que quitarlos suponía mucha complicación y apenas reportaba ventajas, por lo que finalmente se dejaron a bordo. Como su uso no era previsible, no los hemos incluido en ningún plan de adiestramiento. Sin embargo, estoy seguro que alguno de los frikis que tienes en el CIC ha estado divirtiéndose con ellos desde que salimos de Cádiz.

Gabi sonrió confirmando las suposiciones del comandante.

—¿Podéis cegarles el radar?

El ferrolano siguió sonriendo y dijo:

—Creo que sí; te lo confirmo en un minuto.

A Pablo se le había ocurrido sobre la marcha. Gran parte del éxito de la misión residía en que los piratas no supieran de su presencia. Y qué mejor manera que acercarse de noche mientras éstos no veían más que una mancha en su radar.

Por alguna razón, los portugueses habían decidido que necesitaban un equipo de guerra electrónica capaz de perturbar y no solo de escuchar, y a Pablo le iba a venir al pelo.

—Juan —dijo.

—¿Sí, comandante?

—¿Qué luna tenemos?

El asturiano tardó un momento en encontrar la respuesta.

—Iluminada un 85%; sale en unos minutos.

—Tenemos que acercarnos desde el oeste para que no nos vean.

Juan sonrió. No lo había pensado.

Gabi había vuelto del CIC.

—Sin problema, comandante.

—Perfecto. Juan, vamos a poder acercarnos un poco más a esos piratas antes de que empiece la fiesta. Avisad a Paco y a Joseba.

—Enterado, comandante.

—Gabi —dijo Pablo.

—¿Sí?

—Zafarrancho de Combate.

Poco más de una hora después todo estaba listo. El helicóptero estaba en la cubierta de vuelo con la turbinas precalentadas. El equipo de Paco había sido informado y habían estado pasando y

reparando revista al armamento y a los equipos. En el CIC, todo estaba listo para perturbar el sencillo radar de navegación que llevaba el pesquero. El Albatros estaba en la posición de espera justo por detrás del horizonte del Quebiron, que era como se llamaba su objetivo.

En cuanto a Pablo, había pasado la última hora hablando con sus oficiales y detallando el plan. El primero con el que quiso tratar fue con Paco.

—Paco.

—Dime, Comandante.

—Hay que intentar evitar que nos identifiquen —dijo el gaditano—. He decidido jugármela, pero si podemos salvar el pellejo propio, mejor que mejor.

Paco asintió y el Comandante continuó:

—Que nadie lleve nada que lo identifique como miembro del Albatros. Y usad todo el humo que queráis. Después de neutralizar a los piratas la prioridad es que los rehenes no os reconozcan. No quiero ni una palabra en español y a ser posible en ninguna otra lengua. Espero que los tengan encerrados o con los ojos vendados y eso nos da tiempo a pensar en alguna salida, pero para eso es necesario que no sepan quiénes somos. Si nos ven no hay nada que hacer, pero por lo menos vamos a intentarlo.

El madrileño volvió a asentir.

—Una última cosa —dijo Pablo—. Voy a ir con vosotros.

Los ojos de Paco se abrieron de par en par, pero al ver la firmeza en el rostro de su Comandante se tragó sus palabras y sonrió mientras decía:

—Deberías de pasar unos minutos con los chicos para que te enseñen un par de cosas básicas.

—Está bien.

La decisión no había sido repentina. Era premeditada. Se jugaba mucho y gran parte iba a ser pura improvisación. Quería estar allí para tomar las decisiones. Además, sabía que dejaba el barco en buenas manos.

Después de Paco y tras una breve charla con Joseba, subió al CIC.

—¿Cómo va lo de la perturbación? —preguntó a Gabi nada más entrar.

—Muy bien, Comandante. La emisión se mantiene constante y la demora ha coincidido siempre con la del contacto radar. Suerte que nuestro radar sea mejor que el suyo y le veamos de vez en cuando. Aunque eso se solucionará en cuanto pongamos a Joseba en el aire.

Pablo asintió.

—¿Hay alguna posibilidad de que sepan que les estamos perturbando? —preguntó.

—Prácticamente ninguna. Al menos que lleven un especialista a bordo o lo hayan visto antes es casi imposible. No me sorprendería que ni siquiera supieran usar el radar.

Pensándolo fríamente, Pablo sabía que el ferrolano tenía razón. No estaban enfrentándose a unos adversarios muy avanzados tecnológicamente.

—Muy bien —dijo—, pues vamos allá.

Pablo se dirigía al puente cuando se acordó:

—Por cierto Gabi, voy a ir en las *rhibs* con el equipo de Paco.

Gabi tuvo que hacer uso de toda su autodisciplina para no contestarle al comandante delante de

todo el CIC. Pero los marinos se conocían lo bastante como para entenderse y, con un gesto, Pablo invitó a Gabi a salir con él al alerón para hablarlo.

—Allá van otra vez —dijo uno de los suboficiales del CIC—. Y otra vez el comandante convencerá al segundo.

Todos asintieron de acuerdo.

Fuera, en el alerón, Gabi miraba a su comandante esperando una explicación que no quería, ni creía, que le fuese a convencer.

—Tengo que estar allí —dijo Pablo—. No tengo ni idea de lo que va a pasar, pero por eso mismo he de ir. Quiero poder tomar las decisiones lo más rápido posible y con todos los datos. Además, sé que dejo el barco en buenas manos.

Gabi le miró entre halagado y abatido.

—Muy bien —dijo—. Pero no hagas locuras.

—Y tú cuídame el barco —bromeó Pablo.

Ya había oscurecido lo suficiente y todo estaba listo. No había razón para seguir posponiendo aquello. En unos pocos minutos todo estaba en marcha.

Lo primero que hicieron fue poner el helicóptero en el aire, manteniéndolo alejado del Quebiron. Al mismo tiempo, desde el CIC, comenzaron a perturbar el radar del pesquero, con lo que solo mostraría un borrón enorme en la pantalla. Seguidamente, el Albatros comenzó su aproximación.

La ceguera electrónica del Quebiron les iba a permitir acercarse mucho más de lo que habían planeado inicialmente, reduciendo el incómodo e inseguro salto en *rhib*. Tras consultarlo con Juan, que les había asegurado que el puente del pesquero no podía estar muy alto, habían decidido situarse a algo más de diez millas, contando con la oscuridad para ayudarles en su intento de pasar inadvertidos. De esta forma, cuando el Albatros pusiera los más de veinticinco nudos que era capaz de dar, tardaría menos de una hora en llegar al costado del pesquero (suponiendo que la diferencia de velocidades se mantuviera en diez nudos). Esto seguía siendo mucho tiempo, pero contaban con el apoyo del helo y cuando el asalto estuviese a punto de empezar iban a cerrar esa distancia confiando en la poca vigilancia de los piratas.

En cualquier caso, si el asalto transcurría sin novedad, la primera reacción en el pesquero apresado sería poner proa al Albatros para cerrar distancias aun más rápido.

Pablo era consciente de que el plan estaba sujeto por alfileres y tenía varios puntos muy poco claros, pero era lo mejor que tenía.

—Reviéntales el culo, Patrón —le dijo *Grease*. Pablo le miró desconcertado—. Vamos... sabes que te encanta.

Pablo sonrió y negó incrédulo con la cabeza. Hasta en situaciones de tensión...

El gaditano se fue a despedir de Gabi. Miguel asumiría la supervisión del CIC mientras que el segundo mandaba el patrullero desde el puente.

—Es todo tuyo, segundo —dijo Pablo.

—Suerte, comandante —le contestó Gabi con un nudo en el estómago.

Los dos marinos se estrecharon las manos.

Pablo se acomodó en la *rhib* lo mejor que pudo. Una vez más, todo parecía moverse más desde allí abajo. Por encima del estruendo que hacía el Albatros se intuía el inconfundible sonido de las palas de un helicóptero. El gaditano levantó la vista para ver al helo sobrevolándoles despacio. Por una de las compuertas asomaba el cañón de un rifle de precisión. Pablo se relajó. Al menos se había rodeado de los mejores.

A su alrededor, los miembros del equipo de abordaje adoptaban sus posiciones como si llevaran haciéndolo toda la vida. En seguida, la *rhib* se separó del costado del Albatros y comenzó su travesía al punto donde se encontraba el Quebiron guiada desde el CIC del patrullero.

La media hora que duró el trayecto propulsados por los potentes motores de la *rhibs* dio tiempo a Pablo para reflexionar sobre muchas cosas. Aun así, no dudó un solo momento de haber tomado la decisión adecuada.

Cuando aún estaban a una distancia considerable, uno de los miembros del equipo vislumbró las luces del Quebiron. En el Albatros las habían apagado para evitar ser vistos, pero los piratas probablemente no esperaban compañía.

—Madre de Rana 1 —llamó el patrón de la embarcación.

—Adelante para Madre.

—Tenemos el objetivo en visual.

—Madre, enterado. Si mantiene este rumbo y velocidad estarán a su lado en unos minutos.

—Rana 1, recibido.

Pablo hizo uso del visor nocturno que le habían dejado para ver el pesquero. Lógicamente a esa distancia no pudo distinguir nada, así que se obligó a esperar pacientemente a que estuvieran más cerca.

Unos minutos después, con el pesquero visible a ojo descubierto, volvió a mirarlo a través del visor. No parecía haber ninguna actividad anormal. En la popa se distinguía a dos figuras que charlaban a la luz de sendos cigarrillos. Pablo miró a Paco.

—Vamos a tener que eliminar a esos dos para poder abordarlos sin que se enteren —dijo el madrileño.

—¿Podréis hacerlo? —preguntó Pablo.

—Desde aquí es muy complicado —contestó Paco con una mueca—. Va a haber que acercarse al helicóptero y dejarlo en manos de Sergio.

Pablo asintió. Tendrían que confiar en que los piratas no escucharan el estruendo de las turbinas del aeronave. Afortunadamente, la destreza de Sergio iba a permitir a Joseba mantenerse a una distancia prudencial.

Paco dio las instrucciones necesarias por la radio y momentos después uno de los miembros del equipo vislumbró el helicóptero acercándose. Por alguna razón que Pablo inicialmente no llegó a entender, Joseba llevó el aparato a una posición relativa respecto al pesquero que no era la más cercana. Al poco se dio cuenta de que se habían situado a sotavento. De esa manera disminuían la probabilidad de que les oyeran los piratas.

La orden de Paco había sido de hacer fuego a discreción del tirador, por lo que en las

embarcaciones no sabían cuándo se produciría el disparo. Pablo cogió el visor y se dispuso a esperar. A los pocos instantes de tener localizadas las dos siluetas de la cubierta del Quebiron, las vio desplomarse tras ser golpeadas por una fuerza invisible. ¡Las dos a la vez!

Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que habrían sido dos disparos muy seguidos. Pero había sido completamente simultáneo.

Entonces algo se movió en la cubierta del pesquero. En un instante se le aceleró el pulso. Uno de los piratas seguía vivo. Si avisaba a sus compañeros estaban acabados.

Antes de que le diese tiempo a terminar de pensar en ello, el pirata volvió a ser golpeado por la fuerza invisible y cayó al suelo para no volver a levantarse.

—¡Qué cabrón! —oyó Pablo susurrar a Paco a su lado.

Pablo miró al jefe del equipo de asalto. Todo había ocurrido muy rápido y no estaba seguro de saber qué había pasado. Paco confirmó sus suposiciones:

—Ha esperado a que los dos estuvieran alineados y les ha dado a ambos con el primer disparo. Obviamente, un cuerpo humano apenas desvía un proyectil de ese calibre. Aun así, uno ha sobrevivido y Sergio ha tirado por segunda vez y se lo ha cargado.

Paco buscó en la mirada de Pablo la autorización final y éste asintió.

—Madre de Tigre, comenzamos el asalto —dijo por radio.

—Madre enterado —se oyó la voz de Miguel por el aparato.

Las *rhibs* comenzaron su aproximación. Cuando estaban a escasos metros del pesquero, Pablo entendió porque nadie en el Quebiron se había percatado de su presencia. Aquel trasto hacía más ruido que un elefante en una cacharrería.

Aun así...

—¡Paco!

—Dime, comandante.

—La escala va a hacer demasiado ruido. Creo que es lo suficientemente bajito en la popa como para que embarquemos directamente desde las embarcaciones.

El madrileño asintió. Era arriesgado, pero el comandante tenía razón. Las *rhibs* se aproximaron y, bajo la maestría de Jonás y otro cabo del barco, se mantuvieron pegadas a la popa del Quebiron el tiempo suficiente para que todo el equipo de abordaje desembarcara.

Pablo fue el último, ayudado por Paco y uno de sus hombres, en poner pie en el pesquero. El equipo había adoptado una posición defensiva y en seguida empezaron a moverse hacia proa, haciendo caso omiso de los dos cuerpos y el charco de sangre que había en el suelo.

A medida que avanzaban, un hombre se quedaba cubriendo cada una de las entradas que había hacia el interior del barco. De este modo, llegaron al puente. Mirando por el portillo, les pareció ver que solo había dos hombres dentro. Paco eligió a uno de sus antiguos compañeros y juntos realizaron el asalto. Abrieron la puerta y antes de que los piratas pudieran girarse del todo tenían tres balas en el pecho cada uno. Pablo se sorprendió del poco ruido que hacían las pistolas silenciadas. Rápidamente registraron el puente, pero no encontraron a nadie más.

Lo que sí encontraron fue un plano del barco que les sirvió para planear su siguiente movimiento. Al parecer, abajo había una gran sala, donde todo parecía indicar que encontrarían al

resto de los piratas y a la dotación del Quebiron. La sala parecía hacer las funciones de salón y comedor, y desde allí se accedía a los camarotes, por lo que las probabilidades de encontrar allí a todos los piratas eran altas.

Preguntando a los tres hombres que habían dejado fuera, confirmaron que se oían voces procedentes de aquel compartimento y nada parecía indicar que los piratas sospecharan algo.

Pablo no quería cambiar el rumbo o la velocidad del barco por miedo de alertar al resto de piratas, pero sí avisaron por radio al Albatros de que podía acercarse al pesquero. No había más remedio que tomar por la fuerza la sala de abajo.

Sabían que los rehenes probablemente estaban allí pero no podían arriesgarse a ser descubiertos allí arriba sin tenerlos asegurados. Paco miraba detenidamente el plano. El compartimento tenía tres entradas: desde proa, desde popa y a través de la cocina. El madrileño eligió a otros dos hombres para hacer el asalto. Pablo observó que para aquel tipo de trabajos elegía a aquellos que habían sido compañeros suyos en los GEO. El adiestramiento y experiencia que tenían era insuperable. Y la confianza que tenían los unos en los otros también.

Los piratas habían dejado la que parecía su única embarcación amarrada a la popa del pesquero. El tamaño del esquife y las noticias que habían tenido de otros ataques parecidos les hacía pensar que se encontraban ante un grupo de unos siete u ocho individuos. Neutralizados los dos del puente y los dos de popa, quedaban tres o cuatro más allá abajo. Esto hizo que Paco recalculara e hiciera llamar a otro hombre.

Así, se dividieron la habitación en cuatro sectores; cada uno para un tirador. En caso de que algún sector estuviera vacío, su tirador pasaría al de la derecha. Los cuatro hombres estudiaron cuidadosamente el plano para hacerse una idea mental de cómo sería el interior del compartimento. Era importante evitar el fuego amigo; no solo con los rehenes, sino entre ellos, por lo que cada uno se imaginaba la perspectiva desde la que iba a acceder al sitio y las posiciones relativas de su sector y sus compañeros.

En cuanto a los piratas y los rehenes, no podían adivinar nada, por lo que tendrían que improvisar. La coordinación la harían mediante las pequeñas radios de tecnología punta que llevaban todos los miembros del equipo. Un pequeño pinganillo y unos cascos los mantenían a todos comunicados.

Tras unos minutos, Paco decidió que no había nada más que planear.

—Vamos a ello —dijo—. Podéis llamar al helo y decirle que se acerque. Pase lo que pase, ahí abajo van a saber que estamos aquí.

Pablo suspiró. Había llegado el momento de la verdad. Hasta entonces habían sido capaces de ocultar su identidad y aún creía que se le podía ocurrir alguna idea que les librara de aquel marrón. Aunque explicar la liberación de un pesquero capturado por un misterioso equipo de asalto cerca de la posición en la que debía de estar el Albatros iba a ser harto complicado.

Aun así, había un resquicio de esperanza. Pablo rezaba porque los rehenes tuvieran los ojos vendados o estuvieran encerrados en alguno de los camarotes. Sin embargo, si algo salía mal allí abajo...

Borrando aquellos pensamientos ominosos de su mente se centró en observar a los cuatro

hombres que se dirigían hacia las bajadas a las entrañas de aquel pesquero perdido en medio del Índico.

Las cuatro caras decían tenerlo todo controlado, al igual que sus voces, sus pisadas e incluso sus manos agarrando los fusiles. Una de las peculiaridades del equipo de Paco es que cada uno llevaba un arma distinta, a gusto del consumidor. HK G36, MP-5, SCAR, M-16, Tavor. Cualquier cosa valía mientras que el dueño se sintiera cómodo con ella.

Pablo no tenía muy claro qué hacer en aquella situación, por lo que decidió situarse detrás de Paco, a una distancia prudente -muy prudente, se corrigió- y esperar a que el asalto acabara para entrar en el compartimento.

El antiguo GEO y su compañero bajaban sigilosamente la escala. Aquel era el acceso más amplio y por eso allí eran dos los asaltantes. Los dos parecieron tardar una eternidad en alcanzar el rellano de la escalera, midiendo cada movimiento para evitar hacer ruido. Una vez abajo aún aguardaron unos momentos a tener confirmación de que los otros dos miembros del equipo estaban en sus puestos.

Poco después, Paco susurraba una cuenta atrás por los auriculares y Pablo vio cómo se lanzaban dentro del compartimento. Desde la posición en que se encontraba no podía distinguir nada, pero oyó perfectamente los ocho o diez disparos.

Después silencio.

Y unos segundos después:

—¡Joder! ¡Este tío está herido!

«Mierda», pensó Pablo. «Les dije que ni una palabra en español».

Pero en seguida se dio cuenta. Si había alguien herido ahí abajo todo parecía indicar que sus escasas esperanzas de pasar de incógnito por aquel incidente acababan de esfumarse.

Rápidamente bajó la escala. El plan de Paco había funcionado a la perfección. O casi.

Los cuatro asaltantes habían entrado en el compartimento a la vez sin aviso ninguno. Cada uno se había ocupado de su sector: el hombre de la bajada de popa había neutralizado a uno, el de la cocina a dos, Paco había encontrado su sector vacío y había ayudado a su compañero a abatir a los dos que tenía él. Un total de cinco. Uno más de lo que se esperaban, pero eso no había sido problema. Al menos a priori.

Por desgracia, uno de los proyectiles había atravesado el costado de un pirata y se había ido a alojar en el muslo de uno de los rehenes. Los asaltantes no habían errado ni un solo disparo y no habían dado tiempo a los piratas a hacer uso de sus armas, que tres de ellos tenían en la mano. Pero la suerte les había abandonado y una bala había atravesado a un pirata de lado a lado, yendo a parar a la pierna de aquel pobre hombre.

Los rehenes estaban atados de pies y manos, pero no tenían vendados los ojos, por lo que probablemente les hubieran identificado tarde o temprano. Había ocho hombres allí dentro. Pablo suspiró.

—Está sangrando mucho. Tiene que verle un médico —dijo alguien.

—Que traigan a Esther en el helo inmediatamente —mandó Pablo.

Se había resignado a la cruda realidad. Ahora que todo había acabado su cabeza parecía

enfriarse. No había forma de salir de allí. Iba a tener que aceptar las consecuencias de sus actos.

—¡Que alguien desate a estos hombres, por Dios! —exclamó.

La mayoría parecían ser franceses, pero chapurreaban el inglés y se deshicieron en mal pronunciados elogios hacia sus rescatadores. Alguno había cogido alguna de las palabras que habían dicho los hombres del Albatros y no tardó en preguntar:

—*Are you Spanish? What is your ship*¹⁵?

Pablo miró a Paco y asintió con la cabeza. Ya no había nada que hacer. Pensativo, subió a cubierta a meditar sobre su próximo movimiento.

«¿Y ahora a dónde?»

Todos los piratas habían muerto, lo que suponía un problema menos. Pablo no era un sádico, pero tener que ocuparse de varios ciudadanos somalíes abatidos por instrucciones suyas mientras desobedecía órdenes del gobierno somalí no se le antojaba plato de buen gusto.

Pero seguía teniendo en sus manos a ocho atormentados pescadores, uno de ellos herido de gravedad y que probablemente necesitara cuidados médicos durante varios días. Y un pesquero. Y una cita cientos de millas al sur de allí. Si se presentaba en Mogadiscio con su presa causaría un revuelo enorme.

Pero, ¿qué hacer con ellos? ¿Quién se haría cargo?

En menos de una hora el Albatros y su nuevo acompañante estaban de nuevo en marcha. Pablo no había tardado mucho en decidir cuál iba a ser su próximo movimiento y, una vez resuelto el dilema, poner en marcha el plan solo le había llevado unos minutos.

Tras comprobar que todo estaba en orden en el Quebiron, había vuelto al Albatros. La misma embarcación que le llevó de vuelta a su barco sirvió para trasladar al pesquero a Juan, que asumiría el mando del mismo temporalmente.

Pablo había decidido apartar a los pescadores del gobierno del barco por varias razones. Primero, así se aseguraba un cumplimiento rápido y preciso de sus órdenes. Además, salvaba la barrera del idioma. Por otro lado, los tripulantes del Quebiron acababan de vivir una situación traumática y probablemente no se encontrarán en las condiciones óptimas para marinar su barco.

En el pesquero se quedaron todos sus tripulantes, debidamente atendidos, y varios miembros de la dotación del Albatros que asumirían no solo tareas relativas a la navegación, sino también la desagradable labor de encargarse de los cuerpos de los piratas. Además, Esther decidió que no era necesario trasladar al herido y lo atendió allí mismo una vez que le llevaron sus instrumentos.

Por su parte, Pablo subió al puente del patrullero nada más llegar.

—Bienvenido a bordo, comandante —le saludó Gabi con una sonrisa de alivio.

—Gracias —contestó Pablo secamente—. Necesito contactar con el buque militar que ha respondido a la llamada del pesquero.

En pocos minutos el enlace estaba establecido. Pablo pidió hablar con el comandante del barco, la fragata inglesa Westminster, y tardó unos minutos en explicarle la situación. El hombre debía de haber oído hablar del Albatros porque no pareció excesivamente sorprendido ni hizo muchas preguntas.

Una vez hubo aclarado la situación, Pablo pasó a explicar el motivo de su llamada:

—Comandante, estoy en una situación un tanto incómoda. Como le he explicado, dependo del gobierno somalí, pero he excedido un tanto mis permisos con esta operación. Resumiendo, no puedo hacerme cargo del pesquero y su dotación y esperaba que usted pudiera ayudarme.

Durante unos segundos no se oyó nada en la línea.

—Es un poco injusto que solo se hayan divertido ustedes —contestó el británico—. Pero por supuesto que nos haremos cargo del pesquero. Muchas gracias por su colaboración, Albatros.

Unas horas después Pablo estaba mirando desde el alerón cómo se acercaba la fragata inglesa. Habían llamado para avisar de que enviarían una embarcación a ultimar los detalles. El gaditano sabía que los británicos tendrían curiosidad por conocer el Albatros y a su dotación.

Cuando los dos barcos estuvieron a unos cientos de yardas, con el Quebiron siguiéndoles como un perro fiel, los ingleses echaron una *rhib* al agua. A medida que se acercaba, Pablo se fijó en una de las figuras que iban en la embarcación. Estaba claro que era un oficial, y por la cantidad de dorado que se intuía en sus hombreras a esa distancia debía de tratarse del comandante de la Westminster. El gaditano sonrió. Para los militares ellos debían de ser una mezcla extraña entre un interesantísimo proyecto y una imitación mala de lo que ellos hacían. El Albatros les resultaba demasiado exótico como para dejar pasar la oportunidad de conocerlo.

Lo de la imitación mala no le molestaba. El tiempo y los hechos les pondrían en el lugar que les correspondía.

Pablo recordó sus modales y se dirigió a las cubiertas inferiores a saludar a sus invitados.

El hombre que embarcó en el patrullero desde la *rhib* debía de pasar por poco el medio siglo de vida. Sus insignias desconcertaron a Pablo, que no supo reconocerlas. Además, el uniforme que llevaba era distinto al de los demás tripulantes de la embarcación.

—Comodoro Leeuw, de la Marina Real Holandesa; comandante de la Fuerza Naval de la Operación Atalanta —se presentó.

—Bienvenido a bordo, comodoro —respondió Pablo—. No sabía que la Westminster es el buque insignia.

Estatura media, pelo blanco y una calvicie incipiente. Aquel hombre mandaba todos los barcos de la Unión Europea desplegados en el Índico para luchar contra la piratería. Parecía tranquilo y apacible, pero nadie llega a ese puesto siendo un bonachón.

—Normalmente ostento mi insignia en el Rotterdam; uno siempre está más cómodo entre compatriotas. Pero estoy pasando unos días a bordo de la Westminster. Y, sin embargo, nosotros sí habíamos oído hablar de ustedes —contestó el holandés—. Han sido la comidilla de toda la flota durante varias semanas. Y parece que ahora la han liado lo bastante como para seguir siéndolo otras pocas semanas más.

Leeuw le miró detenidamente hasta que Pablo tuvo que apartar la mirada y sonreír excusándose:

—Solo hemos hecho lo que creíamos mejor —dijo.

—Y precisamente eso es lo que quiero que me cuentes ahora muchacho —contestó el holandés con una sonrisa—. Exactamente cómo habéis recuperado el pesquero.

—Sígame, Comodoro, será mejor que vayamos a mi camarote. ¿Puedo ofrecerle algo de beber?

Pablo invirtió las siguientes dos horas en satisfacer la curiosidad del holandés con una detallada descripción del asalto y con respuestas a todas las preguntas de su invitado, que se interesó por todo, desde tecnicidades sobre el patrullero hasta su vida personal.

Después de aquella larga charla y varias Coca-Colas (Leeuw compartía las ideas de Pablo sobre el alcohol navegando), el comodoro se relajó en el sillón.

—Bueno chico —dijo—. ¿Quieres la opinión de un viejo marino?

—Por supuesto —contestó Pablo.

—Eres un afortunado. Tienes los medios con los que muchos soñamos, pero esta pequeña aventura puede costarte muy cara. No creo que a tus amiguitos en tierra les haga mucha gracia.

Aquello no le decía nada nuevo a Pablo pero, por respeto, se abstuvo de decir nada.

—Por otro lado —continuó el holandés—, la operación de rescate ha sido un completo éxito y te felicito sinceramente por ella. Incluso has tenido la suerte de no tener que hacer prisioneros. No me malinterpretes —se apresuró a añadir—. Esos pobres piratuchos muchas veces no tienen más remedio que dedicarse a esto para alimentar a sus familias. Pero si hubiese quedado alguno con vida te hubiese supuesto más problemas de los que te puedes imaginar.

Pablo asintió de acuerdo.

—En cuanto al pesquero, no te preocupes —siguió Leeuw—. La Westminster o algún otro de los barcos a mis órdenes lo escoltaran a un puerto seguro y se tomarán las medidas administrativas necesarias. Por último, no me queda más que desearte suerte. No tengo ningún consejo para ti, puesto que desconozco tus órdenes y exactamente cuánto has sobrepasado los límites que tenías. Sin embargo, aunque ambos conocemos la postura oficial, quiero que sepas que puedes contar conmigo como aliado. Los hombres de mar siempre nos hemos ayudado, y más en causas comunes contra bárbaros como los que tenemos por aquí. Espero que los sucesos de hoy no te traigan muchos quebraderos de cabeza, muchacho. Y ojalá nos volvamos a encontrar. ¡Aunque la próxima vez ya puedes guardarme un trozo del pastel!

Notas

[13.](#) HF: High Frequency; Alta Frecuencia

[14.](#) AIS: Automatic Identification System. Sistema de Identificación Automática. Generalmente con mayor alcance que el radar, requiere que los barcos transmitan una señal (están obligados a partir de cierto tamaño).

[15.](#) ¿Sois españoles? ¿Cuál es vuestro barco?



Capítulo Diez

El Albatros llevaba ya varios días atracado en Mogadiscio. Los mismos que llevaba su comandante como un león enjaulado en su camarote.

Nada más terminar el incidente del Quebiron, le había puesto un correo a Reyes detallándole el suceso. La contestación no se había hecho esperar y había superado aun los peores presagios del marino.

Era la primera bronca que Pablo recibía por escrito y también la primera que recibía de su actual jefe. Sabía que venía y sabía que se la merecía, pero eso no atenuó el mal trago. No se arrepentía en absoluto de la decisión que había tomado y volvería a hacer todo tal cual lo había hecho, pero eso tampoco le consolaba.

Una pequeña parte de sí mismo recriminaba al asesor lo fácil que es tomar las decisiones sentado en un despacho, pero en realidad sabía que el trabajo que había elegido entrañaba riesgos y eso era precisamente una de las cosas que le gustaba. En parte, lo que más le atormentaba era haber roto la confianza de Reyes, que había tenido un comportamiento espléndido con él desde el primer momento.

Pablo nunca se había considerado un insubordinado y no quería que empezasen a valorarle como tal, pero lo que más le dolía -y sabía que a Reyes también- era haberle sido desleal.

El alicantino no había dudado en expresarlo claramente en ese primer correo y aquello era lo que más había afligido a Pablo. Aun así, los comentarios sobre cómo se veía afectada la misión, sobre la paralización de las negociaciones o sobre lo que pudiera opinar Gotthelf también habían hecho mella.

No menos le habían afectado las observaciones del alicantino sobre el riesgo para las vidas de la dotación del Albatros que había conllevado su decisión. Y el claro peligro en el que había puesto las de los rehenes.

Ese era un punto que influía particularmente en el joven marino. Tenía perfectamente claro que las misiones que estaban llamados a llevar a cabo les pondrían en situaciones de riesgo. Al igual que lo sabía toda su dotación. Sin embargo, no era capaz de convencer a su conciencia de que a veces hay que elegir el mal menor. A veces, hay que poner vidas en peligro e incluso, Dios no lo quiera, sacrificarlas, para salvar otras.

Eso era parte del trabajo que había decidido aceptar y con el que siempre había soñado. Pero aquello no aligeraba la carga. Aquella vez solo había sido un herido, pero si hubiesen sido un poco menos afortunados podría haber sido un muerto, y su conciencia no quería cargar con eso.

Al menos la muerte de los piratas no le había pesado. Eran el enemigo y tenían que ser neutralizados. Eso sí lo tenía meridianamente claro. Si se podía evitar su muerte mejor, pero eran víctimas de una guerra.

La misiva de Reyes terminaba con la tajante orden de regresar a Mogadiscio de inmediato como

medida preventiva. El alicantino decía que no sabía cómo iban a reaccionar los somalíes, aunque con una resignada ironía decía poder hacerse una idea. Por lo tanto, lo mejor era prevenir. Con el Albatros atracado en Mogadiscio, al menos no daría la imagen de ser un barco descontrolado cuyos movimientos nadie podía prever.

De aquella manera, el patrullero había puesto la proa otra vez al norte tras despedir a la Westminster y había llegado a Mogadiscio unos días después. Pablo sabía que, una vez más, las noticias volarían, por lo que había mandado a sus oficiales que divulgaran ellos mismos el nuevo destino del barco y los motivos por los que se dirigían de vuelta a la capital de Somalia.

La dotación parecía habérselo tomado bastante bien. Cuando se mandan hombres en una institución jerarquizada nunca se puede estar seguro de lo que piensan los subordinados, pero todo indicaba que la dotación estaba de su parte. Además, nadie parecía indignado porque les hubiesen mandado volver a puerto, aunque Pablo sabía que ese tipo de enfados no solían llegar a oídos de los mandos y que, probablemente, en las distintas cámaras se estarían acordando de gran parte de la familia de Reyes. Al menos no parecía haber cundido el pánico por la continuidad de la misión. Nadie había mencionado un posible fin del proyecto. Fin que significaría el despido para todos ellos. Aquello aliviaba al comandante, aunque por su parte no pudiera estar tan seguro.

El gaditano no quiso dejar entrever sus temores, así que la vuelta a puerto se realizó dentro de la normalidad. Llevando a cabo ejercicios a menudo y continuando con el adiestramiento como si aquello no fuese más que otra parada logística.

En cuanto a los oficiales, Pablo sabía que contaba con el apoyo de todos ellos. Ninguno había hablado del tema directamente con él, pero los conocía lo suficiente. Ni siquiera Gabi, con el que discutía prácticamente todos los temas que surgían, había hecho mención alguna a su decisión. A pesar de su juventud, Pablo era el comandante, y hay decisiones que no se comentan. Hay ciertas cosas que solo competen a los jefes, y el gaditano había salvado el escollo de la edad ganándose el respeto de sus subordinados. Sus hermanos le habían mencionado alguna vez «la soledad del mando» pero nunca hasta entonces la había experimentado así.

Solo *Grease*, quizás alentado por ser el único que conocía a Pablo de antes y probablemente acostumbrado a una mayor cercanía con sus superiores, se había saltado el protocolo no escrito. Además, probablemente el americano era el que tenía menos dudas sobre lo acertada de la decisión, órdenes en contra o no. El mismo día del asalto al Quebiron, cuando se cruzó con su comandante, le dijo:

—*I heard we kicked some ass today. Well done, Skipper*¹⁶.

Pablo le había contestado con una sonrisa plagada de dudas, una mirada cansada y un casi inaudible:

—*Thanks, Chief.*

La cultura en la que había sido criado y adiestrado el americano le confería una seguridad absoluta en lo acertado de la acción del Albatros. Para él, simplemente no era concebible otra opción. ¿Qué podía haber de malo en meterles un poco de plomo en el cuerpo a unos piratas? Y si eso suponía un riesgo para amigos o civiles, era simplemente un riesgo que había que aceptar.

Pero había que demostrar a los malos que sus actos no eran admisibles. Muchas veces una reacción dura, tajante e incontestable supone un toque de atención para otros que estén dispuestos a cometer las mismas fechorías.

Dos días después del incidente, Pablo había recibido otra carta de su jefe; más larga, más formal, más desesperanzadora y en general, aun peor. El mensaje rezaba así:

Pablo,

te escribo con motivo del incidente que protagonizaste el pasado jueves al mando del patrullero Albatros.

Primero, quiero reiterar lo contrariado que estoy por las noticias que me hiciste llegar. No solo has obviado por completo los permisos concedidos por el gobierno somalí, que nos patrocina y sin el que sería imposible nuestro proyecto, sino que has desobedecido abiertamente mis órdenes. Las instrucciones eran claras y fueron repetidas con énfasis. Bajo ningún concepto debías siquiera jugar con los límites establecidos por nuestros valedores. Incluso te expliqué detenidamente las razones por las que tomé esa decisión. Lo delicado del momento exigía un comportamiento ejemplar por nuestra parte. Las complejas negociaciones que estaba llevando a cabo requerían presentar un proyecto unido y sólido. Y sobre todo demostrar absoluta fidelidad a nuestros patrones. No creo que haga falta explicar cómo tus acciones han dañado todos estos propósitos.

Las conversaciones con el gobierno somalí estaban encaminadas a mejorar nuestra posición, permitiéndonos operar con mayor libertad. El débil y joven ejecutivo somalí teme sufrir el repudio de los países desarrollados, lo que tiraría por tierra todas sus esperanzas de progresar. Aunque muchos son políticos noveles, son perfectamente conscientes del pánico que hay en Occidente a la pérdida de vidas inocentes. Y nosotros hemos llevado a cabo operaciones con grandes riesgos para civiles mientras enarbolábamos su bandera.

Pero no es solo a los extranjeros a quiénes temen los gobernantes de Somalia. Su propio país está sumido en una larga guerra civil y son muchos los que querrían verlos lejos del poder y, a ser posible, muertos y enterrados. Las presiones internas son enormes y lo último que pueden permitirse es dar la imagen de no controlar sus propios activos.

Es más, dentro del propio gobierno hay elementos reacios a nuestro proyecto. Aunque para ellos es totalmente gratuito, algunos altos cargos no creen que sea beneficioso proteger una empresa de dudosa legitimidad y, desde luego, novedosa y arriesgada.

Por todo esto, la situación era ya complicada, y tus decisiones del pasado martes no han hecho más que empeorarlas. Ahora mismo las negociaciones han sido paralizadas. No me han permitido comunicarme con ningún miembro del gobierno somalí desde hace varios días, lo que significa que no tenemos ninguna posibilidad de influir sus decisiones. Dependemos por completo de lo que acuerde el ejecutivo somalí, y no parece que nos vayan a dar una medalla, precisamente.

Los políticos africanos temen incluso ser acusados por el pescador herido o su país por los daños recibidos. Y esa es una imputación a la que, probablemente, el gobierno no sobreviviera.

En la última comunicación que recibí de los somalíes, inquirían cómo podían confiar en un proyecto que les había faltado a la confianza a la primera de cambio. Y se preguntaban cómo actuaríamos si tuviéramos permisos más amplios, por ejemplo en la costa o suelos somalíes. ¿Acabarían sus propios ciudadanos sufriendo los daños colaterales de un proyecto que, al fin y al cabo, no les supone un beneficio directo?

Cambiando de tercio, te informo también de que he puesto al corriente de la situación al señor Gotthelf y de que la noticia no le ha sentado precisamente bien. Ha invertido muchísima energía en esta empresa -no solo económicamente- y no es un hombre acostumbrado a que sus proyectos fracasen. No tengo ningún indicio de que así sea, pero no me extrañaría que, aunque el proyecto siga adelante, nos aparte del mismo.

Todo esto lo pongo en tu conocimiento para que te des cuenta de las consecuencias de tus actos. Espero una franca mejoría de tu comportamiento en adelante.

Jaime Reyes

—¿Hay noticias, segundo? —preguntó Paco en cuanto vio a Gabi asomar por la puerta de la Cámara.

El ferrolano negó con la cabeza y se desplomó en una silla.

—¿Birra? —ofreció *Grease* desde la nevera.

—No. Un NESTE, porfa.

—Maricona —le coñeó *Grease*, escondiendo el insulto en un ataque de tos.

Gabi sonrió, cansado.

—No me apetece, tío. Además, quiero estar al doscientos por cien cuando sepamos algo. Estas situaciones de bloqueo suelen terminarse con un periodo de actividad intensa.

—Tú lo has dicho —coincidió Paco—. En los GEO era igual. Te paraban los operativos y te tenían días a la espera, para luego hacerlo todo deprisa y corriendo al final. Y, claro, todo el planeamiento a tomar por culo.

—Mira que llevo años aquí, pero a veces no os entiendo a los españoles —se desesperó *Grease*.

—Es fácil quejarse desde nuestra perspectiva —contestó Gabi—, pero en estas situaciones siempre hay gente que tiene que valorar más cosas.

—¿Te das cuenta de que con ese argumento se justifica que te utilizaran de cabeza de turco cuando tu barco encalló? —le preguntó el americano.

Paco levantó la mirada alarmado. No sabía si el tejano se había pasado de la raya.

Gabi escrutaba con su mirada azul a *Grease*. No. No había ninguna maldad. No era más que el estilo directo del estadounidense.

—Sí —admitió—. Es más, no te digo que no tuvieran razón.

—¿Qué dices, segundo? —le preguntó Paco.

—Pues que quizás nunca deberían de haberme dado ese mando. Puede que no esté preparado para mandar.

—Por lo poco que te conocemos —dijo *Grease*—, esa es la mayor gilipollez que he oído en

mucho tiempo.

Gabi sonrió agradecido, pero no parecía admitir el argumento.

—No lo estarás diciendo en serio, ¿no? —preguntó Paco.

—Bastante, sí. No estamos hablando de que sufriera daños en combate. No estamos diciendo que perdiera mi barco frente al enemigo. No fui capaz de mantenerlo a flote en tiempo de paz. Es lo más básico que le puedes pedir a un marino.

—Lo primero, el barco no se hundió —le contradijo *Grease*—. Hubo que meterlo en dique, pero nada más. Tengo un colega que lo vio en el astillero y me dijo que, por el golpe, unos pocos metros más y hubieseis librado el bajo. Y lo segundo, no puedes culparte por eso. Culpabilidad no es lo mismo que responsabilidad. Te honra que asumas la responsabilidad, pero no seas tan cenutrio de cargar con la culpa.

—En trabajos como los nuestros tienes que estar preparado para que te pasen estas cosas —añadió Paco—. Y les pasan a los mejores.

—No lo sé... —contestó Gabi—. Podría haber hecho algo más. No supe inculcarle a aquel oficial la importancia de la seguridad en la navegación.

—¡Pamplinas! —dijo *Grease*—. Eso se trae aprendido de casa.

—Ya, pero si no se trae, era responsabilidad mía hacérselo ver. La cuestión es que no fui capaz. A lo mejor no estoy preparado para liderar hombres.

Paco y *Grease* negaban con la cabeza, incrédulos.

—Cuando me llamaron para venir aquí —continuó Gabi—, inicialmente no quise aceptar. No me veía capaz de hacerlo. Pero el hermano de Pablo, Nacho, que fue el que me llamó, me conoce demasiado. Se chivó a mi mujer —sonrió—. Y Fátima no estaba dispuesta a dejarme pasar una oportunidad así.

Lo que el ferrolano no dijo era que lo que Reyes le había ofrecido era mandar el Albatros. Y él se había negado rotundamente.

Dos días después, Pablo seguía dando vueltas por su camarote. No había habido ninguna novedad. Ni siquiera Reyes había dado señales de vida. El comandante había dejado a Gabi encargado de entretener a la dotación con ejercicios porque él no era capaz de concentrarse. Pero estaba siendo peor: al no tener nada que hacer se pasaba las horas muertas dándole vueltas a lo que iba a pasar.

—Permiso, comandante.

—Adelante, don Agustín —contestó Pablo. Ya era capaz de reconocer a todos los miembros de la dotación tan solo con escucharles dos palabras.

—Acaba de llegar esto —dijo el administrativo tendiéndole un sobre.

—Gracias.

—Con permiso —contestó el suboficial haciendo ademán de retirarse.

Pablo le contestó con el más pequeño de los gestos, su mente ya centrada en el sobre.

No ponía remitente y la única dirección que figuraba era «Pablo Marzán. Albatros». Debían de haberla traído directamente al barco.

Por un instante pensó en que podía ser un ataque con agentes químicos, pero no tenían ningún indicio de que hubiese riesgos de ese tipo. Además, la guardia estaba perfectamente adiestrada en no aceptar paquetes sin conocer el originador. Si hubiese alguna sospecha, el sobre nunca hubiese llegado hasta él.

Con una mezcla a partes iguales entre curiosidad y miedo (las palabras pueden hacer casi tanto daño como el ántrax) abrió el sobre. Dentro había una carta en inglés escrita a mano:

Estimado señor Marzán,

Lo primero identificarme: soy Olivier Le Bail, uno de los afortunados tripulantes del Quebiron. Le escribo en nombre de toda la dotación por dos razones. La primera, por ser el más ducho en el idioma inglés. La segunda, porque al no haber acuerdo entre nosotros, se decidió que yo, que fui el que salió peor parado, tuviese el honor de agradecerle a Ud. y a su barco todo lo que pasaron para rescatarnos.

No soy capaz de expresar en mi idioma natal lo que sentimos mis compañeros y yo, imagínese lo que es intentarlo en otra lengua. Estaremos siempre en deuda con ustedes. Han sido nuestros ángeles de la guarda. Sentimos que hemos vuelto a nacer y se lo debemos todo al Albatros, a su dotación y a su capitán.

Por otra parte, quiero asegurarle que mi pierna está perfectamente. El proyectil la atravesó sin causar ningún daño importante y los médicos me dicen que unas semanas estaré andando como siempre.

Señor Marzán, tenga por seguro que se ha ganado nuestro aprecio y el de todos nuestros compañeros de profesión. Si tiene algún problema o necesidad durante sus navegaciones por el Índico, no dude en acudir a cualquiera de los barcos franceses que faenan en la zona. Todos saben el peligro que corremos en esas aguas y solo aquellos que actúan como usted pueden protegernos.

Estoy seguro de que esta carta no expresa ni la décima parte del agradecimiento que le tenemos, pero es lo mejor que he sido capaz de hacer. Una vez más, gracias.

Olivier Le Bail

Pablo carraspeó para intentar deshacer el nudo que se le había hecho en la garganta. Obviamente, sabía que los rehenes se alegraban sinceramente de haber sido rescatados (aunque había tenido serias dudas respecto al herido), pero aquello no era lo mismo que recibir un sentido agradecimiento de uno de ellos.

Aun así, su situación no había variado: su puesto y la misión seguían colgando de un hilo. Pero lo material no lo es todo, y un reconocimiento como el que acababa de leer no se recibe todos los días.

El marino gaditano suspiró. ¿Por qué todo tenía que ser tan complicado? Si las víctimas estaban bien y contentas, nadie había salido perjudicado y habían demostrado ser un eficiente elemento anti-piratería, ¿por qué estaban metidos en aquel fregado?

Tras meditarlo, decidió que lo más justo era compartirlo con toda la dotación, ya que todos

habían corrido los mismos riesgos y todos estaban en la misma situación, de modo que dio la carta a Gabi con orden de hacerla llegar a todo el barco.

Esa misma tarde, el segundo entró corriendo en el camarote de Pablo.

—¡Comandante! ¡Pon la tele!

Pablo le miró sorprendido y, antes de que pudiera reaccionar, Gabi había agarrado el mando y encendido la televisión de su camarote. El ferrolano pasó varias cadenas y se detuvo al encontrar un canal español que estaba dando las noticias.

A Pablo le costó unos segundos averiguar de qué hablaban. Era una entrevista en un muelle a un francés que debía ser capitán de alguno de los pesqueros allí atracados. Al poco tiempo, pusieron una imagen de la costa del Cuerno de África, señalando un punto que al gaditano le era familiar. Para entonces ya se imaginaba porqué Gabi le había avisado con tanta prisa. La siguiente imagen era una imagen de archivo del Albatros saliendo de Cádiz.

El marino empezó a escuchar la noticia con más atención. La voz del narrador traducía las palabras del francés. Parecía tratarse del representante de algún gremio de pescadores. Decían estar encantados con la actuación del Albatros. Exigían al gobierno galo que reconociera públicamente la labor del patrullero, ya que daba seguridad a todos los pescadores que faenaban en aguas cercanas a Somalia.

Inmediatamente después aparecía la entrevista a un representante del ejecutivo francés. Este aseguraba que se estaban tomando las medidas necesarias para hacer llegar al Albatros el agradecimiento de los pescadores y sus familias. Además, los franceses habían mandado una nota formal de agradecimiento al gobierno somalí.

Tras la retransmisión de la entrevista, salieron imágenes de una anterior, en la que aparecían dos de los tripulantes del Quebiron, deshaciéndose en elogios hacia el Albatros y su gente.

Al acabar la noticia, Gabi se giró hacia Pablo, sonrió y le tendió la mano:

—Enhorabuena, comandante.

—No cantemos victoria tan rápido —contestó Pablo, precavido—. Es buena señal, pero no significa nada.

El ferrolano sonrió. El comandante no quería adelantarse, pero ambos sabían que una retransmisión a nivel nacional de una noticia tan favorable tenía que serles beneficioso.

Pablo empezó el día siguiente como todos los demás: abriendo el correo electrónico. Por motivos personales, era una rutina que se había convertido en el momento más temido del día y, a la vez, el más esperado. En aquella ocasión las noticias eran profesionales y las esperaba muy buenas y muy malas.

Desde que lo mirara el día anterior por la tarde solo había recibido un correo. A su cuerpo se le olvidó bombear sangre durante un segundo al leer el remitente: Gotthelf.

Señor Marzán,

Le escribo debido a los sucesos de los últimos días que tanto revuelo están causando. Soy

consciente de que ya ha sido puesto al tanto de los problemas que nos están trayendo las reacciones del ejecutivo somalí.

Como empresario y como su patrón, debo transmitirle la profunda insatisfacción que me está provocando. La misión está en serio peligro y, con ella, los millones que he invertido en la misma.

Por otro lado, contrariamente a la creencia popular, los empresarios también somos personas. Por tanto, me veo obligado a expresarle mi más sincera enhorabuena por las decisiones tomadas hace unos días. Ha demostrado ser una persona íntegra y decidida. Además, ha dejado patente la preparación de su dotación. En mi opinión, esto es fundamental. Por desgracia, todo esto no cambia la situación a la que ha llevado a mi barco.

Sin embargo, la diosa Fortuna parece estar de su lado: estoy seguro de que está al tanto de la reacción de los afectados y del gobierno francés. Ha de saber que me ha llegado una nota de agradecimiento del mismísimo Presidente de la República, en la que asegura poner los medios de su país a mi disposición para cooperar en este asunto.

También le comunico que el gobierno francés es el principal valedor del nuevo ejecutivo somalí. Esta es una situación que debemos explotar a nuestro favor: el señor Reyes ya está trabajando en ello.

No me extiende más. Ha puesto en grave peligro mi empresa, pero lo ha hecho de manera noble y ha tenido suerte. Mi objetivo es que no se vuelva a encontrar en una situación parecida, pero el suyo debe ser no volver a arriesgar la misión.

Atentamente,

Friedrich Gotthelf

Pablo exhaló. Había leído toda la carta sin respirar. Volvió a leerla detenidamente para analizar cada palabra.

Al parecer, el empresario no estaba tan cabreado como Reyes había dicho. Era extraño aquel suizo. Pablo no había hablado nunca con él, pero las cosas que decía Reyes unidas a lo que acababa de leer eran suficientes para saber que no se trataba de un magnate cualquiera.

Estaba malhumorado por la situación que se había creado, pero parecía más furioso porque hubiesen tenido que llegar al extremo de arriesgar la misión por una causa así que por el hecho de haberla arriesgado. Además, el último párrafo dejaba intuir que su intención era mejorar la situación a toda costa para evitar más problemas de la misma índole.

Aún estaba reflexionando sobre el tema cuando llamaron a la puerta:

—Comandante, el señor Reyes quiere verle.

—Acompañadle hasta aquí.

El marino gaditano se detuvo a pensar. ¿Cómo se habría tomado Reyes la reacción de Gotthelf? Estaba seguro de que el alicantino había recibido una copia del correo que él acababa de leer. Seguramente se habría alegrado de la mejoría de la situación, pero también podía haberle sentado mal que su jefe le puenteara y elogiará a un subordinado a quién él había reprendido. Iba a ser interesante ver la reacción del asesor.

—Buenos días, señor Reyes —le saludó cuando apareció por la puerta.

—Buenos días, Pablo.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber o de comer?

—No, gracias, esto va a ser muy breve.

Pablo no supo cómo tomarse aquello.

—Has recibido un correo de Gotthelf —Pablo asintió—. Pues ya sabes lo que toca hacer ahora. La suerte nos ha allanado el terreno, pero ahora hay que sacarle provecho.

Completa neutralidad: ni enfado, ni entusiasmo. Tendría que haberlo imaginado.

—Tengo una reunión con los somalíes esta tarde —continuó Reyes—, y vas a venir conmigo. Se trata de dar una buena imagen del barco y agasajarles. Hay que conseguir caerles bien y que se fien de nosotros.

—Enterado.

—Pues nada más. Te recojo a las cinco.

Cinco minutos antes de la hora, Pablo estaba ya en el muelle esperando. No iba solo. Don Agustín y el marinero de aprovisionamiento le acompañaban cargando varias bolsas.

Desde que Reyes había salido del barco esa mañana, en el Albatros no habían parado. Todo el mundo había colaborado en proponer y preparar regalos y detalles para los somalíes. Pablo era consciente de lo mucho que se jugaba. La reunión podía suponer un punto de inflexión en el crucero y no podía dejar pasar la oportunidad de sacarle todo el provecho.

Los destinos se habían estado inventando pequeños regalos. Las gorras, gafas y camisetas del barco estaban bien, pero Pablo sabía que no impresionarían a nadie.

Los artilleros lo tenían fácil: las vainas de los disparos daban mucho juego. Las más grandes del cañón de tres pulgadas sirven como elemento decorativo en sí mismas, o como paragüero (aunque en Somalia no se les de mucho uso). Otra opción es de cenicero, tanto cortándolas y dejando la base como poniéndoles una plataforma cerca de la parte de arriba. Además, grabarles el nombre del barco y la fecha del disparo les da una connotación de trofeo.

Las vainas más pequeñas ofrecen muchas posibilidades. Uno de los manitas de Máquinas pegó varias en vertical a unas placas de madera barnizadas de tal forma que cada vaina podía alojar un bolígrafo o un lápiz. Así se fabrica un original pie de bolígrafos para escritorio. Además, Pablo llevaba cuatro casquillos de pequeño calibre apartados. Eran su arma final. Los cuatro disparos que habían derribado a los piratas del Quebiron. Obviamente no eran los verdaderos, pero eso los somalíes no lo sabían; las vainas son todas iguales.

Llevaban también varias fotos del barco, el helicóptero y el equipo de abordaje firmadas por él. Además, Howard, el electricista, tenía unas pocas maquetas del Albatros hechas a la espera de poder venderlas o regalarlas. Pablo se las compró todas.

Los maniobras habían hecho llaveros, pulseras y collares con motivos marineros. Incluso llevaban algún chifle. La dotación se había volcado.

Absolutamente todo lo que llevaban lucía el nombre «Albatros» en algún lado. Pablo no sabía nada de marketing, pero corto no se iba a quedar.

Cuando llegó Reyes, se quedó algo sorprendido de ver tantas bolsas, pero no hizo ningún comentario. Los cuatro subieron a la paquetera y esta salió en dirección al centro de la ciudad.

Mogadiscio es la capital de Somalia, pero esto no quiere decir que la controle el gobierno. El sur del país está en manos de células terroristas islámicas. Por eso Pablo había decidido establecer una escolta por parte de la gente del equipo de abordaje en todos los movimientos que tuvieran que hacer por la ciudad. Lo más probable era que los terroristas vieran el Albatros como una amenaza y no podían permitirse correr riesgos.

Su agente en Mogadiscio ya sabía que cada vez que entraban allí tenía que tenerles preparados dos vehículos tipo Hummer (no tenía ni idea de dónde habían salido) para su equipo de seguridad. Así, su vehículo iba precedido y seguido de sendos coches que llevaban en su interior un pequeño arsenal y gente adiestrada en el uso de todo tipo de armas. Además, evitaban ciertos caminos y nunca hacían el mismo recorrido dos veces. Sus movimientos eran completamente impredecibles. El conductor de la paquetera era también del equipo de abordaje y un ex GEO.

Se habían detenido. La carretera parecía estar cortada. Es curioso como lo que en casa te cabrea, en sitios como Mogadiscio puede asustarte mucho. No había terminado Pablo de hacer esa reflexión cuando aparecieron dos individuos a cada lado de la calle, ambos armados con rifles AK-47.

Antes de que el marino tuviese tiempo de mirar hacia los dos lados, uno de los asaltantes abrió fuego y un suspiro después los dos habían sido abatidos. De las ventanillas del coche de delante asomaban dos cañones humeantes.

En décimas de segundo otro sobresalto. Un sonido seco en la distancia y un impacto en la calle a medio metro de la paquetera. Un fusil de gran calibre. Probablemente un francotirador, ya que solo había sido un disparo.

En lo que su cabeza tardó en procesar la información, los tres vehículos que componían el convoy estaban yendo marcha atrás a toda velocidad. Los cincuenta metros hasta el cruce fueron los más largos de su vida. Un segundo disparo impactó en el capó de la paquetera y un tercero se quedó corto por muy poco. En el vehículo de delante alguien sacó un arma por la ventana y empezó a disparar a lo loco en la dirección desde la que estaban siendo atacados. Fuego de supresión.

Pablo y sus tres acompañantes solo eran capaces de blasfemar y gritar, pero el conductor no había dicho ni una sola palabra. Tras un instante de pausa le oyeron decir «enterado» al que estaba al otro lado del pinganillo y el convoy se puso otra vez en marcha.

Condujeron a toda velocidad por calles que nada tenían que ver con su ruta inicial hasta que pararon y vieron como los ocupantes de los otros coches bajaban y establecían un perímetro de seguridad. Pablo miró por la ventana. Parecía la entrada trasera a algún edificio importante.

La puerta del coche se abrió y apareció la hosca cara de Paco, oculta entre casco, gafas, pinganillo y cigarrillo.

—Todos bien. Dabuten. Hemos llegado: espero que hayan disfrutado del viaje y vuelvan a confiar en «Paco Airlines»; ha sido un placer tenerles a bordo.

Tras esto, les hizo un gesto para que le siguieran y mantuvieran la cabeza agachada. En dos

segundos estaban ante una valla de tres metros y una puerta en la que montaba guardia un negro enorme armado hasta los dientes. Rápidamente les dejó entrar.

El umbral de la puerta parecía dividir dos mundos distintos. La primera impresión era de tranquilidad y de civilización. Luego uno se daba cuenta de que se trataba solo de aire acondicionado y de que el lugar no estaba lleno de polvo, sino que olía a ambientador.

Pablo miró a su alrededor para comprobar que estaban todos. Reyes, sudando a chorros, se sacudía el traje de polvo. Don Agustín intentaba calmar a su chaval, que parecía al borde de un ataque de nervios.

Un chica se les acercó:

—Buenos días, bienvenidos —les saludó en un inglés muy acentuado—. Síganme, por favor.

Tras subir dos plantas y recorrer un largo pasillo, les invitó con un gesto a entrar por una puerta. Pablo le dio las gracias y se dispuso a esperar tranquilamente en la típica antesala. Tenía entendido que todo lo que tiene que ver con burocracia suele llevar horas. Lo que no se esperaba era encontrarse con una sala de juntas presidida por una mesa de dimensiones considerables. Alrededor de la mesa había sentados cinco hombres y una mujer y detrás de cada uno había un asistente o secretario que, en la mayoría de los casos, sujetaba un montón de folios, carpetas y dossiers.

El gaditano tenía pensado hablar con Reyes para ponerse de acuerdo en la estrategia que iban a seguir y para preguntarle algunas dudas, pero durante el trayecto se le había olvidado -como era lógico- y parecía que ya no disponían de más tiempo. Iba a haber que improvisar.

—Buenas tardes, señor Vicepresidente —saludó Reyes al hombre que presidía la mesa.

—Buenas tardes —contestó el aludido—. Por favor, siéntense —dijo señalando unas sillas al final de la mesa.

Mientras Pablo ocupaba su asiento y escuchaba al somalí introducir y explicar el motivo de la reunión, no podía dejar de preguntarse cómo era posible que nadie les preguntara por el incidente que habían tenido al ir. ¿No sabían nada? ¿O es que les parecía lo suficientemente normal como para no mencionarlo?

Cuando el somalí hizo una pausa, Pablo se puso de pie.

—Señoras y señores, la dotación del Albatros quiere agradecer la oportunidad que nos brinda el gobierno somalí de hacer este trabajo. Es por ello que me honra presentarles unos pequeños recuerdos del barco —hizo un gesto a don Agustín para que empezara a repartir—. Espero que les ayuden a recordar el agradecimiento de unos humildes hombres de mar que están orgullosos de estar a su servicio.

Pablo esperó unos instantes a que los asombrados políticos tuvieran los detalles delante para irlos explicando.

—Como podrán ver, hay camisetas y gorras de nuestro uniforme. También les hemos traído vainas de los disparos que ha hecho el barco últimamente. Todos los llaveros y pulseras están hechos a bordo por personal del barco. Las maquetas, muy realistas, también son obra de uno de nuestros marinos.

El gaditano hizo una pausa para permitir que asimilaran todo y para dar un poco de dramatismo.

—Por último —continuó—, estos son los cuatro disparos que abatieron a los piratas del Quebiron, que tanto daño habían hecho y, quizás, habrían seguido haciendo, a este país.

Hubo un murmullo alrededor de la mesa. Pablo sabía que corría el riesgo de herir alguna sensibilidad, pero había supuesto (correctamente) que los somalíes estaban más que acostumbrados a auténticas atrocidades, por lo que la vida de cuatro desafortunados piratas no les pesaba en absoluto.

Las cuatro vainas fueron a parar al Vicepresidente y a los tres que se sentaban más cerca. Las miraron detenidamente y se sumieron en sus pensamientos unos instantes. Tras esto, levantaron la vista y agradecieron a Pablo el presente.

—Muy bien —dijo el Vicepresidente—. Tras esta clara demostración de intenciones de nuestros amigos (que no quiere decir que no se agradezca) —dijo mirando a Pablo con una sonrisa—, debemos comenzar la reunión. A continuación, cada uno dará su opinión sobre el patrullero Albatros y la situación a la que nos ha llevado. Finalmente, los dos representantes del barco nos darán su versión de los hechos.

De esa forma, empezando por los menos caracterizados y acercándose hacia la cabecera de la mesa, los somalíes fueron explicando cómo veían cada uno la situación. Pablo se dio cuenta de que, según cómo enfocaban el problema, se podía adivinar cuál era su ámbito de trabajo. Algunos se centraron en la visión internacional, otros en la seguridad, otros incluso en la economía. El ministro de Defensa abogaba por la necesidad de un férreo control del uso de la fuerza.

Todos empezaban su discurso mencionando los riesgos de mantener una empresa de la índole que representaba el Albatros. Pero también todos llegaban a la innegable conclusión de que había tenido un final feliz para ellos. Alguno mencionó las presiones del gobierno francés, dejando entrever hasta qué nivel no podían permitirse contrariar a los galos.

Se apreciaba fácilmente quiénes estaban a favor del proyecto y quienes no. Unos apelaban a las ventajas del mismo para defender los resultados, mientras que los otros hablaban de la suerte. Pero aun estos concluían que el resultado había sido bueno. Tres de los políticos proponían un control más estricto del barco para evitar futuros problemas parecidos.

Cuando todos sus colaboradores hubieron hablado, Pablo esperaba que el Vicepresidente diera su opinión, pero en lugar de eso, miró expectante hacia ellos. Estaba claro que no iba a decir nada hasta el final. Era el juez.

Reyes carraspeó.

—Señoras y señores —dijo levantándose—. Ustedes están aquí porque tienen una misión: sacar adelante un país que ha pasado muchas dificultades en los últimos años. Y están aquí porque su pueblo ha decidido que lo que hacían los anteriores no era suficiente. Y para ello están respaldados por la comunidad internacional.

El alicantino hizo una pequeña pausa mientras paseaba su mirada por sala para asegurarse la atención de todos.

—Es por eso que no pueden limitarse a hacer lo que han hecho los demás —dijo—. Las medidas que han tomado otros gobiernos no son suficientes. Si lo hubieran sido, ustedes no estarían hoy aquí. Por eso tienen que tomar medidas arriesgadas y novedosas. El ministro de

Exteriores francés, amigo personal del señor Gotthelf, le expresó el otro día su confianza en que este ejecutivo somalí fuese capaz de conseguir lo que otros no han sido capaces.

El asesor volvió a hacer otra pausa para dejar que todos asimilaran la indirecta. En la sala solo se oía el zumbido de algún coche en la calle de al lado.

—De estos dos factores, novedad y riesgo, nosotros eliminamos uno —continuó el asesor—. Somos un proyecto de coste cero para ustedes. Estamos aquí para ayudar. Necesitamos de su ayuda tanto como ustedes de la nuestra, por lo que no queremos sacar nada a cambio. Y estamos poniendo a su disposición medios que la muchas de las marinas del mal llamado Primer Mundo no tienen. Tecnología punta en manos de expertos adiestrados específicamente para este trabajo. Han demostrado ser muy buenos en lo que hacen. Ahora solo necesitan que ustedes les permitan desarrollar todo su potencial. Desde luego no van a perder ni un céntimo con este proyecto, pero es que además ningún otro les ofrece tantas garantías de éxito. Colaboren con nosotros y erradicaremos la piratería de las costa de Somalia. ¿Se hacen una idea de la repercusión internacional que puede tener eso? ¿Saben cómo cambiaría su imagen hacia el exterior? Juntos, haremos de Somalia un ejemplo a seguir.

El alicantino se sentó y, tras un instante, le miró. Pablo sabía que había llegado su turno, aunque eso no lo hacía más fácil. Reyes había conseguido convencerle incluso a él. ¿Podría él hacer lo mismo o empeoraría la situación?

—Yo no soy un gran orador como mi jefe —empezó—, pero me gustaría transmitirles una idea. El señor Reyes ha hablado del apoyo internacional. Para mí eso significa una cosa: ustedes están trabajando por el bien. Hace unos días tomé una decisión que ha traído mucha cola. ¿Saben porqué tomé esa decisión? No fue para mi beneficio, ni el de mi dotación, mi barco, mi empresa o mi país. No fue por las presiones o por mi conciencia. Fue por el bien. Porque ustedes mejor que yo saben el daño que hacen esos piratas. Son gran parte del sustento de las organizaciones que mantienen el sur del Somalia bajo control de otros entes que no son el legítimo gobierno. Y además, porque esos piratas podían hacer daño a unos inocentes. Y porque dejarles salirse con la suya no solo hubiese supuesto una inyección de dinero para los suyos, sino también una inyección de moral. Y una motivación para otros dispuestos a hacer lo mismo. En definitiva, más caos en este país.

Pablo paró. Se había acelerado y apenas pensaba lo que decía, pero no podía parar.

—Cada uno de ustedes sabe que tomé la decisión adecuada. Saltándome las órdenes, sí. Pero la decisión correcta. Tanto por las vidas de unos inocentes como por el futuro de esta nación. Todos los aquí presentes hubiésemos tomado la misma decisión. Sin embargo, esa decisión contradecía unas normas más pensadas para evitar escándalos que para solucionar el problema. Y por desgracia esa decisión conllevó unos daños colaterales.

El gaditano volvió a tomar aliento.

—Pero el tiempo nos ha demostrado que hay una cierta justicia en este mundo y que, cuando las cosas se hacen bien, suelen tener buenos resultados. Nuestros amigos franceses se han dado cuenta de que podemos resultar ser unos buenos aliados. Además, párense a pensar un momento. ¿Se imaginan que el Albatros no hubiera actuado aquel día? Que hubiera dejado a los piratas

marcharse. Y que eso hubiese resultado en el pago de un rescate estratosférico y en meses de cautividad o incluso la muerte de algún rehén. ¿Qué hubiese salido en las noticias cuando la prensa se hubiese enterado de que un buque más que capaz de impedir aquello no actuó por órdenes del mismísimo gobierno somalí? Y créanme, se hubieran enterado.

Todos miraban atentamente a Pablo. Ninguno parecía haberse planteado esa posibilidad.

—Colaboremos —dijo el marino—. No dejemos pasar esta oportunidad. Facilítenme las cosas y yo les proporcionaré resultados que harán que el mundo les elogie.

Y con eso se sentó. Los hilos invisibles que habían mantenido los ojos de todos sobre el gaditano desaparecieron y alrededor de la mesa se escuchó una inhalación de aire general.

Hubo unos instantes de silencio, en los que todos bajaron la cabeza y perdieron la mirada en los papeles que tenían encima de la mesa. Al cabo de unos segundos, el Vicepresidente tomó la palabra.

—Muy bien. Tomando en consideración las opiniones de mis asesores y valorando la aportación de los señores Reyes y Marzán, creo que corresponde hacer una reevaluación de la situación del Albatros.

Pablo y Reyes se miraron. Aquello podía ser bueno o malo.

—El gobierno de Somalia —continuó el Vicepresidente— está dispuesto a colaborar con Alps Tankers y el Albatros en sus operaciones antipiratería, pero con ciertas condiciones.

Pablo se recostó en su asiento. Había funcionado. No sabía exactamente qué, pero algo había convencido a los somalíes.

Poco tiempo después, no muy lejos de allí, Mohammed hacía esfuerzos por esconder su miedo al entrar en el despacho de su jefe.

—Han escapado— oyó nada más entrar. Más un rugido que una voz humana.

El interpelado fue a abrir la boca, pero su jefe le interrumpió.

—¡No era una pregunta!

No le quedó otra que limitarse a bajar la cabeza.

—Después del fracaso del ataque en el Mar Rojo, pensamos que podían ser más débiles en tierra, ¡pero es evidente que nos equivocamos! —exclamó Jarawi dando un puñetazo sobre la mesa—. Si no somos capaces de deshacernos de ellos aquí mismo, en nuestra casa, ¿cómo vamos a impedir que sigan fastidiando nuestros planes?! Era nuestra mejor oportunidad: en la mar son casi inexpugnables. Incluso atracados en el muelle, es casi imposible llegar a ellos. Y no los vamos a volver a tener tan a mano como hoy.

Mohammed callaba.

—Vamos a tener que pensar en otra solución —sentenció Jarawi.

Pablo salió de la ducha algo más relajado. El agua hirviendo le ayudaba a tranquilizarse y necesitaba algo de pausa para asimilar todo lo que había pasado.

Sonó el teléfono.

—Pablo Marzán, dígame.

—Hola, Papá. Te he visto en la tele.

—¡Diana!

—Dicen que has rescatado a unos pescadores.

—Bueno, no he sido yo exactamente. La gente que tengo aquí es muy buena en lo que hace — dijo, intentando ganar tiempo para decidir cómo enfrentarse a la situación.

—En el telediario han dicho que fuiste tú físicamente al pesquero.

—Bueno...

—No hagas locuras, ¿vale?

—¿Te preocupas por mí? —preguntó, conmovido.

—Pues claro que me preocupo por ti, Papá.

Pablo no supo qué contestar.

—Créeme, que mi gente me cuida bien —consiguió decir al cabo de unos segundos.

—¿Qué tal de súper jefe?

—No me puedo quejar —sonrió Pablo—. La verdad es que este trabajo es una maravilla.

—Siempre te ha gustado estar fuera.

—¡No es eso! No me has entendido bien.

—Lo sé, lo sé. No te preocupes, hoy no me voy a enfadar contigo.

Pablo no dijo nada. No quería romper el hechizo.

—¿Sabes ya cuándo vas a volver? —le preguntó su hija.

—No, peque. Tenemos que cumplir nuestro objetivo antes.

—¿De verdad pretendes acabar con la piratería tú solo?

Pablo rió.

—¿Has estado estudiando, eh? Maldito Google... No. No pretendo acabar con la piratería yo solo. Mi jefe está preocupado por sus barcos, no por toda la flota mercante del mundo. Así que, por ahora, me tengo que contentar con protegerlos.

—Ya, por eso has rescatado un pesquero que no tenía nada que ver.

Pablo rió otra vez.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan lista? —preguntó divertido.

—Desde que soy hija tuya, pardillo.

—¿Y estás aplicando esa cabecita privilegiada en el cole?

—¿Desde cuándo te preocupas por mis estudios?

—La verdad es que nunca he tenido motivos para preocuparme.

—Tú lo has dicho. Y me sigue yendo igual de bien —se burló Diana.

—Y, por lo demás, ¿qué tal?

—Bien... estoy intentando convencer a Mamá de que me deje ir a Madrid a un concierto de Coldplay con las niñas.

—¿Coldplay? ¿Qué niñas?

—Pues las niñas, Papá, las niñas: Maca, Cris, Ana...

—Ah...

—Venga ya Papá, que es Coldplay. Ni que fuéramos a ver a unos delincuentes.

—Ya. ¿Y qué te ha dicho tu madre?
—Que ya veremos. Que depende de cómo me porte.
—Bueno, pues ya sabes.
—Que síiiiiiiii... Oye, te tengo que dejar, que he quedado con estas.
—Sí, claro —contestó Pablo, como a quién sacan de un trance.
—Un beso, Papá.
—Un beso, peque.
Y Pablo colgó el teléfono con una sonrisa boba.

A la mañana siguiente hubo reunión de oficiales en la cámara del Albatros. Como era lógico, la noticia ya había trascendido, pero Pablo quería transmitir la información de manera clara y concisa a sus oficiales.

Unos quince minutos después, había repasado todo el acta de la reunión.

—Resumiendo —dijo el gaditano—, los somalíes han aceptado prácticamente cualquier acción contra los piratas por parte del patrullero. Tanto en aguas somalíes como fuera de ellas. Además, tenemos permiso para abordar cualquier barco en aguas somalíes y cualquier barco somalí en aguas internacionales. La contrapartida es que vamos a pasar a depender más directamente de ellos. Va a haber que mandarles informes periódicos de nuestra actividad. Además, podrán solicitar nuestra colaboración siempre que no ponga en riesgo un petrolero de Alps Tankers. Segundo, ¿tú qué dices?

—Yo lo veo así —contestó Gabi—: ahora tenemos dos jefes y eso puede dar problemas y, desde luego, nos va a dar más trabajo, pero nos han puesto las reglas del juego que nos gustan. Creo que se nos plantea un escenario bastante cómodo. Con suerte, a medida que mejore la colaboración, incluso acabemos realizando incursiones contra los piratas en sus propias bases.

—Eso requeriría una inteligencia que veo muy complicado conseguir —contestó Pablo—, pero con suerte podría ser. Yo el único inconveniente que le veo a esta situación, no nos tiene porqué afectar directamente. Alps Tankers ha tenido que ceder parte de su control sobre nosotros. Con todo lo que han invertido y arriesgado en el Albatros, no creo que les haga mucha gracia tener que compartirlo con los somalíes. Pero bueno... estaba claro que no somos un proyecto fácil de respaldar legalmente y con esto probablemente haya mejorado nuestra situación en ese aspecto.

—Pues si permitiesen más cosas como esta —dijo *Grease*—, habría muchos menos terrorismo, piratería, robos y delincuencia en el mundo.

El resto sonrió para sus adentros. Todos estaban más o menos de acuerdo, pero también eran conscientes de lo peligroso que es el uso de la fuerza fuera del control de un Estado.

—Muy bien —dijo Pablo dando por finalizada la reunión—. Pues cada uno a lo suyo, mañana salimos a la mar.

—Bienvenido a bordo, señor Reyes. ¿Se viene con nosotros?

—Buenas tardes, Pablo. No, solo vengo a despediros. ¿Está claro todo el tema de coordinación con los somalíes?

—Sí, todo listo. Ayer definimos las frecuencias y canales de radio. Además, estaremos en contacto por correo electrónico e incluso por teléfono a través del satélite.

—Muy bien. Pues nada, que tengáis una buena navegación. Y no me des más sustos, que bastante hemos tenido con este.

—Enterado.

—En cuanto a las operaciones con los somalíes, recuerda que el barco es de Alps Tankers. Colaboraremos en lo que se pueda, pero nunca pongas el barco en peligro si no es por proteger un petrolero de la compañía.

—Enterado.

—En cualquier caso —continuó Reyes—, yo estaré pendiente de toda la información que mandéis a los somalíes y de los inputs que os den ellos. Te iré dando directrices con frecuencia.

—Muy bien.

—Listo entonces; me marchó. Solo una cosa más Pablo: elegiste bien a Gabi. He de decirte que hace unos días tuve una conversación con él para ofrecerle la comandancia del barco y relevarte del cargo.

Pablo miró fijamente a los ojos al alicantino, que ni se inmutó.

—Ofrecer tu despido a los somalíes habría calmado las cosas, pero tu segundo se negó. Me dijo que si te echaban él se iba contigo, que estaba de acuerdo con todas las decisiones que habías tomado y que él habría hecho lo mismo.

Reyes se detuvo un momento sin saber cómo continuar.

—No se qué es lo que haces. Pero debes de hacerlo bien.

Y sin más, le tendió la mano y se fue.

Notas

[16](#). He oído que hemos pateado unos culos hoy. Bien hecho, Patrón.



Capítulo Once

—¿Qué tal, Miguel?
—Bien, comandante. Muy parecido a los demás.

Como parte del acuerdo con los somalíes, el Albatros había pasado a adoptar una política similar a la que utilizaban los barcos de guerra. Se acercaban a hablar con los pequeños pesqueros de la zona, buscando información y queriendo establecer un vínculo. La idea era que los locales confiaran en ellos, supieran como contactarles si tenían algún problema y quedaran convencidos de que estaban ayudándoles.

Para estas tareas, el equipo de abordaje se relajaba mucho. La idea era parecer amistosos. Pablo había decidido poner a la cabeza a Miguel. Con un par de marineros y un pequeño elemento de seguridad, se acercaban a los pesqueritos y les hacían algún pequeño regalo. Luego les explicaban su misión y les daban unos folletos explicando cómo contactarles. Además, les explicaban que había fuerzas de otros países actuando en la zona. Por último, intentaban sacar toda la información que podían. No solo sobre los piratas, sino también sobre los pescadores. Así, llegado el momento, sería más fácil distinguir entre unos y otros.

Además, Pablo era consciente de que algunos de los que ese día eran pescadores, podían ser piratas al día siguiente, si no lo habían sido el anterior. Por eso era esencial obtener toda la información posible.

—¿Les habéis dado los regalitos?

—Sí —contestó Miguel—, y los folletos.

—Ahora qué somos, ¿hermanitas de la caridad? —preguntó *Grease*, perenne en su esquina siempre que había algo en el puente.

—¿Y cómo han reaccionado? —continuó Pablo, haciendo caso omiso del tejano.

—Como todos: nos miran con recelo cuando decimos que trabajamos para el gobierno somalí. Luego se van relajando, pero no dan ninguna información de utilidad. Aseguran no haber visto ningún pirata; ni aquí ni en tierra.

—¿Les has preguntado por su poblado?

—Sí. Es uno de los sospechosos de piratería, pero dicen que ellos no saben de nadie que se dedique a eso. Ni de ningún señor de la guerra que vaya a su poblado a buscar gente ni nada parecido.

—¿Y sus zonas de pesca? —preguntó Pablo.

—Las habituales.

—Muy bien. ¿Les has insistido en que contacten con nosotros si tienen algún problema o si se enteran de algo?

—Sí, pero no parecían muy convencidos. Es lo que te digo comandante, cada vez que visitamos un somalí es lo mismo. Simplemente no se fían. Los barcos de otros países es distinto: están

encantados de que vayas a hablar con ellos, se interesan, te aseguran que colaborarán y te dan las gracias. Pero estos tíos son distintos.

—Sí, y me da a mí que eso va a ser difícil de cambiar... Gracias, Miguel.

—Nada, comandante —dijo el joven marino a punto de retirarse. Pero en el último momento se lo pensó mejor—. ¿Comandante?

—Dime.

—No puedo estar seguro, pero me ha parecido que han reconocido el nombre de la naviera cuando lo he mencionado. Luego han afirmado no saber nada, pero por un instante me ha dado esa impresión.

—De acuerdo. Lo tendremos en cuenta por si nos los volvemos a encontrar.

El Albatros se dirigía al sur, hacia el *rendezvous* con uno de los petroleros. El tránsito estaba siendo tranquilo, haciendo ejercicios como acostumbraban y obteniendo toda la información que podían de los pesqueros. Además, con los barcos más grandes, mantenían conversaciones por radio con el mismo objetivo. Ante todo amabilidad y buscando ese compañerismo que hay entre la gente de mar. El Albatros quería mostrarse como un amigo y aliado para todos los marinos que realizaban su actividad en aquellas aguas.

El comandante estaba enfrascado con el papeleo y mensajería que había generado la nueva dependencia del gobierno somalí. Había aumentado el número de informes y muchos había que hacerlos por duplicado. Pero lo peor era que cada uno quería saber una cosa distinta, o los mismos datos presentados de distinta forma. Pablo estaba meditando una solución para reducir el tiempo que estaban perdiendo en papeleo cuando sonó el teléfono de su camarote.

—Comandante.

—Comandante, soy Juan. Estamos recibiendo una llamada de socorro por canal 16.

—Voy para arriba.

En diez segundos estaba en el puente.

—¿Dónde? —preguntó, sin dejar siquiera que le saludaran.

—Algo más de veinte millas al sur de nuestra posición —contestó el marino asturiano—. Es un mercante que ha avistado dos esquifes con rumbo hacia él en aguas en las que no suele haber pescadores.

—Bien, vamos a poner un rumbo para interceptarlos lo más rápido posible. Avante toda. Zafarrancho de Combate y Zafarrancho de Vuelo.

Pablo esperó mientras su jefe de Control del Buque daba las órdenes necesarias.

—Vamos a llamar al mercante —dijo Pablo mientras a su alrededor se gestaba el caos ordenado que supone un Zafarrancho—, y vamos a decirles que vamos para allá. Hay que recomendarle que ponga máxima velocidad hacia nosotros y realice maniobras evasivas si le intentan abordar. En caso de que le aborden, que a ser posible se encierren o se escondan. Es fundamental que no cojan rehenes.

—Enterado, comandante.

—Y para nosotros, prioridad poner el helo en el aire. Que venga Joseba a verme.

Dos minutos más tarde, el piloto estaba delante de Pablo, pero no tenía muy buena cara.

—Comandante, estoy medio malo. Llevo un par de días con fiebre y también estoy malo del estómago. Debí de comer algo en Mogadiscio que no estaba en muy buen estado.

—Joder macho, mira que nos dijo Esther que tuviéramos cuidado en todos estos puertos con la comida fresca y el agua sin embotellar...

—No hay problema, comandante. Fernando, mi copiloto, está perfectamente titulado y capacitado para volar él el helicóptero. De hecho habitualmente le dejo llevarlo a él para que no pierda la práctica.

Pablo miró a su oficial inquisitivamente. No quería sustos.

—¿Limitaciones?

—Ninguna. Es tan bueno como yo, comandante.

Tanto Pablo como, sobre todo, Joseba sabían que eso era casi imposible, pero el mensaje era claro. El piloto ponía la mano en el fuego por su compañero y eso tenía que ser suficiente para el comandante. Otra vez tenía que decidir fiándose plenamente de las valoraciones de sus subordinados.

—Muy bien —concluyó Pablo—, le quiero en el aire cuanto antes.

—Enterado.

—Comida fresca y agua sin embotellar, ¡ja! —se burló *Grease*—. Eso son los hielos de los cubatas.

Pablo se recostó en su sillón. Alrededor suya, todo el puente estaba equipado y pertrechado. Mientras se ponía el chaleco y dejaba a mano la máscara y guantes anti-flash y el casco, hizo un repaso mental. A la velocidad combinada de ambos barcos, estarían junto al mercante atacado en menos de media hora. Pero si conseguían lanzar el helicóptero pronto, podría estar allí bastante antes. En cualquier caso era un elemento muy ventajoso con el que contar una vez en la zona.

Mientras miraba ensimismado la espuma que levantaba la proa del barco al cortar las olas, su mente trabajaba a destajo planteándose los distintos escenarios y las reacciones que tendría que tomar. Según se las iba planteando, un vacío se removía en su estómago. Y el lóbulo de la oreja se le ponía rojo de tanto apretar.

La situación ideal era que llegaran antes de que los piratas pudieran hacer ningún daño al mercante. O al menos, que el helo estuviera allí. Pero si el mercante tenía alguna sospecha, era porque ya había indicios y estaban bastante cerca.

—Juan.

—¿Sí, comandante?

—Vamos a preguntarle al mercante en cuanto tiempo va a tener a los piratas encima.

—Voy.

El siguiente escenario, era que llegasen al principio del abordaje. Con los piratas aún embarcando o, al menos, sin haber llegado al puente o hecho rehenes. En ese caso, lo esencial era la rapidez. No podían permitir que se escondieran detrás de los civiles, por lo que había que impedir que capturasen a la dotación. Y había que evitar que se hicieran fuertes en el barco.

Quizás la sola presencia del helicóptero bastara para disuadirlos, pero no lo creía. Una vez a bordo de su presa, los piratas sabían que no había vuelta atrás y estaban dispuestos a arriesgarlo todo.

—Paco.

El madrileño, que había estado esperando prudentemente a su espalda, se acercó.

—Vamos a meter a tu gente en el helicóptero. En principio es para dar apoyo, pero puede que tengan que entrar en el mercante desde el aire y, probablemente, con oposición. Coordina con Fernando porque sin apoyo desde aquí no podemos arriesgarnos a meter el aparato muy cerca de los piratas. Puede que lleven lanzagranadas.

—Enterado.

Pablo se volvió a mirar hacia proa. Pocas imágenes le gustaban tanto como la de un barco navegando a la máxima velocidad que le permiten sus motores.

El siguiente escenario suponía que los piratas se hubiesen hecho con el control del barco pero no hubiesen capturado rehenes. Era relativamente poco probable, al menos que la dotación escapase en una balsa salvavidas mientras los piratas embarcaban o que tuviesen algún refugio inexpugnable donde aguantar.

En ese caso, habría que tomar el barco por la fuerza pero sin el hándicap de los rehenes. Habría que estudiar si hacer el asalto de inmediato o esperar a la noche. Quizás amenazándolos y dándoles unos cañonazos por la proa fuera suficiente. En caso de que no quedaran civiles a bordo, incluso podía plantearse la posibilidad de hacer fuego al cañón contra el mercante.

Por último, la peor situación que podía darse era que los piratas hubiesen tomado el barco y hecho rehenes para cuando ellos llegasen. Era, con diferencia, el caso más complicado y la resolución probablemente no dependiera de él. Estaba casi seguro de que no le dejarían actuar poniendo en peligro la vida de la dotación del mercante y las tretas que se le habían ocurrido para engañar a los piratas en estos casos no le daban ninguna confianza.

—Llamad a la radio y aseguraos de que han informado al señor Reyes y a los somalíes de lo que ocurre —dijo Pablo recordando sus nuevas obligaciones.

Unos minutos más tarde, el helicóptero del Albatros salía a volar. Era la primera vez que lo hacía sin su piloto titular, pero Joseba estaba en el puente irradiando tranquilidad, por lo que Pablo se dijo a sí mismo que no tenía que preocuparse por la seguridad del aparato.

Cuando el helo aún se encontraba a unas pocas millas del Albatros, sonó la radio. Era el mercante. El Mistletoe, que así se llamaba, informaba de que los esquifes parecían pasar de largo. «Puede que no sean piratas», decía el capitán.

—Que maniobre para asegurarse de que no le siguen —mandó Pablo.

Juan asintió antes de repetir la orden por radio.

—Y aseguraos de que el helicóptero ha recibido la información —dijo el comandante—. Cuando estén en la zona quiero que hagan un reconocimiento visual manteniéndose entre los esquifes y el mercante.

Instantes después, el Mistletoe volvía a llamar. Los esquifes se alejaban. Estaban casi seguros de que no eran piratas. En el puente del Albatros se dejó de mascar la tensión. Sin embargo, el

comandante no estaba tan tranquilo. «Casi seguros» no es «seguros». Además, cualquiera podía haber escuchado las conversaciones por radio con el mercante, por lo que podía tratarse de piratas que se habían amedrentado al enterarse de que un barco de guerra y su helicóptero se dirigían a la zona. En ese caso, seguían siendo peligrosos y si llevaban armas y escalas a bordo, era motivo más que suficiente para detenerlos y ponerlos en manos del gobierno somalí.

Pablo esperó impaciente el informe de Fernando pero no hubo sorpresa. No se apreciaba ningún indicio sospechoso. Los esquifes iban llenos de pescado y no tenían los potentísimos motores que suelen usar los piratas.

—Retirada de Zafarrancho de Combate —dijo Pablo mientras se acercaba a la radio—. Mistletoe de Albatros, para el capitán.

—Al aparato —se oyó la contestación con una voz ronca pero animada.

—Buenas tardes capitán, soy el comandante del Albatros. ¿Se encuentran bien?

—Sí, comandante, muchas gracias. Siento de veras haberle asustado.

—Para nada. Ha hecho lo que debía. Si realmente hubiesen sido piratas y no hubiese avisado hasta más tarde, no habría habido nada que hacer.

—Cierto. La verdad es que nos hemos acojonado bastante. Uno ya no se fía de nada por estas aguas.

—La gente precavida como usted siempre tiene mayores posibilidades, capitán. Si le parece bien, voy a mandar a uno de mis oficiales en el helicóptero para darle unos consejos por si les vuelve a pasar. Así también sabrán cómo contactar con nosotros o con otros barcos de guerra y cómo aportar información provechosa para todos.

—Muy bien, comandante. Pero yo no tengo cubierta de vuelo.

—No se preocupe —dijo Pablo mientras sonreía mirando a Paco y se lo imaginaba colgado del helicóptero como un chorizo.

Aquella mañana, la reunión en la cámara de oficiales se presentaba como la de un día cualquiera: reparto de trabajos, planeamiento de horarios y ejercicios y poco más. El Albatros llevaba ya varios días navegando hacia el norte escoltando a uno de los superpetroleros. La navegación estaba resultando muy tranquila; los sucesos de Mogadiscio parecían olvidados.

—Señores —dijo Pablo llamando la atención de todos—, ayer recibí un correo del gobierno somalí.

—¿Qué hemos hecho ahora? —preguntó *Grease*, con su particular pronunciación de la «r».

Pablo sonrió ante el comentario del americano. Seguía mostrando su carácter de hombre de acción y no le había sentado muy bien el control somalí.

—Nada, *Chief*, no te preocupes. Esta vez son buenas noticias.

Alrededor de la mesa, sus oficiales le miraron con interés. El único que sabía algo era Gabi a quién, como su mano derecha, solía informar antes de las novedades. Además, en muchos casos la opinión del gallego decantaba la suya en uno u otro sentido. Y desde que sabía lo que le había dicho a Reyes sobre su relevo, le miraba con otros ojos.

En un principio había pensado que se trataba de la disciplina militar tan profundamente

inculcada a los aspirantes y guardiasmarinas en sus años de Escuela Naval. Pero la disciplina también le hubiese obligado a sincerarse con Reyes si no hubiese estado de acuerdo con las decisiones de Pablo. Por tanto tenía que haber algo más. Y ese algo solo podía ser lealtad. Pablo no sabía cómo se la había ganado, pero parecía que el hombre de ojos claros que tenía a su derecha le iba a ser leal hasta las últimas consecuencias.

Pablo miró a su segundo: «todo tuyo», le dijo con la mirada.

—El gobierno somalí nos está preparando una misión —comentó el gallego.

Con eso bastó para atraerse la atención de todos. Así, Pablo podía centrarse en mirar la reacción de sus oficiales a la noticia.

—Es bastante distinta a lo que estamos acostumbrados a hacer —continuó Gabi con su voz clara y tranquila—. El comandante y yo aún estamos definiendo cómo la vamos a afrontar, pero queremos poneros al corriente. Vuestras opiniones son importantes y, además, tenemos que diseñar un plan de adiestramiento específico.

Para entonces, todos los oficiales estaban en vilo. Ninguno se imaginaba de qué se podía tratar y se preguntaban cómo les afectaría a cada uno y al barco.

—La idea —continuó el segundo—, es asaltar un poblado pirata.

Y ahí se detuvo. Joseba y Paco bajaron la mirada mientras sus neuronas se apresuraban en averiguar lo que la misión suponía para sus equipos. Juan se recostó en su asiento y se quedó cruzado de brazos mirando un punto en el infinito. Esther y Ana, las menos afectadas, miraban con curiosidad al comandante. El más joven de todos, Miguel, fue el primero en romper el hielo:

—Pero, ¿cómo sabremos qué poblado? ¿Y quiénes son los piratas?

—Eso —intervino Pablo—, no es problema nuestro. El gobierno somalí tiene información sobre los piratas y nos dirá el lugar y momento en el que debemos actuar. Será en uno de los tránsitos hacia abajo para no dejar a ningún petrolero desprotegido. Ahora lo que tenemos que hacer es prepararnos para el asalto.

—La primera conclusión a la que llegamos el comandante y yo —continuó Gabi a una señal de Pablo—, es que con el equipo de abordaje probablemente no sea suficiente.

El segundo miró a Paco, que asintió por toda respuesta. Parecía que aún se estaba haciendo esquemas mentales.

—Esto supone que hay que adiestrar a personal de otros destinos para apoyar a la gente de Paco. Obviamente los cometidos más técnicos y específicos los harán los profesionales, pero con un entrenamiento adecuado podemos lograr un pequeño equipo más que adecuado para apoyarles.

—¿Vamos a poner a gente sin permiso de armas a pegar tiros en territorio somalí? —preguntó Ana, que además de contable se había convertido en una especie de asesora legal.

—Ya lo hemos pensado —contestó Pablo, concediendo con un gesto la validez de la aportación—. Los somalíes nos van a dar permisos de armas para todos los miembros de la dotación. Y en cuanto a los tiros en su territorio, son ellos los que nos mandan allí, así que ellos sabrán.

Aquello arrancó un par de sonrisas a los oficiales.

—Comandante —dijo Paco despertando de su letargo—. Lo que hace mi equipo no es fácil. Nos ha llevado muchos y duros entrenamientos adquirir la forma que tenemos ahora. Y eso partiendo

de una base muy buena, con mucha gente que sabía ya bastante. Dudo mucho que se pueda hacer lo mismo con la dotación.

—Sin embargo, se tiene que hacer Paco —contestó Pablo—. Tú mejor que nadie eres consciente de que vosotros solos probablemente no podáis acometer una empresa de este calibre.

El madrileño concedió el argumento con un gesto de resignación.

—Daremos prioridad a todos aquellos que hayan tenido algún tipo de adiestramiento en el uso de armas y en temas militares en general —dijo el comandante—. Y exigiremos una buena forma física. A partir de ahí, es cosa tuya convertirlos en elementos provechosos para un posible escenario de ese tipo.

—¡Yo quiero formar parte! —exclamó *Grease*—. Y estoy seguro de que alguno de mis chavales también. Os vamos a enseñar cómo se hacen las cosas en mi país.

—Está bien, *Chief* —sonrió Pablo—, pero recuerda que estarás siempre a las órdenes de Paco. Nada de locuras.

—No te preocupes, comandante —contestó el americano haciéndose el ofendido.

—Creo que yo también puedo aportar —comentó Gabi—. He sido oficial y jefe de Trozos de Visita Registro varias veces y siempre me ha gustado.

—Perfecto —sentenció Pablo—. Pues conmigo eso ya hacen tres alumnos. Ahora solo hay que encontrar a los demás y empezar con las clases.

A las alturas del crucero a las que estaban, a ninguno le sorprendió que el comandante se apuntara. Tenía la costumbre de querer estar siempre en todas partes. Los oficiales ya sabían que tarde o temprano el Patrón se iría con los asaltantes dejando a Gabi en el barco. El mismo marino gallego se lo veía venir.

—Yo no creo que esté hecha para esto —dijo Esther—, pero creo que puedo aportar. Hay un protocolo americano de primeros auxilios en combate llamado *Tactical Combat Casualty Care* o TCCC. Incluye extracciones de heridos bajo fuego y todo con una perspectiva muy táctica: priorizando el cumplimiento de la misión y protegiendo al que auxilia. El año pasado me dio por hacer el curso y creo que puedo enseñarles varias cosas bastantes útiles incluso al equipo de Paco.

—Me parece perfecto —sentenció Pablo encantado—. ¿Tú qué dices Paco?

—Dabuten —se limitó a contestar el aludido.

—Lo único, comandante —dijo Esther sin dejarse amedrentar por la seca contestación del madrileño—, es que convendría equipar a la gente con los botiquines que propone el protocolo. Traen todos los elementos necesarios para aplicarlo: por ejemplo, una superpegatina que es capaz de taponar una herida en una arteria femoral.

—Me parece bien —dijo Pablo, consciente del amplio colchón económico con el que contaba—. Háblalo con Ana y me hacéis una propuesta con el número y precios.

Las dos oficiales asintieron.

—Bien. ¿Algo más? —preguntó Pablo—. Pues nada —dijo tras una pausa—, vamos a ver cuántos voluntarios habría y a partir de ahí empezamos a trabajar. Id pensando en el adiestramiento: sobre todo vosotros —señaló a Paco y Gabi—. Hay que definir cuánta gente

necesitamos y para qué.

—Enterado, comandante —respondieron al unísono los aludidos.

—Sentaos, por favor —dijo Pablo.

Paco y Gabi tomaron asiento. Estaban en la cámara del comandante, reunidos para determinar los pasos a tomar con el nuevo equipo de asalto.

—Contadme qué habéis decidido —les invitó Pablo.

—Haciendo un balance entre la gente que puede hacer falta y la que hay disponible —contestó Gabi—, creemos que lo mejor es formar otros dos equipos de entidad parecida al que ya existe. Es decir, unos doce o trece por equipo para contar con reservas. Cada equipo estaría al mando de un oficial auxiliado por uno de los hombres de confianza de Paco.

—Comandante —interrumpió el madrileño—, esto supone que vamos a necesitar grandes cantidades de material. Ya no solo armamento, sino chalecos, equipos de comunicaciones, uniformes, cascos y un millón de cosas más para dos docenas de personas.

—Está previsto —le tranquilizó Pablo—. Dado que es el gobierno somalí al que le interesa, parece que va a correr con gran parte de los gastos.

—No nos irán a dar AK-47 y cosas así ¿no? —se escandalizó el GEO.

—No, tranquilo Paco. Ellos aportan el dinero a través del señor Reyes. A nosotros nos llegará por el conducto habitual y lo utilizaremos como consideremos oportuno.

—El problema —dijo Gabi aprovechando la pausa—, es la gente. Hay voluntarios más que de sobra y creo que casi todos pueden ser válidos. Pero el barco se queda muy vacío y hay que tener en cuenta que el personal de embarcaciones por ejemplo no puede formar parte, ya que serán los encargados de llevar a los equipos a la playa.

—Es cierto —admitió Pablo—. Pero no me preocupa demasiado cómo se quede el barco. Con poder navegar con seguridad me es suficiente. No nos vamos a meter hasta la playa para apoyar el asalto. Para eso está el helicóptero y para eso vamos a poner a treinta tíos en tierra.

El ferrolano asintió dándose por enterado.

—Siguiente cuestión —continuó el comandante—. Adies-tramiento.

—Empezaremos por uso, manejo y disparo de armas —dijo Paco—. Lo ideal es que tiren mucho antes de hacer nada real. Va a haber que pedir mucha munición de pequeño calibre y hacer ejercicios todos los días.

Los dos marinos asintieron.

—Además, daremos caña con el tema físico, para que luego a la gente no le pese el equipo, que no es precisamente ligero. Y en principio, mi idea es dejar para el final casi todo lo que es movimientos tácticos y demás. En mi opinión, las tareas que se les asigne a esta gente deben de ser extremadamente sencillas. Si no puede ser así tendremos que admitir que no estamos capacitados para realizar la misión.

—Me parece correcto, Paco —contestó Pablo—. Pero esa es la última opción. Antes de eso tenemos que diseñar un plan que nos permita actuar con lo que tenemos. Así que id pensando en

cómo lo queréis hacer. La mayoría de poblados piratas son parecidos, por lo que podemos preparar un plan estándar y ya lo adaptamos más adelante. Los dos equipos que vamos a formar valen para dar apoyo, pero no van a ser una unidad de combate como tal. Tenedlo en cuenta.

Gabi y Paco mostraron su acuerdo, aunque la cara del ex policía aún mostraba su disconformidad con la idea de meter a veinte novatos en una operación tan delicada.

—Pues nada más —concluyó Pablo—. A partir de ahora prioridad adiestramiento equipos de asalto. Vamos a intentar que la gente que está de guardia también pueda ir —dijo mirando a Gabi—, para que no se pierdan ni uno. Dales caña, Paco.

Unas semanas después, el Albatros se dirigía una vez más al sur. La siguiente escolta era al Nordend, el barco de Gianluca. Antes de dirigirse a su encuentro, el Albatros había tenido que entrar en Mogadiscio a hacer combustible. La compañía había considerado que el riesgo de ataques había disminuido y el superpetrolero había salido a la mar sin su guardián. Debían encontrarse en un punto en el camino. En teoría la zona por la que el Nordend navegaba solo era segura.

Aquella tarde estaban tan solo a unas horas del punto de encuentro con el superpetrolero. Pablo estaba en el puente, sentado en su sillón mientras repasaba unos papeles. Tenía la costumbre de subir bastante y dejarse ver. Era una forma de tomarle el pulso al barco y mantenía a la gente alerta. No había que abusar, ya que podía parecer falta de confianza en sus oficiales o saturar a los supervisores de puente, que no podían relajarse en su presencia. Pero el gaditano estaba seguro de que en su justa medida era bueno.

Entonces la radio empezó a sonar. El sonido llegaba muy distorsionado, pero para unos oídos acostumbrados a escuchar a gente de todo el mundo hablando en un muy deficiente inglés por radio, era bastante entendible.

—Mayday, mayday, mayday. Llamada general, llamada general, llamada general. Aquí Nordend. Estamos siendo atacados por dos esquifes piratas. Repito. Estamos siendo atacados por dos esquifes piratas. Nuestra intención es encerrarnos en el refugio y dejarles tomar control del barco. Manden ayuda. Nuestra posición es...

Pablo se acercó a la carta para ver la posición del petrolero con el corazón a mil pulsaciones por minuto. El oficial de guardia en puente era Gabi, que ni siquiera esperó la orden del comandante.

—Zafarrancho de Combate, Zafarrancho de Combate —se oyó por órdenes generales—. Oficial piloto y oficial del equipo de abordaje, puente.

—Vamos a arrancar el otro motor —mandó Pablo—. Avante toda. Que alguien calcule el rumbo para interceptar al Nordend teniendo en cuenta el rumbo y velocidad que han dicho por radio que llevaban.

Al cabo de tres minutos, con todo el barco preparado para hacer frente a cualquier incidencia, Pablo se volvió hacia Paco y Joseba.

—Han cogido al Nordend. La dotación ha conseguido reunirse en un refugio. Los piratas no tienen rehenes, pero no podemos permitir que alcancen la costa con el barco. Allí podrían

amenazar con hundirlo y crear una marea negra. Nos dirigimos hacia ellos a toda velocidad y vamos a asaltarlos. Antes intentaremos detenerlos por todos los medios, pero no podemos ser muy agresivos con la dotación aún a bordo. Obviamente el asalto va a ser helitransportado. Esperad oposición. El barco se situará de tal forma que podamos daros cobertura, pero aun así va a ser peligroso. ¿Alguna pregunta?

Los dos negaron con la cabeza.

—Id a contárselo a vuestra gente.

Al verle libre, Gabi, que había estado esperando prudentemente a un lado, se acercó.

—Cuatro secuestros ya no son casualidad.

—Y menos cuando este ha tenido lugar en la pequeñísima ventana de tiempo en la que nosotros no estábamos —contestó Pablo, la mirada perdida en un horizonte que escondía un nuevo reto y multitud de incógnitas.

Aunque a las dotaciones del Albatros y del Nordend les pareciera una eternidad, ambos barcos no tardaron mucho en encontrarse. Los piratas habían cambiado de rumbo, pero Gianluca había tenido la lucidez de instalar un repetidor de giroscópica en el refugio, de tal forma que podía informarles del nuevo rumbo del barco por radio. En cualquier caso, no tardaron mucho en tener contacto radar.

Cuando los piratas se dieron cuenta de que se estaban comunicando por radio (al fin y al cabo estaban usando los mismos canales que usan todos los barcos) intentaron interrumpir el enlace y amenazaron con tomar acción contra la dotación del petrolero. Pero Pablo ya lo había previsto y nada más hablar con el italiano para tranquilizarlo le había dado una serie de canales a los que ir pasando si los piratas les interferían. Así, cada vez que estos descubrían el canal en el que estaban, tanto el Albatros como el refugio del Nordend cambiaban a otro. El único fallo que tenía el plan, y Pablo era consciente, era que los piratas podían dedicarse solo a escuchar y ellos no podían saber si lo estaban haciendo. Por eso nunca pasaron ninguna información relevante. En cuanto a la seguridad de los marinos del petrolero, Gianluca aseguraba que los piratas no podrían hacerles nada. El refugio estaba diseñado para aguantar impactos de lanzagranadas y no había manera de acceder a él.

Pablo intentó conseguir toda la información posible antes de actuar. Gianluca estimaba que eran unos ocho o diez piratas. Por lo que había podido ver antes de refugiarse, todos llevaban fusiles AK-47 y al menos un lanzagranadas en cada uno de los esquifes. El italiano había dejado el barco navegando a poca velocidad hacia mar adentro. Además, su maquinista había hecho unas triquiñuelas en los motores para que los piratas no pudieran aumentar velocidad. Era posible que consiguieran arreglarlo, pero les llevaría tiempo.

A medida que se acercaban y Juan llamaba a los piratas por radio para intentar convencerlos de que desistieran, un plan se iba dibujando en la mente de Pablo. Había que evitar que los secuestradores hicieran alguna locura. Sobre todo con los lanzagranadas y todo el petróleo que transportaba el barco.

Poco después del ocaso, cuando la luz del crepúsculo había desaparecido, los piratas vieron en

el radar como una pequeña mancha se separaba del barco que les estaba siguiendo. Inmediatamente llamaron por radio para exigir que se retirara, pero nadie contestó. Estaba claro: los occidentales atacaban. El líder de los asaltantes sabía que le estaban escuchando, por lo que amenazó con volar por los aires uno de los tanques de crudo del petrolero. Era una amenaza que no quería cumplir, por miedo a las represalias, pero aun así mandó a uno de los suyos a proa por si hacía falta. Su idea era repeler a los asaltantes con sus armas y conseguir llegar a la costa donde, con el apoyo de la gente del poblado y de sus jefes, todo sería más fácil.

El pequeño contacto navegó hasta situarse en el costado del petrolero. Estaba relativamente lejos y los piratas no conseguían ver qué había a bordo. Poco después, vieron salir otra mancha radar del barco que les seguía. Rápidamente desapareció, pero se veían perfectamente las luces del helicóptero. Incluso se oía el ruido del rotor.

Los nervios y el cansancio empezaba a hacer mella en los piratas. Entonces, la embarcación del través comenzó a disparar. Rápidamente salieron al alerón y devolvieron el fuego. En pocos segundos, dos de ellos fueron abatidos por disparos que parecían venir del helicóptero. Sheikh, que así se llamaba el líder, estaba furioso. Ordenó que nadie se expusiera, pero que se parapetaran todo lo posible e intentaran disparar a la embarcación y al helicóptero.

Tras diez minutos de tiroteo y otras dos bajas, Sheikh decidió que no estaba ganando nada al hacer frente a los disparos. Ya solo quedaban seis de ellos y no podía permitirse perder más compañeros. Y había otro factor muy importante. Los militares occidentales no se acercaban; solo estaban disparando desde lejos, queriendo mermar sus fuerzas pero sin arriesgarse a abordarles. Quizás no tenían los medios necesarios. O su gobierno no se lo permitía. Mientras estuvieran en el barco y no les intentaran abordar estaban seguros. No podían caer en la trampa de dejarse matar como a conejillos. Así que mandó a sus hombres quedarse dentro con la estricta orden de no asomar ni una uña a ningún sitio en el que pudieran recibir un disparo.

Sergio estaba en el helicóptero y era el culpable de las pérdidas de los piratas.

—Madre de Alacrán —dijo por su pinganillo—, los piratas se retiran hacia el interior del puente.

—Enterado —respondió Gabi al otro lado del enlace, en el CIC del patrullero.

El comandante y el segundo se miraron.

—Ha ido al pelo —dijo Pablo—. Ya podemos cortar los petardos del Pichón. Ahora está todo en manos de Paco. En cualquier caso, que Joseba mantenga el helicóptero en una posición desde la que pueda dar cobertura y vamos a acercarnos nosotros un poco para contar también con nuestros tiradores de a bordo.

El ferrolano dio las órdenes pertinentes mientras Pablo volvía al puente. En aquel mismo momento, dos *rhibs* del Albatros eran izadas a bordo. Venían de llevar al equipo de abordaje al Nordend.

El Pichón había hecho de cebo con sus petardos -cebo que los piratas habían mordido gustosamente- mientras que Sergio desde el aire inclinaba la balanza a favor del Albatros. Además, el helicóptero llevaba otro tirador con una ametralladora de menor calibre para que en el puente del Nordend hubiese un número creíble de impactos. Mientras que los piratas se volvían

locos disparando contra el Pichón y el helicóptero (que se había mantenido siempre fuera de la distancia a la que los lanzagranadas eran efectivos y a la que era casi imposible que los piratas acertaran con los fusiles), Paco y su equipo se habían desplegado en las dos embarcaciones que el patrullero había puesto en el agua por la banda contraria a la que estaba el petrolero.

Las dos *rhibs* se habían acercado rápidamente a la estela del Nordend, donde era menos probable que las detectaran, para luego pasar muy pegaditas a su costado de estribor (donde no estaban ni el Albatros, ni el Pichón, ni el helicóptero) y desembarcar al equipo de Paco. Las precauciones no habían sido necesarias, ya que todos los piratas estaban parapetados disparando contra el Pichón en la otra banda. Ninguno miraba hacia la popa -donde no habrían visto nada por la oscuridad- ni al radar. En cuanto el equipo de abordaje saltó al Nordend, las dos embarcaciones volvieron a su buque madre justo a tiempo para no ser descubiertas por los piratas que se retiraban al interior del puente del petrolero.

Al recogerlas (en tiempo record) espoleados por los gritos de Juan a los marineros encargados, el Albatros aumentó velocidad para pasar de la aleta del petrolero al través, donde recogió al Pichón y se preparó para dar cobertura al asalto.

Paco había embarcado a la altura del puente y, tras recibir la nueva localización de los piratas, dividió a su gente.

—Vosotros dos a proa. Allí hay uno solo, probablemente esperando que le den órdenes de sabotear algún tanque o algo. Tenemos que actuar coordinados para evitar que se den la voz de alarma unos a otros, así que esperar a que entremos en el puente.

Los dos elegidos asintieron y Paco continuó:

—El resto nos dividimos en tres grupos. Uno por un alerón y uno por cada uno de los accesos por interiores al puente. Mirad aquí —dijo señalando un plano del barco.

La primera vez que se encontraron con el Nordend, Pablo le pidió a Gianluca los planos del barco, que en aquel momento le estaban resultado de gran ayuda al madrileño. Señaló las rutas para llegar al puente y dividió este en sectores, de la misma forma que había hecho en el Quebiron.

—Es muy importante la coordinación ¿entendido? Todos a mi voz. Tenemos la suerte de que no hay neutrales, pero mucho cuidado con el fuego amigo.

El ex policía miró a sus hombres detenidamente para asegurarse de que el mensaje calaba.

—Si os encontráis a alguno por el camino —continuó—, eliminadlo de la forma más silenciosa posible. ¿Preguntas?

No hubo ninguna y cada grupo se fue por su camino. Unos minutos después estaban en posición.

El asalto salió a pedir de boca. Cuatro de los cinco piratas del puente cayeron muertos con los primeros disparos; blancos fáciles sentados o tumbados en el suelo. Solo uno, tras una consola que le ponía en sector muerto para los tres grupos, llegó a levantar su arma contra los asaltantes. Pero el disparo nunca salió. En cuanto a su compañero de la proa, ni siquiera tuvo tiempo de girarse al oír los tiros. No hubo que lamentar ninguna baja y al poco rato se encontraban ante el refugio a la espera de que la dotación del Nordend saliera.

—Comandante, tenemos la presa bajo control —retransmitió Gabi—. Todos los hostiles han

sido eliminados y no hemos sufrido ninguna baja.

—Enterado.

«Es una pena», pensó Pablo. «Nos habría venido bien que sobreviviera alguno para interrogarle. Pero no puedo darle esas instrucciones a Paco porque le dificultarían demasiado el trabajo. No podemos arriesgar las vidas de nuestra gente.»

—*¡Madonna!* —exclamó el italiano por enésima vez—. Aún no me puedo creer lo que ha pasado.

Pablo sonrió comprensivamente. Estaban en el camarote del capitán del Nordend. Había acudido personalmente a comprobar el estado del petrolero y, especialmente, de su dotación.

—Entonces Gianluca, ¿quedamos así?

El italiano asintió.

—Continuaremos el viaje —dijo—, ya que afortunadamente el barco no ha sufrido ningún daño más allá de los disparos de tu helicóptero. A mi dotación le voy a dar la opción de elegir si quiere ser evacuada en tu helicóptero a Somalia y de allí a Europa o quedarse a bordo. Lo que es seguro es que te voy a mandar a uno que ha perdido los nervios por completo.

—Vale —contestó Pablo—. Avisaré a mi médico para que le eche un vistazo de todos modos.

—Sigo sin entenderlo —continuó el italiano—. ¿Por qué nosotros? ¿Qué les hemos hecho? Estamos mucho más protegidos y preparados que el resto de barcos, ¿por qué se empeñan en atacar petroleros de Alps Tankers?

—Esa, amigo mío, es la cuestión. Esta claro que hay una fijación por la compañía. Y asaltos así requieren de un planeamiento y, sobre todo, de inteligencia. ¿Cómo narices sabían que nosotros no íbamos a estar? Está claro que alguien os tiene en el punto de mira y tenemos que averiguar porqué.

—¡Maldita sea!

Mohammed intentó hacerse más pequeño para escapar de la ira de su jefe.

—Otro fracaso. Esto nos pasa por mandar a esos indocumentados en vez de al equipo de Mukhtar —rugió Jarawi.

—Estaban demasiado lejos, señor —contestó Mohammed—. Para cuando nos enteramos de que el petrolero iba sin escolta no nos daba tiempo a llevar a Mukhtar hasta allí.

—Eso ya lo sé, estúpido. Tendremos que esperar otra oportunidad. Y estar más atentos para aprovecharla. Pero mientras hay que seguir pensando en cómo librarnos de ese incordio de barco.



Capítulo Doce

—¿M^e pasas otro trozo, Ana? —pidió Pablo.

Era sábado por la noche y el Albatros estaba atracado en Antsiranana, anteriormente conocida como Diego Suárez. Después de una época muy movida, Pablo había solicitado unos días para descanso de la dotación. Había insistido en que fuesen en Madagascar, donde la oferta de ocio es muy superior al resto de los países de la zona, con la excepción de Seychelles. Además, lo habían hecho coincidir con un periodo de vacaciones en España, por lo que muchas mujeres y novias, y algún que otro marido e incluso hijos, habían aprovechado para ver a los suyos unos días.

El ataque al Nordend y un par de averías en otros petroleros permitían que el descanso del patrullero no modificase mucho el calendario de viajes de los barcos de Alps Tankers. Uno de ellos retrasaría unos días su viaje y el siguiente lo adelantaría para navegar en convoy con el Albatros hacia el norte.

Daba la casualidad de que ninguno de los oficiales había recibido visita y de que era el cumpleaños de Juan, por lo que organizaron una pequeña fiesta en la Cámara, con algo de picar y unas pizzas que habían pedido a un italiano que había cerca del muelle. Y cerveza. Mucha cerveza.

—Bueno, comandante —dijo Juan—, ¿qué vamos a hacer para descubrir a los conspiradores que asaltan a los petroleros?

Lo dijo en tono jocosos, pero todos estaban atentos a la respuesta del joven marino. A Pablo no le gustaba hablar de temas de trabajo cuando se reunían para relajarse, pero podía sentir el interés de todos y cada uno en el asunto.

—No sé nada que vosotros no sepáis —se sinceró—. Como os dije, en el informe del último incidente incluí mis impresiones sobre el tema. Está claro que hay gato encerrado y este problema no se va a solucionar hasta que se descubra la raíz. Pero no tenemos nada. Hay que confiar en las investigaciones que van a llevar a cabo tanto la naviera como el gobierno somalí.

—Yo estoy convencido que el Gotthelf ese tiene alguna deuda pendiente por ahí —dijo Joseba—. O algún negocio a medio acabar. Y hay alguien que se lo quiere cobrar por las buenas o por las malas.

—Con lo poco que lo conozco —contestó Pablo—, me extrañaría.

Los demás le miraron inquisitivamente.

—No sé —dijo el gaditano—. Transmite confianza. Es un señor. Y no solo le importa el dinero. No hay más que ver este proyecto. Estoy seguro de que no está ganando dinero precisamente.

—Algo sacará —intervino Juan—. Si no, no lo haría.

—Suena raro —se enrocó el comandante—, pero creo que lo hace por principios o algo así. Y sí, sé que pensáis que soy un pobre inocentón. Pero algo me dice que es así...

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —preguntó Miguel.

—Seguir las órdenes —contestó Pablo—. Que, por ahora, son seguir con las escoltas. Y aportar lo que podamos. Por eso es interesante intentar sacarles información a los pescadores y demás.

Los oficiales asintieron. Alguno parecía decepcionado de que no hubiese un plan revolucionario que les fuese a ayudar a resolver el problema. Pero en el fondo todos se lo esperaban.

—Pero bueno —dijo Pablo—. Olvidaos ahora de eso. Vamos a celebrar el cumple de Juan y a disfrutar de estos días de relax, que no van a durar mucho.

—¡Torneo de FIFA por parejas! —exclamó Gabi—. Y unas copichuelas para darle emoción.

—Dabuten —acordó Paco—. Unos partidillos rápidos y luego salimos. Y los campeones hoy no pagan copas.

—Pues vete preparando la cartera —rió *Grease*.

El Albatros llevaba varios días en la mar. Tras escoltar a los dos petroleros, se dirigía una vez más al sur, pero en este caso hacia un punto de la costa somalí. Una vez en las inmediaciones recibirían más instrucciones.

Aunque no lo sabían oficialmente, todo parecía indicar que iban a realizar su primer asalto a un poblado pirata. A Pablo le hubiese gustado haber tenido algo más de tiempo para adiestrar a los nuevos miembros de los equipos de apoyo, pero sabía que no podía quejarse. El mismo Paco estaba encantado con los resultados. Los nuevos reclutas no eran los mejores tiradores del mundo, pero eran capaces de desenvolverse con seguridad con las armas y habían adquirido bastantes conocimientos tácticos.

En Madagascar habían recibido su nuevo equipo y armamento, por lo que ya estaban todos pertrechados. Además, Paco había aprovechado la oportunidad para llevárselos a todos un par de noches a un campo abandonado, donde los había tenido haciendo ejercicios hasta el amanecer. Su cometido iba a desarrollarse en tierra, lo que hacía esencial que tuvieran un adiestramiento acorde, y a bordo no lo podían simular como es debido.

Todo se estaba manteniendo a un nivel muy sencillo. Hasta el momento el plan consistía en que el asalto sería llevado a cabo por el equipo de Paco con apoyo desde el helicóptero mientras los otros dos equipos cerraban el perímetro para evitar huidas. La idea era que no tuvieran que moverse e incluso que no llegaran a hacer contacto con el enemigo. También harían de observadores. Aún no estaba claro si el asalto iba a ser intentando no hacer ruido y cogiendo por sorpresa a los piratas o atacando abiertamente desde un principio. Iba a ser una decisión de último momento que dependía de la información que tuvieran del poblado. En cualquier caso, el equipo de Paco asumiría casi todas las responsabilidades.

Las ventajas del plan sorpresivo eran obvias, pero iba a requerir mucha información, planeamiento y más tiempo de ejecución. Además, aumentaba considerablemente la dificultad. Pero en caso de salir bien, suponía una ventaja enorme neutralizar a una parte considerable de los enemigos antes de que pudieran defenderse. También estaba la duda de si tendrían permiso para abrir fuego antes de ser atacados.

El otro planteamiento era más sencillo y suponía poder contar con el helicóptero desde el

principio, pero ponía más en riesgo las vidas del equipo de Paco al dar a los piratas más tiempo para reaccionar. Si finalmente se optaba por esta vía, el madrileño había decidido reforzar su equipo con los cuatro mejores nuevos asaltantes. Así suplía a los dos hombres que irían con los otros equipos y aumentaba un poco la entidad de su grupo.

Tanto el madrileño como el comandante y el segundo eran perfectamente conscientes de que aquella operación estaba a otro nivel. No era lo mismo asaltar un buque secuestrado con profesionales adiestrados para ello, contra un enemigo inferior en número y que no jugaba en casa que lo que pretendían hacer en el poblado. Pablo sabía que muy posiblemente tendrían que lamentar bajas. Era inevitable. La clave estaba en reducirlas al mínimo.

—Acabo de recibir la información sobre el poblado pirata —dijo Pablo tras levantar la vista y observar que eran Gabi y Paco los que llamaban a la puerta—. Tenemos la localización y unas fotos satélite. Tengo aquí la carta náutica también.

—¿Fotos satélite? —arqueó una ceja Paco—. ¿Qué bien se lo montan los somalíes no?

—Hasta donde sé, son americanas —contestó Pablo—. Supongo que habrán pedido colaboración de los yanquis.

Ninguno de los tres era experto en leer fotos satélite, por lo que se sentaron alrededor de la mesa baja de la cámara del comandante y se armaron de paciencia. En las imágenes se podía ver una playa algo cerrada por dos pequeñas lenguas de tierra que se adentraban en el mar. No parecía que hubiese apenas oleaje.

En el centro de la playa había cuatro esquifes de los usados por los pescadores locales. Y por los piratas. Tierra adentro, tras lo que, después de varios minutos, adivinaron que eran unas dunas, se veía el pequeño poblado. Tan solo unas tres edificaciones rudimentarias y varias tiendas alrededor de un espacio vacío que debía de hacer las veces de plaza. Casi todas las casas -aunque llamarlas casas era ser muy, muy optimista- daban a la pequeña plaza y solo tres o cuatro estaban en una segunda línea.

Desde las dunas hasta el poblado debía de haber unos cuarenta o cincuenta metros. Hacia el otro lado, una explanada completamente vacía era atravesada por un camino de tierra. Este llevaba hacia el interior durante unos doscientos metros, tras lo que ascendía por una ligera pero prolongada pendiente que iba a dar a otra planicie cuyo fin ya no se apreciaba en las fotos.

En definitiva, el poblado se hallaba en una pequeña depresión entre las dunas y la planicie posterior. Apenas se apreciaba vegetación o irregularidades en el terreno. Solo había tierra. Arena.

En las fotos solo se distinguían dos o tres personas en el poblado -poco más que puntitos a esa altura- y otras tantas alrededor de las embarcaciones. No había nada que lo hiciera parecer un poblado sospechoso. De hecho no había nada que lo diferenciase de las docenas de poblados que, como ese, abundaban en la costa somalí.

Pero por eso las imágenes iban acompañadas de un informe. Según sus fuentes, que el gobierno somalí no revelaba, el poblado era usado frecuentemente por grupos piratas. Parecía que no todos los habitantes eran piratas. Para tomar las decisiones finales, los somalíes iban a enviar al

Albatros a un oficial de enlace con la información necesaria para determinar si los piratas estaban allí o no. Aquello tenía un lado bueno y un lado malo. El poder de decisión descansaría en manos de otros, por lo que no pagarían los platos rotos en caso de equivocarse, pero también dejaba entrever que los somalíes no las tenían todas consigo. Además, prácticamente estaba asegurada la presencia de mujeres y niños. Y, probablemente, de pescadores inocentes también.

—Os cuento que he pensado a ver qué os parece —dijo Pablo—. Primero pondremos en tierra a los dos equipos de apoyo, cada uno en una de las playas contiguas. Desde allí, rodearán el poblado para cubrirlo desde la planicie y desde los dos laterales. Deberán buscar un sitio donde poder observar el poblado sin ser vistos. Así tendremos información de lo que pasa y cerramos las rutas de escape. Además, si algún pirata intenta escapar, le veremos mucho antes que él a nosotros gracias a los visores nocturnos. Esto habrá que hacerlo con tiempo suficiente para que los dos equipos se sitúen y podamos observar el objetivo tranquilamente antes de empezar el ataque, pero hay que coordinarlo para que ya sea de noche.

Los dos oficiales asintieron y Pablo continuó:

—Las *rhibs* volverán al barco, que estará a una distancia prudencial con todas las luces apagadas. Allí embarcará el equipo de Paco. Las embarcaciones se dirigirán directamente a la playa. El equipo de asalto se apostará en las dunas tras registrar los esquifes de la playa. Allí podrán observar el poblado y, junto con la información recabada por los otros dos equipos, se tomará una decisión. En caso de que se autorice la intervención, el equipo de asalto entrará en el poblado mientras que los otros dos cierran las posibles salidas. Así evitamos que los nuevos tengan que moverse e incluso que se metan en problemas. El uso del helicóptero dependerá del tipo de operación, pero en cualquier caso estará allí para dar apoyo una vez empiece el asalto.

—Parece sencillo —comentó Paco, dando a entender que no lo sería tanto—. ¿Qué oposición nos vamos a encontrar?

—El armamento es rudimentario. AK-47 y RPG-7; el habitual de los piratas. Lo que no está claro es cómo están organizados en cuanto a vigilancia, aunque se cree que es inexistente. Y tampoco se sabe cómo reaccionarán a un ataque, ya que es el primero que se realiza.

—Yo aún no tengo del todo claro cuál es la idea —dijo el madrileño—. ¿Vamos a cepillárnoslos o a detenerlos?

—Eso nos lo debería de aclarar el oficial de enlace —contestó Pablo—. Pero está claro que no somos unos salvajes. La prioridad es la seguridad de nuestra gente, pero actuando con cabeza. Se supone que somos los buenos. Si podemos evitar muertes, mejor. Aunque nunca poniendo en riesgo a personal del barco.

Paco asintió. No eran exactamente las directrices más claras que le habían dado, pero era con lo que le tocaba trabajar.

Por su parte, Pablo era consciente de que algunas decisiones no podrían tomarlas hasta instantes antes de ejecutarlas. Para eso confiaba en Gabi, que iría en uno de los equipos de apoyo, y en el mismo Paco. Él había aprendido el valor de mandar desde la retaguardia, dónde tenía toda la información, y se quedaría en el Albatros. Muchas reacciones iban a ser cuestión de segundos y detallar cada una de las situaciones con las que podían encontrarse solo saturaría a sus hombres.

Tenía total confianza en ellos.

Era cierto que les faltaba información sobre el tipo de misión que iban a realizar. En caso de hacer prisioneros, probablemente los equipos de apoyo tendrían que entrar en el poblado para ayudar a reducir, esposar y controlar a los piratas. Y luego estaba el problema de qué hacer con ellos. Eso era algo que Pablo aún tenía que tratar con el oficial somalí.

—¿Y si algo sale mal? —preguntó Gabi.

—Vamos a tener una manifiesta superioridad en número y equipamiento, y contaremos con el factor sorpresa —respondió Pablo—. Si aun así algo saliera mal, cada uno de los equipos de apoyo se replegará hacia la playa en la que desembarcó. El equipo de Paco decidirá a qué playa se repliega. Habrá dos *rhibs* en cada playa, por lo que la playa en la que solo haya un equipo de apoyo será evacuada de inmediato. Mientras, la playa que haya elegido Paco para replegarse tendrá que resistir un posible contraataque apoyados por el helicóptero y el barco mientras las dos *rhibs* de la otra playa vuelven para poder sacarlos a todos. Ahora lo que hay que ver es hasta dónde podemos meter el barco. Y si se da este caso puede que estrenemos el cañón de tres pulgadas.

Los dos oficiales asintieron. Era tranquilizador ver que el comandante había pensado en todo.

—En el helicóptero —continuó Pablo—, además del tirador, va a ir Esther. Pero no podemos meterlo en el poblado hasta que esté claro de RPGs. En cualquier caso, es clave darse cuenta pronto de que las cosas van mal y no meternos de lleno en el avispero. Ante cualquier síntoma de que la situación se descontrola, nos replegamos.

Los dos oficiales asintieron.

—Pues por mi parte, nada más —sentenció Pablo—. Como curiosidad, que sepáis que el somalí que viene es algún cargo del Ministerio de Interior y nosotros hemos sido nombrados como fuerza de apoyo para la seguridad nacional. Así salvan el escollo legal.

Paco y Gabi sonrieron al ver la mueca del comandante.

—Hay que ver lo fácil que es legislar en un país sumido en el caos —comentó el gaditano—. Como para proponer algo así en Europa...

En el puente se podía mascar la tensión. Todo el mundo estaba allí: comandante, segundo, Paco, Joseba, el personal del puente y un recién llegado: el enlace somalí. El barco iba tan despacio que parecía dejarse llevar por las aguas del Índico. El equipo de navegación se situaba cada dos minutos mientras un marinero cantaba las sondas. Cada cierto tiempo se oían recomendaciones del CIC. Aquella costa apenas estaba cartografiada y navegaban tomando todas las precauciones posibles. Juan llevaba la voz y no recordaba una navegación tan tensa en toda su carrera.

El barco iba completamente oscurecido, sin mostrar ninguna luz de navegación o de cubierta, y se había prohibido abrir cualquier acceso que diera a lugares iluminados de a bordo. A tan solo unos cables de distancia se encontraba la playa donde esa noche tendría lugar la operación. Era primordial no ser vistos.

Un instante antes de que Juan fuese a decir que estaban en el sitio, Pablo se incorporó y dio las órdenes que ponían todo en marcha. Gabi, pertrechado como el resto de asaltantes, se dirigió a las

cubiertas inferiores, desde donde los dos equipos de apoyo estaban a punto de embarcar en las *rhibs* para dirigirse a la playa.

Al comandante se le hacía raro ver al ferrolano vestido de negro en lugar de azul, pero tenía que admitir que no le sentaba mal. Con todo su equipo y armamento, Gabi y los demás daban una imagen de plena operatividad. Pablo rezaba porque no solo fuese la imagen y fuesen capaces de llevar a cabo la operación sin sobresaltos.

Con el barco prácticamente parado, se sacaron las cuatro embarcaciones de sus estibas hasta llevarlas a besar el agua. Los equipos de apoyo embarcaron con la soltura de quién lo ha hecho mil veces. El gaditano se asomó al alerón. No se les apreciaba en absoluto nerviosos. «La profesión se lleva por dentro», pensó. «Me gustaría poder ir con ellos, pero solo desde aquí puedo controlarlo todo».

Las embarcaciones se separaban del costado del Albatros. Por parejas, se dirigieron a la costa, cada par a una de las dos playas contiguas. Pablo miró a su alrededor. Al cruzar la mirada con Paco, este le dijo que se iba para abajo a pertrecharse y a tener una última charla con su gente. El somalí fue tras él.

Habían decidido que el enlace iría con el equipo de Paco para tomar las decisiones *in situ*. En los dos días que llevaba a bordo, no habían conseguido sacarle absolutamente ninguna información sobre el poblado. Se había recluso en su camarote saliendo solo para comer y para las dos reuniones de planeamiento que había hecho Pablo. En estas, no había contribuido nada. Solo insistía una y otra vez en que la última decisión la tomaría él en el momento del asalto. Aparte de eso, les había confirmado que la idea era apresar a los piratas, pero también que si les apuntaban con un arma, podían considerarlo acto hostil y abrir fuego de autodefensa.

En una de las *rhibs*, Gabi se acomodaba de pie al lado del patrón, apoyado en un respaldo, para el corto trayecto a la playa. A su alrededor, otros siete hombres pertrechados como él miraban hacia la playa buscando alguna pista que les indicase qué se iban a encontrar. Todos llevaban fusiles de asalto M-4 de 5,56mm, la versión corta del M-16 que usaban la mayoría de fuerzas americanas. No habían tenido tiempo de instruir a nadie en el uso de armas específicas, pero aun así uno de los miembros del equipo llevaba una escopeta de postas y otros dos ametralladoras Minimi de 7,62mm. Eso les daría una capacidad de fuego abrumadora en caso de que la necesitaran. Además, todos llevaban granadas de humo y de fragmentación. Chalecos con planchas de kevlar, cascos y, montados en estos, la pieza más cara del equipo: visores nocturnos.

Por suerte apenas había oleaje y la llegada a la playa fue suave como la seda. El equipo al completo pudo desembarcar sin mojarse, cosa que agradecerían durante la espera que tenían por delante. El proel de cada una de las embarcaciones sí que tuvo que meterse en el agua para empujar las *rhibs* de vuelta al mar.

Siguiendo las indicaciones del cabo Miguel, miembro del equipo de asalto original, subieron por la arena hasta unos pequeños montículos donde establecieron una posición defensiva. Lo primero que hizo Gabi fue asegurarse de que estaban todos y de que no había habido ningún percance por el momento.

Rápidamente se organizó la columna de avance. En punta iría el cabo Miguel, seguido de Gabi

y, a continuación, el resto del equipo. La formación la cerraba el otro cabo del equipo, un artillero que se llamaba Óscar.

Asegurando cada paso, fueron avanzando por la pequeña pendiente hasta alcanzar la cima de las dunas. Era una marcha muy incómoda, teniendo que luchar con la arena en cada paso. Y el peso del equipo no ayudaba. Pero todos los allí presentes estaban en forma y en unos minutos estuvieron en posición.

El cabo Miguel y Gabi se situaron al borde de la planicie que les permitía observar el poblado mientras los demás establecían una posición defensiva unos metros por detrás. Unos instantes después el otro equipo les comunicaba que había alcanzado su punto de observación. Por la red de mando Gabi oyó cómo el equipo de Paco embarcaba en las *rhibs*. Ya quedaba menos.

Desde la posición en la que estaban no se apreciaba ningún movimiento en el poblado. No había nadie fuera. El otro equipo tampoco veía nada. Solo quedaba esperar a la gente de Paco y al somalí.

En unos minutos se oyó por radio a los patrones de las embarcaciones diciendo que se dirigían a la posición de espera en las playas contiguas. La gente de Paco ya había sido insertada. No mucho después se escuchó al madrileño informando de que estaban en posición.

Gabi aguardó y aguardó, esperando oír la señal de que empezaban el asalto. Su gente llevaba mucho tiempo esperando y empezaban a impacientarse. Y no es bueno que en situaciones tensas la gente tenga tiempo para pensar. La señal no parecía llegar nunca, hasta que al fin, se rompió el silencio radio:

—El enlace cree que es posible que no haya piratas —se oyó la voz de Paco—. Los esquifes que hay en la playa están inservibles y no se aprecia actividad sospechosa. Vamos a entrar, pero la idea es confirmar que no hay peligro. Vamos a ir asegurando casa por casa. Necesito que los equipos de apoyo bajéis por si necesitamos cobertura.

A Gabi no le hacía ninguna gracia aquello. Podían estar dirigiéndose a una trampa y, en cualquier caso, los equipos de apoyo no estaban adiestrados para encontrarse con un potencial enemigo tan de cerca. Podía resultar peligroso.

Pero el ferrolano sabía que el comandante también estaba escuchando ese circuito y la última decisión era suya. Si Pablo no había puesto ningún inconveniente, había que cumplir las órdenes de Paco, que era quién mandaba la operación. Al fin y al cabo, les pagaban por asumir aquellos riesgos.

Una vez más, se pusieron en marcha, pero no en columna, sino que cada uno avanzaba desde su posición, de tal forma que los asaltantes se acercaban al poblado desde prácticamente todas las direcciones. Los dos equipos de apoyo se detuvieron a unos veinte metros del círculo exterior de tiendas mientras que el equipo de asalto original seguía hacia dentro.

Una a una, fueron asegurando las casas. De cada una sacaban una familia a la que hacían arrodillarse con las manos en la cabeza mirando hacia los equipos de apoyo. En unos minutos una treintena de somalíes estaban arrodillados delante de Gabi y los demás. Algunos los miraban con miedo, otros con curiosidad y otros con odio.

Tras asegurar todo el poblado, Paco se acercó a donde estaba el ferrolano.

—Nada —contestó Paco a la mirada de Gabi—. El enlace dice que deben de haberse ido hace unos días.

—*Fucking cowards* —escupió *Grease*, que se había acercado al cónclave.

—Me cago en la puta —suspiró Gabi, entre aliviado y cabreado—. Y ahora, ¿qué?

—Pues nada. Informamos al comandante y nos vamos. Ya se peleará él con el somalí.

Gabi asintió. Mediante gestos, hicieron entender a los habitantes del poblado que eran libres de volver a sus casas. Cuando se estaban yendo, a Gabi le cruzó la mente un pensamiento: los somalíes no tenían ni idea de qué acababa de pasar. Rápidamente se dirigió al enlace.

—Hay que explicarles qué ha pasado —dijo.

—¿Qué? —contestó el somalí.

—Los habitantes del poblado. Habrá que explicarles qué ha pasado, quiénes somos y qué hacemos aquí.

El enlace le escrutó con la mirada.

—No es necesario —contestó fríamente.

—¿Cómo no va a ser necesario? —se exasperó el ferrolano—. Acabamos de asaltar sus casas, les hemos sacado de la cama en medio de la noche y les hemos tratado como delincuentes y no tienen ni idea de porqué. Por lo que ellos saben podemos ser americanos o europeos que andamos haciendo de las nuestras por aquí, pero a ninguno se le va a ocurrir que trabajamos para el gobierno.

El somalí volvió a clavar sus ojos en los de Gabi. Finalmente retiró la vista y miró alrededor. Claramente no estaba en una situación de ventaja y tampoco perdía nada por hacer caso a aquel blanco pusilánime. Por mucho que le repateara.

Finalmente se dirigió al poblado y, a gritos, les informó de quiénes eran y de porqué estaban allí. Pidió colaboración en la lucha contra los piratas mientras por dentro pensaba el ridículo que estaba haciendo. La mitad de los hombres del poblado habían sido en algún momento piratas o lo serían en un futuro. Simplemente no habían encontrado nada que demostrase que lo eran en ese momento. Lo que probablemente significaba que sus hermanos y primos estaban en la mar ejerciendo la piratería en aquel instante.

Cuando el enlace hubo acabado, los tres equipos se retiraron ordenadamente, nunca dando la espalda por completo al poblado. Unos minutos después estaban en las playas contiguas donde les esperaban las embarcaciones.

Pablo bajó a recibir a las embarcaciones y sus ocupantes. No estaba precisamente de buen humor y sabía quién iba a pagar las consecuencias.

—¿Qué ha pasado? —le espetó al enlace somalí en cuanto pisó la cubierta del Albatros.

El enlace le miró con asco y tardó unos segundos en contestar.

—Los piratas se habían ido —dijo.

—Se supone que su gobierno tenía inteligencia que confirmaba la presencia de piratas aquí. ¿Cómo es posible que ya no estén?

—Porque se han ido —contestó tranquilamente el somalí.

—¿Es usted consciente de lo que cuesta traer este barco hasta aquí y hacer toda esta operación? Y todo para nada —escupió Pablo mientras miraba furioso a su interlocutor—. Bueno sí; para sacar a un puñado de pescadores y a sus familias de sus casas en plena noche mientras unos extraños les encañonan.

—Son solo pescadores —contestó fríamente el enlace.

El gaditano estuvo a punto de explotar. Tiempo atrás probablemente lo hubiera hecho, pero sabía que tenía a toda la dotación pendiente de él y no se lo podía permitir.

—Quítese de mi vista —dijo—, antes de que haga algo de lo que luego me voy a arrepentir.

A una señal, Paco y Gabi, que habían estado esperando prudentemente a un lado, se acercaron.

—¿Qué tal? —preguntó el comandante.

—Muy bien —respondió el ferrolano—. La gente ha respondido, nadie se ha puesto nervioso y cada uno ha hecho lo que tenía que hacer.

—Sí, ha salido todo dabuten —concedió Paco—. Pero esta vez no ha habido nada. La próxima no será tan fácil.

Pablo se recostó en el sillón de su despacho. Le dolía la cabeza de la cantidad de vueltas que le estaba dando al asalto al poblado, lo que podría haber salido mal y las consecuencias que podía tener.

Sonó el teléfono. Debía de ser Reyes para preguntar qué había pasado.

—Pablo Marzán, dígame.

—¡Hombre! —le saludó una estridente voz femenina—. Te dignas a cogermelo el teléfono.

—Ángela...

—¿Qué pasa? ¿No te llegan mis correos?

—He estado un poco liado...

—Siempre la misma excusa —le interrumpió su ex—. Tú liado jugando a los barquitos y haciéndote rico mientras yo crío a tu hija.

—Sabes que siempre he hecho lo que ha estado en mi mano...

—¡No me tires de la lengua! Además, no te llamo por eso.

Pablo, sorprendido, se preguntaba qué podía querer Ángela que no fuera dinero.

—Estoy preocupada por Diana. Hay épocas que se pasa los días encerrada en su cuarto -ya la he pillado llorando un par de veces- y épocas en las que irradia felicidad. No me quería decir qué le pasaba, pero el otro día conseguí sonsacarle que había estado hablando contigo. No puede seguir así, le vas a causar un trauma psicológico. Está empezando a afectar a sus estudios. No puedes volver a hablar con ella.

—¿Qué?!

—Es lo mejor. Mientras estés fuera, lo único que haces es confundirla al hablar con ella. Le das falsas esperanzas. Y no me digas que no es cierto porque me lo ha confesado. No sé qué historia de que le vas a presentar a tu familia. ¡Ja! Como si tuvieras huevos.

—Y no se te ha ocurrido pensar —dijo Pablo mientras contenía su rabia—, que quizás eres tú la que le deprimes destrozándole sus sueños.

—¡No te atrevas a decirme cómo tengo que criar a mi hija! —chilló Ángela—. Lo que me faltaba, vamos. Lo único que has hecho por ella es dejarme embarazada. Desde entonces nos hemos tenido que valer por nosotras mismas. No tienes ningún derecho a nada. ¡A nada! ¿Me oyes?

Pablo oyó crujir el plástico del teléfono y se dio cuenta de que lo estaba apretando con todas sus fuerzas. Tuvo que ayudarse de la otra mano para soltar el aparato: se le habían agarrotado los dedos.

—Ni se te ocurra volver a llamarla —continuaba Ángela—. Y si quieres volver a verla cuando vuelvas, ya puedes arrimar un poquito más el hombro. Que con lo que nos mandas no nos da casi ni para comer.

—¡¡¡¿Qué?!!! —explotó Pablo—. Pero tú te crees que yo soy tonto, ¿o qué? ¡Con el dinero que os mando vive una familia numerosa con holgura! Es imposible que te gastes todo en la niña. Vale que me chantajeas, pero ten la decencia de no intentar engañarme. Sé perfectamente adónde va todo ese dinero.

—¿¿Qué insinuas?!

—Pues que el coche ese nuevo y el viaje a la Riviera Maya no te tocaron en una tómbola.

—¿¿Cómo te atreves?! —chilló su ex—. ¿Qué pasa? Además, de criar a tu hija, ¿no tengo derecho a darme algún capricho? ¿Tengo que ser tu esclava?

—Lo que eres es una sucia arpía, una bruja y una aprovechada. La niña va a tener un trauma, sí, pero por tenerte a ti de madre.

—Serás...

Pero Pablo no se enteró de lo que era. De un porrazo, colgó el teléfono. Y luego le dio una patada a la pieza que se había roto del golpe.

Tras un amanecer despejado, el sol había calentado el agua lo suficiente para crear esa característica calima de las latitudes ecuatoriales. El calor y la humedad eran agobiantes, pero la dotación del Albatros ya estaba más que acostumbrada y además los equipos de aire acondicionado, mimados por la gente de *Grease*, estaban respondiendo a la perfección. Gabi estaba en el puente, en una de esas relajadas guardias en tránsito hacia el encuentro con otro petrolero. Entonces sonó la radio:

—Pan-pan, pan-pan, pan-pan. Llamada general, llamada general, llamada general. Aquí pesquero Rasheed. Estoy a la deriva en posición 05°13'N 043°37'E. He tenido una avería en la máquina que no soy capaz de solucionar. Solicito ayuda.

Antes de que acabara el mensaje, Gabi ya había comprobado la posición en la carta electrónica y estaba llamando al camarote del Comandante.

—Comandante, hemos recibido una llamada por radio de un pesquero que está a la deriva veinte millas al sur de nuestra posición. Solicita auxilio.

—Contéstale, ponle proa y vamos a tocar Zafarrancho de Vuelo y a alistar el equipo de abordaje. Aprovecha para irle preguntando qué le pasa exactamente. Subo ahora —respondió Pablo.

El gaditano se dirigió al puente sabiendo que su presencia no era necesaria -Gabi lo tendría todo controlado-, pero consciente de lo que suponía que el Comandante estuviera en el puente. Además, le gustaba controlar todo en persona. Quería oír la voz del capitán del pesquero y escuchar exactamente qué decía. Y así podría darles las instrucciones pertinentes a Joseba y a Paco.

Lo primero que le sorprendió fue lo correcto que era el inglés del pescador. Los capitanes de los pesqueros somalíes no destacaban por su formación y su inglés solía ser casi inexistente. Sin embargo, aquel hombre hablaba un inglés bastante pasable, con dejes de lenguaje coloquial americano. Parecía joven.

Paco y Joseba sacaron al Comandante de sus cavilaciones.

—Buenas tardes —saludó Pablo—. Vamos a echarle una mano a ese pesquerillo, pero sin bajar la guardia. Joseba, vamos a empezar por hacer una descubierta desde el aire. Sé precavido, empieza desde lejos y vete acercando despacio. Mantén los ojos en el barco y estate atento a cualquier cosa sospechosa. El tirador irá contigo.

El vasco asintió.

—Cuando Joseba nos de el OK iras tú con el equipo de abordaje —continuó Pablo dirigiéndose a Paco—. Hay que seguir yendo con cuidado. El helicóptero y nosotros te daremos cobertura a una distancia prudencial. Ve con cuidado pero sé amable; parece que este tío está en un apuro y nosotros vamos a echarle una mano, no a acojonarle.

El madrileño asintió de forma casi calcada a la de su compañero.

—Llévate contigo a un chaval de máquinas para que haga una evaluación inicial y nos diga qué pasa y si hace falta que mandemos a más gente, herramientas o repuestos.

—Enterado —contestó Paco, tras lo que Joseba y él se dirigieron a preparar a sus respectivos equipos.

Pablo se acomodó en su asiento y se dispuso a esperar. Esperaba que no saliera nada mal. La prudencia podría haber aconsejado haber hecho caso omiso de la llamada. No tenía nada que ver con su misión. Pero como hombre de mar se le hacía impensable obviar una llamada de auxilio. Quién sabe, quizás estaban salvando la vida de esos pobres desgraciados.

Poco después, el Albatros cambiaba de rumbo ligeramente para poner el viento por la proa y ayudar al despegue del helicóptero. Gracias a los avances de la técnica, a los conocimientos de su gente y a la colaboración de Navantia, Pablo veía en tiempo real lo que veía el helicóptero. Joseba se ciñó a las órdenes y empezó con varias pasadas alejadas. No se observaba nada raro. Algunos tripulantes del pesquero saludaban al helicóptero. Poco a poco, el piloto vasco se fue acercando al barco siniestrado, como un ave de presa circulando alrededor de su víctima.

Pablo estaba satisfecho. No había nada que presagiara que se tratase de una treta. En cualquier caso, incluso si se trataba de piratas, al ver el helicóptero y saber que se enfrentaban a un barco de guerra se darían cuenta de que no tenían nada que hacer. Pero eso no era motivo para bajar la guardia, y menos después del ataque que había sufrido en Mogadiscio. Había alguien que les quería lejos de aquellas aguas. O enterrados bajo ellas.

Todo seguía adelante sin que Pablo tuviera que decir nada. Se echaron dos *rhibs* al agua y el

equipo de abordaje desembarcó del Albatros una vez más. Pablo les siguió con la mirada hasta que estuvieron casi al costado del pesquero. El patrullero se había acercado lo suficiente como para que los prismáticos ya no fueran necesarios. En cualquier caso, la cámara del barco, con su poderoso zoom, estaba enfocada en la escala que había echado el pesquero, por dónde empezaban a embarcar los hombres de Paco.

Pablo sabía que si se encontraban con alguna sorpresa sería en ese momento y se tranquilizó al ver como el equipo subía sin sobresaltos. Una vez que estuvieran a bordo solo gente muy preparada y muy bien armada podría hacerles frente. Paco introdujo al mecánico al que parecía el capitán de la embarcación y este se dirigió hacia dentro con los dos. El resto de los miembros del equipo se repartió por la cubierta y el puente por binomios y otros dos bajaron a escoltar a Paco.

Al poco, todos volvieron a aparecer en cubierta y Paco enlazó por radio. El mecánico pensaba que podían solucionarlo, pero quería volver a bordo para consultar con el resto de los especialistas y para coger unas herramientas. Pablo dio órdenes para que parte del equipo de Paco se quedara en el pesquero dando seguridad y para que una de las *rhibs* hiciera el transbordo de personal mientras la otra se mantenía cubriendo el pesquero por lo que pudiera pasar.

Poco después de que la embarcación regresara al Albatros, *Grease* subió al puente.

—Debería de ser fácil —dijo—. Tienen una pérdida bastante importante en el circuito de lubricación del eje. Por suerte se han dado cuenta y lo han parado en seguida; no ha habido daños en el eje. Con lo que tenemos a bordo deberíamos poder hacerles una reparación de fortuna sin pegas. El problema de esta gente es que no lleva herramientas ni repuestos ni nada... menudo desastre.

Pablo sonrió.

—Sabes que van a seguir navegando con esa reparación de fortuna hasta que les vuelva a pasar algo parecido, ¿no?

—Sí, por eso quiero ir yo mismo a supervisarla.

—Me parece bien —contestó Pablo—. Y ya que estás a ver si les sacas algo de información útil. Dile a Gabi que te explique más o menos qué nos interesa saber.

Aproximadamente una hora después, sonó el teléfono de la cámara del comandante.

—Comandante, soy Gabi. Ya vienen de vuelta. Dice Paco que el patrón del pesquero quiere venir a darte las gracias personalmente.

—Perfecto, voy para arriba. Id preparando los folletos informativos y algún recuerdo tipo gorra o algo así.

Unos minutos después, un joven africano tendía la mano a Pablo.

—Buenas tardes, capitán, soy Abdirashid Madobe, patrón del Rasheed.

No debía tener ni treinta años, pensó Pablo. Y aquel inglés no lo había aprendido en su país.

—Bienvenido Abdirashid. Soy Pablo Marzán. Por favor, acompáñame a mi cámara.

Pablo supuso que no podía hacer ningún daño preguntar y que podría ayudarle a iniciar una conversación, así que no se lo pensó dos veces:

—Hablas muy bien inglés. ¿Dónde lo aprendiste?

—El tuyo es aun mejor Pablo —sonrió el somalí—. Yo tuve suerte. Cuando era pequeño, en mi

aldea apareció una pareja de americanos de una ONG. Pasaron un par de años con nosotros y yo me convertí en su ayudante. Les hacía de traductor y de guía y les ayudaba en todo lo que podía. A cambio, me daban de comer y ayudaban a mi familia.

—Y te enseñaron el idioma.

—Exacto —asintió Abdirashid—. Y también aprendí mucho de su cultura. Y al ser tan pequeño fui capaz de entender las cosas que me explicaban, no como muchos de mis compañeros, que no entienden la mentalidad occidental.

«Menudo ejemplar», pensó Pablo. «Quizás pueda serme útil». El joven somalí medía más o menos lo mismo que el marino gaditano, pero era mucho más delgado. Generaciones y generaciones de gente pasando hambre no se borran de la genética así como así. La piel de la cara se le pegaba a los huesos como queriendo meterse dentro, lo que resaltaba los pómulos, la mandíbula y los ojos saltones. Pero Pablo dudaba mucho de que aquel hombre pasara hambre. Para ser capitán de un pesquero a su edad tenía que haberle ido bien. Vestía con ropas de estilo occidental (shorts y camiseta) y las típicas sandalias de la zona. Parecía bastante aseado, al menos para los estándares de por allí. No, desde luego no se trataba de un espécimen cualquiera.

—¿Qué tal te va la pesca por aquí Abdirashid?

—No me quejo. Los viejos del lugar dicen que apenas hay peces desde que empezaron a llegar los grandes pesqueros occidentales, pero no es del todo cierto. Solo hay que saber dónde buscarlos —dijo el somalí con una media sonrisa.

—¿Conoces estas aguas bien?

—Llevo desde los doce años faenando por aquí. Y mi padre antes que yo.

—Entonces quizás puedas ayudarme.

El somalí arqueó una ceja, pero en seguida recordó cómo había llegado a conocer a aquel hombre.

—Dime Pablo, ¿qué puedo hacer por ti?

—Mi misión aquí es proteger a los barcos de una compañía europea —dijo sin querer dar muchos detalles—. Han sufrido varios ataques piratas y están preocupados porque parece que siempre van a por ellos.

—Solo soy un pobre pescador, amigo mío. Yo no se nada de teorías conspiratorias.

—No —sonrió Pablo—. Pero sí conoces estas aguas y sus puertos. Y sabes de donde salen los piratas y cuándo salen. Y conocerás a más de uno.

Nada más decirlo, el gaditano se dio cuenta de que aquel comentario no le había gustado a su interlocutor.

—Tenga mucho cuidado con lo que dice, capitán —le miró furioso—. Eso ha sonado a acusación.

—¡Nada más lejos, Abdirashid! —exclamó Pablo—. Al contrario. Está claro que eres un hombre honrado y trabajador. Y cómo tal debes de odiar a esos piratas que tanta mala fama os están dando. Tras ver tu reacción está claro que precisamente bien no te caen.

El somalí se relajó un poco.

—No es esa la única razón —dijo.

Pablo le dejó seguir; no quería interrumpir.

—A los doce años tuve que echarme a la mar porque mataron a mi padre. Fueron esos matones que contratan a los piratas. Aparecieron en la aldea y dispararon a todo aquel que se atrevió siquiera a cuestionarles. Mi padre era el hombre más respetado del pueblo y fue el primero en decirles que no queríamos nada con ellos. Lo mataron en el acto. Desde entonces he hecho todo lo que ha estado en mi mano por evitar que mi gente tenga nada que ver con esos indeseables.

A Pablo se le había hecho un nudo en la garganta.

—Lo siento —consiguió decir.

—No te preocupes —dijo Abdirashid.

El gaditano estaba recuperándose lentamente.

— Abdirashid —dijo—. Lo que te estoy ofreciendo es una oportunidad de vengar a tu padre sin involucrar a tu gente. Solo necesito que me des algo de información.

Pablo podía ver al somalí debatirse en su interior sobre si ayudar o no a aquel europeo que acababa de conocer. Lo único que tenía claro era que aquello era lo más cerca que había estado nunca de obtener información veraz sobre los piratas.

—Está bien —murmuró el pescador—. Pero nadie puede saber que te ayudo.

—Por supuesto —dijo Pablo—. Ven, vamos al puente y echamos un vistazo a las cartas para que me lo puedas explicar mejor.

Dos horas más tarde, Pablo se recostaba en el sillón de su despacho. Al otro lado de la mesa, Gabi hacía lo mismo. Acababan de terminar de repasar la información que les había pasado el somalí.

Abdirashid había vencido su miedo inicial y les había dado información detallada y minuciosa de casi todo lo que querían saber. Principales lugares de donde salían los piratas, confirmación de sus *modus operandi*, cuándo solían salir a la mar (aunque muchas veces dependía de cuándo se lo exigieran) e incluso varios nombres de barcos nodriza, sus patrones y los lugares desde donde operaban.

Con todo aquello, los dos marinos tenían más que suficiente, pero había más. Tras volver a vacilar un poco, el pescador les habló de una aldea vecina. Se había hecho famosa en el mundillo porque desde hacía un tiempo allí vivían los únicos piratas que tenían un sueldo y no trabajaban por recompensas. Al parecer, habían aparecido en la aldea unos matones que nadie había visto antes y habían contratado a los más expertos y veteranos.

Desde entonces, se dedicaban a fanfarronear por ahí, ya que el dinero que les pagaban era abundante y no se cortaban al gastarlo. Se habían hecho con armas, dominaban el lugar y aterraban al resto de la población. Al parecer, salían muy poco a la mar. Con todo lo que cobraban, solo salían a cazar después de que volvieran a visitarles los matones. Pero aquella extraña estrategia no parecía disgustar a estos, que seguían pagándoles.

Aquello hizo saltar todas las alarmas en la mente de Pablo, que en seguida pidió al somalí que le contara todo lo que supiese de aquel peculiar grupo. El somalí repitió su historia, pero dijo que no sabía nada más. Simplemente, que aquellos desgraciados llamaban la atención por lo poco que

trabajaban y todo lo que ganaban. Y porque luego se lo gastaban por ahí como si fueran los reyes del mundo. Hay muchas cosas que no es nada fácil conseguir en las aldeas de la costa de Somalia, pero ellos parecían tener acceso a todo. La gente decía que, aunque salían poco, presumían de haber hecho varias presas.

Pablo pensaba que debía de ser así, porque si no sus patrones no mantendrían el contrato. Pero para hacer varias presas navegando poco hay que saber más que los demás. Hay que tener más información que el resto. O mejores medios. O ambas cosas. Y eso le daba aun más que pensar.

Se habían asegurado de coger bien toda la información que les había dado Abdirashid sobre el grupo (lugar de salida, número aproximado de miembros, posible barco nodriza) y solo les quedaba decidir qué hacer.

El marino gaditano se había dado cuenta de que no volvería a tener una oportunidad como aquella y había intentado sacarle partido. Al darse cuenta de que al pescador no parecían caerle muy bien, intentó conseguir su colaboración.

— Abdirashid, estoy seguro de que las juergas de esta gente han debido de llegar hasta tu aldea alguna vez —tiró el anzuelo.

El somalí apretó la mandíbula y asintió.

—Casi deshonran a una de mis hermanas.

—¿Qué me dirías si te ofrezco una oportunidad de devolverles el favor sin ningún riesgo para ti?

Abdirashid arqueó las cejas.

—Te escucho.

Y así, el gaditano le había ofrecido llevarse uno de los teléfonos satélite del barco para que pudiera actualizarles información sobre los piratas y, en particular, sobre este grupo. El sistema era increíblemente caro, pero le aseguraría comunicación directa e información de primera mano a la vez que evitaba al pescador sospechosos encuentros con un barco de guerra occidental que no serían bien vistos por algunos de sus compañeros. Y, en cualquier caso, era Gotthelf el que pagaba la factura.

De ese modo, Pablo intuía que había dado un gran paso hacia el cumplimiento de su misión.



Capítulo Trece

El Albatros navegaba por la costa norte somalí en demanda del Cuerno por -parecía- la enésima vez, aunque solo hacía unos meses que habían llegado a la zona. Desde que salieron de Madagascar habían hecho otra escolta sin incidentes hasta el estrecho de Bab el-Mandeb, donde los petroleros se adentraban en el teóricamente seguro Mar Rojo. Una vez pasado Yemen, la ribera oriental del Mar Rojo pertenece a Arabia Saudí, que ejerce un control férreo sobre sus aguas y no permite ningún tipo de delincuencia. La famosamente dura justicia saudí supone un importante elemento disuasorio contra potenciales malhechores.

Pablo estaba en su cámara, repasando la última información que les había pasado Abdirashid. No parecía haber nada nuevo de interés, pero el gaditano se afanaba en encontrar un patrón en los movimientos piratas que el somalí le pasaba. Uno de los cabos del CIC había presentado toda la información en una carta de navegación electrónica, con la situación de los movimientos conocidos y las fechas, y un código de colores y símbolos que permitía visualizar gráficamente todos los detalles. Además, se podía presentar cronológicamente o filtrar solo los datos que más interesaban. El personal de Operaciones ya había repasado toda aquella información y Pablo la había discutido con sus oficiales, sobre todo con el segundo y con Juan, buen conocedor de aquellas aguas. Pero aun así se resistía a pensar que ya habían sacado todas las conclusiones posibles de aquellos datos. El comandante del Albatros se aferraba a la idea de que allí, escondidas entre todos aquellos datos, estaban las pistas que le llevarían a desentrañar el misterio de los ataques a los petroleros de Alps Tankers. Ese era su particular clavo ardiendo pues, con la información de la que disponían y los permisos y las órdenes que les daban los somalíes, sabía que la única otra posibilidad era un golpe de suerte que les llevase por el buen camino. Y la suerte solo favorece a aquellos que no cuentan con ella.

El timbre de uno de los teléfonos de su despacho le sacó de sus reflexiones. Era el satélite, o sea que la llamada provenía de fuera. Muy poca gente conocía ese número. Abdirashid acababa de llamar, con lo que se reducían las posibilidades...

—Pablo Marzán, comandante del Albatros —dijo al levantar el aparato.

—Pablo, soy Reyes.

Al gaditano se le deshizo el nudo del estómago.

—Buenos días, señor Reyes, dígame.

—Tengo novedades —contestó el alicantino—. No se si son buenas o malas, pero son las que son.

Pablo contuvo la respiración. Las palabras de su jefe no eran muy halagüeñas, y no era este alguien dado a andarse con rodeos.

—Hemos recibido una solicitud de los somalíes —continuó Reyes—, que se sale un poco de los propósitos de nuestra misión. Después de discutirlo con el señor Gotthelf, hemos decidido

aceptarla. La intención es utilizar luego esto como moneda de cambio en nuestras negociaciones y poder más adelante pedirle algo a los somalíes cuando nos interese.

Pablo elucubraba a la velocidad de la luz.

—Además de la piratería —prosiguió Reyes—, hay otras amenazas que preocupan al ejecutivo somalí, y que también se materializan en el mar. En este caso, están preocupados por el tráfico de drogas. Puede parecer una trivialidad comparado con la piratería, pero al parecer tienen información sobre un cargamento de enorme entidad. Y no solo eso, sino que han descubierto relaciones entre los traficantes y grupos armados somalíes. La interceptación de ese cargamento, por lo tanto, supondría un doble golpe para los enemigos del régimen somalí, impidiendo el tráfico de drogas y eliminando una importantísima fuente de financiación.

El marino gaditano había dejado de imaginarse posibles escenarios y, reclinándose en su sillón, empezaba a dar forma a un plan mientras seguía escuchando a su jefe.

—El alijo procede de Irán. Lo van a llevar a Somalia en un *dhow* de carga, con destino final en un puerto del levante somalí. La información que nos van a dar incluye una descripción detallada del *dhow* y la hora y fecha de salida de Irán, pero desde ese momento estamos a oscuras. Tendréis que apañáoslas para dar con él. ¿Crees que podéis hacerlo? —preguntó el alicantino.

—En principio, sí —contestó Pablo—. Pasará mucho tiempo hasta que lo interceptemos y el Índico es muy grande, pero deberíamos de poder dar con él. No lo puedo asegurar al cien por cien, pero estoy bastante convencido de que lo encontraremos.

—Perfecto, se lo comunicaré al gobierno —contestó Reyes—. Una última cosa. El abordaje debe hacerse en aguas somalíes. Por dos razones. Primero, quieren transmitir un mensaje de que controlan sus aguas. Y segundo, les evita los potenciales quebraderos de cabeza legales y diplomáticos de hacerlo en aguas internacionales.

—Eso puede complicar las cosas —respondió el marino—. En primer lugar, no solo tenemos que dar con ellos, sino que tenemos que seguirles hasta Somalia sin que se den cuenta. Y segundo, y más importante, se reduce enormemente la ventana de oportunidad. Las doce millas de aguas territoriales las pueden atravesar tranquilamente en una hora, lo que no nos da opción de elegir el momento y el lugar del asalto. Ni siquiera si es de noche o de día. Tampoco podremos valorar el estado de la mar ni otros factores meteorológicos. No me hace mucha gracia.

—Pues siento decirte que es lo que hay. Hay que hacerlo así. Si en el último momento no lo ves claro, tienes la potestad de abortar. Pero piensa en lo mal que nos deja eso frente a los somalíes.

—Muy bien, pues así lo haremos —se resignó Pablo.

Poco después, Pablo presidía una reunión más en la cámara de oficiales.

—Bueno, pues ya sabéis tanto como yo —dijo tras resumirles lo que le había contado Reyes.

A su alrededor, sus oficiales se sumieron en sus pensamientos. Paco y Joseba sabían que, una vez más, tenían todas las papeletas de ser los protagonistas. Pero todos esperaban que Gabi se pronunciase primero. Además, de su posición como segundo, era sin duda en quién más confiaba el comandante y el único con experiencia en la Armada, que en ocasiones realiza operaciones contra el narcotráfico, ya sea independientemente o apoyando a las Fuerzas y Cuerpos de

Seguridad del Estado.

El ferrolano se tomó su tiempo, pero al poco levantó la cabeza y miró a su alrededor, para terminar descansando la vista en Pablo.

—Bueno, yo creo que es bastante fácil —dijo, para sorpresa de todos—. Al menos la parte de planeamiento —añadió con una sonrisa—. El resto, como siempre, dependerá del buen hacer de Paco y Joseba.

Gabi hizo una pausa y buscó a su comandante con la mirada. Pablo asintió sin dudarlo y el ferrolano expuso su opinión.

—Lo primero ya lo ha dejado claro el comandante. No solo tenemos que encontrar a estos tíos, sino que tenemos que seguirles sin que se den cuenta. Y, partiendo de la base de que solo vamos a tener el nombre y unas fotos del *dhow*, además de la fecha de salida, nuestras opciones son muy limitadas. Si bien los *dhow*s de carga son menos comunes que los de pesca, y fácilmente diferenciables, no es menos cierto que no podemos pretender localizar a todos los que naveguen por el Índico por esas fechas. Lo primero que se me ocurre es ir a darle el encuentro a la salida del estrecho de Ormuz. Esto tiene la ventaja de que minimizamos el tiempo que pasa desde que sale hasta que lo encontramos, pero también hay que valorar que allí habrá mucho más tráfico y no sería nada fácil identificar a todos los *dhow*s de carga. Además, acercarnos tanto a aguas iraníes no me hace ninguna gracia. No tenemos ni idea de cómo ven nuestro proyecto con los somalíes, pero no son precisamente amigables con las marinas occidentales y aliadas. La otra opción que se me ocurre es esperarlos más abajo. Yo diría al norte de Socotora. La isla está prácticamente en medio de la ruta que tendrán que seguir los traficantes. Si la pasan por poniente, la distancia al continente no es muy grande y, si la pasan por levante, lo harán lo más cerca posible para no desviarse en su camino. Creo que situándonos al norte de Socotora, podemos emplear al helicóptero para cubrir estas dos posibles rutas, que están lo suficientemente cerca entre sí. Aunque va a suponer un esfuerzo por parte de las dotaciones de vuelo —admitió mirando a Joseba.

El piloto se limitó a asentir, con lo que Gabi prosiguió con su explicación.

—Eso nos permite solucionar otro problema. El helicóptero puede hacer la identificación del *dhow* sin que demos a conocer al barco. Para esto es importante que el helicóptero no parezca interesarse mucho por el *dhow*, para evitar sospechas. Una vez identificado positivamente, el barco puede situarse de tal forma que pueda seguir al *dhow* sin ser visto; nuestro alcance radar debería ser bastante superior. A partir de ahí, solo queda seguirles. Y los sucesivos vuelos del helicóptero deberían evitar acercarse para no hacerles sospechar. Deben de estar más o menos acostumbrados a ver helicópteros militares por la zona, pero tampoco podemos jugarlos mucho. A medida que nos vayamos acercando a costa podemos ir calculando cuándo van a entrar en aguas somalíes. Aunque en perpendicular a la costa puede que solo tarden una hora en recorrer las doce millas, creo que gran parte de su tránsito lo harán por dentro de las aguas territoriales mientras que continúan al sur por la costa somalí, lo que nos da más tiempo de reacción. Pero es importante saber a dónde se dirigen para poder planear. En cuanto al asalto, se lo dejo a Paco. Solo mencionar que tenemos una ventaja clara: por la cantidad de droga que llevan, es imposible que la

tiren toda por la borda en unos minutos con lo que, aunque nos vean venir, la mayoría seguirá a bordo cuando lo abordemos.

Gabi calló y miró a Pablo.

—Gracias, Gabi. ¿Paco?

—El abordaje puede ser muy parecido al primero que hicimos, con el rescate del Quebiron. Lo ideal sería hacerlo de noche, pero ya veremos si podemos. Sería interesante tener planos, o al menos muchas fotos del *dhow*, para poder prepararlo lo mejor posible. Y, en cuanto a la droga, varios de nosotros hemos estado en la Policía y la Guardia Civil, así que sabemos qué hacer: no tocaremos nada y haremos todas las fotos pertinentes hasta que nos ordenen qué hacer con ella. Algunos compañeros y yo, en concreto, ya hemos hecho operaciones anti droga desde barcos de la Armada. Esto debería de ser muy similar.

—En principio —contestó Pablo—, si todo sale bien, nos llevaremos el *dhow* hasta Mogadiscio. Preferiblemente por sus propios medios, claro. Si no, habrá que remolcarlo. La droga, había pensado en traerla a bordo pero, teniendo en cuenta la cantidad que es, prefiero que se quede allí, así la tocamos lo menos posible y evitamos tener que embarcarla con la grúa. Mi idea es traernos a bordo a los traficantes y que el *dhow* lo lleve una dotación de presa encabezada por Miguel —remató mirando al joven marino, que asintió agradecido por la responsabilidad que le otorgaba su comandante.

Pablo hizo una pequeña pausa por si alguien tenían algo que añadir y continuó:

—Joseba, ¿algo por tu parte?

—Nada, comandante. Para las patrullas en Socotora nos turnaremos Fernando y yo. Son vuelos sencillos y con un piloto y el operador nos bastamos. Así podemos volar mucho más a menudo.

—Perfecto —acordó Pablo.

—¿Juan? ¿Miguel? —preguntó el comandante mirando uno a uno al resto de sus oficiales—. ¿Esther? ¿Ana? ¿Chief?

Los cinco negaron con la cabeza.

—Muy bien. Pues muchas gracias; manos a la obra —sentenció clausurando la reunión.

Dos días después, el Albatros estaba unas millas al norte de Socotora. Según la información que habían recibido, el Muhammadi, que así se llamaba el *dhow*, había salido de Bandar Abbás ese mismo día, por lo que aún le faltaba bastante para llegar a su posición, pero Pablo quería aprovechar para hacerse con la zona y asegurarse de que el plan de Gabi se podía llevar a cabo.

Para comprobar la viabilidad de su guión, habían lanzado al helicóptero, que en algo menos de dos horas había patrullado el estrecho que separa Socotora de Somalia y en aquel momento sobrevolaba el Albatros hacia levante, para patrullar una zona de similares características hacia el otro lado. La magnífica autonomía del Agusta Bell le permitía hacer largas patrullas. Además, los sensores del helicóptero le evitaban tener que recorrer todo el camino, pudiendo detectar contactos que se encontraban muy por delante de su posición.

El vuelo resultó del todo rutinario. El tráfico en la zona era bastante escaso: la mayoría de los mercantes pasaban más al norte, buscando uno de los dos estrechos, Bab el-Mandeb u Ormuz. Eso

facilitaría la identificación del Muhammadi.

Durante los días siguientes continuaron con los vuelos, aunque sabían que el *dhow* aún no podría estar por aquella zona. Pero querían asegurarse un buen conocimiento del entorno, que haría más fácil encontrar a su presa cuando llegara.

Unos días después, el Albatros procedía hacia el sur-suroeste siguiendo un débil contacto radar que navegaba unas dieciocho millas por delante de ellos.

—Don Miguel, ¿no nos habrán visto ellos en su radar y estarán ahora en preaviso?

El joven marino dejó lo que estaba mirando en la carta electrónica y se giró hacia el marinero de su guardia de puente.

—No podemos estar seguros, Juande. Pero, sin duda, nuestro radar es mejor que el suyo. Y nosotros los estamos manteniendo al límite de nuestra cobertura. Pero no solo eso, sino que nuestro radar está mucho más alto que el suyo. Eso significa que, debido a la curvatura de la tierra, su radar lo único que podría ver es la parte más alta de nuestro palo, que probablemente no refleje suficientes ondas electromagnéticas como para que le vuelvan a él.

El marinero se recostó en el sillón del supervisor y se paró un momento a pensar.

—Nunca me habría imaginado que podría haber tanta diferencia entre las distancias de detección de dos barcos.

—Nuestros sensores son mucho mejores —contestó Miguel—, y la altura a la que están nos proporciona una ventaja significativa. Eso es lo que tenemos que explotar.

La puerta del puente se abrió a sus espaldas.

—Buenas tardes, comandante. Estamos sin novedad.

—Gracias, Miguel. ¿Nuestro amigo sigue igual?

—Sí, no hemos apreciado ningún cambio de rumbo o velocidad, ni ningún contacto que se le acerque.

Pablo asintió. Tenían miedo de que el *dhow* traspasara su carga a otro barco sin que se dieran cuenta.

—¿A qué distancia está de costa? —preguntó el comandante.

—Dieciséis millas.

El gaditano volvió a asentir para sí mismo. Habían interceptado al Muhammadi cruzando entre Socotora y Somalia. Inicialmente, habían pensado que esto le podría llevar a entrar en aguas territoriales somalíes, pues el resguardo de la costa era tentador. Pero el *dhow* se dirigía hacia el sur en paralelo a tierra. Incluso se había alejado para evitar acercarse a la península de Hafun, que se interna en el mar en perpendicular poco después del Cuerno.

A Pablo todo aquello le mosqueaba. Si bien era cierto que el rumbo directo que llevaría al Muhammadi a su destino aún no le habría hecho entrar en aguas territoriales somalíes, lo habría hecho en un futuro próximo. Pero la actitud del *dhow* demostraba que no quería acercarse a costa por alguna razón. Podría haber otras razones, como que no quisiese ser visto desde tierra -al fin y al cabo eran contrabandistas- o que quisiese evitar el tráfico de pequeños pesqueros por seguridad en la navegación. Pero algo le hacía temer que el Muhammadi estuviese de alguna forma

alertado de sus órdenes. Y aquello no podía significar nada bueno.

Al menos estaban más seguros de que era su objetivo. Aprovechando la cobertura de la noche, se habían colocado, siempre por fuera de su alcance radar, por la proa del *dhow*, y habían simulado ser un barco que navegaba «de vuelta encontrada»; en dirección contraria. Por supuesto, con las luces apagadas y a una distancia a la que el Muhammadi no pudiera identificarles visualmente. Lo único que podrían haber visto los contrabandistas era un contacto radar que se dirigía hacia el norte. Pero desde el Albatros habían visto mucho más. La cámara infrarroja, además de hacer posible ver de noche, tenía un potente zoom que les había permitido confirmar que se trataba de un *dhow* de carga iraní.

Miguel observaba preocupado a su comandante. No sabía exactamente qué se le estaba pasando por la cabeza, pero no debía de gustarle. Fruncía el ceño casi con rabia, y no dejaba de tocarse la oreja en aquel gesto que habían aprendido a identificar como un signo de tensión o nervios.

De repente, el comandante pareció salir de aquel trance.

—Miguel, avísame al más mínimo cambio —dijo dirigiéndose de vuelta a su cámara.

—Enterado.

Era curioso cómo, incluso los que no tenían nada que ver con la Armada, habían adquirido algunas de las expresiones más comunes en los barcos militares de tanto escucharlas en boca de sus compañeros.

—Todo listo, comandante.

Pablo, de pie en el puente escudriñando la noche, se giró para buscar la voz de Paco.

—Muy bien —contestó—. El Muhammadi sigue en aguas internacionales pero, si nuestra información es correcta, y hasta ahora, aunque escasa, lo ha sido, estamos a la altura de su destino: el poblado de Cadale. En breves tendrá que dirigirse hacia tierra. A la velocidad que ha llevado desde que lo interceptamos tardará algo más de una hora.

El madrileño asintió. Todo eso ya lo sabía. Y no le gustaba.

—Se va a hacer de día en seguida. Ni que lo hubieran planeado —protestó el jefe del equipo de abordaje.

—Sí...

«Demasiadas coincidencias», pensó Pablo. «La noche nos es ventajosa. Tenemos medios para desenvolvemos en ella. Es cómo si hubiesen elegido entrar en aguas territoriales de día».

A lo largo de toda la bajada por la costa somalí el Muhammadi no había entrado ni una vez en aguas territoriales. Y, aunque se había acercado, parecía que aquella mañana no pretendía hacerlo hasta que despuntara el sol.

—Id con cuidado —le dijo Pablo al madrileño—. Y acordaros de verificar que es el Muhammadi. Desde que le vio el helo lo único que hemos visto es una mancha en el radar y su silueta infrarroja.

Paco asintió y se volvió para dirigirse al hangar, donde le esperaba su equipo. En aquella ocasión, no iban a utilizar el helicóptero. El reducido tamaño del *dhow* y su cubierta de madera hacían peligrosa una inserción por *fast rope*, incluso con Joseba «a los palos». El equipo de Paco

iría en dos de las embarcaciones.

Pablo repasó el planeamiento de la intervención. Unos días antes le había llegado un correo de Reyes con nuevas instrucciones. «Limitaciones, más bien», pensó. Los somalíes no querían que se abriera fuego contra el *dhow*. Reyes no aclaraba si se debía a una falta de confianza en las capacidades del Albatros, al miedo a la repercusión que podría tener la noticia o al temor de que se perdieran las pruebas. Pero no les estaba permitido hacer ni fuego de intimidación.

Aquello había supuesto un problema. La forma sencilla de abordar un barco que no quiere ser abordado y en el que no hay rehenes es amenazándole. Y en el argot naval eso significa pegarle un tiro por la proa. Cualquier marino que ve la explosión de un proyectil de tres pulgadas unos pocos cientos de yardas por la proa de su barco entiende que puede estar a pocos instantes de bajar a conocer a Neptuno. De esa manera, el buque blanco percibe que el asaltante está dispuesto a hundirle si no se deja abordar y suele pasar a ser cooperativo. Al menos, parcialmente.

Pero en aquella ocasión no podían contar con los disparos de intimidación. Lo que les dejaba dos opciones: llamar al Muhammadi por radio y pedirle que se preparara para recibir al equipo de abordaje, o asaltarlo por sorpresa. Y, teniendo en cuenta la distancia a costa y la cantidad de drogas que el *dhow* transportaba, era extremadamente poco probable que hiciera caso de las instrucciones del Albatros y facilitara el abordaje. Por lo que solo les quedaba la sorpresa. Sin helicóptero y sin cañón.

Pablo suspiró.

Minutos después los acontecimientos se desencadenaban.

—¡Está cayendo a estribor! —informó Juande desde su puesto en el radar.

—Juan, rumbo de interceptación a máxima velocidad.

El asturiano asintió mientras empujaba la palanca de las máquinas hasta el final de su recorrido e introducía un nuevo rumbo en el piloto automático.

—A ver si cogemos a estos cabrones de una vez —masculló el asturiano.

—Cúidame la caldera, Juan —le guiñó un ojo *Grease*—. Que me la vas a reventar de sobrepresión.

Llevaban tiempo esperando y tenían calculado el punto en el que querían encontrarse con el *dhow*. La noche anterior, el Albatros se había posicionado por dentro de aguas somalíes, siempre por fuera de la cobertura radar del Muhammadi, y en aquel momento se encontraba cerca de la situación por donde tenían que pasar los contrabandistas para llegar a tierra.

—Prepararse para arriar *rhibs* —ordenó Pablo.

Sabía que su gente estaría más que lista; llevaban ya algún tiempo en Zafarrancho de Combate. Pero no estaba de más irles poniendo en prevengan. Sobre todo ante una situación tan delicada. El supervisor del puente repitió su orden por megafonía.

—Decidle al CIC que en 10 minutos sacamos al helicóptero —mandó el gaditano.

Aunque el helo no era provechoso para aquel asalto, seguía siendo un sensor y un arma poderosos del barco, con el que se multiplicaban sus capacidades. Su velocidad y maniobrabilidad le daban una superioridad que era importante explotar. Por eso Joseba y su gente estaban «en alerta» en cubierta de vuelo desde aquella mañana. Si todo salía bien, solo tendría

que quedarse a la espera en las proximidades del *dhow*, pero si cualquier cosa salía mal, siempre era preferible tenerlo en el aire.

—Han aumentado velocidad —informó Juande.

—¿A cuánto van? —preguntó Pablo.

—Unos doce nudos, comandante.

La manó de Pablo se disparó involuntariamente hacia su oreja. Además de todo lo que ya habían hecho, ¿iban a atravesar las aguas territoriales tres nudos más rápido de lo que les habían visto navegar durante una semana? El asalto seguía siendo posible, pero aquello cada vez le gustaba menos.

El Albatros, con el helicóptero ya en el aire, bajó velocidad a una distancia prudencial del Muhammadi para arriar sus embarcaciones. Era posible que el *dhow* les viese, pero muy poco probable que les identificase a esa distancia.

Las *rhibs* se dirigieron al punto de interceptación a máxima velocidad, con el patrullero y el helicóptero siguiéndolas.

En la embarcación de mando, Paco comprobaba el enlace con todos sus hombres a la vez que se estiraba para buscar con la mirada su objetivo. Al principio no era mas que una mancha en el horizonte, pero a medida que se acercaban las líneas del *dhow* se iban haciendo más claras.

Aquella mañana el madrileño tenía sentimientos encontrados. Como hombre de acción que era, estaba deseoso de hacer otra intervención. Y más en este caso. Para los demás, asaltar a unos contrabandistas de droga era un objetivo secundario, pero él había sido policía durante años y era perfectamente consciente del daño que hacen las drogas. Y más en entornos sociales débiles. Pero, por otro lado, compartía las preocupaciones del comandante. El comportamiento del Muhammadi no se ajustaba exactamente a lo que se esperaban. Y no es que se lo hubiese puesto más fácil, precisamente.

Le gustaría poder haber hecho aquel abordaje en alta mar, donde el *dhow* no tenía escapatoria, y preferiblemente de noche, donde la tecnología con la que contaba su equipo le daba una clara ventaja. Pero se veían forzados a hacerlo a plena luz del día, en un momento dónde los contrabandistas estarían alerta por la cercanía a su destino.

El madrileño sacudió la cabeza para alejar aquellos pensamientos. No era el momento de meditar ni de protestar. Tenía que estar concentrado.

Ya estaban lo suficientemente cerca.

—Madre de Tigre, no se aprecia personal en la cubierta del objetivo.

—Madre, enterado —le respondió Pablo por radio.

Paco se relajó recordando que al comandante le gustaba llevar en persona las comunicaciones en los momentos de tensión. Eso era bueno.

—No parece que se haya percatado de nuestra presencia —informó otra vez por radio.

—Enterado. Estáis autorizados a abordar.

Paco dio las últimas instrucciones a su equipo por pinganillo.

La otra embarcación comenzó a aproximarse al *dhow*. El hábil patrón besó el costado del Muhammadi con el flotador y el equipo de Paco saltó al *dhow* con la naturalidad de quién lo ha

hecho mil veces.

«Están bien adiestrados», se enorgulleció Paco.

Aún no se apreciaba ninguna reacción por parte de la dotación del *dhow*. ¿Estarían todos dormidos?

Era el turno de su embarcación. En lo que Jonás se acercaba al punto de embarque, Paco se dijo que quizás todo fuese a ser más fácil de lo que pensaban.

Pocos segundos y un bien medido salto después, Paco miraba a su alrededor. Su equipo había adoptado posiciones defensivas y no parecía haber ninguna actividad.

«Bien. Despacio y buena letra», pensó.

Informó al Albatros y, por señas, evitando hacer todo el ruido posible, dio órdenes a sus hombres para proceder al puente. Él era partidario de que el ímpetu en un asalto era una ventaja insustituible, pero sus órdenes eran claras. Tenían que ser suaves como la seda. Al parecer los somalíes querían demostrar fuerza, pero también control en el empleo de sus «fuerzas policiales».

«Fuerzas policiales», pensó con una sonrisa.

Con esas órdenes no tenían margen de maniobra. A su izquierda y su derecha, su equipo se desplegaba por la cubierta moviéndose como gatos sobre la crujiente madera.

«Más bien como panteras acechando su presa», pensó.

Y de repente...

Una rápida ráfaga de fognazos a su izquierda le hizo girarse rápidamente. Su adiestramiento asumió el control de su cuerpo y cuando se dio cuenta estaba mirando a través de las miras de su fusil cómo uno de sus hombres caía abatido mientras los que le rodeaban devolvían el fuego.

Entonces oyó más disparos por delante y por detrás suya, mientras un chasquido le taladraba el oído. Un disparo le acababa de pasar a milímetros de la oreja.

Pero su cabeza no registraba todo aquello. Estaba en automático. Mientras que por el rabillo del ojo había visto cómo dos de sus hombres se habían dado la vuelta para enfrentar al que había salido por una trampilla en la cubierta detrás de ellos, él abría fuego contra los dos que habían aparecido por delante.

En pocos segundos se hizo el silencio. Los cuatro hombres que les habían atacado estaban en el suelo rodeados de charcos de sangre. Paco no tuvo que dar ninguna orden. Por parejas, su gente se acercó a los que habían abatido y, sin dejar de encañonarlos, les quitaron las armas (AK-47, por supuesto) y se aseguraron de que estaban muertos. Mientras, dos de los que se encontraban en la banda contraria se inclinaban sobre el cuerpo de uno de sus compañeros. El más caracterizado de los dos se giró y miró a su jefe. Paco no necesitaba más. A su derecha, otro de sus hombres, ayudado por un compañero, se ponía un torniquete en el brazo, pero más allá de la sangre que le chorreaba por la manga parecía estar bien. El resto mantenían la vigilancia mientras se comprobaban unos a otros, para asegurarse de que no estaban heridos. Más de un chaleco había recibido varios impactos.

No fue hasta entonces que Paco se percibió de que su pinganillo tronaba a todo volumen.

—¡Tigre de Madre! ¡Tigre de Madre! ¡¿Me recibe?! —gritaba su comandante por la radio—. Hemos oído disparos, ¿qué ocurre?

—Nos han atacado —respondió Paco—. Tenemos una baja. Vamos a entrar.

—¿Una baja? ¿Quién? Y el resto, ¿cómo están? ¿Quién os ha atacado? ¿Adónde...

Pero Paco había cortado la radio. No era el momento de charlar. Estaban en un entorno hostil, ante un enemigo de entidad desconocida pero, evidentemente, preparado. Su vida y la de sus compañeros dependían de su capacidad de reacción.

Volver a las embarcaciones era una posibilidad, pero con... el cuerpo y el herido serían muy vulnerables y no podían arriesgarse a recibir otro ataque en un momento tan delicado.

No. La única salida era hacia delante. Tenían que tomar aquel maldito barco por la fuerza. Si sus cálculos eran correctos no debían de quedar más de cinco o seis de aquellos malditos. «Y ahora la iniciativa la voy a llevar yo», pensó.

Susurró unas órdenes a sus hombres. Repartidos en dos equipos se dirigieron al puente. El adiestramiento hizo el resto.

Cuando Paco entró en el puente, tres de sus hombres ya habían abatido a los tres que habían encontrado allí. La granada aturdidora, conocida como *flashbang*, que habían colado por la ventana, no había dado muchas opciones a los ocupantes del puente. Los tres yacían en el suelo, aunque uno parecía moverse. Paco se acercó mientras le daba una orden al que cubría la escala de bajada a la bodega.

—Si algo se asoma por ahí, lo frías.

Su hombre asintió por toda respuesta.

Paco se arrodilló ante aquel moribundo al que dos de sus operativos seguían encañonando, aunque estaba claro que no estaba en condiciones de suponer una amenaza para nadie. Estaba saboreando sus últimas bocanadas de aire. Aunque debían de saberle a sangre, más que a otra cosa.

—¿Cuántos quedan? —le preguntó en inglés.

Un gorgoteo fue lo único que obtuvo por respuesta.

—¿Cuántos?! —volvió a preguntar mientras apretaba con su bota la herida de aquel desgraciado.

Pero el contrabandista no estaba en condiciones de decir nada. Le costaba respirar; se estaba ahogando en su propia sangre y en pocos segundos murió.

Paco se giró sin perder un instante.

—Hay que bajar —dijo a nadie y a todos—. Probablemente queden un par o tres de estos miserables allí abajo. No podemos darles tiempo a esconderse.

Sus hombres asintieron y, sin necesidad de órdenes adicionales, se distribuyeron para bajar por la escala y asaltar la bodega. Llevaban días estudiando planos de *dhows* como aquel, pero todos los asaltos tienen un elemento sorpresa inevitable.

—¿Tiramos otra *flashbang*? —le preguntó su suboficial.

—Sí. Me la pela si se deteriora la carga. ¡Lo único que quiero es cargarme a todos estos cabrones! —contestó el madrileño fuera de sí.

Fue una repetición de la entrada en el puente. Paco sabía que estaba algo más alterado de lo que debería y dejó a dos compañeros pasar delante suya. Así también estaba mejor situado para tomar

decisiones.

Una detonación y dos gritos después, estaba en la bodega de carga del *dhow*. Los dos hombres que iban por delante suya habían abierto fuego. Pop-pop. Pop-pop. Buena señal. Si no había más disparos es que no había más blancos.

Paco hizo un barrido con su fusil para cerciorarse. Efectivamente, dos cuerpos más yacían en el suelo, cada uno aferrado a un AK-47 que no había llegado a usar.

Mientras el resto de su equipo se desplegaba alrededor suya para peinar toda la bodega, el madrileño se acercó a uno de los dos abatidos que, igual que su compañero unos segundos antes, aún se movía. Aunque fuese por poco tiempo.

—Limpio.

—Limpio.

—Limpio.

—Limpio.

—Aquí no hay nadie más.

Paco asintió dándose por enterado. Habían acabado con ellos. Por primera vez en unos minutos su corazón bajó de 180 pulsaciones por minuto.

Miró al sujeto que tenía tendido debajo sin un ápice de compasión, pero con la tranquilidad que le daba saber que habían acabado con todos.

—¿Cómo sabíais que veníamos? —le preguntó—. ¿¿Quién os ha avisado?!

En los ojos de aquel pobre desgraciado pudo ver que había entendido la pregunta, pero nunca contestó. Si su silencio fue fruto del desconocimiento o de que no quería compartir esa información, nunca lo sabrían. Aquel hombre, igual que todos los demás tripulantes del Muhammadi, había muerto.

—Seguid intentando enlazar por todos los circuitos —mandó Pablo—. Y a través del helicóptero también.

El personal del CIC asintió con cara seria. Llevaban cerca de diez minutos sin saber nada del equipo de abordaje y el ceño del comandante tenía más arrugas de las que habían visto nunca.

Pablo recorrió los pocos pasos que le separaban del puente.

—En cinco minutos estaremos a su costado —le informó Juan, sin darle tiempo a preguntar.

Pablo asintió.

—Que el personal que está cubriendo armas esté extremadamente atento. No sabemos qué nos vamos a encontrar. Pero está terminantemente prohibido abrir fuego salvo que nos disparen. Lo último que quiero es cargarnos a uno de los nuestros.

Juan retransmitió las órdenes.

—Y que se acerque el helo —añadió Pablo—. Que vaya con cuidado, no vayan a dispararle, pero que nos diga si aprecia algún movimiento en cubierta.

Antes de que Juan pudiera repetir sus órdenes, se oyó la voz de Gabi desde el CIC.

—¡Comandante! ¡Tenemos enlace!

Pablo corrió de vuelta al CIC, donde se oía la voz de Paco sobre el estático de la radio.

—Tenemos el blanco bajo control. Nueve tripulantes. Todos muertos. Bajas propias: un muerto y un herido que está fuera de peligro, pero precisa atención médica inmediata.

Pablo suspiró. No había habido más bajas y no había más peligro.

—Manda a Esther con Miguel y un par de marineros para allá —le dijo a Gabi.

El ferrolano asintió y se levantó de su consola para empezar a dar órdenes.

Pablo volvió al puente a sentarse en su sillón y observar toda la maniobra en silencio. Nadie se atrevía a decir una palabra más de lo estrictamente necesario, ni a levantar la voz lo más mínimo.

—¿Me quieres explicar por qué coño no contestabas por radio?! —escupió Pablo en cuanto Paco entró en el puente del Albatros cerca de una hora después.

Gabi, al lado de Pablo pero ligeramente por detrás, agachó la cabeza.

Paco se tomó un momento para tomar aire sin dejar de mirar a su comandante fijamente a los ojos.

—Quizás porque estaba en medio de un tiroteo —respondió fríamente el madrileño.

—¿Me da exactamente igual! Tienes que mantenernos informados para que podamos tomar las decisiones correctas.

—¿La única decisión correcta era concentrarme en salvar la vida de mis hombres! —explotó Paco—. No estar de cháchara por radio.

—¿Pues eso tampoco parece que lo hayas hecho muy bien!

Desde varios puntos del puente se escucharon cortas inspiraciones rápidamente silenciadas.

Paco se inclinó ligeramente hacia atrás al escuchar aquello, como si una fuerza invisible le hubiese golpeado. Pero sin dejar de taladrar a Pablo con la mirada y sin cambiar la mueca de rabia que presidía su cara. No dijo una sola palabra más; se dio la vuelta y se fue.

Mohammed entró en el despacho de Jarawi con el semblante preocupado.

—Han cogido al Muhammadi.

Su jefe asintió sin inmutarse.

—¿Cuántos han muerto? —preguntó con aquella voz estertórea que tan nervioso ponía a su ayudante.

—Todos.

—¿Los traficantes no, idiota! De los suyos. ¿Cuántos han muerto de los suyos?

—Uno. Y algún herido —contestó Mohammed, helado una vez más por la frialdad de su jefe.

Jarawi asintió. No era mucho. Pero podía ser suficiente.

—Está bien. Hemos perdido una fuente importante de financiación. Pero todavía podemos sacar partido de esto —sentenció.

Su ayudante se retiró dejándole a solas con sus pensamientos.

Había sido una buena estrategia. Unos meses atrás le habían propuesto un negocio interesante. El dinero no era su objetivo, pero era necesario para financiar sus proyectos. Y cuando todos sus intentos de impedir las patrullas del Albatros habían fracasado, se le ocurrió tenderles una trampa.

Había avisado a la dotación del *dhow* de que, probablemente, los intentarían asaltar. Les había

prometido una buena recompensa a cambio del peligro que corrían. Él sabía perfectamente que los traficantes no tenían ni la más mínima oportunidad, pero su objetivo no era derrotar al equipo de asalto del Albatros. Para eso hubiese necesitado su propia unidad de operaciones especiales.

Jarawi era un estudioso de los conflictos modernos y la aparición de la guerra híbrida, en la que se explotaban los medios no puramente bélicos, no había pasado desapercibida para él. Ahora solo tenía que explotar en su beneficio el resultado del asalto: aquel «uso desproporcionado de la violencia» y «evidente falta de capacidad» que había llevado a una «matanza» aderezada por un «desgraciado fallecimiento» de uno de los «buenos».

Sonrió para sí mismo.

—¿Das tu permiso, comandante?

—Pasa, Gabi.

El gaditano se apoyó en el respaldo de la silla de su despacho y miró a su segundo. En un acto poco característico, Gabi se giró y cerró la puerta que daba acceso a la cámara del comandante. Pablo arqueó las cejas; era la primera vez que el ferrolano se veía en la necesidad de evitar que alguien escuchara su conversación.

—¿Cómo estás? —le preguntó sin rodeos.

A Pablo le cogió por sorpresa. Se habría esperado cualquier cosa menos eso.

—Bien —contestó, sin tener muy claro que hubiera entendido la pregunta.

Gabi se detuvo a mirarlo un instante y dejó escapar una sonrisa cansada. Sin preámbulo, se sentó en una silla delante de Pablo. No era ocasión para «permisos» ni otras formalidades. Para eso había cerrado la puerta.

—A ti mismo te puedes mentir todo lo que quieras, pero a mí no me engañas.

Era la segunda vez en un minuto que Gabi le sorprendía más que en todos los meses que llevaban juntos. Pablo levantó las manos con las palmas hacia arriba invitando a su segundo a continuar.

Gabi tomó aire y se lanzó a hacer lo que había ido a hacer.

—No es fácil perder a uno de los tuyos —dijo—. Pero es algo que sabíamos que podía pasar.

—Eso no lo hace mas fácil. Toñín ha muerto —le interrumpió Pablo.

—Tienes razón. Pero si echas la vista atrás, te darás cuenta de que eras consciente de que podía pasar. Y de que hiciste todo lo que estuvo en tu mano para impedirlo. Elegiste a los mejores, les diste los mejores medios y el mejor adiestramiento, los lideraste con cabeza, cercanía e incluso con el ejemplo. Tomaste las decisiones adecuadas. Y planeaste sus misiones para evitar a toda costa que sufrieran bajas. Pero en esto a lo que nos dedicamos, las bajas no siempre se pueden evitar.

Gabi calló. Una lágrima solitaria resbalaba por la mejilla de su comandante.

—¡No he sido capaz de leer bien los indicios! Estaba claro que estaban sobre aviso —suspiró Pablo.

—No. No lo estaba. Ahora lo ves claro porque ya ha pasado. Pero hace unas horas solo sabíamos que unos contrabandistas se mantenían alejados de costa hasta que llegaron a las

inmediaciones de su destino.

Pablo miró a los ojos a su mano derecha buscando el consuelo que no era capaz de encontrar por sí solo. Y algo en aquellos ojos azules le supuso un pequeño remanso de paz.

—¿Qué le voy a decir a su familia? —preguntó Pablo.

—Yo te ayudaré... por desgracia, no será la primera vez —contestó Gabi, esforzándose en reprimir más recuerdos dolorosos.

Pablo asintió agradecido. Respiró profundamente un par de veces y recuperó el control de sí mismo. Últimamente lloraba más a menudo de lo que le gustaría. Afortunadamente, las otras ocasiones las podía sufrir en privado.

—Quiero sustituir a Paco —dijo—. No me gusta su actitud. No puedo permitirme comportamientos como el de hoy. Dale una vuelta y en un par de días me dices si crees que su suboficial puede ocupar su puesto o si tenemos que buscar un nuevo jefe del equipo de abordaje.

—No —respondió Gabi sin alterarse lo más mínimo.

Pablo lo miró sorprendido. Estaba claro que su segundo estaba dispuesto a romperle todos los esquemas aquel día.

—No pienso hacer eso —continuó el ferrolano—. Primero, porque no ha hecho nada merecedor de tal castigo...

—¡Ha desobedecido mis órdenes directas, ha cuestionado mi autoridad y ha puesto en peligro todo al no informarnos de la situación!

—No es cierto —contestó Gabi sin inmutarse ante los gritos de su jefe—. Ha tomado las decisiones que ha considerado oportunas en un ambiente hostil, maximizando las posibilidades de supervivencia de su equipo y logrando cumplir la misión. Nadie lo habría hecho mejor, y lo sabes. Quizás podría haber dado alguna novedad rápida en algún momento, pero consideró, correctamente, que no había nada urgente de lo que informarnos y decidió centrarse en la complicada situación que tenía entre manos.

Pablo fue a abrir la boca para replicar, pero su segundo no le dio la oportunidad.

—En cualquier caso, no encontraríamos a nadie tan bueno como él. Y menos con tan poco tiempo. Y no puedes permitirte dar la imagen de que no apoyas a tus oficiales en los momentos difíciles. Además, claro, de que si echas a Paco perderemos también a la mitad de su equipo. Le son demasiado leales como para quedarse aquí después de algo así.

Pablo se quedó callado. Como siempre, todo lo que decía su segundo era cierto.

—Está bien —dijo Pablo—. Pero quiero que hables con él.

Gabi negó con la cabeza.

—Lo haré si me lo mandas. Pero no es a mí a quién le corresponde tener esa charla.

Pablo meditó unos instantes. Casi podía leer en los ojos de su segundo lo que le estaba diciendo.

—Tienes razón —admitió el gaditano—. Pero dejaré pasar un par de días para que los ánimos se enfríen.

—Me parece lo mejor —aprobó Gabi.

El comandante no había tenido que afrontar una conversación de aquel calibre con nadie de la

dotación hasta entonces, y mucho menos con uno de sus oficiales. Pero Gabi sabía que era necesaria. Por Paco y por él. No iba a ser fácil, pero le haría madurar. Probablemente la muerte de Toñín y la bronca con Paco eran mucho que digerir en tan poco tiempo, pero no le quedaba otra.

Gabi salió de la cámara del comandante más tranquilo, pero aún tenía algo importante en mente. Los contrabandistas sabían que iban a asaltarles. Tenían que averiguar cómo, y el comandante ya tenía bastante en el plato. Había que seguir indagando: todos aquellos sucesos tenían que tener alguna relación.

—¿Qué pasa, quilla? —preguntó *Grease* a Esther al entrar en la Cámara.

—Nada... —contestó la aludida mirando significativamente a Paco, sentado en una esquina, sumido en sus pensamientos.

—¿Quieres algo de beber? —le preguntó el americano poniéndole una mano en el hombro.

—No... voy a tomar un poco el aire.

Paco salió dejando un silencio tras él.

—Me da a mi que no es de los que se abren en los momentos de depresión —dijo Joseba.

—No me jodas —se burló *Grease*—. ¿Ahora también eres psicólogo?

—Creo que a todos nos va a llevar unos días despejarnos —medió Esther.

—Tú lo has dicho, Esther —dijo Gabi, que entraba por la puerta en ese momento—. Cada uno tenemos nuestra forma de enfrentarnos a las pérdidas y hay que respetarlas todas. Pero en unos días, tenemos que volver a la actividad. Es la mejor manera de dejar atrás los malos pensamientos.

—Como si fuera tan fácil, hostia —dijo Joseba.

—¿Sabían que veníamos? —preguntó Ana, dejando a un lado el libro que estaba leyendo—. Los del *dhow*, quiero decir.

—No podemos estar seguros —contestó Gabi—, pero todo indica que sí. Había más gente y más armas de las que suele haber en esos barcos. Y, evidentemente, esperaban el asalto. Puede que nos vieran venir, pero se me antoja casi imposible.

—¿Y por qué no hicieron por huir? ¿Por qué no se refugiaron en la costa? —preguntó la abulense—. Tenían que saber que no tenían ninguna oportunidad contra nosotros.

—Esa es una buena pregunta —contestó el segundo encogiéndose de hombros—. Cada vez tengo más claro que aquí hay mucho más en juego que la simple piratería. Hay alguien moviendo muchos hilos, pero quién o porqué... no tengo ni la más mínima idea.

—Pues yo creo que no son más que unos malditos piratuchos que saben que estamos aquí para joderles el negocio —dijo *Grease*.

—Si fuesen solo piratas, nos evitarían —respondió Gabi—. Y últimamente parece que los problemas nos buscan a nosotros.

—Pero si fue el gobierno somalí el que nos mandó a por ellos —objetó Ana.

—Eso no significa nada. En estos sitios, los gobiernos se ven influenciados por muchísimos factores externos. No me extrañaría que alguien le diera la información del Muhammadi al

gobierno para tendernos una trampa.

—Pues no les ha salido muy allá —quiso bromear Joseba.

El resto le taladraron con la mirada.

—Tenéis razón —admitió agachando la cabeza—. Que en paz descanse.

—Pues, si no podemos fiarnos de nuestros valedores... menudo panorama —dijo Esther.

—No cambia nada —le contradijo Gabi—. Siempre hemos estado un poco solos aquí fuera. Ahora, simplemente, se confirma la sospecha que siempre tuvimos. A los que hemos tenido más trato con países africanos no nos sorprende tanto, ¿verdad Joseba?

El aludido asintió.

—Cosas que en Occidente damos por sentadas —continuó Gabi—, como la fiabilidad de un gobierno, en estos países pueden ser mucho más que dudosas.

—¡Y luego la gente se queja de que los americanos queramos imponer la democracia en el mundo!

—Nos quejamos de que seáis suficientemente estúpidos como para creer que se puede imponer, *Grease* —le espetó Esther.

—Tocado —apuntó Gabi.

—¡Y hundido! —rió el tejano.



Capítulo Catorce

El Albatros llevaba unos días atracado en Mogadiscio. Y no estaban siendo fáciles. Los padres y la novia de Toñín habían ido a recoger el cuerpo para llevárselo a España. El equipo de Paco se había hecho responsable de la seguridad de los tres civiles, pero ese no era el problema. Para Pablo el problema era enfrentarse a los seres queridos de una persona que había muerto bajo sus órdenes. Y en su cabeza eso quería decir, en parte, por su culpa.

Gabi fue el apoyo firme que le permitió pasar aquel trago y ser capaz de ver cómo aquellas tres personas se derrumbaban porque su mundo se había puesto bocabajo. El Albatros se volcó con la familia de su compañero que habían perdido, pero poco podían hacer para consolar a unos padres y una novia que habían perdido lo que más querían.

Por si fuera poco, a Pablo le tocó una vez más acompañar a Reyes, que se había vuelto a desplazar a la capital somalí, al consejo de ministros presidido por el vicepresidente. Allí tuvo que relatar todos los pasos que había dado el barco desde que recibió las órdenes de interceptar al Muhammadi, incluyendo el funesto asalto final.

Los somalíes apenas hicieron algunas preguntas y no censuraron ninguna de sus decisiones pero, al finalizar su exposición, Reyes y él fueron invitados a abandonar la sala. Era evidente que cualquier deliberación que fuesen a hacer no contaría con su presencia.

En los siguientes días, las noticias que recibió de Reyes no eran nada alentadoras. Los somalíes no habían tomado ninguna decisión en firme, pero tampoco autorizaban que el barco saliese de puerto y continuase con sus patrullas y sus escoltas. Estaban ya planeando permitir a alguno de los petroleros de Alps Tankers hacer su travesía sin escolta pues, según el asesor alicantino, las pérdidas de la compañía suiza por los retrasos estaban siendo millonarias. Pero a Pablo no le preocupaba demasiado el dinero de Gotthelf más allá de que era el que financiaba su empresa. Su inquietud venía dada por el miedo a no cumplir su misión, algo que había convertido en su único objetivo. Sobre todo, porque se sentía en la obligación de premiar el enorme esfuerzo de su dotación con una victoria absoluta sobre los piratas. Las pequeñas escaramuzas que habían tenido hasta entonces le sabían a poco.

Pero, a pesar de lo poco que estaba disfrutando del desarrollo de los eventos, volver a la rutina tampoco le atraía. Reyes había traído una buena noticia desde Europa. Tenía varios candidatos para suplir a Toñín y a Manu, el herido, que tendría que pasar unos meses recuperándose. Al parecer, desde que habían salido de Cádiz, pero sobre todo desde que se habían hecho famosos por el rescate del Quebiron, el alicantino había estado recibiendo una avalancha de solicitudes de gente deseosa de enrolarse en el Albatros. La dotación estaba completa, por lo que había tenido que rechazar a todos los peticionarios, pero en cuanto había tenido noticias del incidente del Muhammadi, se había puesto en contacto con los candidatos más idóneos para reemplazar a las bajas. Pablo había estado repasando los currículos con Gabi y Paco, y habían elegido a los dos

sustitutos.

Al segundo no le preocupaba que la relación entre el madrileño y el comandante fuera distante pero cordial. Habían hablado después de la discusión y habían limado sus diferencias. Por lo que le había dicho Paco, Pablo no había llegado a disculparse, pero había dado a entender que se arrepentía de lo que había pasado. Eso era suficiente; un comandante tampoco puede rebajarse mucho o pierde su autoridad.

Las dos nuevas incorporaciones provenían de operaciones especiales. Y ambas de la marina, aunque no de la misma: Jesús era un veterano de la Fuerza de Guerra Naval Especial española, mientras que Jerome provenía de los comandos navales franceses. Ambos, por las distintas políticas de personal de sus ejércitos, se habían visto abocados a labrarse un futuro alejados de lo que mejor sabían hacer, y la oportunidad de alistarse en el Albatros era, simplemente, demasiado buena para dejarla pasar. Inicialmente habían descartado a Jerome, que tendría casi imposible integrarse en un equipo y una dotación que se relacionaban completamente en español. Pero después se enteraron de que el francés estaba casado con una inmigrante colombiana y hablaba español lo suficientemente bien como para entenderse sin problemas.

Paco parecía satisfecho con sus dos nuevas incorporaciones, aunque desde el asalto al *dhow* nada parecía alegrar al madrileño. Día tras día se le podía ver dando vueltas por la cubierta ensimismado, contestando con monosílabos a quién se atrevía a dirigirle la palabra y evitando el contacto con cualquiera que no fuera de su equipo.

Con el lento paso de los días el barco fue recuperando la normalidad. No podían salir a la mar hasta que el gobierno somalí tomara una decisión, pero podían -y debían- mantener un alto grado de adiestramiento. El primero en despertar del letargo en el que se había sumido el Albatros fue Gabi. El segundo parecía ser el que mejor llevaba los trágicos sucesos de días atrás. Pablo inicialmente pensó que era frialdad, pero el ferrolano le había confesado que no era más que una forma de intentar alejar los malos pensamientos. A lo largo de su carrera, se había encontrado con situaciones similares en dos ocasiones y había aprendido que lo mejor era continuar hacia delante. Honrando, por supuesto, la memoria de los muertos, pero sacando adelante el barco de la mejor forma que sabía: preparándolo para lo que pudiera venir. «Hagamos lo que él querría que hiciésemos», le había dicho Gabi a Pablo. Y, poco a poco, fueron entrando en la rutina. Estando atracados era imposible hacer muchos de los ejercicios que hacían en la mar, pero simulaban todo lo que podían.

El equipo de Paco, sin duda los más afectados, fueron los que más tardaron en volver a la normalidad. Pero, arrastrados por el resto de la dotación, terminaron por incorporarse a la intensa rutina de ejercicios que, al menos, les mantenía ocupados. Muchas veces tener tiempo libre, o tiempo para pensar, no es lo mejor.

Los días seguían su curso y los ánimos aumentaron. La dotación volvía a tener un objetivo claro: querían salir y hacer su trabajo para honrar la memoria de Toñín. Poco a poco la moral fue aumentando y, con el tiempo, en la cubierta y en las cámaras del Albatros se volvían a oír bromas y risas.

Una tarde, Pablo se sentó en su despacho después de volver de un ejercicio de auxilio exterior

en el que simulaban ayudar a otro barco que tenía problemas (incendios, inundaciones o averías). Las charlas posteriores a los ejercicios cada vez eran más cortas. Apenas había cosas que comentar. Prácticamente todos los simulacros salían a la perfección. Pablo estaba asombrado, pero su segundo, que se había pasado toda la vida haciendo ejercicios como aquellos, no daba crédito. «Ya éramos muy buenos porque elegimos a la dotación uno por uno y los adiestramos hasta la saciedad. Pero es que ahora tienen un algo que les hace entregarse en cada ejercicio», le había dicho el ferrolano. Pablo pensaba que sabía lo que era. Su gente quería demostrarle que estaban listos. Que eran los mejores y que querían que les dejaran hacer su trabajo. Quizás la muerte de Toñín no había estado relacionada directamente con su misión, pero para ellos era una motivación que les llevaba a luchar por el objetivo de derrotar a los piratas a toda costa.

Pablo le había trasladado todo aquello a Reyes y le había presionado para que hiciera entrar en razón a los somalíes. O, al menos, que les dejaran exponer su caso otra vez. Pero el alicantino le había respondido que no había nada que hacer. El ejecutivo somalí ni siquiera se comunicaba con él. Para Pablo, aquella afirmación había sido un duro golpe. Siempre había tenido a Reyes por un ente que todo lo podía en las esferas políticas y empresariales en las que se movía. Siempre había conseguido lo que quería. Nunca les había fallado. Pero aquella vez decía que no podía hacer nada.

Pablo le estaba dando vueltas a todo aquello cuando sonó el teléfono.

—Pablo Marzán, comandante del Albatros.

—Pablo, soy Reyes. Han secuestrado el Weisshorn.

—¿Qué?! Pensaba que estaban todos...

—Gotthelf los mandó salir —le interrumpió Reyes—. Estaba teniendo pérdidas millonarias. Al parecer, de seguir así, se iba a la bancarrota.

Reyes hizo una pausa para comprobar que el gaditano le escuchaba.

—Ha sido hace unas horas, al norte de Mogadiscio. Una parte de la dotación se ha metido en el refugio, pero los piratas han secuestrado al menos a cuatro personas. El barco se dirige a costa. Han avisado de que si cualquier cosa se les acerca, matarán a los rehenes.

—¡Y nosotros aquí encerrados!

—Por eso te llamo. Sal en cuanto estés listo.

Pablo no necesitó más. Estaba lleno de combustible y habían hecho víveres para varias semanas. Pero...

—¿Los somalíes han cedido? —preguntó extrañado.

—No —contestó secamente el asesor—, pero eso déjame a mí. El señor Gotthelf no está dispuesto a quedarse quieto teniéndote ahí mientras le vuelven a chantajear. Por los somalíes no te preocupes, eso ya lo soluciono yo.

Pablo pensaba que, quizás, no podría volver a Mogadiscio. No creía que a los somalíes les fuese a gustar que actuaran sin su consentimiento. Pero esa era la menor de sus preocupaciones. Tenían autonomía para dirigirse a cualquier otro puerto de la zona: Seychelles, Tanzania, Kenia, Madagascar, Omán o incluso Yibuti.

—Muy bien, en una hora estamos saliendo —dijo Pablo.

No había nadie en tierra. Acababan de terminar un ejercicio. Y además la ciudad era tan poco segura y las opciones de ocio tan escasas, que apenas salía nadie.

—Perfecto, pero intenta no llamar la atención con los preparativos —le dijo el alicantino—. No vayan a mandar a alguien a intentar detenerte.

—No pensaba hacerlo —sonrió Pablo.

«Que lo intenten», pensó.

El Albatros se dirigía al norte a toda máquina. Pablo estaba sentado en su sillón del puente, mirando ensimismado cómo el barco levantaba espuma cada vez que hundía la proa en el agua. Pero su mente no estaba registrando lo que veían sus ojos. El movimiento del barco simplemente le ayudaba a concentrarse en repasar lo que habían hecho desde la llamada de Reyes.

La salida de puerto se había hecho de forma bastante rutinaria, pero sin contar con amarradores del muelle ni práctico, para evitar levantar sospechas. Los operarios del muelle estaban acostumbrados a ver gente en la cubierta de aquel barco militar y no lo habían achacado a nada fuera de lo normal. Las estachas que amarraban el barco al muelle, en lugar de encapillarlas por la gaza que tenían en su extremo, las habían pasado por detrás de los norays y las habían vuelto a recuperar a bordo, de tal forma que al largar uno de los extremos, recuperaron el otro hasta que pasó por detrás del noray y volvió hasta ellos. Así no necesitaban amarradores. Y el práctico... para lo que hacían los prácticos africanos, era hasta preferible salir sin él.

Una vez en la mar, había reunido a la dotación y les había puesto al corriente de la situación. A sus oficiales ya se lo había resumido durante la preparación para salir a la mar. No había dado muchos detalles, porque no tenía muchos detalles que dar. Pero en cualquier caso había cortado toda comunicación con el exterior, de forma que solo él y algunos oficiales tenían acceso a Internet y teléfono. No quería que se filtrase lo que estaban haciendo. Al menos hasta que Reyes aclarase la situación con los somalíes.

A continuación habían ido al CIC y habían sacado toda la información que habían encontrado sobre el Weisshorn. Última posición, rumbo y velocidad conocidos, características del barco, dotación, carga, posibles destinos de los piratas, etc.

Los datos de los que disponían apuntaban a la región de Galguduud. En concreto, al poblado de Mereeg, dónde Abdirashid tenía localizada aquella extraña célula pirata. Todo encajaba.

Pablo se soltó el lóbulo de la oreja. Le dolía de tanto apretarlo.

El primer quebradero de cabeza apareció con la localización del petrolero. Tenían su última posición conocida, pero los piratas habían apagado el AIS. Durante las primeras horas, el personal del petrolero que se había escondido en el refugio les actualizaba la información de rumbo y velocidad, con la que podían estimar la posición del Weisshorn. Pero los piratas habían amenazado con matar a los rehenes que tenían bajo su control si el resto de la dotación no se entregaba y a estos no les quedó más remedio que hacerlo. Por tanto, su información ya no era actualizada y la estima de la posición del Weisshorn era cada vez menos fiable.

Todo la información les llegaba a través de Reyes, que había llamado a Pablo varias veces y le había informado de que los piratas aún no habían pedido un rescate.

El problema radicaba en dar con el petrolero sin que los piratas se asustaran y mataran a algún rehén. La solución, como siempre, pasaba por aprovechar sus mejores medios. Esperarían a la noche, cuando ya iban a estar en las proximidades del Weisshorn, y lanzarían al helicóptero sin luces, en un vuelo alto que no fuese detectable por el radar del petrolero. El helo haría una patrulla sobre la posición estimada del barco secuestrado, buscando con su radar contactos que no llevaran AIS y comprobándolos con la cámara infrarroja.

—Confirmado, tienen en visual al Weisshorn—informó el controlador del helicóptero.

—Muy bien —le contestó Pablo, que llevaba un par de horas en el CIC siguiendo de cerca la patrulla de Joseba—. Que no se acerque más de lo estrictamente necesario. ¿Tenéis anotado la posición, rumbo y velocidad?

—Sí, comandante —respondió el suboficial.

—OK, pues traeros al helo para acá.

Pablo dejó unos instantes para que se organizara la recuperación del helicóptero y se acercó a Gabi, que seguía despierto a pesar de que era la guardia de Juan.

—Deberías de estar en la cama —le reprochó—. Te voy a necesitar completamente descansado.

—No te preocupes: si en algo somos buenos los oficiales de la Armada, es en pasar sueño —sonrió el ferrolano.

Pablo aceptó la broma y se llevó a su segundo a un lado.

—¿Qué piensas? —le preguntó.

A Gabi la pregunta no le cogía por sorpresa; llevaba todo el día dándole vueltas a la situación.

—No es fácil —resumió en tres palabras.

Pero Pablo quería oír más y siguió mirando fijamente a su segundo. Gabi suspiró.

—Estamos atados de pies y manos. Mientras tengan a esos rehenes encañonados, hay muy poco que podamos hacer. En la mar es una locura. Y una vez fondeen, tendrán además apoyo desde tierra. La única forma es cogerles por sorpresa, como hicimos con el Quebiron, pero esta vez nos están esperando. Y algo me dice que están mejor preparados que aquellos pobres desgraciados.

Gabi hizo una pausa para asegurarse de que su jefe entendía el mensaje.

—Esto puede no estar alcance ni de equipos de operaciones especiales de los países desarrollados.

—Nosotros tenemos un equipo de operaciones especiales —dijo Pablo.

—No —sonrió lacónicamente Gabi—. Tenemos un equipo que son los mejores en lo que hacen: abordajes. Pero las fuerzas de operaciones especiales tienen otras muchas capacidades que ahora nos podrían venir muy bien. Aquí no tenemos paracaidistas, ni buceadores. Al igual que tampoco podemos pedirle a la gente de Paco que lleve a cabo una acción de guerra «convencional» en un terreno como la montaña o la nieve. No. Son muy buenos y tienen el mejor equipamiento. Pero puede que, esta vez, ni eso sea suficiente.

Pablo frunció el ceño. Él también había llegado a una conclusión parecida, pero estaba seguro de que su segundo le iba a dar la solución, como había hecho siempre hasta entonces.

—¿Estás diciendo que no podemos hacer nada?

—No —contestó el ferrolano—, estoy diciendo que no podemos hacer lo que hemos hecho otras veces. Pero tendremos que salir de nuestra zona de confort y buscar otra solución.

—Buenos días a todos —inició Pablo la reunión con sus oficiales al día siguiente—. Os he convocado para poneros al tanto de la situación.

Hizo una breve pausa mientras miraba las caras serias de sus hombres -y mujeres-.

—Creo poder decir sin miedo a equivocarme que es la situación más compleja en la que nos hemos visto envueltos. Pero eso no es todo. Como sabéis, desde hace un tiempo tenemos un informador particular entre los pescadores locales. Hasta ahora la información que nos había dado no parecía tener mucha importancia, más allá de la curiosa actitud de una banda particular de piratas. Pero la información de Abdirashid ha pasado a ser de primer orden. Pocos días antes del secuestro del Weisshorn, el grupo pirata de Mereeg salió a la mar en dos esquifes. Y desde poco después del secuestro, ha empezado a haber bastante movimiento de camionetas en el poblado, con las que ha aparecido un número elevado de gente de fuera.

»Podría ser casualidad, pero yo no creo en las coincidencias. Creo que ese grupo pirata en concreto es el mismo que ha asaltado a los demás barcos del Alps Tankers y que, de alguna forma, tienen información sobre las escoltas de los barcos. Si no, es imposible que supieran que el Weisshorn iba solo en esta navegación.

»Y eso confirma nuestras sospechas de que alguien, por alguna razón, tiene especial interés en los barcos de Gotthelf. Pero también significa que no estamos tratando con unos piratas cualesquiera. La información que nos pasó Abdirashid parecía indicar que este grupo trabaja a demanda. Pero que, aun así, parecen ser bastante efectivos. Lo que probablemente signifique que no son un clan familiar o de un poblado, sino que alguien lo ha elegido para hacer este trabajo. Y cabe esperar que hayan elegido a los mejores.

Pablo hizo otra pausa. No quería dar dramatismo a sus palabras; ya lo tenían de por sí. Pero quería asegurarse de que todos y cada uno comprendieran lo complejo de la situación.

—Bien —dijo—. Y ahora que hemos hablado del enemigo y la información que tenemos sobre él, hablemos de la situación. Como sabéis, los piratas tienen como rehenes a los diecinueve tripulantes del Weisshorn. Inicialmente, la mayoría se había refugiado en un compartimento seguro, desde el que tenían comunicaciones con el exterior. Pero algunos miembros de la dotación, desconocemos porqué, se quedaron fuera del refugio. Cuando los piratas se dieron cuenta de la situación, amenazaron con matar a los que tenían fuera y al resto no le quedó mas remedio que entregarse.

»Esto complica enormemente la situación. A diferencia del Quebiron, el Weisshorn es un superpetrolero de más de trescientos metros de eslora. No tenemos ni idea de dónde tienen a los rehenes. Tampoco sabemos si están todos en el mismo sitio, pero con el número de piratas que son, bien pueden haberlos separado para tener su seguro de vida duplicado en caso de ataque. Esto significaría que no podemos atacar solo a un grupo, porque pondríamos en riesgo las vidas de los demás. Además, como os he dicho antes, tenemos la sospecha de que no tratamos con un grupo cualquiera de flacuchos fumados de *khat*. Es previsible que estén preparados y que esperen

una reacción por nuestra parte.

»Por último, Galguduud, a dónde todo apunta que llevan al Weisshorn, no está bajo control del gobierno. Así que no podemos contar con ayuda de tierra. Más bien todo lo contrario. El poblado de Meereg será ahora mismo un hervidero de aliados de los piratas listos para defenderles y ayudarles en lo que les haga falta. Así que hay que descartar también cualquier plan que parta de tierra. Aun así, hemos descartado tomar acción antes de que lleguen allí. Primero, porque apenas tenemos tiempo para prepararnos, y tampoco tenemos muy claro qué preparar. Y segundo, porque apenas tiene ventajas el hacerlo en la mar, mientras que siempre conlleva unos riesgos añadidos.

»Bien. Eso es todo por mi parte. Ahora estoy abierto a cualquier apunte, sugerencia o idea loca que se os ocurra.

—Comandante —dijo Paco de inmediato—. Como bien has dicho, uno de nuestros principales problemas es no saber dónde o cómo están los rehenes. Para estas situaciones, la policía tiene personal especializado en negociar con los secuestradores; todos los hemos visto en las películas. Yo estoy muy lejos de tener sus conocimientos, pero a todos nos dan unas nociones básicas. Si lo autorizas, me gustaría llamar a esos malditos e intentar averiguar todo lo que podamos.

—Me parece perfecto —contestó Pablo. No esperaba algo positivo tan rápido—. Tengo que consultarlo, ya que en esta situación tengo, tenemos —se corrigió—, que andar con pies de plomo. Pero no creo que me pongan pegas.

El gaditano agradeció con un gesto la aportación de Paco. Parecía que su reciente trifulca no iba a afectar a la profesionalidad del ex GEO.

—Por mi parte, comandante —dijo Gabi—, ya te dije lo que pienso. Puede ser que no tengamos la capacidad de hacer este rescate.

Un profundo silencio se adueñó de la Cámara. Gabi era la voz de la experiencia y, a la vez, una habitual fuente de soluciones. Siempre tranquilo, nunca había fallado en aportar ideas para resolver todas las dificultades que se les habían planteado hasta el momento. Si el marino ferrolano no veía claro aquella situación, poco podrían hacer.

—Perdonad que vuelva a mi antiguo trabajo —se explicó Gabi—, pero si esta situación la gestionase la Armada, al menos algunos pasos estarían claros. Llamáramos a los buceadores de combate y ellos harían un asalto sin ser detectados al petrolero. Pero nosotros no podemos hacer eso.

Todos miraban al marino con caras serias, excepto Paco, que parecía ensimismado en sus pensamientos.

—Quizás sea el momento de contactar con alguno de los barcos de las marinas europeas que está por la zona —sugirió el ferrolano, aunque sin ningún convencimiento. La mirada de Paco le taladraba.

—No estamos aquí para dejar que las marinas de guerra hagan nuestro trabajo —contestó Pablo.

—No, comandante —respondió Gabi—, pero creo que tenemos que saber cuándo algo está fuera de nuestro alcance.

—Sabes mejor que yo que no serviría de nada —le contestó Pablo—. Van a estar atados de pies y manos políticamente. Al final terminaríamos pagando el rescate. No. Hay que encontrar otra

solución. Además, no nos pagan para pasarle el muerto a otro cuando la cosa se pone fea.

Unas horas después, la mayoría de los oficiales del Albatros estaban en la cámara del comandante. Tras la reunión con sus oficiales, Pablo había llamado a Reyes y le había expuesto la situación. El alicantino estaba de acuerdo con él en prácticamente todo, pero le había reiterado que se anduvieran con cuidado. En cualquier caso, debían esperar a que el Weisshorn quedase fondeado.

Los piratas ya se había puesto en contacto con Alps Tankers. Aunque todavía no habían exigido el rescate, habían adelantado que lo pedirían próximamente. La compañía petrolífera no se hacía ilusiones. Los rescates habían ido aumentando desde el primero, y más exponencial que linealmente.

En cuanto al gobierno somalí, Reyes contaba que el último encuentro con ellos había sido más tenso que una tanda de penaltis en una final de un mundial. Las discusiones internas dentro del propio ejecutivo habían alcanzado un punto tal que habían echado al asesor de la reunión para evitar que presenciara todo aquello. Pero había visto suficiente. La división en el gobierno era profunda y el único consenso que habían logrado era emitir una queja por el comportamiento del Albatros, pero sin hacer nada al respecto. Eso sí, habían dejado claro que no volvieran a hacer nada sin su consentimiento, o su patrocinio podría estar en riesgo.

La lectura de Reyes era bastante pragmática. «Es evidente que sigue habiendo gente en el gobierno que no nos quiere aquí», había dicho. «Pero también hay una parte poderosa que sabe lo buenos que podemos ser para ellos. Y, aunque no les hace gracia que hagamos cosas sin su permiso, saben que sigue siendo mejor que estemos de su parte. Bueno, eso y el hecho de que no pueden hacer nada al respecto, más que denunciarnos públicamente. Y no tienen muy claro que eso fuese a funcionar en su beneficio». Pablo no acostumbraba a pensar en términos políticos, pero se fiaba del análisis del alicantino. Y, en cualquier caso, la traducción que les había hecho Reyes era que hicieran lo que tuvieran que hacer y que, llegado el momento, el posible asalto lo iban a hacer, con o sin permiso. Ya se enfrentarían al gobierno somalí después. Reyes sí le había advertido de una cosa. Si sus sospechas eran ciertas, era de vital importancia que pudieran demostrar que había una trama centrada en los barcos de Alps Tankers.

En definitiva, su plan seguía adelante. Y por eso estaban en la cámara del comandante, a punto de llamar al Weisshorn.

A través de Reyes, habían conseguido el número de teléfono satélite del petrolero. Siempre era más seguro que la radio. Primero, por que el enlace radio implica cierta cercanía, lo que pondría nerviosos a los piratas. Y segundo, por radio cualquiera podría escuchar, lo que no era bueno para los piratas ni para ellos.

Paco marcó el número en el teléfono del comandante y pulsó el botón del altavoz. La conexión tardó unos segundos en establecerse, pero dio tono.

—¿Quién es? —preguntó una voz en inglés con un marcado acento.

—Buenos días, le llamo de Alps Tankers —contestó Paco—. ¿Con quién hablo, por favor?

—Pues, ya que ahora mismo soy el capitán del Weisshorn, me puede llamar «capitán» —se

mofó la voz al otro lado del teléfono.

—De acuerdo, capitán —contestó Paco, manteniendo su tono completamente neutro—. Llamamos para interesarnos por el estado en el que se encuentran nuestros trabajadores.

—Están perfectamente. Y lo seguirán estando siempre que no veamos aparecer ningún barco en el horizonte. ¿Me ha entendido?

—Perfectamente, capitán —contestó Paco calmadamente.

A Pablo le impresionó ver cómo el madrileño era capaz de contener su rabia, sobre todo conociendo su carácter. Él mismo se estaba teniendo que contener para no gritarle al payaso que estaba al otro lado del teléfono. Pero la profesionalidad del ex policía le estaba ayudando a llevar la situación con cabeza.

Habían decidido que la mejor forma de averiguar información sobre la dotación y el barco era intentar hablar con uno de los tripulantes del Weisshorn, preferiblemente con el capitán. No les aseguraba que la información fuese cierta, pues los piratas podían coaccionarlo a decir lo que ellos quisieran, pero siempre iba a ser más fiable que escuchar lo que les decían los secuestradores.

—Capitán —continuó Paco—, nos gustaría poder hablar directamente con algún miembro de la tripulación del Weisshorn. ¿El capitán quizás?

—¿No se fían de mi palabra!?

—No, capitán. Claro que nos fiamos. Pero nos tranquilizaría mucho poder hablar con ellos. Usted no pierde nada, y es una muestra de su buena voluntad. Nosotros hemos cumplido y no se le ha acercado ningún barco. Si ahora nos otorga esta pequeña petición, tendremos razones para creer que liberará a los rehenes cuando paguemos el rescate.

Se hizo el silencio.

—Está bien —contestó el somalí—. Pero no quiero ningún truco. Y yo decido cuando se acaba.

—Por supuesto.

Oyeron de fondo como el líder de los piratas daba unas órdenes y, a los pocos minutos, se oyó una voz distinta por el aparato.

—Soy el capitán Gianluca Pozzuoli.

A Pablo casi se le escapa un grito. «¡Gianluca!» Su amigo del Nordend. ¿Había cambiado de barco?

—Capitán, buenos días. Le llamo de Alps Tankers. Queríamos saber cómo se encuentran usted y su dotación.

—Bien, bien. Un poco asustados, pero físicamente estamos bien.

El italiano probablemente no reconocía la voz de Paco como una de las que estaba acostumbrado a tratar de su compañía pero, por suerte, no hizo ningún comentario al respecto.

—¿Les están tratando correctamente? ¿Han podido dormir? ¿Comer?

—Sí —contestó Gianluca—. Dormir es difícil, porque estamos todos hacinados en el comedor, pero nos tratan decentemente y hemos podido comer con normalidad.

Paco miró alrededor y sonrió. El italiano había sido muy listo y había aprovechado la oportunidad que le brindaban. Ya sabían dónde estaban recluidos los rehenes.

—Me alegro, capitán. No desesperen. En unos días estarán en casa con sus familias.

—¡*Madonna!* Eso espero.

—¡Eso es suficiente! —se volvió a escuchar la voz del somalí—. Ya han hablado con su gente. Ahora, encárguense de que nadie se nos acerque. Ya les llamaré para detallar el pago del rescate. Y la línea se cortó.

Poco después, Pablo recibía en el hangar a Reyes. El alicantino había querido embarcar para llevar el control de la situación desde primera línea. Se había desplazado por tierra desde Mogadiscio hacia el norte, donde el helicóptero de Joseba lo había recogido.

—Bienvenido, señor Reyes.

—Gracias, Pablo.

—¿Vamos a mi cámara?

El asesor asintió.

—Buenos días —saludaron al unísono Gabi y Paco cuando Reyes entró en la cámara del comandante acompañado por este.

—Buenos días.

Pablo les invitó a sentarse y les ofreció algo de beber: solo Reyes aceptó una cerveza.

—Bueno, si os parece, empiezo yo con mis noticias —comenzó Reyes mientras el resto asentían—. La postura del gobierno somalí es la misma: no se tomará ninguna acción que ellos no aprueben. Y ahora mismo no parecen dispuestos a permitir nada. Parece que no están muy contentos con nuestra última operación y no quieren arriesgarse a recibir quejas de otros países porque las acciones que apadrinan conlleven la muerte de inocentes o la pérdida del barco.

Pablo y Paco fueron a interrumpirle, pero Reyes levantó las manos con las palmas hacia delante.

—Pero no todas las noticias son malas. Desde hace tiempo tengo bastante claro que hay dos facciones dentro del gobierno somalí. O, al menos, dos facciones —sonrió—. Hasta ahora no había tenido la oportunidad de comprobar mi teoría, pero el otro día se me presentó. Conseguí hablar con el vicepresidente a solas, y le noté mucho más receptivo a nuestras propuestas que cuando está con los demás miembros del gobierno.

»Tanteé un poco el terreno y le fui planteando distintas posibilidades. Finalmente, le pregunté abiertamente qué pasaría si el Albatros se veía obligado a actuar por su cuenta. En ese momento el vicepresidente no pudo aguantar más y se quitó la máscara. Me confesó que él estaba dispuesto a apoyarnos en todo, que sabía que mientras que su país fuese conocido internacionalmente como cuna de la piratería, nunca prosperaría. Pero que había miembros de su gobierno que parecían no tenerlo tan claro. Las excusas que esgrimen siempre son otras, pero el vicepresidente me dio a entender que cree que algunos tienen intereses económicos o políticos en la piratería. El problema es que no puede demostrarlo y aún no tiene poder suficiente para comenzar un enfrentamiento abierto dentro del gobierno y estar seguro de salir victorioso.

»Llegados a este punto, supe que era nuestra oportunidad, así que le propuse lo siguiente. Nosotros mantendríamos nuestra coartada y haríamos ver al gobierno que seguíamos bajo su control. Pero, mientras tanto, seguimos vigilando al Weissshorn y haciendo tiempo para que se nos

ocurra un plan. Desde ahora, solo rindo los informes completos al vicepresidente. Tenemos todo su apoyo en la sombra, aunque aún no pueda apoyarnos abiertamente.

»Bueno, y además, es político, así que su único beneficio no será dar la imagen de estar combatiendo la piratería sin escrúpulos, sino que, con esa imagen, y con nuestro triunfo, se enfrentará a sus opositores dentro del mismo ejecutivo para asumir el control total del mismo cuando todo esto acabe —sonrió Reyes.

—O sea, que tenemos carta blanca —dijo Pablo.

—No exactamente. Tenemos que hacerlo perfecto. Tenemos que allanarle el camino para que pueda defender a ultranza nuestras acciones. Y eso significa que no puede haber errores. Si no, me dejó bastante claro que nos echaría a los perros.

—¡Cabronazo! —escupió Paco.

El alicantino sonrió.

—No —dijo—. Político. Simplemente está manteniendo sus opciones abiertas. Pero no dudéis por un momento que salvará su pellejo antes que el nuestro.

—Muy bien. Pues solo tenemos que inventar un plan infalible —suspiró amargamente Pablo.

—Más o menos —contestó Reyes—. Pero eso no es todo. El vicepresidente también me dijo que en la última reunión del gabinete tuvo que darles algo a cambio de seguir permitiendo nuestro proyecto. Sus adversarios argumentaban que no podían fiarse de nosotros. Así que acordaron designar un oficial de enlace para que supervisara las operaciones desde aquí. Ha venido conmigo en el helicóptero. Y el vicepresidente me admitió que no sabe si es de fiar.

Pablo rió amargamente.

—Vale. Entonces solo tenemos que encontrar un plan perfecto y llevarlo a cabo sin que se entere un tío que va a estar aquí a bordo. ¿Nos hemos vuelto locos? —preguntó Pablo.

—Esa puede ser la menor de nuestras preocupaciones —dijo Gabi, que se había mantenido prudentemente callado hasta entonces—. Ahora mismo no somos capaces de asaltar ese barco sin ser detectados.

—¿Por qué no?! —preguntó Paco enfadado.

—Ya lo hemos hablado, Paco. Porque no sois los SEAL.

—No, es cierto —admitió Paco—. Pero somos lo que tenemos. ¡Joder! Y hasta ahora hemos cumplido todas nuestras misiones. Puede que aún sea muy pronto; si conseguimos sacarles algo de información, y una vez sepamos cómo y dónde quedan fondeados podremos planear con más detalle. Pero creo que mi equipo puede hacer esta intervención.

Gabi negaba con la cabeza.

—Dime qué tienes en mente, Paco —intercedió Pablo.

El madrileño agradeció la oportunidad con un gesto y pareció relajarse un poco, aunque la vena de su frente seguía pareciendo a punto de explotar.

—No, no somos los SEAL —dijo mirando a Gabi—. Pero algunos del equipo han sido miembros de la Fuerza de Guerra Naval Especial, los herederos de los buceadores de combate de la Armada.

—No puedes pretender hacer el asalto con tres tíos —le interrumpió Gabi.

—¡Déjame terminar! Del resto, los que provenimos de la policía y la Guardia Civil también tenemos casi todos cursos de buceo. Y los demás, todos son buceadores recreativos con muchísima experiencia.

—No es lo mismo —contestó Gabi—. No tiene nada que ver. Yo soy Buceador Elemental. Así es como llama la Armada al curso que hacéis los policías. Elemental. No es más que para hacer pequeñas reparaciones y búsquedas debajo del agua. Y aun así es un millón de veces más que cualquier curso recreativo.

—Puede ser —contestó Paco—. Pero desde que me enteré que aquí tendríamos equipos de buceo para todos, me pareció un desperdicio utilizarlos solo para los reconocimientos del casco y de los muelles, así que en todos los puertos hemos hecho ejercicios bastante complejos de buceo. Liderados por los que más experiencia tienen, hemos hecho un sinfín de ejercicios de orientación, de salvamento, de emergencias y otros muchos. Es indudable que no somos tan buenos como los que se dedican a ello profesionalmente. Pero nosotros no vamos a salir de un submarino para entrar en un puerto enemigo y meternos debajo de un barco de guerra. Vamos a ir a subir a un petrolero controlado por unos piratas en medio de Somalia.

Gabi pareció admitir los argumentos del jefe del equipo de abordaje. Pablo no pestañeaba. Ansiaba encontrar una solución a su problema, pero valoraba la opinión de Gabi por encima de todo. Si Paco podía convencerle, estaba seguro de que se podía hacer. Y Reyes tuvo el buen criterio de dejar a los expertos hablar.

—Te aseguro que tengo suficiente gente excelente debajo del agua como para que cada pareja de buceadores tenga un buen líder. Y los demás saben más que de sobra para dejarse llevar. Incluso tenemos sistemas de posicionamiento que funcionan debajo del agua que se ha traído alguno de su casa.

—Ya podéis —contestó Gabi—, porque esto habrá que hacerlo de noche. Y yo no he estado más desorientado en mi vida que de noche, debajo del agua. Pero aun así, aunque tu gente sea tan buena como dices, no tienen el material. Por una vez, no tenemos los equipos necesarios. La gente de operaciones especiales opera con sistemas de circuito cerrado, de tal forma que no emiten burbujas, para evitar ser detectados. Y a bordo solo tenemos los tradicionales. Y una última cosa: tendríais que hacer toda la aproximación aleteando; las embarcaciones no pueden acercarse a dejaros.

—Sobre la forma física de mi gente, no tengas la menor duda —contestó Paco secamente—. También hemos hecho ejercicios de resistencia. Y haremos la mayor parte en superficie, para no consumir aire, y la parte en la que nos puedan ver, en inmersión. En cuanto a los equipos, tienes razón —admitió el madrileño—. Pero, insisto: me ha quedado claro que no son unas piratas cualesquiera, pero siguen siendo piratas. No vamos a asaltar un acorazado ruso. Podemos hacer la aproximación por la proa, que está más alejada del puente y dónde es menos probable que nos vean.

Paco se calló. Había empezado defendiendo su postura con rabia, pero su discurso había ido cambiando de tono y al final parecía estar rogándoles que le escucharan.

Pablo miró a Gabi. A él le había convencido; desde luego era lo mejor que tenían. Pero seguía

pensando que si su segundo no estaba conforme, él no apoyaría aquel plan.

Gabi sabía la importancia que tendrían sus palabras. Meditó unos segundos, miró a su alrededor y suspiró.

—Está claro —dijo—, que la cuestión es si nos fiamos del juicio de Paco.

—Pues entonces, adelante —dijo Pablo sin pestañear.

El madrileño exhaló y murmuró un casi inaudible «gracias».

Dos días después, el Albatros se encontraba navegando a mínima velocidad justo por fuera del límite desde el que sería visible desde tierra. El día antes, el Weisshorn había fondeado en Mereeg. Aunque ya estaba bastante claro, aquello confirmaba que el secuestro del petrolero era obra del sospechoso clan del que Abdirashid les había informado. Si bien aquello no suponía más que la confirmación de que estaban frente a unos enemigos más formidables de lo habitual, al menos demostraba que su información era buena y que los hechos se desarrollaban conforme a lo previsto.

—Buenos días, Pablo.

—Buenos días, señor Reyes.

Pablo estaba en su despacho, repasando una de las cartas náuticas de la zona. Evidentemente, Somalia no tenía capacidad hidrográfica y, al no ser una zona de especial interés para los navegantes, las únicas cartas existentes, las del Almirante inglés, tenían casi cuarenta años. El fondo marino podía haber cambiado considerablemente en todo ese tiempo.

—¿En qué puedo ayudarle? —preguntó Pablo. El alicantino, hasta el momento, se había entrometido poco. Y Pablo no tenía ninguna gana de que aquello cambiase.

—He estado pensando —respondió Reyes— en el maldito canguro que nos han puesto.

Aquello llamó la atención del marino. No era típico de Reyes mostrar tanta emoción, y cualquier idea para librarse de aquel dichoso somalí que les habían encasquetado podía ser buena.

—Como enviado del gobierno que es, no podemos tocarle —dijo Reyes—. Pero quizás podamos demostrar que no es tan leal al gobierno como ellos piensan.

—Le escucho.

—Hay que tenderle una trampa. Hacerle creer que vamos a hacer algo, e intentar averiguar si la información le llega a los piratas.

Pablo se paró a pensar unos segundos.

—Para eso tiene que ser algo que provoque una respuesta de los piratas —dijo.

—No solo eso —respondió Reyes—. Lo que se me antoja más complicado es que además tenemos que tener la capacidad de ver esa respuesta.

—Para eso creo que tengo una solución —sonrió Pablo—. En su día le conté que tengo un amigo local que nos ha estado pasando información. Hasta ahora lo ha hecho por un deseo personal de venganza, pero para lo que le voy a pedir puede que necesite otro incentivo.

—Eso no es problema —contestó Reyes con seguridad.

—Perfecto —dijo Pablo.

El marino se giró hacia el teléfono satélite. No podía evitar que se le vinieran malos recuerdos a la cabeza cada vez que lo cogía, pero en aquella ocasión, el asunto no tenía nada que ver.

En unos segundos, aquel somalí que tan simpático le caía descolgó el teléfono.

—¡Abdirashid! ¿Cómo estás?

—No muy bien, Pablo.

—¿Y eso? ¿Qué ha pasado?

—¿Quieres que te diga qué ha pasado? —respondió el somalí con evidente enfado—. Pues que después de todo este tiempo pasándote información, después de todo este tiempo advirtiéndote, jugándome el cuello por ti, esos malditos piratas han vuelto a secuestrar un barco. Y tú no has hecho nada para impedirlo, ni siquiera estás por aquí. ¿Sabes que hacen esos malnacidos para celebrar sus victorias? Van a los poblados vecinos y se dedican a sembrar el pánico solo por diversión. Roban, queman, violan, matan. ¡Mi familia está en peligro otra vez! Yo confié en ti —sollozó Abdirashid— y ahora estoy peor que antes, porque como encima se enteren de que te he ayudado...

—Abdirashid, tranquilízate —dijo Pablo—. Que no nos hayas visto no quiere decir que no estemos por aquí. Llevamos días siguiendo al petrolero y te aseguro que solucionaremos este asunto.

—¿Y cómo pretendes hacerlo?! Tienen rehenes. Todo el mundo lo sabe.

—Eso déjame a mí —contestó Pablo—, pero te aseguro que cuando acabemos con esto no tendrás que volver a preocuparte por esos malnacidos.

—Más te vale Pablo, porque si no, se acabó. No puedo seguir ayudándote. No puedo poner en peligro a mi familia.

—Tienes mi palabra Abdirashid. Solo voy a necesitar que hagas una última cosa por mí. Necesito que estos días vayas a pescar cerca de Mereeg y que me cuentes todos los movimientos que veas cerca del petrolero.

—¿Estás loco?! —preguntó el somalí—. ¡Eso es prácticamente una sentencia de muerte!

—Solo tienes que pescar por allí, hacerme una llamada de vez cuando y cogerme el teléfono como hacías hasta ahora —dijo Pablo—. Nadie va a sospechar de un humilde pescador local.

—Por si no te has dado cuenta —respondió Abdirashid—, no soy precisamente el favorito de los piratas. No me ven con buenos ojos. No, Pablo. Lo siento, pero no puedo hacer lo que me pides. No puedo arriesgar así las vidas de mi familia.

—Precisamente por eso me vas a ayudar Abdirashid. Mi jefe está dispuesto a sacaros a ti y a tu familia de Somalia, y daros suficiente dinero para estableceros en el país desarrollado de vuestra elección.

Por primera vez, el somalí no tuvo respuesta.

—¿Nos sacaríais a todos? —consiguió balbucear—. ¿Y nos ayudaríais a establecernos?

Pablo miraba a Reyes, que lo estaba escuchando todo por el manos libres y afirmaba con la cabeza.

—Sí —dijo el gaditano—. Estamos dispuestos a sacaros de aquí, llevaros a dónde queráis y manteneros durante los seis primeros meses: alquiler, comida, colegios, ropa. Lo que os haga

falta.

Al otro lado de la línea se volvió a hacer un silencio.

—Está bien —dijo tras cerca de un minuto, como quién firmaba su propia condena.

Pablo colgó el teléfono y se giró hacia Reyes.

—Bueno, ya tenemos la fuente de información. Ahora solo hace falta el cebo.

—Haz lo que tengas que hacer —respondió Reyes—, pero hazlo pronto. Hay que quitarse de en medio al informador este antes de empezar a preparar el verdadero asalto.

Pablo asintió mientras meditaba.

«Le daremos una buena carnaza para que se trague el anzuelo».

La mañana siguiente, el Albatros exuberaba actividad. Todo el mundo tenía algo que hacer. Todos se afanaban en sus tareas. Había que tenerlo todo listo en unas horas y no había ni un minuto que perder.

Las prisas no pasaban desapercibidas para nadie, incluido aquel invitado que ni siquiera hablaba el idioma. En cuanto se percató de lo que ocurría, fue a toda prisa a encontrar a Reyes.

—¿Qué ocurre, señor Reyes? ¿Qué son estos preparativos?

—¿Preparativos? —preguntó Reyes sin levantar la vista de su tableta.

—¡Sí! ¡Preparativos! ¿Qué hace todo el mundo?

—Esto es un barco, señor Doumi. Supongo que hacer que siga flotando y funcionando lleva mucho trabajo.

Reyes casi pudo sentir el calor del enfado del somalí y no pudo evitar levantar la vista. Había llegado el momento.

—No obstante —dijo—, me imagino que los trabajos de hoy estarán encaminados a preparar el asalto al petrolero de esta noche.

—¿Qué?!

El alicantino puso su mejor cara de sorprendido.

—¿Cómo que «¿qué?»? El asalto, señor Doumi. No pensaría que hemos venido hasta aquí para quedarnos de brazos cruzados. Esta noche, una hora después del ocaso, comenzaremos la operación de rescate.

—Pero —balbuceó— no pueden hacer eso. No tienen permiso de mi gobierno.

—No, no lo tenemos. Pero, ¿para qué necesitamos el permiso de alguien que no puede impedir lo que vamos a hacer?

El somalí se quedó boqueando como un pez fuera del agua. A los pocos segundos, debió de darse cuenta de que no era capaz de articular palabra, se dio media vuelta y se fue.

Reyes no pudo evitar una sonrisa. Había disfrutado con aquello y no le avergonzaba admitirlo.

Durante todo el día, el Albatros continuó preparando una compleja operación de rescate en la que participarían las cuatro embarcaciones y el helicóptero. El observador somalí tuvo libertad de movimientos por todo el barco, pero fue tratado con el mismo desdén por todos a los que preguntaba por la misión.

A primera hora de la tarde, Reyes recibió una llamada del vicepresidente somalí, confirmándole que Doumi había informado de las intenciones del Albatros por el conducto reglamentario. Lo que no tenían forma de saber es si había informado a alguien más. Para eso tendrían que dejar el anzuelo en el agua.

Unos minutos antes del ocaso, Pablo estaba en el puente ultimando los preparativos para echar las embarcaciones al agua. Aún no sabían si el somalí les había traicionado y estaban dispuestos a seguir hasta que lo averiguaran. Entonces sonó el teléfono.

—Pablo Marzán, Albatros.

—¡Pablo! Soy Abdirashid...

—¡Dime!

—No sé cómo explicarlo —dijo el somalí. Era evidente que estaba alterado.

—Tranquilo Abdirashid; empieza por el principio.

El pescador resopló.

—Está bien —dijo—. Esta tarde, estaba pescando cerca de Mereeg, como me pediste. Me pareció ver mucho movimiento en el poblado, pero no le di mucha importancia. Pensé en intentar averiguar algo cuando volviera a tierra esta noche y listo. Pero hace como una hora, empezaron a salir un montón de esquifes de la playa. En poco tiempo, ya no quedaba casi ninguno en la playa. Se han acercado al petrolero y, a los pocos que estábamos pescando por allí, nos han echado. A cada uno le han dado una excusa distinta, pero les he oído hablar entre ellos y se estaban posicionando para defender el petrolero. Es como si esperasen un ataque. ¡Pablo! ¡Tenéis que abortar lo que vayáis a hacer! ¡Os están esperando!

Pablo no pudo evitar sonreír mientras miraba a su alrededor y veía las miradas de sus oficiales, Reyes y Doumi clavadas en él.

—Tranquilo Abdirashid, está todo controlado. Muchas gracias por llamar.

Y colgó.

Buscó a Paco y sus miradas se cruzaron un instante. Pablo hizo un ademán de darse la vuelta, pues veía al somalí acercársele. Los tres pasos que dio y la distracción del somalí fue lo que necesitaron dos miembros del equipo de Paco para plantarse delante de él.

—Está Ud. detenido, señor Doumi —dijo Paco.

—¡¿Qué?!

Pero ya le estaban engrilletando.

—¡¿Qué es esto?! ¿Les parece poco desacatar las órdenes de mi gobierno y ahora pretenden detenerme? ¡Ya me dirán cómo pretenden justificar esto!

—Muy fácil, señor Doumi —dijo Pablo—. Les diremos que es Ud. un traidor.



Capítulo Quince

Durante los dos días siguientes, el Albatros se dedicó a preparar la verdadera operación de rescate. Con el observador somalí recluido en un camarote, pudieron hacer todos los simulacros necesarios. Reyes había informado al vicepresidente de la detención de Doumi, y aquel les había apoyado, aunque les dijo que no se lo iba a comunicar a nadie más para no hacer saltar las alarmas.

Para sus ejercicios, el Albatros pasaba las noches en un zona de poca sonda cercana, en la que la profundidad les permitía realizar las operaciones de buceo con seguridad. Por suerte, la meteorología les acompañaba.

Los piratas no estaban interesados en matar a los rehenes, sino en cobrar el rescate, por lo que solían dar un tiempo prudencial para el pago. El Albatros estaba aprovechando ese tiempo para preparar el asalto. Aunque Paco defendía a ultranza la capacidad de sus hombres para llevarlo a cabo, era consciente de que no estaban todo lo preparados que deberían y aquellos dos días fueron esenciales para pulir los detalles. Gabi se había tomado como algo personal la supervisión de la preparación. Si bien sus conocimientos eran limitados, aportó su experiencia y una visión algo más global de toda la operación. Paco no se molestó. Al contrario: su objetivo se convirtió en conseguir que el marino ferrolano no pudiera poner ni un «pero» al planeamiento y ejecución de la operación.

En la mañana del segundo día desde que detuvieran a Doumi, Reyes entró en la cámara de Pablo.

—Buenos días, señor Reyes.

—Buenos días, Pablo. Quería plantearte una cosilla.

—Usted dirá.

—Con la trampa que le tendimos al observador somalí se me ocurrió una idea. Sin duda nuestro objetivo es rescatar a los rehenes. Pero, siendo frío, y pensando a largo plazo, eso no va a solucionar mucho. Habremos eliminado a un grupo de piratas pero, si nuestras suposiciones son ciertas, seguiremos sin saber quién o porqué quiere atacar a los barcos de Gotthelf. Y matando a los piratas que están en el Weisshorn no nos vamos a acercar a esa respuesta.

—Si lo que quiere es que le diga a Paco que los coja con vida, esa es una orden que no puedo dar —contestó Pablo fríamente—. La operación ya es bastante complicada y no puedo poner las vidas de mis hombres más en peligro.

—No es a eso a lo que me refiero. Esos piratas no son más que unos pobres desgraciados. Dudo mucho que ni siquiera su líder sepa decirnos algo útil para dar con el responsable de todo esto. Hay que apuntar más alto.

Pablo arqueó las cejas.

—Como te he dicho —continuó Reyes—, la idea se me ha ocurrido al pensar en la treta que

usamos con Doumi. Eso, y el hecho de que si le damos al vicepresidente algo más tangible que unos piratas muertos, será mucho más fácil que siga de nuestro lado.

Pablo empezaba a impacientarse. ¿Por qué no decía de una vez por todas lo que tenía en mente?

—¿Y si usamos una supuesta entrega del rescate para coger a quién sea que está detrás de todo esto? —planteó Reyes.

El marino gaditano le miró con detenimiento.

—¡Gabi! —exclamó un segundo después.

—¡Voy, comandante! —respondió el segundo desde su camarote, a unos pocos metros de distancia—. Dime —dijo al entrar .

—El señor Reyes ha decidido bajarse al fango a planear —sonrió Pablo— y tiene una propuesta interesante.

—Tenemos que apuntar más alto —argumentó Reyes— y creo que nuestra única posibilidad es en el pago del rescate. La persona que reciba el dinero no será el pez gordo, pero tiene que ser alguien cercano a él. Es algo lo suficientemente delicado como para que no se lo encomiende a cualquiera. Y esa persona seguro que nos puede llevar al organizador de toda esta trama.

Gabi, como era habitual en él, se tomó unos segundos para procesar todo aquello.

—A priori, no es nada fácil lo que propone, señor Reyes. Lo primero que he pensado es que es muy peliculero, pero creo que tiene razón. Puede ser nuestra única oportunidad de averiguar algo en esta extraña intriga.

Reyes asintió agradecido. Llevaba algún tiempo meditando aquello porque, aunque le costaba admitirlo, temía que los marinos no le tomaran lo suficientemente en serio.

—A bote pronto —dijo Pablo—, se me ocurre que elegir el momento adecuado quizás sea lo esencial. En relación con el asalto, me refiero. Evidentemente no podemos hacer esto antes, ya que matarán a los rehenes en cuanto se enteren. Pero tampoco podemos hacerlo después, ya que se nos escaparía el receptor del rescate. Creo que no queda otra que hacerlo a la vez.

—Yo estaba pensando lo mismo —dijo Gabi—. Y eso nos limita mucho. El equipo de Paco al completo estará implicado en el abordaje; no podemos prescindir de ninguno de ellos.

Pablo sabía que su segundo tenía razón y no estaba dispuesto a quitarle gente a Paco y arriesgarse a que no tuviera personal suficiente.

—Tendremos que pensar en otra solución —sentenció Pablo.

—¡Mohammed!— gritó Jarawi.

Silencio.

—¡Mohammed!— volvió a rugir.

Nada.

—¡Maldita sea! ¿Hay alguien ahí?

En unos segundos, un joven aterrorizado entró en su despacho.

—¿Y tú quién eres?— bramó.

El interpelado dio, literalmente, un paso atrás.

—Trabajo para Mohammed— balbuceó.

—¿Y dónde narices está ese malnacido?

—No lo sabemos. Le hemos llamado por teléfono y no contesta. Es muy raro en él no venir al trabajo, así que hemos ido a su casa a buscarle pero no hay nadie.

Por una vez, Jarawi no contestó inmediatamente. Parecía estar costándole digerir aquello.

—Bueno —soltó al fin—, si de verdad trabajas para él, ¿dónde está el informe de Doumi?

—No ha llegado, señor.

—¿Cómo que no ha llegado?!

El joven dio otro paso hacia atrás.

—Tendríamos que haberlo recibido ayer por la tarde —consiguió murmurar—. Pero no hay nada. Ni siquiera un aviso de que no podría mandarlo. No sabemos nada de él desde antes de ayer.

—Maldita sea —gruñó Jarawi—. Tendremos que seguir adelante sin la información de Doumi. Era beneficiosa, pero no esencial.

El somalí miró de arriba a abajo al tembloroso muchacho. No. No le iba a servir.

Mukhtar salió de comprobar que todo estaba en orden en el comedor del Weisshorn y se dirigió al camarote del capitán. El resto de sus compañeros habían tenido peleas por dónde dormía cada uno cuando no estaba montando guardia, pero nadie se había atrevido a poner en duda que a él le correspondía el camarote del capitán. Todos sus compañeros habían tenido éxito en al menos un secuestro antes de ser elegidos para aquella empresa hacía un par de años, pero él era el único que lo había hecho ya tres veces antes de empezar. Y eso le convertía automáticamente en el líder. Sus padres debían de haberlo imaginado cuando le pusieron aquel nombre. «Elegido».

Desde luego, el físico no era lo que le había llevado al mando de su particular compañía. Estatura media, muy delgado, pelo rizado, ojos oscuros y facciones marcadas; una descripción que encajaría con dos tercios de la población masculina somalí.

Mukhtar estaba tranquilo. Al igual que las tres primeras veces, le habían dado a la naviera unos días para reunir el dinero. Por muy grande que fuera la compañía, no era fácil reunir cantidades tan grandes de dinero en efectivo en poco tiempo. Y trasladarlas hasta Somalia. Y el rescate que habían pedido era monstruoso.

Mientras que la naviera reunía el dinero, ellos solo tenían que vigilar a los rehenes y asegurarse de que nada ni nadie se les acercaba. Los rehenes se estaban portando bien. El capitán era un poco pesado y había hecho ya varias reclamaciones relativas a la comodidad de su gente. Pero al somalí no le preocupaban; eran peticiones lógicas y, cuanto menos incómodos estuvieran los rehenes, menos problemas le darían. En cuanto a que no se acercara nadie, tenía claro quién era su enemigo: el barco militar que había comprado la misma naviera, pero que parecía tener una especie de dependencia de los que se proclamaban a sí mismos el gobierno del país. Aquel barco les había tenido sin presas varios meses, pero la sequía se había acabado. No sabía qué ardidés había utilizado su empleador, pero era evidente que habían funcionado. El patrullero había estado atracado en Mogadiscio y el petrolero desprotegido justo en el sitio en el que ellos lo estaban esperando.

Y mientras tuviera controlados a los rehenes aquel barco no se le podía acercar. Sabía que

estaría cerca; incluso les habían avisado de un posible ataque un par de días antes. Pero les habían apoyado desde tierra y nadie se había atrevido a acercárseles. Desde entonces, habían mantenido a algunos de aquellos esquifes vigilando alrededor del petrolero. Era imposible. Nadie podía llegar a ellos sin ser visto.

—Suerte.

Paco se dio la vuelta tras escuchar las últimas palabras de su comandante y se dirigió a la escala para bajar a una de las embarcaciones que le esperaba en el agua. El neopreno ya lo llevaba puesto y el resto del equipo estaba en la embarcación. Su gente ya había embarcado antes que él.

Una vez se acomodó, las tres *rhibs* se separaron del Albatros y se dirigieron a costa. Con la información que les había pasado Abdirashid habían planeado una ruta de inserción que minimizase la posibilidad de detección por los esquifes que vigilaban el petrolero. Habían elegido aquella noche porque, de las que quedaban hasta que expirase el plazo, era la única en la que se esperaba algo de nubes, lo que ocultaría la luna y dificultaría aun más verles. Pero incluso así iba a ser difícil aproximarse sin ser vistos.

A una distancia prudencial, las embarcaciones se detuvieron y se dieron órdenes a los buceadores de ultimar sus equipos y echarse al agua. En pocos minutos, estaban todos flotando en superficie. Cada pareja llevaba una bolsa estanca con el material que necesitarían para el asalto pero que no se podía mojar. Una vez tuvo todas las novedades, Paco tomó sus referencias y ordenó a su equipo comenzar a aletear en superficie.

Mukhtar entró corriendo en el puente.

—¿Dónde está?! —preguntó.

En el puente montaban guardia los más espabilados de entre sus hombres; prácticamente los únicos que sabían operar algunos de los equipos del petrolero.

—Aquí —señaló uno en el radar—. Apareció hace un rato. Viene directo hacia nosotros.

—¡Avisa a los esquifes! Los quiero a todos acosando a ese contacto.

Mientras su subalterno daba las instrucciones pertinentes a los esquifes, Mukhtar se sacó un aparatoso teléfono del bolsillo. Rebuscó en sus bolsillos para encontrar el papel con el número al que quería llamar; los números satélite son extremadamente largos.

Una vez que consiguió marcar, tuvo que esperar unos segundos a que se estableciera el enlace y otros pocos más mientras sonaba el tono. «¡Maldita sea!», pensó cuando se cortó la conexión. No le cogían.

Pablo sonrió cuando el teléfono satélite dejó de sonar, pero en seguida volvió a concentrarse en lo que tenía entre manos. El Pichón era una maravilla, pero requería de toda su atención para conseguir que hiciera exactamente lo que quería.

—Enterado —respondió Paco por la radio.

Joseba le acababa de informar de que la diversión había funcionado. Parecía que tenían el

camino libre. Una vez más, el helicóptero no les valía para hacer la inserción, pero tenía otros muchos usos. Estando en el aire, en la vertical del Albatros, les proporcionaba un alcance radio y una cobertura radar infinitamente superior a la del barco por sí mismo.

Había llegado el momento.

—Escuchadme todos —dijo el madrileño a sus hombres—. Parece que tenemos el camino libre, pero ahora empieza lo difícil. Concentraos, no os separéis y nos vemos en la cadena del ancla del petrolero.

Los miembros del equipo de asalto vaciaron sus chalecos de flotabilidad y se sumergieron en las aguas somalíes.

Pablo se afanaba en llevar al Pichón al límite de sus capacidades. Tenía que arriesgarse lo suficiente como para que los esquifes mordieran el anzuelo, pero sin cometer un error que descubriese la jugada y dejase a Paco sin su ventana de inserción.

Además de los mandos del Pichón, Pablo contaba con la imagen radar e infrarroja del helicóptero, y con varias cámaras que había instalado en el mismo Pichón. Conseguir ver en tiempo real los datos del helicóptero no había sido moco de pavo, pero entre los electrónicos del barco, la propia gente de Joseba y algo de ayuda de Navantia habían sido capaces de darle esa capacidad tan ventajosa de la que ya se habían aprovechado con anterioridad.

Paco se agarró con una mano a la enorme cadena del ancla del petrolero mientras con la otra comprobaba su consola de buceo. Habían llegado en el tiempo previsto y aún mantenían la profundidad que habían elegido; un equilibrio entre no ir muy profundo para no gastar aire, pero tampoco muy cerca de la superficie, pues en las cristalinas aguas de Somalia podrían ser vistos. Poco a poco, a su alrededor fueron apareciendo sombras. Por parejas.

En cuanto estuvieron todos, indicó por señas que procedieran; no quería estar mucho tiempo allí todos juntos, creando una considerable cantidad de burbujas. Al girarse, vio de inmediato la enorme sombra del petrolero recortada contra sus propias luces de cubierta que se intuían desde debajo del agua. El madrileño no pudo evitar estremecerse. Aquel trasto era enorme.

Aleteando sin prisa, pero sin detenerse, nadaron hacia la quilla del petrolero. Por allí se encaminaron hacia la popa. Su objetivo estaba a mitad de eslora: una abertura en el costado que permitía a los prácticos embarcar unos pocos metros por encima del nivel del agua, en lugar de tener que salvar los más de quince metros de francobordo del petrolero. Ese era su punto de inserción. Desde allí, conocía de memoria el camino a seguir para llegar al comedor y al puente. Sobre el plano, al menos.

Mukhtar continuaba pegado a la pantalla del radar, siguiendo a aquel contacto con la vista. Se le habían acercado varios de los esquifes que les apoyaban desde tierra, pero la noche era oscura y no habían conseguido ver nada. Además, aquel pequeño contacto no dejaba de moverse y maniobraba con mucha velocidad. Incluso parecía que veía perfectamente a los esquifes, pues los evitaba con facilidad. En aquella serie de maniobras, el contacto desconocido se había

aproximado al petrolero un par de veces. Mukhtar no sabía qué era pero, desde luego, no se comportaba como un local y no le hacía ninguna gracia que se acercase tanto.

A través del *walkie* volvió a gritarle a los patrones de los esquifes para que detuvieran de una vez a aquel incordio.

Paco retiró el pequeño espejo que utilizaban para mirar por las esquinas. Estaban a punto de entrar en el pasillo que daba acceso al comedor. Hasta entonces habían tenido suerte: no habían encontrado más que a un pirata fumando solo en cubierta. El cigarrillo le hacía blanco fácil para sus visores nocturnos, pero en cualquier caso había sido sencillo. Ni siquiera estaba alerta: paseaba silbando con el arma colgada a la espalda cuando dos disparos silenciados neutralizaron la amenaza. No podían permitirse dejar enemigos por la espalda en su avance hacia el interior del Weisshorn.

Ahora volvían a estar de suerte. No había nadie vigilando en el pasillo. Estaba claro que no esperaban visita. De haber habido piratas cubriendo la entrada, la situación se habría complicado considerablemente. Neutralizarlos alertaría a los que, presumiblemente, estaban en el interior encañonando a los rehenes.

En condiciones normales, hubiese ido primero al puente, donde probablemente los piratas habían establecido su improvisado puesto de mando. Pero el comedor estaba de camino y la prioridad era salvar a los rehenes. Si lograban eso, el resto sería más fácil.

Paco repasó rápidamente el plan con los tres hombres que le acompañarían en el asalto. Lo habían simulado una y mil veces, pero un último recordatorio siempre venía bien. Era importante que nadie cometiera ningún fallo.

La puerta del comedor estaba abierta, así que los cuatro se dirigieron silenciosamente por el pasillo hasta ella. Dentro se escuchaban voces hablando en lo que, suponían, era somalí. ¿Cuántas? Eso lo sabrían en seguida.

Los dos primeros hombres verificaron que la configuración de sus granadas *flashbang* era la correcta y, con un movimiento mil veces ensayado, las tiraron dentro del compartimento. Menos de un segundo después, un tremendo estruendo sacudió el pasillo. Pero lo peor se lo habían llevado los de dentro.

Sharif Jarawi fruncía el ceño en el asiento trasero de su Land Rover. No dejaba de darle vueltas a la traición de su hombre de confianza. Ese maldito le había abandonado en el peor momento. Después de que le informaran de que no aparecía, mandó a su guardia personal a casa de Mohammed, pero no encontraron a nadie. Ni en casa de ninguno de sus familiares. Aquel chaval no mentía. Pero sus guardaespaldas eran mucho más expeditivos. No habían tardado mucho en averiguar que el malnacido había reunido suficiente dinero para conseguir sacar a toda su familia del país y refugiarse en Etiopía. Pero eso era lo de menos en aquel momento. Ya se vengaría. Sus brazos eran muy largos y estaban a punto de serlo más si todo salía según lo previsto.

El problema inmediato era que no tenía nadie a quien mandar a cobrar el rescate. Al igual que los tres primeros, lo habían pedido en efectivo. El mundo digital ofrecía demasiadas

posibilidades a quien quisiera seguirle la pista al dinero, mientras que el efectivo siempre era fácil de blanquear. Pero tenía el inconveniente de que requería recibir el dinero físicamente y eso no era algo que pudiera hacer cualquiera. No se fiaba de ninguno de sus hombres como para encomendarles que recibieran y le entregaran ese dinero. Al fin y al cabo no eran más que mercenarios. En Mohammed creía tener un hombre de su máxima confianza, aterrorizado pero, precisamente por eso, de confianza. Era evidente que se había equivocado, así que no le quedaba más remedio que recibir el dinero él mismo. La transacción era demasiado importante como para dejar algún fleco al azar.

Una lejana explosión y el temblor de la cubierta hizo levantar la vista del radar a Mukhtar.

—¿Qué ha sido eso!?

Pero de inmediato se calló. Le había parecido oír gritos poco después de la explosión.

Sus hombres le miraban atemorizados. No tenían respuesta. Ya llevaban varios días allí y el barco no hacía ese tipo de ruidos por sí solo. Algo había pasado. La cuestión era: ¿qué?

—¿Abdiqasim!, ¡Ali!, ¡Hassan!, ¡Omar! —escupió por *walkie* los nombres de los hombres que se habían quedado en el comedor—. ¿Qué ha pasado?!

Silencio.

Mukhtar miró a su alrededor en busca de una respuesta. Al pasar su vista por encima del radar, se acordó de porqué estaba en el puente. Algo estaba pasando. Eran demasiadas coincidencias.

Y si sus hombres no contestaban por *walkie*, después de una explosión y unos gritos, no había muchas posibilidades. Tenían visita.

¿Cómo? No lo sabía. Pero su problema inmediato era defenderse, no elucubrar.

—Nos quedaremos aquí —dijo—. Y les esperaremos.

Sus hombres asintieron tranquilizados porque alguien tomara una decisión.

Paco intentaba recuperar la respiración mientras volvía a barrer el comedor con la mira de su fusil. No quedaba ningún blanco en pie.

La entrada había sido perfecta. Las granadas habían dejado a todos los ocupantes del comedor completamente aturdidos y Paco y sus tres compañeros habían abatido a los cuatro piratas antes de que se dieran cuenta de qué estaba pasando. Habían sido fáciles de reconocer: negros, delgados, armados con AK-47 y otros fusiles de origen soviético, y en una posición de claro dominio, mientras que los rehenes estaban todos sentados alrededor de las tres mesas.

El plan solo tenía un inconveniente, con el que ya contaban antes de ejecutarlo: las deflagraciones de las granadas y los estridentes gritos de los rehenes habrían alertado al resto de los piratas de su presencia allí. Y según sus estimaciones aún les quedaban tres.

El madrileño identificó rápidamente a Gianluca, recordando el abordaje que le había hecho varios meses atrás.

—¿Capitán! ¿Están todos aquí? ¿Le falta alguien de su tripulación?

El italiano se limpió el sudor de la frente y pareció encontrar su voz, aunque aún seguía muy

aturdido.

—Sí —balbuceó—, estamos todos...

Paco suspiró aliviado y tragó saliva; tenía el corazón en la garganta. Se la habían jugado; si hubiese habido rehenes en otra parte del barco quizás ya estarían muertos. Pero su plan había confiado en las indicaciones que el capitán les había dado por radio y, por suerte, había sido exitoso. Ahora tenía libertad para emplear la fuerza y detener a los tres piratas que quedaban, que todavía podían causar algún desastre. La rapidez y el ímpetu serían sus mejores aliados.

Jarawi observaba el paisaje por la ventanilla. Ya estaban cerca. El intercambio en sí no le preocupaba. Estaba en su territorio. No tenía que esconderse. Por delante de su Land Rover rodaban dos *technicals*, camionetas con la parte trasera abierta en la que montaban una ametralladora. Y otros dos por detrás. Eso era suficiente potencia de fuego como para que nadie se atreviera a intentar nada. No en su casa.

Joseba le había cedido los palos a Fernando mientras se concentraba en la imagen de la cámara infrarroja. Tras varias pruebas, habían averiguado la distancia desde la que no se les escuchaba en tierra, especialmente si se ponían a sotavento. Y desde esa distancia, el potente zoom de la cámara les daba ventaja.

El objetivo había sido fácil de identificar. Nadie se dirige a un punto alejado de las zonas habitadas, en convoy y con tan considerable escolta. Y ese era precisamente el problema. No tenía potencia de fuego suficiente para enfrentarse a los cuatro vehículos ametrallados. En cuanto abriera fuego contra el primero, el resto le respondería, poniendo su aparato y tripulación en grave peligro.

No. No podía hacerse. Al menos no así.

Joseba dio la órdenes pertinentes a su copiloto y transmitió la situación al Albatros mientras el helo se alejaba.

Mukhtar se concentraba en controlar su respiración. Era importante estar relajado, pero era más importante aun que no le descubrieran. Se había planteado intentar escapar, pero si había gente armada tomando el control del barco sus posibilidades eran mínimas. Además, no quería ni recordar las amenazas de sus patronos si alguna de las misiones salía mal. Era preferible enfrentarse a lo que fuera que venía.

Porque Mukhtar no tenía ninguna duda de que venían a por ellos. No sabía quiénes, ni cuántos eran. Pero aun así sabía que la mejor forma de defenderse era hacer uso de la sorpresa. Probablemente los asaltantes esperasen encontrarse a alguien en el puente, así que había decidido esconderse para crearles una primera duda. Y después sorprenderles, preferiblemente todos a la vez, para intentar cargarse a todos los que pudieran con los primeros disparos.

Había ordenado a sus dos hombres esconderse en distintos sitios del puente, después de haber escogido el mejor escondite para él. La idea era que esperasen a que los asaltantes encontraran al primero, que abriría fuego para defenderse. Y, al mismo tiempo, los otros dos aprovecharían la

distracción para salir de sus escondites y disparar. Mukhtar estaba seguro de que el primero en ser descubierto moriría en el momento. Pero también estaba seguro de que encontrarían a sus hombres antes que a él. Tenían que pasar por delante del que estaba escondido detrás mesa de cartas para llegar a él, que estaba debajo de la mesa del ordenador.

Mukhtar se concentró en escuchar. Le había parecido oír algo viniendo de la escalera que daba acceso al puente. No sabía si eran imaginaciones suyas, pero le parecía sentir la presencia de un grupo de gente a pocos metros de donde se encontraba. Y un olor... un olor como a salitre.

Dos objetos metálicos rodaron por el suelo. Mukhtar sabía qué hacer y se lo había explicado a sus hombres también: cerrar los ojos y taparse los oídos.

¡Bum! ¡Bum!

A pesar de esperárselo, las explosiones le habían dejado algo aturdido, pero pudo escuchar los pasos amortiguados de varios hombres entrando en el puente. Mucho antes de lo que se esperaba, oyó disparos. ¿Eran de los suyos o de los otros? ¿Por qué tan pronto? La incertidumbre y el miedo le paralizaron. Mukhtar no sabía que era un cobarde. Se quedó agazapado en su escondite y volvió a escuchar unos gritos y otra serie corta de disparos. Apretó el fusil con fuerza para que dejaran de temblarle las manos y acarició el gatillo. Al menos dispararía a lo primero que apareciese por la esquina, se prometió a sí mismo.

Seguía oyendo pasos y unos instantes después unas botas aparecieron por debajo de la mesa. Mukhtar apretó el gatillo y cerró los ojos. Ya nunca vería nada más.

—¡Necesitamos evacuación inmediata! ¡Solicito al helicóptero ya!

El estático de la radio no disminuía la urgencia del mensaje. El Weisshorn estaba bajo control, pero el equipo de Paco había tenido una baja: el propio madrileño había recibido dos disparos en la pierna abatiendo al último pirata.

Pablo se giró y abrió la boca para empezar a dar órdenes, pero se dio cuenta de que su gente, liderados por Gabi y Juan, ya estaban haciendo todo lo necesario. Al helicóptero se le dieron órdenes para que se dirigiera al Weisshorn a máxima velocidad, mientras el Albatros se alistaba para recibirlo a bordo. Alguien estaba avisando a Esther también y dándole los datos que se conocían sobre la baja. Al parecer uno de los disparos había entrado y salido limpiamente -o eso parecía-, pero el otro era muy probable que hubiese dañado la femoral. Había muchísima sangre.

A Pablo no le gustaba estar inactivo en aquel tipo de situaciones pero, afortunadamente, su segundo se le acercó.

—Joseba ha dicho que va a tomar. Dice que la plataforma es perfectamente estable y que va a ser mucho más rápido y seguro.

Pablo asintió, agradecido de tener un piloto como el vasco. La otra opción sería una engorrosa maniobra de izado por grúa.

—Les he dicho que Sergio embarque con ellos —continuó Gabi, refiriéndose al tirador del equipo—. Inicialmente como sanitario, pero luego podemos plantearnos lo que nos proponía Joseba.

Gabi calló esperando la reacción de su comandante. A Pablo se le había olvidado por completo

todo lo demás, pero la frialdad de su segundo le devolvió a la realidad rápidamente.

—Prioridad absoluta: la baja— dijo mirando al ferrolano a los ojos.

—Por supuesto.

Sergio subió al helicóptero después de su jefe. No entendía muy bien porqué habían insistido tanto en que fuera él el que hiciera de sanitario hasta que llegaran al Albatros. Había mucha gente en el equipo con los mismos conocimientos que él. Y alguno con más experiencia.

Sergio miró a su alrededor. La cabina no era exactamente igual que cuando volaban con él de tirador. La ametralladora que utilizaba el operador de cabina la habían echado a un lado para dejar sitio a Paco, que yacía en el suelo rodeado de un charco de su propia sangre. Sergio se acordó de su misión y se dedicó a atender a su jefe. Mientras pensaba todo aquello, con una maniobra rapidísima pero suave, el aparato se había levantado de la cubierta del Weisshorn y había inclinado el morro hacia delante para dirigirse a toda velocidad hacia el Albatros.

Unos minutos después se posaban en el patrullero. Nada de aproximación por la popa. Joseba se había dirigido al Albatros a rumbo directo y, al cruzarse con él, había hecho derrapar al helicóptero mientras perdía altura para dejarlo posado en la cubierta de vuelo. Una maniobra al alcance de muy pocos.

Antes de que Sergio pudiera asimilarlo, cuatro camilleros habían aparecido delante suya, acompañados de la médico del barco. El tirador hizo por seguirlos mientras se llevaban a Paco al interior del barco, pero otro miembro de la dotación apareció con su fusil y una caja de munición, se los dio y le gritó algo mientras señalaba de vuelta al helicóptero. Sergio era incapaz de oír nada por encima del estruendo del rotor, pero se encogió de hombros y volvió a embarcar en el helo. Paco estaba a salvo. A por la siguiente misión.

Al embarcar, el operador de cabina le sonrió, le dio una palmada en el hombro y le pasó unos cascos. El tirador se los puso y oyó la voz del piloto.

—¡Sergio! ¡Nos vamos! ¡El patrón todavía tiene un trabajito para nosotros! ¡Está resultando una noche movidita, hostia!

Al joven tirador no hacía falta que le dieran arengas. Mientras el helicóptero cogía altura, él estaba revisando el arma y municionando, a la vez que se preparaba mentalmente para lo que fuera que les esperaba.

Varios minutos después, Sergio ya tenía una idea de cuál era su misión en base a lo que había oído por la radio, pero sabía que el piloto le daría unas instrucciones más concretas.

—Bueno, Sergio —oyó a Joseba por el intercomunicador instantes después—, ya casi estamos. El comandante quiere que recojamos a un amigo suyo que está en tierra. El problema es que va escoltado por cuatro camionetas artilladas y... que probablemente no quiera venir con nosotros.

El vasco le dio un instante para que apreciara lo divertido de su explicación.

—Me encantaría encargarme de esos cabrones yo solo —continuó el piloto—, pero en cuanto dispare a uno, los otros tres me van a acribillar, así que necesito que me allanes un poco el camino.

—Sin pegas. Déjeme en tierra en un lugar elevado cerca de donde vayan a pasar.

—No hay tiempo para eso. Deben de estar llegando al punto de reunión y no queremos que se pongan nerviosos cuando vean que no hay nadie esperándolos. Tiene que ser sobre la marcha.

—Las posibilidades de acertar desde aquí disminuyen considerablemente —contestó fríamente Sergio.

—¡No te fíes de mí, hostia! Voy a ser suave como el culito de un bebé. Ni siquiera sabrás que estás volando.

«El problema no es el piloto», pensó Sergio. «Y mucho menos este», sonrió. El problema es que un helicóptero vibra y eso complica mucho un disparo de precisión. Por no hablar de la comodidad en la postura para el tiro. «Bueno, tendremos que hacerlo lo mejor que podamos».

Joseba se posicionó por detrás del convoy. Tendrían que acercarse bastante, sobre todo teniendo en cuenta que quizás tendrían que apoyar a Sergio con la ametralladora. Pero por detrás era menos probable que les vieran y con el ruido de los propios coches difícilmente les iban a escuchar.

La maniobra no era sencilla. Iba a hacer un estacionario para permitir a Sergio hacer dos disparos, que con suerte abatirían a los dos operadores de las ametralladoras de los coches que cerraban el convoy. Luego se iba a mover para acercarse y permitir a Sergio volver a hacer fuego. Y entonces haría una pasada a lo largo del convoy abriendo fuego con la ametralladora mientras Sergio seguía abatiendo los blancos que pudiera.

Era importante no dañar mucho el vehículo principal. Al pez gordo lo querían con vida.

Fernando ya tenía al convoy en la cámara infrarroja. Esta vez los palos los llevaba Joseba. Las evoluciones tenían que salir perfectas.

Sergio ya estaba en posición. El operador de cabina le había ayudado a retirar todo el material innecesario y se había podido tumbar. Eso le facilitaría los disparos. No iban a ser tiros fáciles. Joseba le había dicho que le iba a intentar dejar a 700 metros. En condiciones ideales eso era un blanco fácil -para él-. Pero a un blanco móvil, desde un helicóptero, no era tan sencillo.

—Deberíais de empezar a verlos por la compuerta —oyó la voz del piloto por los cascos.

Sergio no tardó ni un segundo en encontrarlos. Era lo único que se movía ahí fuera.

—Diez segundos.

Sergio respiró hondo y fijó el primer blanco por la mirilla.

—Cuando quieras.

Inspira. Expira. Y deja que el disparo te sorprenda.

¡Blanco!

Sergio no se detuvo más de un segundo a comprobar que el tiro había sido bueno. Cambió los ajustes de distancia -las camionetas se alejaban- y volvió a buscar un blanco.

Unos segundos después había disparado su segundo tiro. Esta vez no estaba seguro de haber dado en la marca... pero sí... ya no había nadie en la parte de atrás de ese vehículo.

—¡Vamos! —gritó.

El helicóptero hizo una caída brusca hacia su lado que casi le tira por la compuerta. Pero poco después volvían a estar en estacionario, esta vez dentro de alcance de los coches delanteros.

Parecía que una de las camionetas traseras se estaba deteniendo, pero no había tiempo para investigar.

Sergio repitió la secuencia anterior y volvió a hacer dos blancos. En cuanto lo comunicó al piloto, el helicóptero giró bruscamente y bajó el morro. Comenzaba la pasada.

A su lado y un poco por encima, el operador de cabina cogía su ametralladora. Sergio se concentró en encontrar posibles amenazas. Era el momento más vulnerable de la operación.

En unos instantes el convoy volvió a aparecer en su campo de visión. Efectivamente una camioneta se había detenido. El conductor se había bajado y miraba en la parte trasera. Lo que estaba viendo no debía de ser bonito.

Sergio buscó con la mirada la siguiente camioneta. ¡Alguien se estaba poniendo de pie en la parte de atrás! Al parecer aquel segundo disparo no había neutralizado la amenaza.

Despejando su mente fijó al objetivo en su mirilla. Estaban mucho más cerca, pero el helicóptero se movía a toda velocidad y tenía que reajustar continuamente la posición de su fusil.

Disparó.

Falló.

Sergio se relajó y volvió a apuntar.

¡Pum!

A la segunda no falló.

El tirador levantó la vista y buscó al resto del convoy. Algo llamó poderosamente su atención. Alguien se había bajado del vehículo principal y les apuntaba con un tubo apoyado en el hombro.

—¡¡¡¡¡RPG!!!!!!—gritó.

No le habría hecho falta el intercomunicador. Joseba le oyó por encima del estruendo del helicóptero. Inmediatamente, el aparato comenzó una brusca subida que pronto se convirtió en una caída que parecía incontrolada. Pero la bajada se detuvo a escasos metros de altura y el helicóptero se estabilizó.

Sergio miró por la ventanilla del otro lado. La característica pluma de una granada-cohete se alejaba. Se habían librado.

Rápidamente volvió a buscar con la mirada al lanzador. El operador del helicóptero estaba concentrado en acribillar a los dos primeros coches del convoy. Evidentemente debía pensar que el cohete había salido de allí y no veía al individuo que volvía a ponerse un RPG al hombro unos metros más atrás. No había tiempo para explicar. Sergio se acomodó encima de la culata de su fusil y fijó al hombre en su mirilla. Solo tenía tiempo para un disparo. Lentamente dejó salir el aire de sus pulmones y apretó el gatillo.

¡Blanco!

Sergio paseó la mirada por el escenario que tenía a sus pies. Las cuatro camionetas estaban completamente inutilizadas y en el vehículo principal nadie parecía atreverse a recoger el RPG que había quedado en el suelo.

«Menuda carnicería».

De repente, algo se movió en el Land Rover. Los aumentos de la mirilla del fusil daban a Sergio una ventaja enorme. Alguien vestido de traje había salido del vehículo y se alejaba corriendo.

—¡Se nos escapa el pez gordo! —gritó.

Joseba giró el helicóptero sobre sí mismo hasta llevar el morro hacia donde señalaba Sergio. Cuando vio lo que pasaba, puso al aparato en un rápido descenso que lo llevaría a posarse prácticamente encima del hombre que huía. El susodicho, al percatarse de la situación, cambió de dirección y continuó corriendo mientras hacía por alejarse. Pero era inútil. Joseba manejaba el helicóptero como si se tratara de un juguete y estaban en campo abierto. No tenía escapatoria.

A pesar de todo, el hombre trajeado continuó haciendo por huir. El piloto vasco se divirtió un rato persiguiéndolo y, al cabo de unos minutos, le indicó a Sergio que disparara un par de veces cerca del fugitivo.

Sergio de lo que tenía ganas era de abatirlo, pero las órdenes son órdenes, y disparó dos veces unos metros por delante del objetivo. El hombre seguía haciendo por huir, así que Joseba le dio orden de disparar más cerca.

—Y más le vale pararse esta vez, porque la próxima es a dar.

Pero no hizo falta. El segundo disparó de Sergio impactó en el suelo solo unos centímetros por delante del fugitivo, y este se detuvo.

—Voy a bajar. Sergio, vete a por él. Nosotros te cubrimos.

Sergio asintió. Dejó su fusil a un lado y comprobó que su pistola estaba cargada y lista para abrir fuego. Apenas había vuelto a enfundarla, el helicóptero estaba a un metro sobre el suelo, esperando a que él saltara.

En cuanto puso los pies en el suelo, el aparato volvió a coger altura y se quedó a una distancia desde la que podían cubrirle si algo ocurría. Sergio desenfundó y se dirigió al hombre que tenía delante. Unos gritos fueron suficiente para que se pusiera de rodillas y levantara las manos.



Capítulo Dieciséis

—¡Por Paco! —dijo Pablo levantando su copa.
—¡Por Paco! —respondieron sus oficiales al unísono.

Pablo se recostó en la silla y paseó la mirada por las caras relajadas y felices de sus hombres y mujeres de confianza. Estaban atracados en Mogadiscio, donde habían entrado para entregar a Doumi y al pez gordo que habían cogido en la entrega del rescate. Este había resultado ser Sharif Jarawi, ministro de defensa del gobierno somalí. Reyes lo había reconocido nada más verlo y se había apresurado a informar al vicepresidente. Pablo podía entender cómo aquello era un regalo del cielo para el político somalí. No solo habían desenmascarado a su rival, sino que lo habían cogido conspirando contra el gobierno. El vicepresidente ya no tendría mucha oposición; los pocos rivales que le quedasen no podrían hacer nada contra el hombre que había descubierto aquella conspiración. Simplemente oponerse podía hacer parecer que estaban del lado del traidor.

Reyes había desembarcado con los detenidos para intentar sacar el máximo provecho de la situación. Estaba convencido de que había una razón por la que los piratas de Jarawi atacaban los barcos de Gotthelf y no pensaba cejar hasta encontrarla. Para los somalíes podía parecer que era un mero intento de debilitar el país para obtener un beneficio político, pero eso lo podría haber hecho atacando todo tipo de barcos, no solo los petroleros de Alps Tankers.

En cuanto a Paco, Esther lo había estabilizado al llegar a bordo y no había hecho falta evacuarlo. Los medios con los que contaba el Albatros eran más que suficientes para mantener bajo control al madrileño. Al acabar la operación, el patrullero había puesto rumbo a Mogadiscio a toda velocidad y el ex GEO había sido el primero en desembarcar. Lo habían operado en el hospital francés, con Esther presente, y al día siguiente, una vez la médico estaba satisfecha con su estado, lo habían metido en un avión con destino Madrid.

—Vas a poder engrosar tu currículum con alguna historia bastante curiosa, Esther —comentó Pablo.

—No sé si alguien me creerá cuando lo cuente —sonrió la aludida—. La verdad es que lo que he visto aquí no se ve todos los días. Ni se tienen estos medios.

—Se va a quedar bien, ¿verdad? —preguntó Ana.

—Sí —contestó Esther—. Dentro de lo que cabe, tuvo suerte. Y pudimos estabilizarlo sin problemas. En estos casos, lo más importante son los primeros minutos. Su gente reaccionó perfectamente poniéndole dos torniquetes para que no se desangrase y, una vez que lo tuve aquí, pudimos cortar la hemorragia. La verdad es que, con los medios que tengo, es increíble la cantidad de cosas que podemos hacer. Siempre que estemos a tiempo, claro.

Las palabras de la médico sumieron a todos en sus pensamientos, de donde su comandante se apresuró en sacarlos:

—¡Por cierto! Se me olvidaba —dijo Pablo—. Gianluca os manda sus más sinceras gracias. Y

me ha asegurado que él no es el Jonás. Que nunca había tenido tanta mala suerte en su carrera: solo estaba en el Weisshorn cubriendo a un compañero.

Los oficiales se rieron.

—Dos secuestros seguidos —protestó *Grease*—. Lo mínimo era mandarnos unas pizzas...

—Me ha dicho que se está planteando jubilarse... —siguió Pablo—. A ver qué hace con nosotros Gotthelf...

Aquello capturó la atención de los demás.

—¿Te han dicho algo? —pregunto Juan, adelantándose a los demás.

—Por ahora, nada —contestó Pablo—. Me imagino que esperarán a que se aclare la situación.

—¡Ostia! ¿Qué quieren aclarar? Hemos cogido a los malos.

Pablo sonrió, bajó la cabeza y levantó su copa ante la reacción de Joseba.

—Nada que objetar —admitió—. Pero ya sabéis cómo son las cosas en las altas esferas.

—Hombre, yo creo que, al menos, unas vacaciones nos hemos ganado —sonrió Gabi—. Aunque tampoco diría que no a una finalización del contrato. Creo que con las primas que nos van a pagar se puede vivir por lo menos un año sin trabajar. Y yo ahora mismo no diría que no a un año sabático.

—Y cuatro o cinco también se podría vivir —respondió Juan, quizás el más sensible con el tema del dinero.

A sus compañeros les extrañó que fuese el segundo el que abriese ese tema hasta entonces tabú. A ninguno se le escapaba que podían estar ante el fin de su aventura: el objetivo estaba cumplido y su patrocinador no tendría ningún interés en seguir pagando sus elevados sueldos, por no hablar de todos los gastos en que incurría el barco.

Alguno, por momentos, se lamentaba de que hubieran cumplido su misión con tanta eficacia.

Pablo, sin embargo, veía de otra forma las palabras de su segundo. Lo conocía lo suficiente como para saber que no estaba siendo del todo sincero. Si bien rebosaba con la satisfacción de haber cumplido la misión y se moría de ganas de volver a ver a sus hijas y a su mujer, Pablo sabía que para el marino ferrolano el Albatros era un sueño hecho realidad, y que era incapaz de imaginar su vida sin el proyecto que habían liderado juntos en el patrullero. Después del duro revés en su carrera como marino de guerra, Gabi pensó que no volvería a levantar cabeza; que nada le volvería a ilusionar. Pero el Albatros había sido un maná caído del cielo. Se había volcado en cuerpo, mente y alma con el proyecto y, por segunda vez en su carrera, veía cómo se le escapaba aquello en lo que descansaba toda su vocación. Gabi le tenía auténtico pavor a volver a casa y encontrarse con que no sabía qué hacer. Pablo sufría con el tormento de su amigo, pero le consolaba tener alguien con quien compartir su propia angustia. Los dos marinos no habían hablado del asunto, pero eso era lo especial de su relación; no les hacía falta.

Pablo se esforzaba en mantener una apariencia de tranquilidad y alegría -facilitada por la enorme satisfacción de haber cumplido con creces su misión-, pero por dentro se reconcomía con la posibilidad (más que eso, admitía) de que el trabajo de sus sueños estuviese a punto de acabarse.

—Bueno —dijo el gaditano—, creo que al menos podemos contar con llevar el barco de vuelta

a casa. A nadie le interesa tenerlo aquí y, aunque Gotthelf se quiera deshacer de él, hay que hacerle bastantes mantenimientos, algunos de los cuales llevamos un tiempo retrasando. Y aquí es imposible.

—Amén —dijo *Grease*, el principal responsable de esos mantenimientos, que ya llevaba tiempo presionando a Pablo por un respiro para el barco en un astillero en condiciones.

—Y, de ser así —continuó Pablo—, espero poder convencerles de hacer una parada de descanso en el Mediterráneo. Creo que nos lo hemos ganado y el tránsito de vuelta es largo. ¿Qué os parece Malta?

—¡*Yeah!* ¡Erasmus! —exclamó *Grease*.

—Estamos sin novedad, comandante.

Con aquellas palabras, Gabi informaba a Pablo de que estaba todo listo para entrar en puerto. El Albatros dejaba ya por estribor el faro de las Puercas y enfilaba las tres marcas laterales que señalizaban la entrada al puerto de Cádiz.

La novedad de personal era un poco escueta, ya que Pablo había autorizado al personal prescindible a volver a casa desde Mogadiscio. En un principio, tan solo los que tenían necesidades familiares más apremiantes habían aceptado la oferta. Pero la parada en Malta había mermado aun más sus números. La larga subida por el Mar Rojo había hecho calar en la dotación el hecho de que su aventura se acababa. El éxtasis del cumplimiento de la misión y la felicidad por la vuelta a casa habían dado paso, poco a poco, a una sensación de vacío y una especie de tristeza preventiva. La sensación era parecida a la que se respira en casa de una persona mayor a la que sabemos que le queda poco entre nosotros. Una especie de pre luto, que ahogaba las risas y disminuía los ánimos. Mucha gente, agobiados por esa sensación y buscando evitar la última despedida, había cogido vuelos a casa desde Malta.

Además, el helicóptero había saltado al aeropuerto de Málaga la noche antes, llevándose a su dotación de vuelo y a casi todo su personal de mantenimiento. Y la gente de Paco, descabezados tras perder a su jefe y sin trabajo que hacer en el tránsito de vuelta, se habían vuelto todos también.

Pablo recibió al práctico de forma mecánica. Conocía la entrada en Cádiz como la palma de su mano, pero la normativa le obligaba a embarcar al piloto. Estaba tan sumido en sus pensamientos, en que aquella probablemente sería la última vez que atracaría el Albatros, que no se percató de la amabilidad del práctico y contestó a sus felicitaciones con monosílabos.

El joven marino gaditano hizo por concentrarse en la maniobra del barco. Sabía que su estado mental no era el idóneo y necesitaba todo su buen juicio para atracar el barco sin incidentes. Aunque en el ámbito personal estaba convencido de haber tomado la decisión correcta, todavía faltaba ejecutarla; un panorama que le había quitado el sueño durante las últimas semanas. Y en el ámbito profesional, más allá de la incertidumbre laboral que se le abría por la proa, sabía que su sueño se acababa. Estaba disfrutando los últimos momentos de lo que sería, estaba convencido, el mejor trabajo que iba a tener.

Todo aquello estaba pasando por su cabeza cuando el Albatros libró la Punta de San Felipe y el

muelle de Cádiz apareció ante sus ojos. Buscó con la mirada el punto de atraque que les habían asignado -al decírselo el práctico, se había extrañado de que les dieran el muelle central, el que da directamente a la ciudad- y tardó unos segundos en procesar lo que veía.

Su primera impresión fue que había una manifestación en el muelle. Por un momento, pensó que alguna organización pacifista quería impedirles atracar. En dos zancadas se acercó a uno de los ventanales del puente y cogió unos prismáticos. No. Aquellas pancartas no querían echar al Albatros de Cádiz. Más bien lo contrario.

A medida que se acercaba al muelle, Pablo tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por concentrarse. No eran solo las familias de la dotación. Estaba medio Cádiz en el muelle.

Por un instante pensó en dejarle la voz a Gabi para que atracara el barco y poder quedarse contemplando la muchedumbre. Pero no; no podía ser. Tenía que hacerlo él.

Unos minutos después, con la maniobra terminada (si acaso un poco más brusca de lo normal), Pablo volvió a fijarse en el muelle. Primero se recreó en leer todas las pancartas. Las más previsibles daban la bienvenida a algún miembro en concreto de la dotación, mientras sus familiares saltaban, saludaban y gritaban debajo. Pero otras simplemente agradecían el trabajo del barco e, incluso les animaban a seguir.

Cuando se había leído todos los carteles, Pablo empezó a pasear su mirada por la gente que se agolpaba tras las vallas. No tardó mucho en percatarse de que, en primera fila, sus dos hermanos mayores le miraban con sendas sonrisas de oreja a oreja. Cuando sus miradas se cruzaron, levantaron las manos para saludarle y a Pablo le pareció oír cómo Nacho gritaba algo así como «¡Sigues siendo igual de feo!». Con una sonrisa, y queriendo evitar que esta se tornara en lágrimas, continuó paseando su mirada por la gente. Hasta que fue a detenerse en una chica de unos dieciséis años que le miraba fijamente. A Pablo le dio un vuelco el corazón al reconocer esa nariz y esa mandíbula tan parecidas a la suya.

—Me tengo que ir.

—¿Ya?! —exclamó Pablo.

—Sí; ya me he perdido dos clases. Como Mamá se entere me va a matar.

Pablo agachó la mirada. Había conseguido dejar a sus hermanos con Gabi y había aprovechado para saludar a Diana sin que nadie les molestara. Pero después de haber tenido la miel en los labios se le hacía aun más duro perderla de vista otra vez. Después de la llamada de Ángela, jamás había imaginado que iba a aparecer allí para recibirle. Pero que hubiera desafiado a su madre para recibirle le había vuelto a dar esperanza. Hasta aquel momento no se había dado cuenta realmente de cuánto la había echado de menos.

—¿Cuándo te voy a ver?

—Esta semana estoy liada, te llamo la semana que viene, ¿vale?

Pablo asintió mientras Diana le plantaba un beso en la mejilla y se marchaba corriendo hacia la parada del autobús.

Sacando fuerzas de dónde no las había, volvió a subir al barco y se dirigió a la cámara de oficiales, donde Gabi ya había servido sendas cervezas a sus hermanos.

—¿Qué pasa, macho? —le interpeló Javi—. Eres un tío tan importante que ya no tienes tiempo ni para tus hermanos. Molabas más cuando no eras un súper famoso.

Pablo sonrió.

—Había prometido a varios miembros de la dotación que saludaría a sus familias —mintió.

Gabi le miró con aquellos ojos azules a los que poco se les escapaba y ocultó una sonrisa.

—Pero, ¿qué dices de «famoso»? —preguntó Pablo.

Sus hermanos se miraron sonriendo y Nacho le lanzó varios periódicos de tirada nacional. Pablo miró las portadas una por una: en todas había una noticia que hablaba del complot contra una naviera en Somalia. En una de ellas el texto iba acompañado de una imagen del Albatros escoltando a uno de los petroleros de Gothelf.

—Nos imaginamos que con el jaleo de la entrada en puerto hoy no habíais leído la prensa, así que os la hemos traído para que os deleitéis —explicó Nacho.

Solo una parte de la mente de Pablo le escuchaba. La otra parte se concentraba en devorar los artículos de los periódicos.

—Como era de esperar —le sacó Javi de su ensimismamiento—, la justicia somalí no había averiguado nada. Y un periodista de esos guerrilleros, escocés creo, se plantó allí hace un par de semanas para intentar averiguar algo por su cuenta. Y eso —dijo señalando los periódicos— es lo que ha encontrado. Dicen que le van a dar el Pulitzer.

Pablo levantó la vista de los diarios. No podía leer a la vez que escuchaba y era evidente que sus hermanos se morían de ganas de darle la noticia.

—Al parecer había bastante más detrás de los secuestros de vuestros petroleros —dijo Nacho—. El tío ese al que detuvisteis, era el ministro de defensa, pero aparentemente pretendía ser mucho más. El complot, además de revertirle cantidades importantes de dinero, era una herramienta para conseguir llegar al poder.

—¿Quería causar una crisis que le permitiera llegar a ser primer ministro? —preguntó Pablo.

—Me imagino que más que «llegar a ser» pretendía auto nombrarse —bromeó Javi—. Mucho más africano.

Pablo aceptó la broma de mal gusto de su hermano con una mueca.

—Pero eso no es todo —continuó Nacho—. Aún no te hemos dicho porqué iba a por Alps Tankers. Y esa es la verdadera bomba.

»Al parecer, el tal Jarawi este, tenía el apoyo de Irán, que pretendía instaurar en Somalia un régimen chiita tradicionalista por la fuerza. El problema es que Teherán planeaba financiar el golpe con los beneficios obtenidos de los pozos petrolíferos de Tanzania, pero finalmente los permisos de extracción se los dieron a una empresa europea. Y tu jefe suizo es el transportista de esa empresa. Por eso Jarawi estaba empeñado en evitar que los barcos de Alps Tankers se llevaran el crudo hacia Europa. Parece ser que Irán había puesto como condición que la petrolera en cuestión se retirara del contrato para poder optar ellos otra vez.

—Y así es cómo has pasado de ser un simple capitán de barco a convertirte en el enemigo público número uno de Irán —concluyó Javi.

—Tampoco es que pensara pasar allí las vacaciones —sonrió Pablo.

La carcajada general dio paso a unos minutos de silencio en el que cada uno de los cuatro marinos se sumió en sus pensamientos mientras picaban cacahuetes y saboreaban las cervezas que Gabi había sacado del congelador.

Pablo pasó de puntillas por las implicaciones políticas y estratégicas que tenían estas revelaciones y en seguida se centró en lo que le podía afectar más directamente. En pocos instantes descartó el riesgo directo para su seguridad personal. Fuera de las películas de James Bond, ese tipo de juegos eran prácticamente impensables, y más teniendo en cuenta que España era miembro de la OTAN y la Unión Europea. Y, en cualquier caso, Irán no ganaba nada deshaciéndose de él. Ni tampoco tenía ningún tipo de información que pudiera ser de utilidad para el gobierno de Teherán. «No», pensó. «Los asesinos a sueldo para las pelis de los domingos por la tarde».

En cuanto a su trabajo, las implicaciones eran necesariamente pocas, por la próxima terminación de este. Pero eran, desde luego, positivas. Su teoría de que había algo más en los ataques a los petroleros de Alps Tankers se confirmaba, lo que daba respaldo a sus decisiones en el Índico y le dejaba en muy buen lugar frente a sus jefes. Si bien es cierto que Gotthelf y Reyes habían tenido desde el principio las mismas sospechas, Pablo había sido el primero en actuar basándose en esas suposiciones.

A sus jefes tampoco les iba a venir nada mal la publicidad. Reyes podría engrosar su currículum con algo al alcance de muy pocos, mientras que al magnate suizo le vendría de perlas ser percibido, al mismo tiempo, como víctima y rescatador. Casi con seguridad le abriría aun más puertas, y podría contar con el beneplácito de los gobiernos y organizaciones occidentales en prácticamente todo lo que se propusiera.

Pablo paseó la mirada por sus tres acompañantes: sus dos hermanos, ejemplos en todo desde que tenía uso de memoria, y su segundo, al que idolatraba tanto como a ellos y sin quién no hubiese sido capaz de llevar a buen puerto la mayor aventura de su vida.

Uno a uno, los tres le devolvieron la mirada con una sonrisa. Pablo no podía imaginarse que eran miradas de sincera y profunda admiración.



Epílogo

Pablo paseaba por el centro de Cádiz camino de Puerta Tierra. A lo lejos, una banda de música tocaba «Hosanna in Excelsis» a uno de los pasos de palio que salían a hacer su estación de penitencia en la Catedral. El gaditano silbaba la marcha inconscientemente.

En condiciones normales, habría estado en primera fila de las esquinas más populares para ver pasar los cortejos de Semana Santa, pero aquel no era un día normal. Los anteriores habían sido intensos. Duros, pero intensos. Pero aquel día era el culmen de todo.

Al llegar al bar donde había quedado, escaneó la terraza en busca de su cita. No tardó mucho en encontrarla. Reconocería a su hija incluso debajo de una túnica de penitente.

—Hola, peque.

—Hola, Papá.

Diana se levantó para darle un beso y se volvió a sentar mirándole fijamente.

—Tienes mala cara —dijo ella—. ¿Ha pasado algo? ¿Qué haces que no estás viendo procesiones?

—Nada, nada. Llevo unos días un poco intensos.

Pablo se calló, pero su hija no estaba dispuesta a darle tregua.

—Bueno, dime. ¿Qué querías?

Pablo cogió aire.

—Quiero presentarte a tus abuelos —dijo—. Y a tus tíos —añadió con una sonrisa.

Por un momento, la cara de Diana perdió la fachada de madurez tras la que se escondía y su padre disfrutó de un atisbo de la carita de niña que, con los años, había dado paso a aquella profesión externa de adultez.

—¿De verdad? —balbuceó Diana.

En ese momento, Pablo se dio cuenta de la importancia que tenía aquello para su hija. Nunca lo había dudado, pero verla allí, con los ojos llorosos, a punto de perder la compostura, le hizo darse cuenta de que, muy probablemente, para ella aquello era incluso más importante que para él. Y sintió una punzada en el corazón; una culpabilidad enorme por haberla hecho sufrir tanto.

—Por fin he madurado —dijo Pablo mientras sentía como dos lagrimones calientes se deslizaban por sus mejillas—. Ayer era día grande en casa: salía nuestra cofradía. Y aproveché que estábamos juntos para contarles todo. Y luego, como todos los años, hice la estación de penitencia pidiendo perdón por no haberlo hecho antes. Pero esta vez con la conciencia tranquila. Más o menos.

Diana le miraba ensimismada. No parecía capaz de articular palabra. Pablo no sabía si era por la situación o por estar viéndole a él llorar. Pero aprovechó para terminar de decir lo que tenía que decir mientras le quedaban fuerzas.

—Pero no solo eso. También he hablado con tu madre. Y le he dicho que voy a reclamar la

custodia compartida.

Las lágrimas caían a borbotones por la cara de Diana.

—Si tú quieres, claro —remató Pablo.

En ese momento, como impulsada por un resorte, Diana se levantó de su asiento y se abalanzó encima de su padre. Y así se quedaron varios minutos, sollozando abrazados.

A Pablo se le dibujó una sonrisa al ver en el cuello de su hija uno de sus primeros signos de rebeldía. Un par de años antes, tras una de sus broncas, se había tatuado en la nuca un Albatros que planeaba sin esfuerzo con sus enormes alas desplegadas.

Querido lector, si has llegado hasta aquí, espero que hayas disfrutado de esta historia. Me encantaría saber lo que piensas: te agradecería que me dejaras un comentario en Amazon, lo que me ayudará mucho a seguir creciendo y a publicar otras novelas. Si quieres, también puedes ponerme un correo a

fsupervielle.escriptor@outlook.es.

Además, me puedes encontrar en Facebook, Twitter, Instagram, Goodreads y en mi web:

www.fsupervielle.com